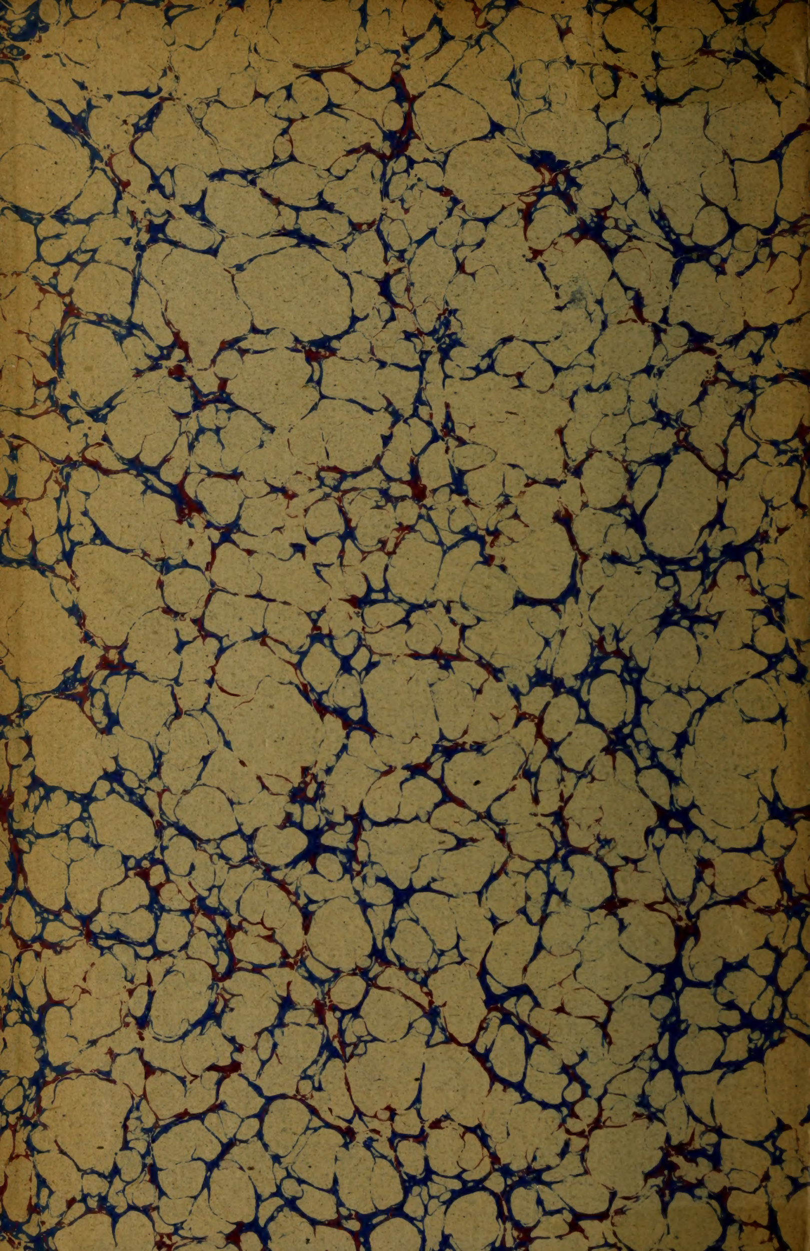
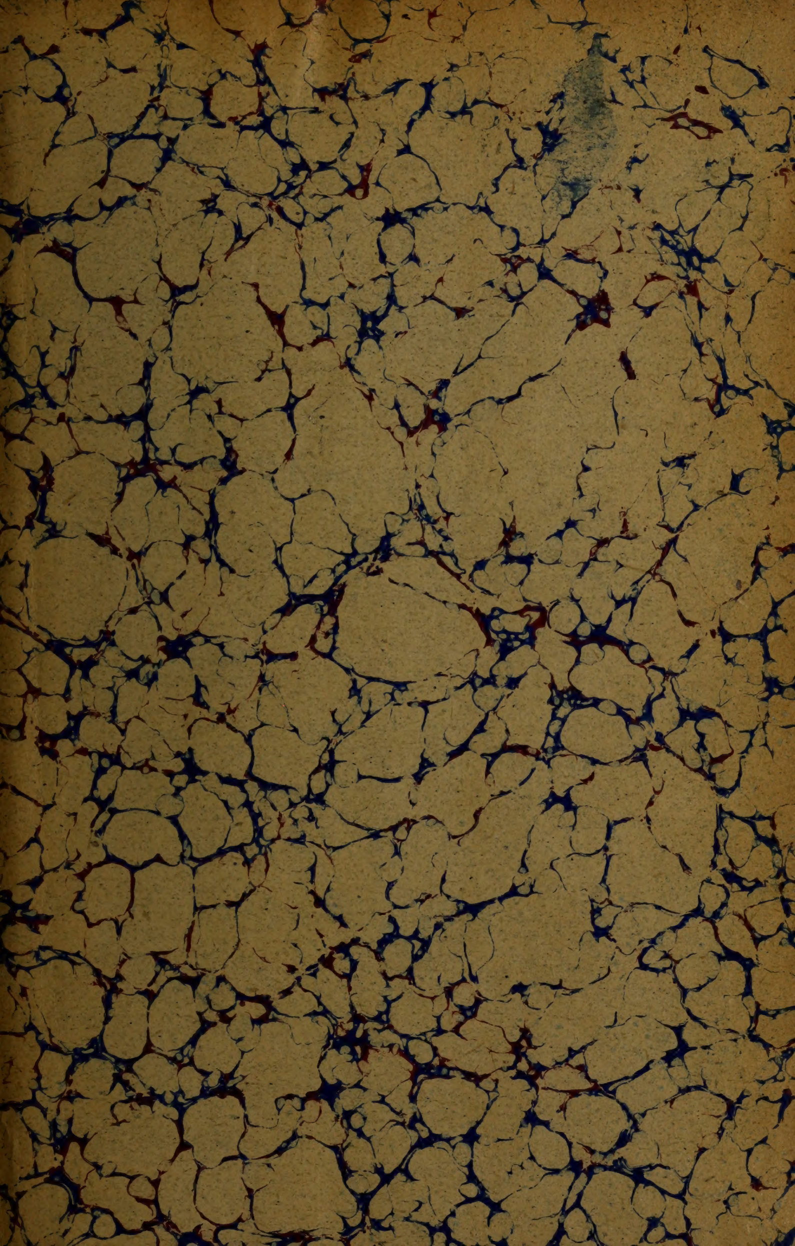

3 1761 09545290 0





BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XLI

OBRAS EN PROSA

DE

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA

LA GUERRA DE GRANADA
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES
DIÁLOGO ENTRE CARONTE Y FARNESIO
CARTA AL CAPITÁN SALAZAR

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1911

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XLI

OBRAS EN PROSA

DE

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA

La guerra de Granada.
La vida de Lazarillo de Tormes.
Diálogo entre Caronte y Farnesio.
Carta al capitán Salazar.

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ᴬ
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1911

MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Hijo del primer marqués de Mondéjar, D. Iñigo Lopez de Mendoza, y de doña Francisca Pacheco, nació en Granada en 1503 D. Diego Hurtado de Mendoza, insigne escritor y hombre de Estado. Recibió educacion esmeradísima, sobresaliendo en los estudios filosóficos, en los de jurisprudencia, humanidades, y en las lenguas latina, griega, hebrea y árabe.

Las continuas guerras del Emperador diéronle ocupacion en los ejércitos durante su juventud, y el tiempo que le dejaban libre los acuartelamientos del invierno empleábalo en recorrer las principales ciudades de Italia, buscando escuelas y sabios para perfeccionar ó aumentar sus conocimientos.

«Fué D. Diego, dice Sedano, de grande estatura, robustos miembros, el color moreno oscurísimo, muy enjuto de carnes, los ojos vivos, la barba larga y aborrascada, el aspecto fiero y de extraordinaria fealdad en el rostro. Fué asimismo dotado de grandes fuerzas personales y de no menor valor y firmeza en las fuerzas del ánimo, como notado tambien de áspera condicion y riguroso genio, que le

opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios de Estado.»

Aunque no parezcan todas estas condiciones las mejores para el desempeño de cargos diplomáticos, confióle, sin embargo, el emperador Cárlos las comisiones más delicadas y difíciles. Embajador en Venecia, impidió con destreza las paces que empezaba á pactar esta república con los musulmanes, y descubrió los tratos entre el rey Francisco de Francia y el Gran Turco.

Tales servicios fueron mérito bastante para llegar á ser uno de los representantes y embajadores del Emperador en el Concilio de Trento, donde dió Mendoza grandes pruebas de dignidad, de teson, de elocuencia y hasta de valor, unas veces defendiendo las prerogativas de su soberano en el asiento que debía ocupar, otras exponiendo luminosamente sus doctrinas y granjeándose los aplausos de tantos hombres eminentes como le oían, ya oponiéndose á la disolucion del Concilio cuando estalló la guerra entre el Emperador y los protestantes y á la traslacion á Bolonia cuando el Pontífice quiso mortificar el orgullo de Carlos V, ya, en fin, cuando, protestando contra la decision de la Santa Sede, trató de imponerle silencio Paulo III, y Mendoza le contestó con la entereza propia de un castellano de aquellos tiempos.

«Que parase mientes en que estaba en su caso y no se excediese,» le dijo Paulo III; y D. Diego le respondió, «que era caballero y su padre lo había sido, y como tal había de hacer al pié de la letra lo que su señor le mandaba, sin temor alguno de Su Santidad, guardando siempre la reverencia que se debe á un Vicario de Cristo; y que siendo ministro del Emperador, su casa era donde quiera que pusiese los piés, y allí estaba seguro.»

Todos los biógrafos de Mendoza refieren este hecho y trascriben estas palabras; pero no las de Pablo Sarpi, cuando dice que amenazó al cardenal de Santa Cruz con

echarle al rio Adige si se obstinaba en aconsejar la disolucion del Concilio.

Esta época fué para D. Diego la más afanosa de su vida: á las tareas no escasas de su cargo en el Concilio, uníanse las que le proporcionaba el ser además embajador del Emperador en Roma y gobernador y capitan general de Siena y demás plazas de la Toscana.

Un acto propio de su enérgico carácter, el haber castigado al alguacil mayor de Roma por un desacato contra el Emperador, hizo que el Papa pidiera su reemplazo en la embajada y que Carlos V le llamase en 1551. No desconocía el Emperador los méritos y servicios de D. Diego, pero tampoco olvidaba que en dos ocasiones le aconsejó por escrito y con severidad inusitada, una sobre el proyecto de vender al Pontífice el estado de Milán, y otra sobre las materias que turbaban más entónces la tranquilidad del mundo.

Heredó el trono Felipe II, pero no la estimacion que su augusto padre tuvo á Mendoza, fuera por antigua rivalidad en la aficion á una dama de la corte, ó por el mal éxito de la negociacion que le encargó de convencer á los aragoneses á admitir virey no nacido en aquel reino, lo cual era contra fuero.

Ello fué que un día trabóse D. Diego de palabras con un caballero estando en Palacio, que el caballero sacó un puñal, y quitándoselo de las manos Mendoza lo arrojó por una ventana, cayendo en los corredores del Alcázar. El Rey estimó el caso grave desacato y desterró á Mendoza de la corte.

Vivió éste algun tiempo en Granada, dedicado á tareas literarias, y ya indultado volvió á Madrid, donde murió en 1575 de resultas de una enfermedad que le provino del pasmo de una pierna.

«De esta manera, dice el Sr. Rosell, terminó sus días, olvidado de la gloria y de los honores, el que en medio de

ellas tantas envidias había engendrado, realizándose así los temores que ya en su gobierno de Siena había concebido, pues necesitado entónces de auxilios y conociendo como conocía, á los hombres, lamentaba su abandono presente y presagiaba igual suerte en lo sucesivo. No desconfió, sin embargo, de la bondad divina, ántes consagró á la religion los instantes más tranquilos de su vida, buscando en el ejemplo y trato de almas tan fervorosas como la de Santa Teresa los consuelos que otros más poderosos le habían negado.»

Las obras de D. Diego Hurtado de Mendoza, son:

La *Guerra de Granada.*

El Lazarillo de Tormes.

Paraphrasis in totum Aristoteles.

Traduccion de la mecánica de Aristóteles.

Comentarios políticos (manuscrito).

Conquista de la ciudad de Túnez.

Sus representaciones (manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional).

Carta burlesca al capitan Pedro de Salazar, bajo el nombre del *Bachiler de Arcadia.*

Cartas al Rey y otras personas (manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional).

Notas á un sermon portugués, predicado despues de la batalla de Aljubarrota (manuscrito).

Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio.

Obras poéticas, recopiladas por Frey Juan Diaz Hidalgo, y publicadas por primera vez en Madrid en 1610.

DE LA GUERRA DE GRANADA.

LIBRO PRIMERO.

Mi propósito es escribir la guerra que el rey católico de España don Felipe el II, hijo del nunca vencido emperador don Cárlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos: parte de la cual yo ví, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento. Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas: guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanos y hermanos, suegros y yernos; desposeidos, restituidos, y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linajes; mudadas sucesiones de reinos: libre y extendido campo, y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino más estrecho, trabajoso, estéril, y sin gloria; pero provechoso, y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelion de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones, y pretensiones; dilacion de provisiones, falta de dinero, inconvenientes ó no

creidos, ó tenidos en poco; remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer, y disimular mayores cosas: y así no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos, y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco, y liviana dentro en casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de príncipes amigos y enemigos, léjos y cerca: primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La gente que dije, pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas, para atajar el fuego; el rey salir de su reposo, y acercarse á ella; encomendar la empresa á D. Juan de Austria su hermano, hijo del emperador D. Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí, que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada dia con enemigos; frio, calor, hambre; falta de municiones, de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la contínua: hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos vendidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras léjos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa, y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros ó los enemigos los á quien Dios queria castigar; hasta que el fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan, y acepten esta mi voluntad libre, y léjos de todas las cosas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento; que esto sólo pretendo por remunera-

cion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria. Y porque mejor se entienda lo de adelante, diré algo de la fundacion de Granada, qué gentes la poblaron al principio, cómo se mezclaron, cómo hubo este nombre, en quién comenzó el reino de ella; puesto que no sea conforme á la opinion de muchos, pero será lo que hallé en los libros arábigos de la tierra, y los de Muley Hacén, rey de Túnez, y lo que hasta hoy queda en la memoria de los hombres, haciendo á los autores cargo de la verdad.

La ciudad de Granada, segun entiendo, fué poblacion de los de Damasco, que vinieron con Tarif su capitan (724), y diez años despues que los alárabes echaron á los godos del señorío de España, la escogieron por habitacion; porque en el suelo y aire parecia más á su tierra. Primero asentaron en Libira, que antiguamente llamaban Illiberis, y nosotros Elvira, puesta en el monte contrario de donde ahora está la ciudad, lugar falto de agua, de poco aprovechamiento, dicho el cerro de los Infantes; porque en él tuvieron su campo los infantes D. Pedro y D. Juan, cuando murieron rotos por Ozmin, capitan del rey Ismael. Era Granada uno de los pueblos de Iberia, y habia en él la gente que dejó Tarif Abentier despues de haberla tomado por luengo cerco; pero poca, pobre, y de várias naciones, como sobras de lugar destruido. No tuvieron rey hasta Habúz Aben Habúz (1014), que juntó los moradores de uno y otro lugar, fundando ciudad á la torre de San José, que llamaban de los Judíos, en el alcazaba; y su morada en la casa del Gallo, á San Cristóbal en el Albaicin. Puso en lo alto su estatua á caballo con lanza y adarga, que á manera de veleta se revuelve á todas partes, y letras que dicen: *Dijo Habúz Aben Habúz el sabio, que así se debe defender el Andalucía.* Dicen que del nombre de Naath, su mujer, y por mirar al Poniente (que en su lengua llaman garb) la llamó Garbnaath, como Naath la del Poniente. Los alárabes y asianos hablan de los sitios, como escriben; al

contrario y reves que las gentes de Europa. Otros, que de una cueva á la puerta de Bibataubín, morada de la Cava hija del conde Julian el traidor, y de Nata, que era su nombre propio, se llamó Garnata, la cueva de Nata. Porque el de la Cava todas las historias arábigas afirman que le fué puesto por haber entregado su voluntad al rey de España D. Rodrigo; y en la lengua de los alárabes cava quiere decir mujer liberal de su cuerpo. En Granada dura este nombre por algunas partes; y la memoria en el soto y torre de Roma, donde los moros afirman haber morado; no embargante que los que tratan de la destruccion de España, ponen que padre é hija murieron en Ceuta. Y los edificios que se muestran de léjos á la mar sobre el monte, entre las Quexinas y Xarxuel al Poniente de Argel, que llaman sepulcro de la Cava cristiana, cierto es haber sido un templo de la ciudad de Cesarea, hoy destruida, y en otros tiempos cabeza de la Mauritania, á quien dió el nombre de Cesariense. Lo de la amiga del rey Abenhút, y la compra que hizo á ejemplo de Dido la de Cartago, cercando con un cuero de buey cercenado el sitio donde ahora está la ciudad, los mismos moros lo tienen por fabuloso. Pero lo que se tiene por más verdadero entre ellos, y se halla en la antigüedad de sus escrituras, es haber tomado el nombre de una cueva que atraviesa de aquella parte de la ciudad hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo ví abierta, y tenida por lugar religioso, donde los ancianos de aquella nacion curaban personas tocadas de la enfermedad que dicen de demonio. Esto cuanto al nombre que tuvo en la edad de los moros; tanta variedad hay en las historias arábigas, aunque las llaman ellos escrituras de la verdad. En la nuestra, conformando el sonido del vocablo con la lengua castellana, la decimos Granada, por ser abundante. Habúz Aben Habúz deshizo el reino de Córdoba, y puso á Idriz en el señorío del Andalucía. Con esto, con el desasosiego de las ciudades comarcanas, con las guerras

que los reyes de Castilla hacian, con la destruccion de algunas, juntos los dos pueblos en uno, fué maravilla en cuán poco tiempo Granada vino á mucha grandeza. Desde entónces no faltaron reyes en ella hasta Abenhút, que echó de España los almohades, é hizo á Almería cabeza del reino. Muerto Abenhút á manos de los suyos, con el poder y armas del rey santo D. Fernando el III tomaron los de Granada por rey á Mahamet Alhamar, que era Señor de Arjona, y volvió la silla del reino de Granada, la cual fué en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix, cuando estaba en mayor prosperidad, tenía setenta mil casas, segun dicen los moros; y en alguna edad hizo tormenta, y en muchas puso cuidado á los reyes de Castilla. Hay fama que Bulhaxix halló el alquimia, y con el dinero de ella cercó el Albaicin: dividióle de la ciudad, y edificó el Alhambra con la torre que llaman de Comares (porque cupo á los de Comares fundalla); aposento real y nombrado, segun su manera de edificio, que despues acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala; alguno de ellos conocido en nuestro tiempo por los ancianos de la tierra.

Ganaron á Granada (1492) los reyes llamados Católicos Fernando é Isabel, despues de haber ellos y sus pasados sojuzgado y echado los moros de España en guerra contínua de setecientos setenta y cuatro años, y cuarenta y cuatro reyes; acabada en tiempo, que vimos al rey último Boabdelí (con grande exaltacion de la fe cristiana) desposeido de su reino y ciudad, y tornado á su primera patria allende la mar. Recibieron las llaves de la ciudad en nombre de señorío, como es costumbre de España; entraron al Alhambra, donde pusieron por alcalde y capitan general á D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, hombre de prudencia en negocios graves, de ánimo firme, asegurado con luenga experiencia de rencuentros y batallas ganadas, lugares defendidos contra moros en la mis-

ma guerra; y por prelado pusieron á fray Fernando de Talavera, religioso de la órden de San Hierónimo, cuyo ejemplo de vida y santidad España celebra, y de los que viven, algunos hay testigos de sus milagros. Diéronles compañía calificada y conveniente para fundar república nueva; que habia de ser cabeza de reino, escudo y defension contra los moros de África, que en otros tiempos fueron sus conquistadores. Mas no bastaron estas provisiones aunque juntas, para que los moros (cuyos ánimos eran desasosegados y ofendidos) no se levantasen en el Albaicin, temiendo ser echados de la ley, como del Estado: porque los Reyes, queriendo que en todo el reino fuesen cristianos, enviaron á fray Francisco Ximenez, que fué arzobispo de Toledo y cardenal, para que los persuadiese; mas ellos, gente dura, pertinaz, nuevamente conquistada, estuvieron reacios. Tomóse concierto que los renegados, ó hijos de renegados, tornasen á nuestra fe, y los demas quedasen en su ley por entónces. Tampoco esto se observaba, hasta que subió al Albaicin un alguacil, llamado Barrionuevo, á prender dos hermanos renegados en casa de la madre. Alborotóse el pueblo, tomaron las armas, mataron al alguacil, y barrearon las calles que bajan á la ciudad; eligieron cuarenta hombres autores del motin para que los gobernasen, como acontece en las cosas de justicia escrupulosamente fuera de ocasion ejecutadas. Subió el conde de Tendilla al Albaicin, y despues de habérsele hecho alguna resistencia apedreándole el adarga (que es entre ellos respuesta de rompimiento), se la tornó á enviar: al fin la recibieron, y pusiéronse en manos de los Reyes, con dejar sus haciendas á los que quisiesen quedar cristianos en la tierra, conservar su hábito y lengua, no entrar la Inquisicion hasta ciertos años, pagar fardas y las guardas; dióles el Conde por seguridad sus hijos en rehenes. Hecho esto, salieron huyendo los cuarenta electos, y levantaron á Guejar, Lanjaron, Andarax; y, últimamente, Sierra Bermeja,

nombrada por la muerte de D. Alonso de Aguilar, uno de los más celebrados capitanes de España, grande en estado y linaje. Sosegó el conde de Tendilla y concertó el motin de Albaicin; tomó á Guejar, parte por fuerza, parte rendida sin condicion, pasando á cuchillo los moradores y defensores. En la cual empresa, dicen que por no ir á Sierra Bermeja, debajo de D. Alonso de Aguilar, su hermano, con quien tuvo emulacion, se halló á servir, y fué el primero que por fuerza entró en el barrio de abajo, Gonzalo Fernandez de Córdoba, que vivia á la sazon en Loja desdeñado de los Reyes Católicos, abriendo ya el camino para el título de gran capitan, que á solas dos personas fué concedido en tantos siglos: una entre los griegos caido el Imperio en tiempo de los emperadores Comnenos, como á restaurador y defensor del Andrónico Contestephano, llamándole *megaduca*, vocablo bárbaramente compuesto de griego y latino, como acontece con los Estados perderse la elegancia de las lenguas: otra á Gonzalo Fernandez entre los españoles y latinos, por la gloria de tantas victorias suyas como viven y vivirán en la memoria del mundo. Halláronse allí, entre otros, Alarcon sin ejercicio de guerra, y Antonio de Leiva, mozo teniente de la compañía de Juan de Leiva, su padre, y despues sucesor en Lombardía de muchos capitanes generales señalados, y á ninguno de ellos inferior en victorias. La presencia del Rey Católico dió fin con mayor autoridad á esta guerra: mas guardóse el rincon de Sierra Bermeja para la muerte de D. Alonso de Aguilar; que ganada la Sierra y rotos los moros, fué necesitado á quedar en ella con la oscuridad de la noche, y con ella misma le acometieron los enemigos rompiendo su vanguardia. Murió D. Alonso peleando, y salvóse su hijo D. Pedro entre los muertos: salió el conde de Ureña, aunque dando ocasion á los cantares y libertad española; pero como buen caballero.

Sosegada esta rebelion tambien por concierto, diéronse

los Reyes Católicos á restaurar, y mejorar á Granada en religion, gobierno y edificios: establecieron el cabildo, bautizaron los moros, trujeron la chancillería, y dende á algunos años vino la Inquisicion. Gobernábase la ciudad y reino como entre pobladores y compañeros con una forma de justicia arbitraria, unidos los pensamientos, las resoluciones encaminadas en comun al bien público: esto se acabó con la vida de los viejos. Entraron los celos; la division sobre causas livianas entre los ministros de justicia y de guerra, las concordias en escrito confirmadas por cédulas; traido el entendimiento de ellas por cada una de las partes á su opinion; la ambicion de querer la una no sufrir igual, y la otra conservar la superioridad, tratada con más disimulacion que modestia. Duraron estos principios de discordia disimulada y manera de conformidad sospechosa el tiempo de D. Luis Hurtado de Mendoza (1), hijo de D. Iñigo, hombre de gran sufrimiento y templanza; mas sucediendo otros, aunque de conversacion blanda y humana, de condicion escrupulosa y propia, fuése apartando este oficio del arbitrio militar, fundándose en la legalidad y derechos, y subiéndose hasta el peligro de la autoridad, cuanto á las preeminencias: cosas que cuando estiradamente se juntan, son aborrecidas de los menores y sospechosas á los iguales. Vínose á causas y pasiones particulares, hasta pedir jueces de términos; no para divisiones ó suertes de tierras, como los romanos y nuestros pasados, sino con voz de restituir al Rey ó al público lo que le tenian ocupado, y intento de echar algunos de sus heredamientos. Este fué uno de los principios en la destruccion de Granada, comun á muchas naciones; porque los cristianos nuevos, gente sin lengua y sin favor, encogida y mostrada á servir, veian condenarse, quitar ó partir las haciendas que habian posei-

(1) Este D. Luis fué el segundo marqués de Mondéjar, y presidente de Castilla.

do, comprado ó heredado de sus abuelos, sin ser oidos. Juntáronse con estos inconvenientes y divisiones otros de mayor importancia, nacidos de principios honestos, que tomaremos de más alto.

Pusieron los Reyes Católicos el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, gente média entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros: cuya profesion eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin corrupcion de costumbres; no visitar, no recibir dones, no profesar estrecheza de amistades, no vestir ni gastar suntuosamente; blandura y humanidad en su trato, juntarse á horas señaladas para oir causas, ó para determinallas, y tratar del bien público. A su cabeza llaman presidente, más porque preside á lo que se trata, y ordena lo que se ha de tratar, y prohibe cualquier desórden, que porque los manda. Esta manera de gobierno, establecida entónces con ménos diligencia, se ha ido extendiendo por toda la cristiandad, y está hoy en el colmo de poder y autoridad: tal es su profesion de vida en comun, aunque en particular haya algunos que se desvien. A la suprema congregacion llaman Consejo Real, y á las demas chancillerías, diversos nombres en España, segun la diversidad de las provincias. A los que tratan en Castilla lo civil llaman oidores; y á los que tratan lo criminal alcaldes (que en cierta manera son sujetos á los oidores): los unos y los otros por la mayor parte ambiciosos de oficios ajenos y profesion que no es suya, especialmente la militar; persuadidos del ser de su facultad, que (segun dicen) es noticia de cosas divinas y humanas, y sciencia de lo que es justo é injusto; y por esto amigos en particular de traer por todo, como superiores, su autoridad, y apuralla á veces hasta grandes inconvenientes, y raíces de los que agora se han visto. Porque en la profesion de la guerra se ofrecen casos, que á los que no tienen plática de ella parecen negligencias; y si los procuran emendar,

cáese en imposibilidades y lazos, que no se pueden desenvolver; aunque en ausencia se juzgan diferentemente. Estiraba el capitan general su cargo sin equidad, y procuraban los ministros de justicia emendallo. Esta competencia fué causa que menudeasen quejas y capítulos al Rey; con que cansados los consejeros, y él con ellos, las provisiones saliesen várias, ó ningunas, perdiendo con la oportunidad el crédito; y se proveyesen algunas cosas de pura justicia, que atenta la calidad de los tiempos, manera de las gentes, diversidad de ocasiones, requerian templanza, ó dilacion. Todo lo de hasta aquí se ha dicho por ejemplo, y como muestra de mayores casos; con fin que se vea de cuán livianos principios se viene á ocasiones de grande importancia, guerras, hambres, mortandades, ruinas de Estados, y á veces de los señores de ellos. Tan atenta es la providencia divina á gobernar el mundo y sus partes, por órden de principios, y causas livianas que van creciendo por edades, si los hombres las quisiesen buscar con atencion.

Habia en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvasen, y estuviesen seguros en lugares de señorío; cosa que mirada en comun, y por la haz, se juzgaba que daba causa á más delitos, favor á los malhechores, impedimento á la justicia, y desautoridad á los ministros de ella. Pareció por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros Estados, mandar que los señores no cogiesen gentes de esta calidad en sus tierras; confiados que bastaba solo el nombre de justicia, para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse á vida sosegada. Tambien les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres dias; mas despues que les quitaron los refugios perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse á vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltear caminos, robar y

matar. Entró luégo la duda tras el inconveniente, sobre á qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos, como parte del oficio de la guerra, cargaron á color de ser negocio criminal, la relacion apasionada ó libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al capitan general. Diósele facultad para tomar á sueldo cierto número de gente repartida pocos á pocos, á que usurpando el nombre llamaban cuadrillas; ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desden, de la flaqueza de provision, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descuido, ó fuese negligencia ó voluntad de cada uno que no acertase su émulo. En fin, fué causa de crecer estos salteadores (monfíes los llamaban en lengua morisca), en tanto número, que para oprimillos ó para reprimillos no bastaban las unas ni las otras fuerzas. Este fué el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos; y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra. Todo esto parecia al comun cosa escandalosa; pero la razon de los hombres, ó la providencia divina (que es lo más cierto), mostró con el suceso, que fué cosa guiada para que el mal no fuese adelante, y estos reinos quedasen asegurados miéntras fuese su voluntad. Siguiéronse luégo ofensas en su ley, en las haciendas, y en el uso de la vida, así cuanto á la necesidad, como cuanto al regalo, á que es demasiadamente dada esta nacion, porque la Inquisicion los comenzó á apretar más de lo ordinario. El Rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicacion entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros á quienes criaban con esperanzas de hijos, y el hábito morisco en que tenian empleado gran caudal: obligáronlos á vestir castellano con mucha costa, que las mujeres trujesen los rostros descubier-

tos, que las casas, acostumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar los hijos, y pasallos á Castilla: vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habian prohibido la música, cantares, fiestas, bodas, conforme á su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto, sin guardia ni provision de gente; sin reforzar presidios viejos, ó firmar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser, les hizo tanta impresion, que ántes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reino á los príncipes de Berbería, ó al turco; mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del Emperador, y del rey Felipe su hijo, enfrenaba las esperanzas, é imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pié nuestras plazas mantenidas en la costa de África, las fuerzas del turco tan léjos, las de los cosarios de Argel más ocupadas en empresas y provecho particular que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia, gente ménos ofendida y más armada. En fin, creciendo igualmente nuestro espacio por una parte, y por otra los excesos de los enemigos, tantos en número, que ni podian ser castigados por manos de justicia, ni por tan poca gente como la del capitan general; eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para puestas en ejecucion. El pueblo de cristianos viejos adivinaba la verdad, cesaba el comercio y pasó de Granada á los lugares de la costa: todo era confusion, sospecha, temor; sin resolver, proveer, ni ejecutar. Vista por ellos esta manera en nosotros, y temiendo que con mayor aparejo les contraviniésemos, determinaron algunos de los principales de juntarse en Cadiar, lugar entre Granada, y

la mar, y el rio de Almería, á la entrada de la Alpujarra. Tratóse del cuándo y cómo se debian descubrir unos á otros, de la manera del tratado y ejecucion: acordaron que fuese en la fuerza del invierno; porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la montaña y llegar á Granada, y á una necesidad tornarse á recoger y poner en salvo; cuando nuestras galeras reposaban repartidas por los invernaderos y desarmadas; la noche de Navidad, que la gente de todos los pueblos está en las iglesias, solas las casas, y las personas ocupadas en oraciones y sacrificios; cuando descuidados, desarmados, torpes con el frio, suspensos con la devocion, fácilmente podian ser oprimidos de gente atenta, armada, suelta, y acostumbrada á saltos semejantes. Que se juntasen á un tiempo cuatro mil hombres de la Alpujarra, con los del Albaicin, y acometiesen la ciudad, y el Alhambra, parte por la puerta, parte con escalas; plaza guardada más con la autoridad que con la fuerza: y porque sabian que el Alhambra no podia dejar de aprovecharse de la artillería, acordaron que los moriscos de la Vega tuviesen por contraseña las primeras dos piezas que se disparasen, para que en un tiempo acudiesen á las puertas de la ciudad, las forzasen, entrasen por ellas y por los portillos; corriesen las calles, y con el fuego y con el hierro no perdonasen á persona ni á edificio. Descubrir el tratado sin ser sentidos y entre muchos, era dificultoso: pareció que los casados lo descubriesen á los casados, los viudos á los viudos, los mancebos á los mancebos; pero á tiento, probando las voluntades y el secreto de cada uno. Habian ya muchos años ántes enviado á solicitar con personas ciertas no solamente á los príncipes de Berbería, mas el Emperador de los turcos dentro en Constantinopla, que los socorriese y sacase de servidumbre, y postreramente al rey de Argel pedido armada de Levante y Poniente en su favor; porque faltos de capitanes, de cabezas, de plazas fuertes, de gente diestra, de armas, no se halla-

ron poderosos para tomar y proseguir á solas tan gran empresa. Demas de esto, resolvieron proveerse de vitualla, elegir lugar en la montaña donde guardalla, fabricar armas, reparar las que de mucho tiempo tenian escondidas, comprar nuevas, y avisar de nuevo á los reyes de Argel, Fez, señor de Tituan de esta resolucion y preparaciones. Con tal acuerdo partieron aquella habla; gente á quien el regalo, el vicio, la riqueza, la abundancia de las cosas necesarias, el vivir luengamente en gobierno de justicia é igualdad desasosegaba y traia en contínuo pensamiento.

Dende á pocos dias se juntaron otra vez con los principales del Albaicin en Churriana, fuera de Granada, á tratar del mismo negocio. Habíanles prohibido, como arriba se dijo, todas las juntas en que concurria número de gente; pero teniendo el Rey y el prelado más respeto á Dios que al peligro, se les habia concedido que hiciesen un hospital y cofradía de cristianos nuevos, que llamaron de la Resurreccion. (Dicen en español cofradía una junta de personas, que se prometen hermandad en oficios divinos y religiosos con obras.) En dias señalados concurrian en el hospital á tratar de su rebelion con esta cubierta; y para tener certinidad de sus fuerzas, enviaron personas pláticas de la tierra por todos los lugares del reino, que con ocasion de pedir limosna reconociesen las partes de él á propósito para acogerse, para recibir los enemigos, para traellos por caminos más breves, más secretos, más seguros, con más aparejo de vituallas; y éstos echasen un pedido á manera de limosna, que los de veinte y cuatro años hasta cuarenta y cinco contribuyesen diferentemente de los viejos, mujeres, niños, y impedidos: con tal astucia reconocieron el número de la gente útil para tomar armas, y la que habia armada en el reino.

Estos y otros indicios, y los delitos de los monfíes más públicos, graves y á menudo que solian, dieron ocasion al

marqués de Mondéjar (1), al conde de Tendilla su hijo, á cuyo cargo estaba la guerra, á D. Pedro de Deza, presidente de la chancillería, caballero que habia pasado por todos los oficios de su profesion y dado buena cuenta de ellos, al Arzobispo, á los jueces de Inquisicion, de poner nuevo cuidado y diligencia en descubrir los motivos de estos hombres, y asegurarse parte con lo que podian, y parte con acudir al Rey y pedir mayores fuerzas cada uno segun su oficio, para hacer justicia y reprimir la insolencia; que este nombre le ponian, como á cosa incierta: hasta que estando el marqués de Mondéjar en Madrid, fué avisado el Rey más particularmente. Partió el Marqués en diligencia, y llevó comision para crecer en la guardia del reino alguna poca gente, pero la que pareció que bastàba en aquella ocasion y en las que se ofreciesen por mar contra los moros berberíes. Mas las personas á cuyo cargo era la provision, aunque se creyeron los avisos; ó importunados con el menudear de ellos, ó juzgando á los autores por más ambiciosos que diligentes, hicieron provision tan pequeña, que bastó para mover las causas de la enfermedad, y no para remedialla; como suelen medicinas flojas en cuerpos llenos. Por lo cual vistas por los monfíes y principales de la conjuracion las diligencias que se hacian de parte de los ministros para apurar la verdad del tratado; el temor de ser prevenidos, y la avilanteza de nuestras pocas fuerzas, los acució á resolverse sin aguardar socorro, con sólo avisar á Berbería del término en que las cosas se hallaban, y solicitar gente y armas con la armada, dando por contraseño que entre los navíos que viniesen de Argel y Tituan trajesen las capitanas una vela colorada, y que los navíos de Tituan acudiesen á la costa de Marbella para

(1) El tercer marqués de Mondéjar es el que de aquí adelante siempre se nombra: llamóse D. Iñigo, y fué virey de Valencia y Nápoles; y sobrino del autor.

dar calor á la sierra de Ronda y tierra de Málaga; y los de Argel á cabo de Gata, que los romanos llamaban promontorio de Caridemo, para socorrer á la Alpujarra y rios de Almería y Almazora, y mover con la vecindad los ánimos de la gente sosegada en el reino de Valencia. Mas estos estuvieron siempre firmes; ó que en la memoria de los viejos quedase el mal suceso de la sierra de Espadan en tiempo del emperador Cárlos; ó que teniendo por liviandad el tratado, y dificultosa la empresa, esperasen á ver cómo se movia la generalidad, con qué fuerzas, fundamento y certeza de esperanzas en Berbería. Enviaron á Argel al Partal que vivia en Narila, lugar del partido de Cadiar, hombre rico, diligente y tan cuerdo, que la segunda vez que fué á Berbería, llevó su hacienda y dos hermanos, y quedó en Argel. Este y Xeniz, que despues vendió y mató al Abenabó su señor, á quien ellos levantaron por segundo rey, estaban en aquella congregacion como diputados en nombre de toda la Alpujarra; y por tener alguna cabeza en quien se mantuviesen unidos, más que por sujetarse á otras sino á las que el rey de Argel los nombrase, resolvieron en 27 de Setiembre de 1568 hacer rey (1), persuadidos con la razon de D. Fernando de Valor, el Zaguer, que en su lengua quiere decir el menor, á quien por otro nombre llamaban Aben Xahuar, hombre de gran autoridad y de consejo maduro, entendido en las cosas del reino y de su ley. Este, viendo que la grandeza del hecho traia miedo, dilacion, diversidad de casos, mudanzas de parecer, los juntó en casa de Zinzan en el Albaicin, y les habló:

«Poniéndoles delante la opresion en que estaban, sujetos á hombres públicos y particulares, no ménos esclavos »que si lo fuesen. Mujeres, hijos, haciendas, y sus propias »personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza

(1) Algo difiere Mármol, véase lib. IV, cap. VII.

»en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre: su»friendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposicio»nes, nuevos tributos, y privados del refugio de los luga»res de señorío, donde los culpados, puesto que por acci»dentes ó por venganzas (esta es la causa entre ellos más »justificada), se aseguran; echados de la inmunidad y fran»queza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban »asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos »sujetos de enriquecer clérigos; no tener acogida á Dios »ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre »los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos »entre los moros para no ser creidos ni ayudados. Exclui»dos de la vida y conversacion de personas, mándannos »que no hablemos nuestra lengua, y no entendemos la cas»tellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los con»ceptos, y pedir ó dar las cosas, sin que no puede estar el »trato de los hombres? Aun á los animales no se vedan las »voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua »castellana no pueda tener la ley del Profeta, y el de la »lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos »á sus congregaciones y casas de letras: enséñanles artes »que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no »se confundiese la puridad, y se hiciese litigiosa la verdad »de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los bra»zos de sus madres, y de la crianza de sus padres, y pa»sarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera »de vida, y aprendan á ser enemigos de los padres que »los engendramos, y de las madres que los parieron. Mán»dannos dejar nuestro hábito, y vestir el castellano. Vís»tense entre ellos los tudescos de una manera, los fran»ceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los »mozos de otra, y de otra los viejos: cada nacion, cada »profesion y cada estado usa su manera de vestido, y »todos son cristianos; y nosotros moros, porque vesti»mos á la morisca, como si trujésemos la ley en el ves-

»tido, y no en el corazon. Las haciendas no son bastantes »para comprar vestidos para dueños y familias; del hábito »que traíamos no podemos disponer, porque nadie compra »lo que no ha de traer; para traello es prohibido, para ven»dello es inútil. Cuando en una casa se prohibiere el anti»guo, y comprare el nuevo del caudal que teníamos para »sustentarnos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar »nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pela»dos como ricos: nadie nos ayudará, porque los moriscos »padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no »nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan »pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que ca»sando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capi»tan que llamaban Alatar, deudo de algunos de los que »aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados »para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué »servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riqueza »para perder unos hábitos y comprar otros? Quítannos el »servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran »permitidos por ser de nuestra nacion: habíamoslos com»prado, criado, mantenido: ¿esta pérdida sobre las otras? »¿Qué harán los que no tuvieren hijos que los sirvan, ni »hacienda con que mantener criados si enferman, si se in»habilitan, si envejecen, sino prevenir la muerte? Van »nuestras mujeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas »mismas á servirse y proveerse de lo necesario á sus »casas; mándanles descubrir los rostros: si son vistas, se»rán codiciadas y áun requeridas; y veráse quién son las »que dieron la avilanteza al atrevimiento de mozos y vie»jos. Mándannos tener abiertas las puertas que nuestros »pasados con tanta religion y cuidado tuvieron cerradas; »no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. »¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malhechores, de »atrevidos y desvergonzados adúlteros, y que éstos ten»gan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan

»que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nues»tras personas, violar nuestras honras? No solamente nos »quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, »sino tambien los entretenimientos; así los que se intro»dujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones »de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, co»midas; como los que son necesarios para la limpieza, »convenientes para la salud. ¿Vivirán nuestras mujeres sin »baños, introduccion tan antigua? ¿Veránlas en sus casas, »tristes, sucias, enfermas, donde tenian la limpeza por con»tentamiento, por vestido, por sanidad? Representóles el »estado de la cristiandad; las divisiones entre herejes y ca»tólicos en Francia; la rebelion de Flandes; Inglaterra sos»pechosa; y los flamencos huidos solicitando en Alemania »los príncipes de ella. El Rey falto de dineros y gente plá»tica, mal armadas las galeras, proveidas á remiendos, la »chusma libre; los capitanes y hombres de cabo descon»tentos, como forzados. Se previniesen: no solamente »el reino de Granada, pero parte del Andalucía que tuvie»ron sus pasados, y agora poseen sus enemigos, pueden »ocupar con el primer ímpetu; ó mantenerse en su tierra, »cuando se contenten con ella sin pasar adelante. Montaña »áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estre»chos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos gente »suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frio, »sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acome»ter, prestos á desparcirse y juntarse: españoles contra es»pañoles, muchos en número, proveidos de vitualla, no tan »faltos de armas que para los principios no les basten; y en »lugar de las que no tienen, las piedras delante de los piés, »que contra gente desarmada son armas bastantes. Y »cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se »habian juntado, si cualquiera de ellos no tuviera confianza »del otro que era suficiente para dar cobro á tan gran he»cho; y si, como siendo sentidos habian de ser compañe-

»ros en la culpa y el castigo, no fuesen despues parte en »las esperanzas y frutos de ellas, llevándolas al cabo. »Cuanto más que ni las ofensas podian ser vengadas, ni »deshechos los desagravios, ni sus vidas y casas manteni»das, y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del »hierro, de la union y concordia, y una determinada reso»lucion con todas sus fuerzas juntas. Para lo cual era ne»cesario elegir cabeza de ellos mismos, ó fuese con nombre »de xeque, ó de capitan, ó de alcaide, ó de rey, si les plu»guiese, que los tuviese juntos en justicia y seguridad.»

Xeque llaman ellos al más honrado de una generacion, quiere decir, el más anciano: á éstos dan el gobierno con autoridad de vida y muerte. Y porque esta nacion se vence tanto más de la vanidad de la astrología y adivinanzas, cuanto más vecinos estuvieron sus pasados de Caldea, donde la sciencia tuvo principio, no dejó de acordalles á este propósito, cuántos años atras por boca de grandes sabios en movimiento y lumbre de estrellas, y profetas en su ley, estaba declarado que se levantarian á tornar por sí; cobrarian la tierra y reinos que sus pasados perdieron, hasta señalar el mismo año despues que Mahoma les dió la ley (hegira le llaman ellos en su cuenta, que quiere decir el destierro, porque la dió siendo desterrado de Meca), y venía justo con esta rebelion. Representóles prodigios, y apariencias extraordinarias de gente armada en el aire á las faldas de Sierra Nevada, aves de desusada manera dentro en Granada, partos monstruosos de animales en tierra de Baza, y trabajos del sol con el eclipse de los años pasados, que mostraban adversidad á los cristianos, á quien ellos atribuyen el favor, ó disfavor de este planeta; como á sí el de la luna.

Tal fué la habla que D. Fernando el Zaguer les hizo; con que quedaron animados, indignados y resueltos en general de rebelarse presto, y en particular de elegir rey de su nacion; pero no quedaron determinados en el cuándo pre-

cisamente, ni á quién. Una cosa muy de notar califica los principios de esta rebelion, que gente de mediana condicion mostrada á guardar poco secreto y hablar juntos, callasen tanto tiempo, y tantos hombres, en tierra donde hay alcaldes de corte y inquisidores, cuya profesion es descubrir delitos. Habia entre ellos un mancebo llamado D. Fernando de Valor, sobrino de D. Fernando el Zaguer, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Valor, porque vivian en Valor, alto lugar de la Alpujarra puesto cuasi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linaje de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En éste pusieron los ojos; así porque les movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tio, como porque habia vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores, y parte de los testigos. De esta resolucion, aunque no tan en particular, hubo noticia, y fué el Rey avisado; pero estaba el negocio cierto y el tiempo en duda: y, como suele acontecer á las provisiones en que se junta la dificultad con el temor, cada uno de los consejeros era en que se atajase con mayor poder; pero juntos juzgaban ser el remedio fácil, y las fuerzas de los ministros bastantes, el dinero poco necesario, porque habia de salir del mismo negocio; y menospreciaban esto, encareciendo el remedio de mayores cosas: porque los Estados de Flandes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recien pacificados por el duque de Alba. Mas puesto que las fuerzas del Rey y la experiencia del Duque-capitan, criado debajo de la disciplina del Emperador, testigo y parte en sus victorias, bastasen para mayores empresas; todavía lo que se temia de parte de Inglaterra, y las fuerzas de los hugonotes en Francia, algunas sospechas de príncipes de Alemania, y designios de Italia, daban cuidado; y tanto mayor por ser

la rebelion de Flandes por causas de religion comunes con los franceses, ingleses y alemanes; y por quejas de tributos, y gravezas comunes con todos los que son vasallos, aunque sean livianas y ellos bien tratados. Esto dió á los enemigos mayor avilanteza, y á nosotros causa de dilacion. Comenzaron á juntar más al descubierto gente de todas maneras: si hombre ocioso habia perdido su hacienda, malbaratándola por redimir delitos; si homicida salteador ó condenado en juicio, ó que temiese por culpas que lo sería; los que se mantenian de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traian desasosegados; fueron autores ó ministros de esta rebelion. Si algun bueno habia y fuera de semejantes vicios, con el ejemplo y conversacion de los malos brevemente se tornaba como ellos; porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, más desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin, el temor de que eran descubiertos, y sería prevenida su determinacion con el castigo, movió á los que gobernaban el negocio, y entre ellos á D. Fernando el Zaguer, á pensar en algun caso con que obligasen y necesitasen al pueblo á salir de tibieza y tomar las armas. Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuracion y otras, con veinte y seis personas del Alpujarra á San Miguel en casa del Hardon, hombre señalado entre ellos, á quien mandó el duque de Arcos despues justiciar. Posaba en la casa del Carcí, yerno suyo; eligieron á D. Fernando de Valor por rey con esta solemnidad: los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mujeres á otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman faquíes, cierta profecía hecha en el año de los árabes de y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que habia de ser bautizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaria la de los cristianos.

Dijo que esto concurria en D. Fernando, y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusiéronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oracion inclinándose sobre las banderas, el rostro al Oriente (zalá la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino; defendiéndola á ella, y á él, y á sus vasallos. En esto levantó el pié; y en señal de general obediencia postróse Aben Farax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo rey tenía la planta. A éste hizo su justicia mayor: lleváronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: «*Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba.*» Tal era la antigua ceremonia con que eligian los reyes de la Andalucía y despues los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente á los compañeros en la conjuracion; señalaron dia y hora para ejecutalla; fueron los que tenian cargos á sus partidos. Nombró Aben Humeya por capitan general á su tio Aben Xauhar, que partió luégo para Cadiar, donde tenía casa y hacienda.

Pasaba el capitan Herrera á la sazon de Granada para Abra con cuarenta caballos, y vino á hacer la noche en Cadiar. Mas Aben Xauhar el Zaguer, vista la ocasion tan á su propósito, habló con los vecinos, persuadiéndoles que cada uno matase á su huésped. No fueron perezosos; porque pasada la media noche no hubo dificultad en matar muchos á pocos, armados á desarmados, prevenidos á seguros y torpes con el sueño, con el cansancio, con el vino: pasaron al capitan y á los soldados por la espada. Venida la mañana, juntáronse y tomaron lo áspero de la sierra, como gente levantada; donde ni hubo tiempo ni aparejo para castigallos. Este fué el primer exceso y más descubierto con que los enemigos, ó por fuerza ó por voluntad, fueron necesitados á tomar las armas sin otra respuesta de Berbería mas de esperanzas, y esas generales.

Era entónces Selim el II, emperador de los turcos recien heredado, victorioso por la toma de Zigueto, plaza fuerte y proveida en Hungría: habia hecho nueva tregua con el emperador Maximiliano el II, concertándose con el Sofí por la parte de Armenia, y por la de Suria con los xeques alárabes que le trabajaban sus confines, y con los genízaros, infantería que se suele desasosegar con la entrada de nuevo señor. Tenía en el ánimo las empresas que descubrió contra venecianos en Cypro, contra el rey de Túnez en Berbería; y quc como no le convenia repartir sus fuerzas en muchas partes, así le convenia que las del Rey Católico estuviesen repartidas y ocupadas. Dícese que en este tiempo vino del rey de Argel respuesta á los moriscos animándoles á perseverar en la prosecucion del tratado, pero excusándose de enviar el armada con que esperaba órden de Constantinopla. El rey de Fez, como religioso en su ley, y del linaje de los Xarifes, tenidos entre los moros por santos, les prometió más resuelto socorro. Todavía vinieron por medio de personas fiadas á tratar ambos reyes de la calidad del caso, de la posibilidad de los moriscos; y midiendo sus fuerzas de mar y tierra con las del rey de España, hallaron no ser bastantes pare contrastalle: y aunque se confederaron, sólo fué para que el rey de Argel hiciese la empresa de Túnez y Biserta, en tanto que el rey D. Felipe estaba ocupado en allanar la rebelion de Granada; y juntamente permitir que de sus tierras fuese alguna gente á sueldo, en especial de moros andaluces, que se habian pasado á Berbería; y mercaderes pudiesen cargar armas, municiones, vitualla, con que los moriscos fuesen por sus dineros socorridos.

Alpujarra llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre de Levante á Poniente prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo mas ancho, poco más ó ménos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moris-

cos (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de sedas. Esta montaña como era principal en la rebelion, así la escogieron por sitio en que mantener la guerra por tener la mar donde esperaba socorro, por la dificultad de los pasos y calidad de la tierra, por la gente que entre ellos es tenida por brava. Habian ya pensado rebelarse otras dos veces ántes, una Juéves Santo, otra por Setiembre de este año: tenian prevenido á Aluch Alí con el armada de Argel; mas él entendiendo que el conde de Tendilla estaba avisado y aguardándole en el campo, volvió, dejándose de la empresa, con el armada á Berbería. En fin, á los 23 de Diciembre, luégo que sucedió el caso de Cadiar, la misma gente con las armas mojadas en la sangre de aquellos pocos, salieron en público; movieron los lugares comarcanos y los demas de la Alpujarra y rio de Almería, con quien tenian comun el tratado, enviando por corredores, y para descubrir los ánimos y motivo de la gente de Granada y la vega, á Farax Aben Farax con hasta ciento cincuenta hombres, gente suelta y desmandada, escogida entre los que mayor obligacion y más esfuerzo tenian. Ellos recogiendo la que se les llegaba, tomaron resolucion de acometer á Granada, y caminaron para ella con hasta seis mil hombres mal armados, pero juntos y con buen órden, segun su costumbre.

En España no habia galeras: el poder del Rey ocupado en regiones apartadas; y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado: que tal estado era el que á ellos parecia más á su propósito. Los ministros y gente en Granada, más sospechosa que proveida, como pasa donde hay miedo y confusion. Pero fué acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo, y caer tanta nieve en la Sierra que llaman Nevada y antiguamente Soloria, y los moros Solaira, que cegó los pasos y veredas cuanto bastaba para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax con

los ciento y cincuenta hombres poco ántes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino de la sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre. Llegaron al Albaicin, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los reyes de Fez y Argel, y afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada: cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes; y á los ausentes dió tanto más en qué pensar, cuanto más léjos se hallaban: porque semejantes acaecimientos, cuanto más se van apartando de su principio, tanto parecen mayores, y se juzgan con mayor encarecimiento. ¡Y que en un reino pacífico, lleno de armas, prudencia, justicia, riquezas; gobernado por el Rey que pocos años ántes habia hecho en persona el mayor principio que nunca hizo rey en España; vencido en un año dos batallas; ocupado por fuerza tres plazas al poder de Francia; compuesto negocio tan desconfiado como la restitucion del duque de Saboya; hecho por sus capitanes otras empresas; atravesado sus banderas de Italia á Flandes (viaje al parecer imposible), por tierras y gentes que despues de las armas romanas nunca vieron otras en su comarca; pacificado sus Estados con victorias, con sangre, con castigos; dentro, en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada por la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras; entrase gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad, apellidando nombres de reyes infieles enemigos! Estado poco seguro es el de quien se descuida creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofendelle. Los moriscos, hombres más prevenidos que diestros, esperaban por horas la gente de la Alpujarra: salian el Tagarí y Monfarrix, dos capitanes, todas las noches al cerro de santa Helena por reconocer; y salieron la noche ántes con cincuenta hombres escogidos,

y diez y siete escalas grandes, para juntándose con Farax entrar en el Alhambra; mas visto que no venian al tiempo, escondiendo las escalas en una cueva se volvieron sin salir la siguiente noche, pareciéndoles, como poco pláticos de semejantes casos, que la tempestad estorbaria á venir tanta gente junta, con que pudiesen ellos y sus compañeros poner en ejecucion el tratado del Alhambra; debiéndose esperar semejante noche para escalarla. Mas los del Albaicin estuvieron sosegados en las casas, cerradas las puertas, como ignorantes del tratado, oyendo el pregon; porque aunque se hubiese comunicado con ellos, no con todos en general ni particularmente; ni estaban todos ciertos del dia (aunque se dilató poco la venida), ni del número de la gente, ni de la órden con que entraban, ni de la que en lo porvenir ternian. Díjose que uno de los viejos, abriendo la ventana, preguntó: *cuántos eran*, y respondiéndole: *seis mil*, cerró, y dijo: *pocos sois, y venís presto*, dando á entender que habian primero de comenzar por el Alhambra, y despues venir por el Albaicin, y con las fuerzas del rey de Argel. Tampoco se movieron los de la vega, que seguian á los del Albaicin; especialmente no oyendo la artillería del Alhambra que tenian por contraseño. Habia entre los que gobernaban la ciudad emulacion y voluntades diferentes; pero no por esto, así ellos como la gente principal y pueblo, dejaron de hacer la parte que tocaba á cada uno. Estúvose la noche en armas: tuvo el conde de Tendilla el Alhambra á punto, escandalizado de la música morisca, cosa en aquel tiempo ya desusada, pero avisado de lo que era, con mejor guardia. El Marqués, aunque no tenía noticia del contraseño que los moros habian dado á la gente de la Vega, y él le tenía dado á la gente de la ciudad, que en la ocasion habia de disparar tres piezas; temiendo que si se hacía pensasen los moros que estaba en aprieto, y acometiesen el Alhambra en que habia poca guardia, mandó que ningun movimiento se hi-

ciese, ni se pidiese gente á la ciudad; que fué la salvacion del peligro, aunque proveido á otro propósito; porque acudiendo los moriscos de la Vega al contraseño, necesitaban á los del Albaicin á declararse y juntarse con ellos, y como descubiertos combatir la ciudad. Bajó el Conde á la plaza nueva y puso la gente en órden: acudieron muchos de los forasteros y de la ciudad, personas principales, al presidente D. Pedro de Deza por su oficio, por el cuidado que le habian visto poner en descubrir y atajar el tratado, por su afabilidad, buena manera generalmente con todos, y algunos por la diferencia de voluntades que conocian entre él y el marqués de Mondéjar. Este con solos cuatro de á caballo y el Corregidor, subió al Albaicin; más por reconocer lo pasado, que suspender el daño que se esperaba, ó asosegar los ánimos que ya tenía por perdidos, contento con alargar algun dia el peligro; mostrando confianza, y gozar del tiempo que fuese comun á ellos, para ver cómo procedian sus valedores; y á él para armarse y proveerse de lo necesario, y resistir á los unos y á los otros. Hablóles: *encareció su lealtad y firmeza, su prudencia en no dar crédito á la liviandad de pocos y perdidos, sin prendas, livianos; hombres que con las culpas ajenas pensaban redimir sus delitos ó adelantarse. Tal confianza se habia hecho siempre, y en casos tan calificados de la voluntad que tenian al servicio del Rey, poniendo personas, haciendas y vidas con tanta obediencia á los ministros; ofreciéndose de ser testigo, y representador de su fe y servicios, intercediendo con el Rey para que fuesen conocidos, estimados y remunerados.* Pero ellos, respondiendo pocas palabras, y esas más con semblante de culpados y arrepentidos que de determinados, ofrecieron la obra y perseverancia que habian mostrado en todas las ocasiones; y pareciéndole al Marqués bastar aquello sin quitalles el miedo que tenian del pueblo, se bajó á la ciudad. Habia ya enviado á reconocer los enemigos; porque ni del pro-

pósito, ni del número, ni de la calidad de ellos, ni de las espaldas con que habian entrado se tenía certeza, ni del camino que hacian. Refirieron que habiendo parado en la casa de las Gallinas, atravesaban el Genil la vuelta de la sierra; puso recaudo en los lugares que convenia; encomendó al Corregidor la guardia de la ciudad; dejó en el Alhambra, donde habia pocos soldados mal pagados, y éstos de á caballo, el recaudo que bastaba, juntando á éste los criados y allegados del conde de Tendilla, personas de crédito y amistades en la ciudad. Él con la caballería que se halló, siguió á los enemigos, llevando consigo á su yerno y bijos (1): siguiéronle, parte por servir al Rey, parte por amistad, ó por probar sus personas, ó por curiosidad de ver toda la gente desocupada y principal que se hallaba en la ciudad. Salió con la gente de su casa el conde de Miranda D. Pedro de Zúñiga (2), que á la sazon residia en pleitos, grande, igual en estado y linaje: eran todos pocos, pero calificados. Mas los enemigos, visto que los vecinos del Albaicin estaban quedos, y los de la Vega no acudian; con haber muerto un soldado, herido otro, saqueado una tienda y otra, como en señal de que habian entrado, tomaron el camino que habian traido, y por las espaldas de la Alhambra prolongando la muralla, llegaron á la casa que por estar sobre el rio llamaban los moros Dar-al-huet, y nosotros de las Gallinas, segun los atajadores habian referido. Pararon á almorzar, y estuvieron hasta las ocho de la mañana; todo guiado por Farax para mostrar que habia cumplido con la comision, y acusar á los del Albaicin ó su miedo ó su desconfianza, y áun con esperanza que llegada a gente de la Alpujarra harian más movimiento. Pero despues que ni lo uno ni lo otro le sucedió, acogióse al ca-

(1) Era este yerno D. Alonso de Cárdenas, que despues por muerte de su padre fué conde de la Puebla.

(2) Fué este D. Pedro conde de Miranda, hermano y suegro del que en nuestros dias fué presidente de Italia y de Castilla.

mino de Nigueles arrimándose á la falda de la montaña, y puesto en lo áspero, caminó haciendo muestra que esperaba. Pocos de la compañía del Marqués alcanzaron á mostrarse, y ninguno llegó á las manos por la aspereza del sitio; aunque le siguieron por el paso del rio de Monachil hasta atravesar el barranco, y de allí al paraje de Dilar, por donde entraron sin daño en lo más áspero.

Duró este seguimiento hasta el anochecer, que pareció al Marqués poco necesario quedar allí, y mucho proveer á la guarda y seguridad de la ciudad; temeroso que juntándose los moriscos del Albaicin con los de la Vega, la acometerian sola de gente y desarmada. Tornó una hora ántes de media noche; y sin perder tiempo comenzó á prevenir y llamar la gente que pudo, sin dineros, y que estaba más cerca; los que por servir al Rey, los que por su seguridad, por amistad del Marqués, memoria del padre y abuelo, cuya fama era grande en aquel reino, por esperanza de ganar, por el ruido ó vanidad de la guerra, quisieron juntarse. Hizo llamamientos generales pidiendo gente á las ciudades y señores de la Andalucía; á cada uno conforme á la obligacion antigua y usanza de los concejos, que era venir la gente á su costa el tiempo que duraba la comida que podian traer á los hombros (talegas las llamaban los pasados, y nosotros ahora mochilas). Contábase para una semana; mas acabada servian tres meses pagados por sus pueblos enteramente, y seis meses adelante pagaban los pueblos la mitad, y otra mitad el Rey: tornaban éstos á sus casas, venian otros; manera de levantarse gente dañosa para la guerra y para ella, porque siempre era nueva. Esta obligacion tenian como pobladores por razon del sueldo que el Rey les repartia por heredades, cuando se ganaba algun lugar de los enemigos. Llamó tambien á soldados particulares, aunque ocupados en otras partes; á los que vivian al sueldo del Rey, á los que olvidadas ó colgadas las esperanzas y armas reposaban en sus casas. Proveyó de

armas y de vitualla; envió espías por todas partes á calar el motivo de los enemigos, avisó y pidió dineros al Rey, para resistillos y asegurar la ciudad. Mas en ella era el miedo mayor que la causa: cualquier sospecha daba desasosiego, y ponia los vecinos en arma; discurrir á diversas partes, de ahí volver á casa; medir el peligro cada uno con su temor, trocados de contínua paz en contínua alteracion, tristeza, turbacion, y priesa; no fiar de persona ni de lugar; las mujeres á unas y á otras partes preguntar, visitar templos: muchas de las principales se acogieron á la Alhambra, otras con sus familias salieron por mayor seguridad á lugares de la comarca. Estaban las casas yermas y las tiendas cerradas; suspenso el trato; mudadas las horas de oficios divinos y humanos; atentos los religiosos y ocupados en oraciones y plegarias, como se suele en tiempo y punto de grandes peligros. Llegó en las primeras la gente de las villas sujetas á Granada, la de Alcalá y Loja: envió el Márqués una compañía que sacase los cristianos viejos que estaban en Restaval, cierto que el primer acometimiento sería contra ellos: en Durcal puso dos compañías; porque los enemigos no pasasen á Granada sin quedar guarnicion de gente á las espaldas; y á D. Diego de Quesada con una compañía de infantería y otra de caballos en guarda de la puente de Tablate, paso derecho de la Alpujarra á Granada. El Presidente, aliviado ya del peligro presente, comenzó á pensar con más libertad en el servicio del Rey, ó en la emulacion contra el marqués de Mondéjar: escribió á D. Luis Fajardo, marqués de Vélez, que era adelantado del reino de Murcia y capitan general en la provincia de Cartagena (ciudad nombrada más por la seguridad del puerto y por la destruicion que en ella hizo Scipion el Africano, que por la grandeza ó suntuosidad del edificio), animándole á juntar gente de aquellas provincias y de sus deudos y amigos, y entrar en el rio de Almería; donde haria servicio al Rey, socorreria aquella ciudad que

de mar y tierra estaba en peligro, y aprovecharia á la gente con las riquezas de los enemigos. Era el Marqués tenido por diligente y animoso; y entre él y el marqués de Mondéjar hubo siempre diferencias y alongamiento de voluntad, traido dende los padres y abuelos. El de Vélez sirvió al Emperador en las empresas de Túnez y Provenza, el de Mondéjar en la de Argel; ambos tenian noticia de la tierra donde cada uno de ellos servía. Comenzó el de Vélez á ponerse en órden, á juntar gente, parte á sueldo de su hacienda, parte de amigos.

Entretanto el nuevo electo rey de Granada, en cuanto le duró la esperanza que el Albaicin y la Vega habian de hacer movimiento, estuvo quedo; mas como vió tan sosegada la gente, y las voluntades con tan poca demostracion, salió sólo camino de la Alpujarra: encontráronle á la salida de Lanjaron, á pié, el caballo del diestro; pero siendo avisado que no pasase adelante, porque la tierra estaba alborotada, subió en su caballo, y con más priesa tomó el camino de Valor. Habian los moriscos levantados hecho de sí dos partes; una llevó el camino de Órgiva, lugar del duque de Sesa (que fué de su abuelo el Gran Capitan) entre Granada y la entrada de la Alpujarra, al Levante tierra de Almería, al Poniente la de Salobreña y Almuñécar, al Norte la misma Granada, al Mediodía la mar con muchas calas donde se podian acoger navíos grandes. Sobre esta villa como más importante se pusieron dos mil hombres repartidos en veinte banderas: las cabezas eran el alcaide de Mecina, y el corceni de Motril. Fueron los cristianos viejos avisados, que serian como ciento y sesenta personas, hombres, mujeres y niños: recogiólos en la torre Gaspar de Saravia, que estaba por el Duque. Mas los moros comenzaron á combatirla; pusieron arcabucería en la torre de la iglesia, que los cristianos saltando fuera echaron de ella: llegáronse á picar la muralla con una manta, la cual les desbarataron echando piedras y que-

mándola con aceite y fuego; quisieron quemar las puertas, pero halláronlas ciegas con tierra y piedra. Amonestábalos á menudo un almuedano desde la iglesia con gran voz, que se rindiesen á su rey Aben Humeya. (Dicen almuedano al hombre que á voces los convoca á oracion: porque en su ley se les prohibe el uso de las campanas.) Llamaron á un vicario de Poqueira, hombre entre los unos y los otros de autoridad y crédito, para que los persuadiese á entregarse; certificándoles que Granada y el Alhambra estaban ya en poder de los moros: prometian la vida y libertad al que se rindiese, y al que se tornase moro la hacienda y otros bienes para él y sus sucesores: tales eran los sermones que les hacian. La otra banda de gente caminó derecho á Granada á hacer espaldas á Farax Aben Farax y á los que enviaron, y á recibir al que ellos llamaban rey, á quien encontraron cerca de Lanjaron, y pasaron con él adelante hasta Durcal. Pero entendiendo que el Marqués habia dejado puesta guarnicion en él, volvieron á Valor el alto, y de allí á un barrio que llaman Lauxar en el medio de la Alpujarra; adonde con la misma solemnidad que en Granada, le alzaron en hombros y le eligieron por su rey. Allí acabó de repartir los oficios, alcaidías, alguacilazgos por comarcas (á que ellos llaman en su lengua tahas), y por valles, y declaró por capitan general á su tio Aben Xauhar que llamaban D. Fernando el Zaguer, y por su alguacil mayor á Farax Aben Farax (alguacil dicen ellos al primer oficio despues de la persona del rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres sin consultarlo). Vistiéronle de púrpura; pusiéronle casa como á los reyes de Granada, segun que lo oyeron á sus pasados. Tomó tres mujeres; una con quien él tenía conversacion y la trujo consigo, otra del rio de Almanzora, y otra de Tavernas, porque con el deudo tuviese aquella provincia más obligada; sin otra con quien él primero fué casado, hija de uno que llamaban Rojas. Mas dende á pocos dias mandó

matar al suegro y dos cuñados, porque no quisieron tomar su ley: dejó la mujer, perdonó la suegra, porque la habia parido, y quiso gracias por ello como piadoso. Comenzaron por el Alpujarra, rio de Almería, Bolodui y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos dotrinado en la nuestra, ó por haberlos ofendido, les eran odiosos. En Guecija, lugar del rio de Almería, quemaron por voto un convento de frailes agustinos, que se recogieron á la torre, echándoles por un horado de lo alto aceite hirviendo: sirviéndose de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra, para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena hinchieron de pólvora y pusiéronle fuego; al Vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle á las saetadas; á otros lo mismo, dejándolos morir de hambre. Cortaron á otros miembros, y entregáronlos á las mujeres que con agujas los matasen: á quién apedrearon, á quién acañaverearon, desollaron, despeñaron; y á los hijos de Arze, alcaide de la Peza, uno degollaron, y otro crucificaron, azotándole é hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme á la de Nuestro Redentor, aunque en la vida fué todo al contrario; y murió confortando al hermano que descabezaron. Estas crueldades hicieron los ofendidos por vengarse; los monfíes por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas, ó las persuadian ó las consentian; los justificados las miraban y loaban por tener al pueblo más culpado, más obligado, más desconfiado, y sin esperanzas de perdon: permitíalo el nuevo Rey, y á veces lo mandaba. Fué gran testimonio de nuestra fe, y de compararse con la del tiempo de los Apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo (aunque todos ó los más fuesen requeridos y persuadidos con seguridad, autoridad y ri-

quezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra) que quisiese renegar; ántes con humildad y paciencia cristiana las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los más distraidos se ofrecian con más voluntad al martirio. Duró esta persecucion cuanto el calor de la rebelion, y la furia de las venganzas; resistiendo Aben Xauhar y otros tan blandamente, que encendian más lo uno y lo otro. Mas el Rey, porque no pareciese que tantas crueldades se hacian con su autoridad, mandó pregonar que ninguno matase niño de diez años abajo, ni mujer ni hombre sin causa. En cuanto esto pasaba envió á Berbería á su hermano (que ya llamaban Abdalá) con presente de cautivos y la nueva de su eleccion al rey de Argel, la obediencia al señor de los turcos: dióle comision que pidiese ayuda para mantener el reino. Tras él envió á Hernando el Habaqui á tomar turcos á sueldo, de quien adelante se hará memoria. Mas éste, dejando concertados soldados, trajo consigo un turco llamado Dalí, capitan, con armas y mercaderes en una fusta. Recibió el rey de Argel á Abdalá como á hermano del Rey: regalóle y vistióle de paños de seda; envióle á Constantinopla, más por entretener al hermano con esperanzas, que por dalle socorro. En este mismo tiempo se acabaron de rebelar los demas lugares del rio de Almería.

Estaba entónces en Dalias Diego de la Gasca, capitan de Adra, que habiendo entendido el motin víspera de Navidad (dia señalado generalmente para rebelarse todo el reino), iba por reconocer á Uxixar; mas hallándola levantada, fué seguido de los enemigos hasta encerralle en Adra, lugar guardado á la marina, asentado cuasi donde los antiguos llamaban Abdera; que Pedro Verdugo, proveedor de Málaga, con barcos basteció de gente y vituallas, luego que entendió la muerte del capitan Herrera en Cadiar. Pasaron adelante visto el poco efecto que hacian en Adra, y juntando con su misma gente hasta mil y cuatrocientos hom-

bres con un moro que llamaban el Ramí, ocuparon el Chitre (Chutre le dicen otros), sitio fuerte junto á Almería, creyendo que los moriscos vecinos de la ciudad tomarian las armas contra los cristianos viejos: escribieron y enviaron personas ciertas á solicitar entre otros á D. Alonso de Vanegas, hombre noble de gran autoridad, que con la carta cerrada se fué al ayuntamiento de los regidores; y leida, pensando un poco cayó desmayado, mas tornándole los otros regidores y reprendiéndole, respondió: *recia tentacion es la del reino;* y dióles la carta en que parecia como le ofrecian tomalle por rey de Almería. Vivió doliente dende entónces, pero leal y ocupado en el servicio del Rey. Estaba D. García de Villarroel, yerno de D. Juan el que murió dende á poco en las Guajaras, por capitan ordinario en Almería, y tomando la gente de la ciudad y la suya, dió sobre los enemigos otro dia al amanecer, pensando ellos que venía gente en su ayuda: rompiólos, y mató al Ramí con algunos. Los que de allí escaparon, juntándose con otra banda del Cehel, y llevando á Hocaid de Motril por capitan, tomaron á Castil de Ferro, tenencia del duque de Sesa por tratado, matando la gente, sino á Machin el Tuerto que se la vendió. De ahí pasaron á Motril, juntaron una parte del pueblo, y llevaron casas de moriscos volviendo sobre Adra; de donde salió Gasca con cuarenta caballos y noventa arcabuceros á reconocellos, y apartándose llamó un trompeta, cuyo nombre era Santiago, para enviar á mandar la gente, mas fué tan alta la voz, que pudieron oilla los soldados, y creyendo que dijese Santiago, como es costumbre de España para acometer los enemigos, arremetieron sin más órden. Juntóse Diego de la Gasca con ellos, y fueron cuasi rotos los moros, retirándose con pérdida de cien hombres á la sierra. Iban estas nuevas cada dia creciendo; menudeaban los avisos del aprieto en que estaban los de la torre en Órgiva; que los moros de Berbería habian prometido gran socorro;

que amenazaban á Almería y otros lugares aunque guardados en la marina, proveidos con poca gente. Temia el Marqués si grueso número se acercase á Granada, que desasosegarian el Albaicin, levantarian las aldeas de la Vega, y tanto mayores fuerzas cobrarían, cuanto se tardase más la resistencia: daríase ánimo á los turcos de Berbería de pasar á socorrellos con mayor priesa, confianza y esperanza; fortificarian plazas en que recogerse, y no les faltarian personas pláticas de esto y de la guerra entre otras naciones que les ayudasen, y firmarian el nombre de reino; puesto que vano y sin fundamento, perjudicial y odioso á los oidos del señor natural, por grande y poderoso que sea; daríase avilanteza á los descontentos, para pensar novedades.

Estando las cosas en estos términos, vino Aben Humeya con la gente que tenía sobre Tablate, y trabando con don Diego de Quesada una escaramuza gruesa, cargó tanta gente de enemigos, que le necesitó á dejar la puente, y retirarse á Durcal. Estas razones, y el caso de D. Diego, fueron parte para que el Marqués con la gente que se hallaba, saliese de Granada á resistillos, hasta que viniese más número con que acometellos á la iguala; dejando proveido á la guarda y seguridad de la ciudad y Alhambra á su hijo el conde de Tendilla por su teniente; al Corregidor el sosiego, el gobierno, la provision de vituallas, la correspondencia de avisar al uno y al otro, con el presidente, de cuya autoridad se valiesen en las ocasiones. Salió de Granada á los 3 de Hebrero de 1569, con propósito de socorrer á Órgiva: vino á Alhendin, y de allí al Padul. La gente que sacó fueron ochocientos infantes y doscientos caballos; demas de éstos, los hombres principales, que ó con edad ó con enfermedad ó con ocupaciones públicas no se excusaron, seguíanle, mirábanle como á salvador de la tierra, olvidada por entónces ó disimulada la pasion. Paró en el Padul pensando esperar allí la gente de la Andalucía sin

dinero, sin vitualla, sin bagajes: con tan poca gente tomó la empresa; pero la misma noche á la segunda guardia oyéndose golpes de arcabuz en Durcal, creyendo todos que los enemigos habian acometido la guardia que allí estaba, partió con la caballería: halló que sintiendo su venida por el ruido de los caballos en el cascajo del rio, se habian retirado con la oscuridad de la noche, dejando el lugar y llevando herida alguna gente; y el Marqués para no darles avilanteza tornando al Padul, acordó hacer en Durcal la masa. En tiempo de tres dias llegaron cuatro banderas de Baeza con que crecia el Marqués á mil y ochocientos infantes. y una compañía de noventa caballos; y teniendo aviso del trabajo en que estaban los de Órgiva, y que Aben Humeya juntaba gente para estorballe el paso de Tablate, salió de Durcal.

Entretanto, el conde de Tendilla recibia y alojaba la gente de las ciudades y señores en el Albaicin; y porque no bastaba para asegurarse de los moriscos de la ciudad y la tierra, y proveer á su padre de gente, nombró diez y siete capitanes, parte hijos de señores, parte caballeros de la ciudad, parte soldados, pero todos personas de crédito: aposentólos, y mantúvolos sin pagas con alojamientos y contribuciones. El Marqués, dejando guardia en Durcal, paró aquella noche en Elchite, de donde partió en órden camino de la puente; y habiendo enviado una compañía de caballos con alguna arcabucería á recoger la gente que habia quedado atras, para que asegurasen los bagajes y embarazos, y mandado volver á Granada los desarmados que vinieron de la Andalucía, tuvo aviso que los enemigos le esperaban, parte en la ladera, parte en la salida de la misma puente, y la estaban rompiendo. Eran todos cuasi tres mil y quinientos hombres, los más de ellos armados de arcabuces y ballestas, los otros con hondas y armas enastadas: comenzóse una escaramuza trabada; mas el Marqués, visto que remolinaban algunas picas de su escuadron, arre-

metió adelante con la gente particular de manera, que apretó los enemigos hasta forzarlos á dejar la puente, y pasó una banda de arcabucería por lo que de ella quedaba entero. Con esta carga fueron rotos del todo, retrayéndose en poca órden á lo alto de la montaña. Algunos arcabuceros llegaron á Lanjaron, y entraron en el castillo, que estaba desamparado: reparóse la puente con puertas, con rama, con madera que se trajo del lugar de Tablate, por donde pasó la caballería: el resto del campo se aposentó en él sin seguir los enemigos, por ser ya tarde y haberse ellos acogido á lo fuerte, donde los caballos no les podian dañar. El dia siguiente, dejando en la puente al capitan Valdivia con su compañía para seguridad de las escoltas que iban de Granada á la Alpujarra por ser paso de importancia, tomó el camino de Órgiva, donde los enemigos le esperaban al paso en la cuesta de Lanjaron; y habiendo sacado una banda de arcabucería con algunos caballos, mandó á D. Francisco su hijo (1), que con ellos se mejorase en lo alto de la montaña, yendo él su camino derecho sin estorbo; porque Aben Humeya, con miedo que le tomasen los nuestros las cumbres que tenía para su acogida, dejó libre el paso; aunque la noche ántes habia tenido su campo enfrente del nuestro con muchas lumbres y música en su manera, amenazando nuestra gente y apercibiéndola para otro dia á la batalla. Llegado el Marqués á Órgiva socorrió la torre, en término que si tardara, era necesario perderse por falta de agua y vitualla, cansados de velar y resistir. He querido hacer tan particular memoria del caso de Órgiva, porque en él hubo todos los accidentes que en un cerco de grande importancia: sitiados y combatidos, quitadas las defensas, salidas de los de dentro contra los

(1) Este D. Francisco es el almirante de Aragon, que despues de varios casos y fortunas se ordenó de clérigo y fué obispo de Sigüenza.

cercadores, á falta de artillería picados los muros, al fin hambreados, socorridos con la diligencia que ciudades ó plazas importantes; hasta juntarse dos campos tales cuales entónces los habia, uno á estorbar, otro á socorrer, darse batalla donde intervino persona y nombre de rey. Socorrida y proveida Órgiva de vitualla, municion y gente, la que bastaba para asegurar las espaldas al campo, mandando volver á Granada á órden del Conde su hijo cuatro compañías de caballería, y una de infantería para guarda de la ciudad, partió contra Poqueira, donde tuvo aviso que Aben Humeya habia parado resuelto de combatir: juntó con su gente dos compañías, una de infantería y otra de caballos, que le vino de Córdoba. Cerca del rio que divide el camino entre Órgiva y Poqueira, descubrió los enemigos en el paso que llaman Alfajarali. Eran cuatro mil hombres los principales que gobernaban apeados: hicieron una ala delgada en medio, á los costados espesa de gente como es costumbre ordenar el escuadron; á la mano derecha cubiertos con un cerro, habia emboscados quinientos arcabuceros y ballesteros; demas de esto otra emboscada en lo hondo del barranco, luégo pasado el rio, de mucho mayor número de gente. La que el Marqués llevaba serian dos mil infantes y trescientos caballos en un escuadron prolongado guarnecido de arcabucería y mangas, segun la dificultad del camino. La caballería, parte en la retaguardia, parte á un lado, donde la tierra era tal que podian mandarse los caballos; pero guarnecida asimismo de alguna infantería: porque en aquella tierra, aunque los caballos sirvan más para atemorizar que para ofender, todavía son provechosos. Apartó del escuadron dos bandas de arcabucería y cien caballos, con que su hijo D. Francisco fuese á tomar las cumbres de la montaña: en esta órden bajando al rio, comenzó á subir escaramuzando con los enemigos; mas ellos, cuando pensaron que nuestra gente iba cansada, acometieron por la frente, por el costado, y por la retaguardia todo á un

tiempo; de manera que cuasi una hora se peleó con ellos á todas partes y á las espaldas, no sin igualdad y peligro; porque la una banda de arcabucería estuvo en términos de desórden, y la caballería lo mismo; pero socorrió el Marqués con su persona los caballos, y enviando socorro á los infantes. Viendo los enemigos que les tomaba los altos nuestra arcabucería, ya rotos se recogieron á ellos con tiempo, desamparando el paso. Siguióse el alcance más de media legua hasta un lugar que dicen Lubien: la noche y el cansancio estorbó que no se pasase adelante; murieron de ellos en este rencuentro cuasi seiscientos, de los nuestros siete; hubo muchos heridos de arcabuces y ballestas. D. Francisco de Mendoza, hijo del Marqués, y don Alonso Portocarrero, fueron aquel dia buenos caballeros, entre otros que allí se hallaron: D. Francisco, cercado y fuera de la silla, se defendió con daño de los enemigos rompiendo por medio. D. Alonso, herido de dos saetadas con hierba, peleó hasta caer trabado del veneno usado dende los tiempos antiguos entre cazadores. Mas porque se va perdiendo el uso de ella con el de los arcabuces, como se olvidan muchas cosas con la novedad de otras, diré algo de su naturaleza. Hay dos maneras, una que se hace en Castilla en las montañas de Béjar y Guadarrama (á este monte llamaban los antiguos Orospeda, y al otro Idubeda), cociendo el zumo de vedegambre, á que en lengua romana y griega dicen eléboro negro, hasta que hace correa, y curándolo al sol, lo espesan y dan fuerza (1); su olor agudo no sin suavidad, su color oscuro, que tira á rubio. Otra se hace en las montañas nevadas de Granada de la misma manera, pero de la hierba que los moros dicen rejalgar, nosotros hierba, los romanos y griegos acónito, y porque mata los lobos, lycoctónos; color negro, olor grave, prendo

(1) Algo difiere de lo que dice Laguna sobre Dioscórides, libro IV, cap. LXXIX, y cap. CLIII.

más presto, daña mucha carne: los accidentes en ambas los mismos: frio, torpeza, privacion de vista, revolvimiento de estómago, arcadas, espumajos, desflaquecimiento de fuerzas hasta caer. Envuélvese la ponzoña con la sangre donde quier que la halla, y aunque toque la hierba á la que corre fuera de la herida, se retira con ella, y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; mas ántes que llegue hay todos los generales: chúpanla para tirarla á fuera, aunque con peligro; psyllos llamaban en lengua de Egipto á los hombres que tenian este oficio (1). El particular remedio es zumo de membrillo, fruta tan enemiga de esta hierba, que donde quier que la alcanza el olor, le quita la fuerza; zumo de retama, cuyas hojas machacadas he yo visto lanzar de suyo por la herida cuanto pueden, buscando el veneno hasta topallo y tiralle fuera: tal es la manera de esta ponzoña, con cuyo zumo untan las saetas envueltas en lino porque se detenga. La simplicidad de nuestros pasados, que no conocieron manera de matar personas sino á hierro, puso á todo género de veneno nombre de hierbas: usóse en tiempos antiguos en las montañas de Abruzzo, en las de Candía, en las de Persia: en los nuestros, en los Alpes que llaman Monsenis, hay cierta hierba poco diferente, dicha tora, con que matan la caza, y otra que dicen antora á manera de dictamno, que la cura.

Entróse Poqueira, lugar tan fuerte que con poca resistencia se defendiera contra muchas mayores fuerzas. Los moros, confiándose del sitio, le habian escogido por depósito de sus riquezas, de sus mujeres, hijos y vitualla: todo se dió á saco; los soldados ganaron cantidad de oro, ropa, esclavos, la vitualla se aprovechó cuanto pudo; mas la priesa de caminar en seguimiento de los enemigos, porque en ninguna parte se firmasen, y la falta de bagajes en

---

(1) Plin. lib. VII, cap. II, y lib. VIII, cap. XXV.

que la cargar y gente con que aseguralla, fué causa de quemar la mayor parte, porque ellos no se aprevechasen. Partió el Marqués el dia siguiente de Poqueira, y vino á Pitres, donde se detuvo curando los heridos, dando cobro á muchos cautivos cristianos que libertó, ordenando las escoltas y tomando lengua. Alcanzáronle en este lugar dos compañías de caballos de Córdoba y una de infantería: en él tuvo nueva como Aben Humeya con mayor número de gente le esperaba en el puerto que llaman de Jubiles, lugar á su parecer de ellos donde era imposible pasar sin pérdida. Mas queriendo los enemigos tentar primero la fortuna de la guerra, saltearon nuestro alojamiento con cinco banderas, en que habia ochocientos hombres: el dia siguiente á mediodía, aprovechándose de la niebla y de la hora del comer, acometieron por tres partes, y porfiaron de manera hasta que llegaron á los cuerpos de guardia peleando, pero en ellos fueron resistidos con pérdida de gente y dos banderas: hubo algunos heridos de los nuestros. Sosegada y refrescada la gente, dejando los heridos y embarazos con buena guardia, partió el Marqués ahorrado contra Aben Humeya; y por descuidarle escogió el camino áspero de Trevelez por la cumbre de la sierra de Poqueira, donde algunos moros desmandados desasosegaron nuestra retaguardia sin daño. Pasóse aquella noche fuera de Trevelez sobre la nieve, con poco aparejo y frio demasiado. Habia venido á Pitres un mensajero de Zaguer que decian Aben Xauhar, tio y general de Aben Humeya, á pedir apuntamientos de paz; pero llevándole el Marqués consigo le respondió: *Que brevemente pensaba dalle la respuesta, como convenia al servicio de Dios y del Rey*. Dícese que ya el Zaguer andaba recatado de que Aben Humeya le buscase la muerte; y continuando su camino para Jubiles con una compañía más de infantería y otra de caballos de Écija, cuyo capitan era Tello de Aguilar, llegó á vista de Jubiles, donde salió un cristiano viejo con tres moros á en-

tregalle el castillo. Habia dentro mujeres y hijos de los moros que estaban en campo con Aben Humeya. gente inútil y de estorbo para quien no tiene cuenta con las mujeres y niños, y algunos moros de paz viejos; mas porque era necesario ocupar mucha gente para guardallos, y si quedaran sin guarda se huyeran á los enemigos, mandó que los llevasen á Jubiles. Acaeció, que un soldado de los atrevidos llegó á tentar una mujer si traia dineros, y alguno de los moriscos (ó fuese marido ó pariente) á defendella, de que se trabó tal ruido, que de los moriscos cuasi ninguno quedó vivo; de las moriscas hubo muchas muertas, de los nuestros algunos heridos, que con la oscuridad de la noche se hacian daño unos á otros. Dícese que hubo gente de los enemigos mezclada para ver si con esta ocasion pudieran desordenar el campo, y que arrepentidos de la entrega que el Zaguer hizo, los padres, hermanos y maridos de las moras quisieron procurar su libertad: la oscuridad de la noche y la confusion fué tanta, que ni capitanes ni oficiales pudieron estorbar el daño.

LIBRO SEGUNDO

En tanto que las cosas de la Alpujarra pasaban como tenemos dicho, se juntaron hasta quinientos moros con dos capitanes, Giron de las Albuñuelas y Nacoz de Nigueles, á tentar la guardia que el Marqués habia dejado en la puente de Tablate; teniendo por cierto que si de allí la pudiesen apartar, se quitaria el paso y el aparejo á las escoltas, y nuestro campo con falta de vituallas se desharia. Vinieron sobre la puente hallándola falta de gente, y la que habia desapercibida: acometieron con tanto denuedo, que la hicieron retirar; parte no paró hasta Granada, muchos de ellos murieron sin pelear en el alcance, parte se encerraron en una iglesia donde acabaron quemados, con que la puente quedó por los enemigos. Mas el conde de Tendilla, sabida la nueva, envió á llamar con diligencia á D. Álvaro Manrique, capitan del marqués de Pliego, que con trescientos infantes y ochenta caballos de su cargo estaba alojado dos leguas de Granada. Llegó á la puente de Genil al amanecer, donde el Conde le esperaba con ochocientos infantes y ciento y veinte caballos: avisado del número de los enemigos, entrególes la gente, y dióle órden que peleando con ellos, desembarazado el paso le dejase guardado, y él con el resto de ella pasase á buscar al Marqués

Cumplió D. Álvaro con su comision, hallando la puente libre, y los moros idos.

En Jubiles llegó el capitan D. Diego de Mendoza, enviado por el Rey para que llevase relacion de la guerra, manera de cómo se gobernaba el Marqués, del estado en que las cosas se hallaban; porque los avisos eran tan diferentes, que causaban confusion en las provisiones; como no faltan personas que por pretensiones ó por pasion ú opinion ó buen celo, culpan ó excusan las obras de los ministros. Partió el Marqués de Jubiles; vino á Cadiar, donde fué la muerte del capitan Herrera; de allí á Uxixar: en el camino mandó combatir una cueva, en que se defendian encerrados cantidad de moros con sus mujeres y hijos, hasta que con fuego y humo fueron tomados. Estando en Uxixar fué avisado que Aben Humeya juntas todas sus fuerzas le esperaba en el paso de Paterna, tres leguas de Uxixar, y sin detenerse partió. Caminando, le vinieron dos moros de parte de Aben Humeya con nuevos partidos de paz; mas el Marqués sin respuesta los llevó consigo hasta dar con su vanguardia en la de los enemigos; y en una quebrada junto á Iñiza pelearon con harta pertinacia, por ser más de cinco mil hombres y mejor armados que en Jubiles; pero fueron rotos del todo, tomándoles el alto, y acometiéndolos con la caballería D. Alonso de Cárdenas, conde de la Puebla: no se siguió el alcance por ser de noche. Envió el Marqués docientos caballos, que le siguieron hasta la nieve y aspereza de la sierra, matando y cautivando; y él á dos horas de noche paró en Iñiza: otro dia vino á Paterna; dióla á saco; no hallaron los soldados en ella ménos riqueza que en Poqueira. El rencuentro de Paterna fué la postrera jornada en que Aben Humeya tuvo gente junta contra el Marqués; el cual partió sin detenerse para Andarax en seguimiento de las sobras de los enemigos, habiendo enviado delante infantería y caballería á buscallos en el llano, y en la sierra que dicen el Cehel, cerca de la mar: montaña buena para

ganados, caza y pesca, aunque en algunas partes falta de agua. Dicen los moros, que fué patrimonio del conde Julian el traidor, y áun duran en ella y cerca memorias de su nombre: la torre, la rambla Juliana, y Castil de Ferro. Llegado á Andarax, envió á su hijo D. Francisco con cuatro compañías de infantería y cien caballos á Ohañez, dondo entendió que se recogian enemigos; mas por avisos ciertos del capitan de Adra supo que en él no habia cuarenta personas, y por alguna falta de vituallas le mandó tornar. Recogió y envió á Granada gran cantidad de cautivos cristianos, á quien habia dado libertad en todos los pueblos que ganó y se le rindieron: recibió los lugares que sin condicion se le entregaron. Estaba Diego de la Gasca sospechoso en Adra que los vecinos de Turon, lugar de los rendidos en el Cehel, acogian moros enemigos, y queriendo él por sí saber la verdad para dar aviso al Marqués, fué con su gente; mas no hallando moros, entró de vuelta á buscar cierta casa, de donde salió uno de ellos que le dió cierta carta de aviso fingida, y al abrirla le metió un puñal por el vientre: hirió tambien dos soldados ántes que le matasen. Murió Gasca de las heridas, y mandó en su testamento que las ganancias que habia hecho en la guerra se repartiesen entre soldados pobres, huérfanos, viudas, mujeres y hijas de soldados: era sobrino, hijo de hermano, de Gasca, obispo de Sigüenza, que venció en una batalla á los Pizarros y pacificó el reino del Perú.

En el mismo tiempo D. Luis Fajardo, marqués de Vélez, gran señor en el reino de Murcia, solicitado, como dijimos, por cartas del presidente de Granada, habia salido con sus amigos, deudos y allegados á entrar en el reino de Almería: era la gente que llevaba número de dos mil infantes y trescientos caballos, la mayor parte escogidos. La primera jornada fué combatir una gruesa banda de moros, que atravesaban desmandados en Illar: de allí fué sobre Filix: tomóla y saqueóla, enriqueciendo la gente; peleóse con

harto riesgo y porfía; murieron de los enemigos muchos, pero más mujeres que hombres, entre ellos su capitan, llamado Futei, natural de Zenette. Hecho esto, por falta de vituallas se recogió á los lugares del rio de Almería, donde para mantener la gente y su persona vino á Cosar de Canjayar, barranco de la Hambre le llaman por otro nombre en su lengua, porque en él se recogieron los moros cuando el rey católico D. Fernando hizo la empresa de Andarax en el primer levantamiento, donde pasaron tanta hambre que cuasi todos murieron.

La toma de Poqueira, Jubiles y Paterna puso temor á los enemigos, porque tenian reputacion de fuertes, y indignacion por la pérdida que en ellos hicieron de todas sus fortunas: comenzaron á recogerse en lugares ásperos, ocupar las cumbres y riscos de las montañas, fortificando á su parecer lo que bastaba; pero no como gente plática, ántes ponian todas sus esperanzas y seguridad en esparcirse, y dejando la frente al enemigo pasar á las espaldas, más con apariencia de descabullirse que de acometer. Pareció al Marqués con estos sucesos quedar llana toda la Alpujarra; y dando la vuelta por Andarax y Cadiar, tornó á Órgiva, por estar más en comarca de la mar, rio de Almería, Granada, y la misma Alpujarra. Entretanto, aunque la rebelion parecia estar en el Alpujarra en términos de sosegada, echó raíces por diversas partes: á la parte de Poniente por las Guajaras, tres lugares pequeños juntos que parten la tierra de Almuñécar de la de Val de Leclin, puestos en el valle que desciende al puerto de la Herradura; desdichado por la pérdida de veinte y tres galeras anegadas con su capitan general D. Juan de Mendoza, hombre de no ménos industria y ánimo que su padre don Bernardino y otros de sus pasados, que en diversos tiempos valieron en aquel ejercicio. El señor de uno de aquellos lugares, ó con ánimo de tenellos pacíficos, ó de roballos y cautivar la gente, juntando consigo hasta docientos

soldados desmandados de la costa, forzó á los vecinos que le alojasen y contribuyesen extraordinariamente. Vista por ellos la violencia, dilatándolo hasta la noche, le acometieron de improviso, y necesitaron á retraerse en la iglesia, donde quemaron á él y á los que entraron en su compañía. No dió tiempo á los malhechores la presteza del caso para pensar en otro partido más llano, que juntarse llegando á sí de la gente de lugares vecinos tres mil personas de todas edades, en que habia mil y quinientos hombres de provecho, armados de arcabuces, ballestas, lanzas y gorguzes y parte hondas, como la ira y la posibilidad les daba; y sin tomar capitan, de comun parecer ocuparon dos peñones, uno alto de subida áspera y difícil, otro menor y más llano. Aquí pusieron su guardia, y se repararon sin traveses, parte con piedra seca, parte con mantas y jalmas como rumbadas, á falta de rama y tierra. Estos dos sitios escogieron para su seguridad, juntando despues consigo algunos salteadores, Giron, Marcos el Zamar, capitanes, y otros hombres á quien convidaba la fortaleza del sitio, el aparejo de la comarca, y la ocasion de las presas. Fué el Marqués avisado, que andaba visitando algunos lugares de la tierra como seguro de tal novedad; y visto que el fuego se comenzaba por parte peligrosa de lugares importantes guardados á la costa con poca gente, recelando que saltase á la sierra de Bentomiz ó á la hoya y jarquía de Málaga, deliberó partir con cuasi dos mil infantes y docientos caballos, avisando al Conde que de Granada le reforzase con más gente de pié y de caballo. Eran los más aventureros ó concejiles: tomó el camino de las Guajaras dejando á sus espaldas lugares, como Ohañez y Valor el alto, sospechosos y sobresaltados, aunque solos de gente segun los avisos. Algunos le juzgaban, diciendo que pudiera enviar otra persona ó á su hijo el Conde en su lugar; pero él escogió para sí la empresa con este peligro; ó porque el Rey vista la importancia del caso no le proveyese

de compañero, ó por entretener la gente en la ganancia. Tanto puede la ambicion en los hombres puesto que sea loable, que áun de los hijos se recatan. Sacar al Conde de Granada, que le aseguraba la ciudad á las espaldas y le proveia de gente y de vitualla, parecia consejo peligroso; y partir la empresa con otro, despojarse de las cabezas; que si muchas en número y calidad de personas, en experiencia eran pocas. Estas dudas saneó con la presteza, porque ántes que los enemigos pensasen que partia, les puso las armas delante. Halláronse en toda la jornada muchas personas principales, así del reino de Granada como de la Andalucía, que en las ocasiones serán nombrados. Partió el Marqués de Andarax, y sin perder tiempo vino de Cadiar á Órgiva; y tomando vitualla á Velez de Benabdala, pasó el rio de Motril, la infantería á las ancas de los caballos, y llegó á las Guajaras que están en medio.

Vino D. Alonso Portocarrero con mil soldados, ya sano de sus heridas, y otras dos banderas de infantería, ciento y cincuenta caballos, gente hecha en Granada, que enviaba el conde de Tendilla: el conde de Santistéban con muchos deudos y amigos de su casa y vasallos suyos. Mas los enemigos, como de improviso descubrieron el campo, comenzaron á tomar el camino de los Peñones y víanse subir por la montaña con mujeres y hijos. Viendo el Marqués que se recogian á sus fuertes, envió una compañía de arcabuceros á reconocerlos, y dañarlos si pudiesen; pero dende á poco le trajo un soldado mandado del capitan, que por ser los enemigos muchos y su gente poca, ni se atrevia á seguillos, porque no le cargasen; ni á retirarse, porque no le rompiesen: pedia para lo uno y lo otro mil hombres. Envióle alguna arcabucería, y él con la gente que pudo llegar ordenada, le siguió hasta las Guajaras altas por hacerle espaldas, donde alojó aquella noche con mal aparejo; pero los unos y los otros sin

temor, los nuestros por la confianza de la victoria, los enemigos de la defensa.

Entre los que allí vinieron á servir, fué uno D. Juan de Villarroel, hijo de D. García de Villarroel, adelantado que fué de Cazorla, y sobrino (segun fama) de fray Francisco Jimenez, cardenal y arzobispo de Toledo, gobernador de España entre la muerte del rey católico D. Fernando, y el reinado del emperador D. Cárlos. Era á la sazon capitan de Almería, y servía de comisario general en el campo: hombre de años, probado en empresas contra moros, pero de consejos sutiles y peligrosos; que habia ganado gracia con hallar culpas en capitanes generales, siendo á veces escuchado y al fin remunerado. Este, por abrirse camino para algun nombre en aquella ocasion, gastó la noche sin sueño en persuadir al Marqués que le mandase con cincuenta soldados á reconocer el fuerte de los enemigos; diciendo que del alojamiento no se descubria el paso del peñon alto. Concurrió el Marqués, mostrando hacerlo más por permision y licencia que mandamiento; pero amonestándole que no pasase del cerro pequeño que estaba entre su alojamiento y la cuesta, y que no llevase consigo más de cincuenta arcabuceros: blandura que suele poner á veces á los que gobiernan en grandes y presentes peligros. Mas D. Juan pasando el cerro comenzó á subir la cuesta sin parar, aunque fué llamado del Marqués, y á seguillo mucha gente principal y otros desmandados, ó por acreditar sus personas, ó por codicia del robo. Pasaban ya los que subian de ochocientos, sin poderlo el Marqués estorbar; porque D. Juan, viéndose acrecentado con número de gente, y concibiendo en sí mayores esperanzas, teniéndose por señor de la jornada, sin guardar la órden que se le dió ni la que se debe en hechos semejantes, desmandada la gente no con más acierto que el que daba su voluntad á cada uno, comenzó la subida con el ímpetu y priesa que suele quien va ignorante de lo que puede acon-

tecer; mas dende á poco con flojedad y cansancio. Vista por los enemigos la desórden, hicieron muestra de encubrirse con el peñon bajo, dando apariencia de escapar: pensaron los nuestros que huian, y apresuraron el paso; creció el cansancio; oíanse tiros perdidos de arcabucería, voces de hombres desordenados; víanse arremeter, parar, cruzar, mandar; movimientos segun el aliento ó apetito de cada uno: en ochocientas personas mostrarse más capitanes que hombres, ántes cada cual lo era de sí mismo: el hábito del capitan un capote, una montera, una caña en la mano. No se estaba á media cuesta, cuando la gente comenzó á pedir municion de mano en mano: oyeron los enemigos la voz, peligrosa en semejantes ocasiones; y viendo la desórden, saltaron fuera con el Zamar hasta cuarenta hombres; esos con pocas armas y ménos muestra de acometer; pero convidados del aparejo, y ayudados de piedras que los del peñon echaban por la cuesta y de alguna gente más, dieron á los nuestros una carga harto retenida, aunque bastante para que todos volviesen las espaldas con más priesa que habian subido, sin que hombre hiciese muestra de resistir, ni la gente particular fuese parte para ello; ántes los seguian, mostrando querellos detener: fueron los moros creciendo, ejecutando, y matando hasta cerca del arroyo. Murió D. Juan de Villarroel desalentado, con la espada en la cinta, cuchilladas en la cabeza y las manos, segun se reparaba: D. Luis Ponce de Leon, nieto de D. Luis Ponce, que herido de muerte y caido, le despeñó un su criado por salvalle, y Juan Ronquillo, veedor de las compañías de Granada, y un hijo solo del maestre de campo Hernando de Oruña, viéndole su padre y todos peleando. Fueron los muertos muchos más que los que los seguian, y algunos ahogados con el cansancio; los demas se salvaron, y entre ellos D. Gerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, que herido y peleando hasta que cayó, le sacó arrastrando por los piés un esclavo á

quien él dió libertad. El Marqués, vista la desórden, y que los enemigos crecian y venian mejorados, y prolongándose por la loma de la montaña á tomarle las espaldas, encaminados á un cerro que le estaba encima; envió á D. Alonso de Cárdenas con pocos arcabuceros que pudo recoger; hombre suelto y de campo, el cual previno y aseguró el alto. Estaba el Marqués apeado con la caballería, las lanzas tendidas, guarnecido de alguna arcabucería esperando los enemigos, y recogiendo la gente que venía rota: pudo esta demostracion y su autoridad refrenar la furia de los unos, detener y asegurar los otros, aunque con peligro y trabajo. Otro dia al amanecer llegó la retaguardia: serian por todos cinco mil y quinientos infantes, y cuatrocientos caballos; compañía bastante para mayor empresa, si se hubiera de tener en cuenta con sólo el número. Ordenó sólo un escuadron por el temor de la gente que el dia ántes habia recibido desgracia, guarnecido á los costados con mangas prolongadas de arcabucería. Era el peñon por dos partes sin camino, mas por la que se continuaba con la montaña habia salida ménos áspera: aquí mandó estar caballería y arcabucería apartada, pero cubierta; porque vistos no estorbasen la huida. Son los moros cuando se ven encerrados impetuosos y animosos para abrirse paso; mas abierto, procuran salvarse sin tornar el pecho al enemigo; y por esto si á alguna nacion se ha de abrir lugar por donde se vayan, es á ellos. Acometiólos con esta órden, y duró el combatir con pertinacia hasta la escuridad de la noche, los unos animados, los otros indignados del suceso pasado: mandó tocar á recoger, y alojó pegado con el fuerte, encomendando la guardia á los que llegaron holgados. Puso la noche á los enemigos delante de los ojos el peligro, el robo, la cautividad, la muerte; trájoles el miedo confusion y discordia, como en ánimos apretados que tienen tiempo para discurrir: unos querian defenderse, otros rendirse, otros huir; al fin salió la mayor parte de la

gente forastera y monfíes con los capitanes Giron y el Zamar, sacando las mujeres y niños que pudieron, y quedó todavía número de gente de los naturales; y aunque flacamente reparada, si tuvieran esfuerzo y cabezas, con el favor de lo pasado y el aparejo del sitio, solas mujeres bastaban á defenderse. Hicieron al principio resistencia, ó que el desdeño de verse desamparados, ó la ira los encendiese; pero apretados, enflaquecieron, y dando lugar fueron entrados por fuerza: no se perdonó con órden del Marqués á persona ni á edad: el robo fué grande, y mayor la muerte, especialmente de mujeres; no faltó ambicion que se ofreciese á solicitalla, como cargo de mayor importancia. Escapó Giron; fué preso y herido de un arcabucero por el muslo el Zamar por salvar una hija suya doncella que no podia con el trabajo del camino; y llevado á Granada le mandó atenazar el conde de Tendilla, que hizo calificada la victoria.

Tomado el fuerte de las Guajaras, envió el Marqués el campo con el conde de Santistéban, que le esperase en Vélez de Benabdala; y fué á visitar á Almuñécar, Salobreña, Motril, lugares á la marina guardados contra los cosarios de Berbería, y quedó por entónces asegurada aquella tierra hasta Ronda. Puso en el oficio de D. Juan de Villarroel á D. Francisco de Mendoza, su hijo; nombró veedores y otros oficiales de Hacienda, sin que el gobierno del campo no podia pasar. Pero no dejaron perder sus émulos aquella ocasion de calumniarle, diciendo: ser él mismo quien proveia, libraba, pagaba, repartia las contribuciones, presas y depósitos; pues sus hijos y criados lo hacian: cosa que los capitanes generales suelen y deben huir. Pero la necesidad y la salida del negocio mostró haber sido más provechoso consejo para la hacienda del Rey en lo poco que se gastó con mucha gente y en mucho tiempo. Llegado á Vélez, tornó á Órgiva, dióse á recibir gentes y pueblos que se venian á rendir: entregaban las armas los que

habitaban por toda la Alpujarra y rio de Almería, y los que en las montañas andaban alzados rendíanse á merced del Rey sin condicion: traian mujeres, hijos y haciendas; comenzaban á poblar sus casas; ofrecíanse á ir con ellas á morar como y donde los enviasen; y si en la tierra los quisiesen dejar, mantener guardia para defension y seguridad de ella, solamente que se les diesen las vidas y libertad; pero áun estas dos condiciones no les admitió. No por eso dejaban de venirse; dábales salvaguardia con que vivian pacíficos, aunque no del todo asegurados; y hallando el campo lleno de esclavos y cristianos libertados que comian la vitualla, depositó quinientas moriscas en poder de sus padres, hermanos y maridos, y sobre sus palabras las recibieron en Uxixar: y dende á poco envió con alguaciles por ellas para volvellas á sus dueños, que sin faltar personas las tornaron: cosa no vista en otro tiempo; ó fuese el miedo y la obediencia, ó fuese que restituian las mujeres de que hallan abundancia en toda parte, y por esto son estimadas como alhaja; y los hijos donde se los criasen, descargándose de bocas inútiles y embarazo congojoso; y aquí hizo particulares justicias de muchos culpados.

Discurrian los soldados de veinte en veinte sin daño; dábanse á descubrir personas y ropa escondida por la montaña; combatian cuevas donde habia moriscos alzados: todo era esclavos, despojos, riqueza. No eran por entónces tantas las desórdenes que los moriscos no las pudiesen sufrir, ni tantos los autores que no pudiesen ser castigados; pero fuéronse los unos con la ganancia, vinieron otros nuevos codiciosos que mudaban el estado de paz en desasosiego, y de obediencia en desconfianza. Vióse un tiempo en el cual los enemigos (ó estuviesen rendidos ó sobresanados) pudieran con facilidad y poca costa ser oprimidos, y venirse al término que despues se vino de castigo, de opresion ó de destierro; ó sacándolos á morar en Castilla, poblar la tierra de nuevos habitadores, sin pérdida de tanto tiem-

po, gente y dineros, sin hambre, sin enfermedad, sin violencia de vasallos. No son los hombres jueces de los pensamientos y motivos de los reyes; pero mucho puede en el ánimo de un príncipe ofendido por caso de rebelion ó desacato, la relacion aunque interesada ó apasionada que le inclina á rigor y venganza; porque cualquier tiempo que se dilata, aunque sea para mayor oportunidad, le parece estorbo.

En esto la gente de Granada, libre del miedo y de la necesidad, tornó á la pasion acostumbrada: enviaban al Rey personas de su ayuntamiento; pedian nuevo general; nombraban al marqués de Vélez engrandeciendo su valor, consejo, paciencia de trabajos, reputacion: partes que aunque concurriesen en él, la mudanza de voluntades, y los mismos oficios hechos en su perjuicio, dende á pocos dias que entónces en su favor, mostraban no haberse movido los autores con fin de loallas porque fuesen tales. Calumniaban al de Mondéjar que permitia mucho á sus oficiales; que no se guardaban las vituallas; que los ganados pudiendo seguir el campo se llevaban á Granada; que no se ponia cobro en los quintos y hacienda del Rey; que teniendo presidente cabeza en los negocios de justicia, tantas personas graves y de consejo en la chancillería, un ayuntamiento de ciudad, un corregidor solícito, tantos hombres prudentes, no solamente no les comunicaba las ocasiones en general, pero de los sucesos no les daba parte por escrito, ni de palabra; ántes indignado por competencias de jurisdicciones, preeminencias de asientos ó manera de mandar, sabian de otros ántes la causa porque se les mandaba, que recibiesen el mandamiento. Loaban la diligencia del Presidente en descubrir los tratados, los consejos, los pensamientos de los enemigos; entretener la gente de la ciudad; exhortar á los señores del reino que tomasen las armas, en particular al marqués de Vélez, y otras demostraciones que atribuidas al servicio del Rey

eran juzgadas por honestas, y á su particular por tolerables: empresas de reputacion y autoridad, no desdeñando, ni ofendiéndola; y que, en fin, como quiera eran de suyo provechosas al beneficio público: que la guerra no estaba acabada, pues los enemigos aún quedaban en pié; que las armas entregadas eran inútiles y viejas: mostrábanse indignados y rebeldes, resueltos á no mandarse por el Marqués. Los alcaldes (oficio usado á seguir el rigor de la justicia y áun el de la venganza, porque cualquiera dilacion ó estorbo tienen por desacato), culpaban la tibieza en el castigar; recibir á merced y amparar gente traidora á Dios y al Rey; las armas en mano de padre y hijo; oprimida la justicia y el gobierno; llena Granada de moros, mal defendida de cristianos; muchos soldados y pocos hombres; péligros de enemigos y defensores, deshaciendo por un cabo la guerra y criándola por otro. Por el contrario, los amigos y allegados del Marqués y su casa decian: que la guerra era libre, los oficiales y soldados concegiles, y esos sin sueldo; movidos de su casa por la ganancia; los ganados habidos de los enemigos; que por todo se hallaria que la carne y el trigo y cebada se aprovechaba de dia en dia; que mal se podian fundar presidios para guarda de vitualla con tan poca gente, ni asegurar las espaldas sino andando tan pegados con los enemigos, que les mostrasen cada hora las cuerdas de los arcabuces y los hierros de las picas; que los quintos tenian oficiales del Rey en quien se depositaban, y pasaban por almonedas; que los oficios eran tan apartados, y los consejos de la guerra requerian tanto secreto, que fuera de ella no se acostumbraba comunicarlos con personas de otra profesion, aunque más autoridad tuviesen; porque como plática extraña de sus oficios, no sabian en qué lugar se debia poner el secreto; que tras el publicar venía el yerro, y tras el yerro el castigo; y que como el Presidente y oidores ó alcaldes no le comunicaban los secretos de su acuer-

do, así él no comunicaba con ellos los de la guerra, ni se vian, ni habia causas porque hubiese esta desigualdad, ó fuese autoridad ó superioridad. De lo que tocaba al Corregidor y la ciudad burlaban, como cosa de concejo y mezcla de hombres desigual. Que los que eran para entender la guerra andaban en ella y servian ellos ó sus hijos al Rey; y obedecian al Marqués sin pasion. Que los cumplimientos eran parte de buena crianza; y cada uno si queria ser malquisto, podia ser malcriado. Que trayendo tan á la contínua la lanza en la mano, mal podia desembarazalla para la pluma. Que la guerra era acabada, segun las muestras, y el castigo se guardaria para la voluntad del Rey, y entónces tenian su lugar la mano y la indignacion de las justicias; y si decian que sobresanada porque estaban los enemigos en pié y armados, lo sobresanado ó acabado, lo armado y desarmado es todo uno: cuando los enemigos, ó se rinden, ó están de manera que pueden ser oprimidos sin resistencia, como lo estaban á la sazon los del reino y la ciudad de Granada. Que de aquello servía la gente en el Albaicin y la Vega, la cual como entretenida con alojamientos y sin pagas, no podia sino dar pesadumbre y desordenarse; ni como poco plática saber la guerra tan de molde que no se les pareciese que eran nuevos. Pero la carga de lo uno y de lo otro estaba sobre los enemigos, á quien ellos decian que se habia de dar riguroso castigo: lo cual aunque se diferia, no se olvidaba; que espantallos sin tiempo era perder el fin y las comodidades que se podian sacar de ellos; que las personas cuando eran tales siempre serian provechosas, especialmente las que sirviesen á su costa, como la del marqués de Vélez, probada para cualquier gran cargo que estuviese sin dueño.

Mas el Marqués, hombre de estrecha y rigurosa disciplina, criado al favor de su abuelo y padre en gran oficio, sin igual ni contradictor, impaciente de tomar compañía, comunicaba sus consejos consigo mismo, y algunos con

as personas que tenía cabe sí pláticas en la guerra, que eran pocas: de las apariencias, aunque eran comunes á todos, á ninguno daba parte; ántes ocasion á algunos (especialmente á mozos y vanos) de mostrarse quejosos. Tomó la empresa sin dineros, sin municion, sin vitualla, con poca gente y esa concegil, mal pagada y por esto no bien disciplinada; mantenida del robo, y á trueco de alcanzar ó conservar este, mucha libertad, poca vergüenza, y ménos honra; excepto los particulares que á su costa venian de toda España á servir al Rey, y eran los primeros á poner las manos en los enemigos. Tuvo siempre por principal fin pegarse con ellos; no dejar que se afirmasen en lugar ni juntasen cuerpo; acometellos, apretallos, seguillos; no dalles ocasion á que le siguiesen, ni mostrarles las espaldas aunque fuese para su provecho; recibir los que de ellos viniesen á rendirse, disminuillos y desarmallos, y á la fin oprimillos; para que poniéndoles guarniciones con un pequeño ejército, pudiese el Rey castigar los culpados, desterrar los sospechosos, deshabitar el reino, si le pluguiese pasar los moradores á otra parte: todo con seguridad y sin costa, ántes á la de ellos mismos. Hizo muchas veces al Rey cierto del término en que las cosas se hallaban: y aunque guiando ejércitos no hubiese venido otras veces á las manos con los enemigos, todavía con la plática que tenía de la manera del guerrear de éstos, aprendida de padres y abuelos y otros de su linaje que tuvieron contínuas guerras con los moros, los trajo á tal estado y en tan breve tiempo como el de un mes; no embargante que muchas veces se le escribiese que procediese con ellos atentamente. Puesta la guerra en estos términos, túvola por acabada facilitando lo que estaba por hacer; con que se hizo más odioso, pareciendo á hombres ausentes cuerdos y de experiencia, que habia de retoñecer con mayor fuerza como el tiempo diese lugar, y las esperanzas de Berbería se calentasen, y los castigos y reforma-

ciones comenzasen á ejecutarse: y tuvieron por largo el negocio, por ser de montaña contra gente suelta y plática de ella, y otras causas, que por nuestra parte se les habian de dar.

En este mismo tiempo comenzó á descubrirse la guerra en el rio de Almería, con la ida del marqués de Mondéjar á las Guajaras y tierra de Almuñécar. Ohañez es un lugar puesto entre dos rios en los confines de la Alpujarra, marquesado de Zenette, y tierra de Almería: aquí se recogieron moros que andaban huidos en la montaña (sobras de los rencuentros pasados), convidados de la fortaleza del sitio, y persuadidos por el Tahalí á quien tomaron por capitan. Pusieron mil hombres á la guardia del lugar donde habian encerrado sus hijos, mujeres y haciendas; sin otro mayor número que defendian la tierra, todos determinados á pelear.

Estaba el marqués de Vélez en el rio de Almería entretenido con parte de la gente del reino de Murcia; y la demas era vuelta, como es costumbre, rica de la ganancia: esperaba órden del Rey si tornaria á la tierra de Cartagena que confina con el reino de Granada por el rio de Moxacar, que los antiguos llamaban Murgis; ampararia la tierra del Rey, y la suya vecina á la mar; defenderia que los moros del reino de Granada no pasasen por aquella parte á desasosegar los del reino de Valencia; recelado y cuasi cierto peligro en la primera ocasion de pérdida nuestra importante: y convenia (ocupado el marqués de Mondéjar en las Guajaras) atajar el fuego de las espaldas. No habia en pié armas tan cerca como estas, solicitadas por el presidente de Granada, mas despues con aprobacion del Rey.

Los que igualmente juzgaban lo bueno que lo malo, atribuian á pasion esta diligencia, por excluir ó dar compañero al marqués de Mondéjar; pero las personas libres, á buena provision y en conveniente coyuntura. Movióse el marqués de Vélez con tres mil infantes y trescientos ca-

ballos contra los enemigos, que le esperaban á la subida de la montaña en un paso áspero y dificultoso: combatiólos y rompiólos no sin dificultad, donde se mostró por su persona buen caballero. Mas los enemigos, recogiéndose á Ohañez, estuvieron á la defensa. Acometiólos con pocas armas, y rompiólos segunda vez; murieron cuasi docientos hombres con Tahalí su capitan, y en la entrada muchas mujeres; de los nuestros algunos: salváronse de los moros por las espaldas del lugar la mayor parte que estaba á la defensa sin ser seguidos; y pudieran si algun capitan plático los gobernara, hacer daño á los nuestros embebecidos y cargados con el saco. Fué grande la importancia del hecho por la ocasion. A las gradas de la iglesia halló el Marqués cortadas veinte cabezas de doncellas, los cabellos tendidos, puestas por órden, que los de aquella tierra cuando el rio de Almería se rebeló, en una junta que tuvieron en Guecija, prometieron sacrificar juntamente con veinte sacerdotes adoradores de los ídolos (que tal nombre dan á las imágenes); porque Dios y su profeta Mahoma los ayudase. Poco ántes que el Marqués entrase habian degollado las doncellas; los sacerdotes hicieron mayor defensa; mas con quemar veinte frailes, ahogados en aceite hirviendo, pagaron el voto en la misma Guecija. ¡Cruel y abominable religion, aplacar á Dios con vida y sangre inocente; pero usada dende los tiempos antiguos en África, traida de Tiro, introducida en la ciudad de Cartago por Dido su fundadora: tan guardada hasta nuestros tiempos entre los moradores de aquella region, que es fama que en la gran empresa que el emperador D. Cárlos, vencedor de muchas gentes, hizo contra Barbarroja, tirano de Túnez, sacrificaron los moros del Cabo de Cartago cinco niños cristianos al tiempo que descubrieron nuestra armada, á reverencia de cinco lugares que tienen en el Alcoran, donde se inclinan porque Dios los ampare y defienda en los peligros! El Marqués, habido este suceso en su favor,

se recogió con la gente que con él quiso quedar en Terque, lugar del rio de Almería, corriendo por la tierra.

Las cosas de Granada estaban en el estado que tengo dicho. El Rey habia enviado á D. Antonio de Luna, hijo de D. Alvaro de Luna, y á D. Juan de Mendoza, hombres de gran linaje, pláticos en la guerra, que habian tenido cargos y dado buena cuenta de ellos, para que asistiesen con el conde de Tendilla como consejeros, estando á la órden que él les diese en ausencia del Marqués su padre; avisando al Conde de la provision con palabras blandas y comedidas, para que con ellos pudiese descargar parte del trabajo. Puso el Conde á D. Juan dentro en la ciudad con la infantería, cuyas armas habia profesado; y á D. Antonio á la guarda de la vega con docientos caballos y parte tambien de la infantería.

Llegado el marqués de Mondéjar á Órgiva, continuando su propósito, ocupóse en recibir pueblos y gente, que sin condicion venian á rendirse con las armas; y en perseguir las sobras del campo de Aben Humeya, su persona, parientes y allegados, que eran muchos, y con él andaban huidos por las montañas. Estaba aún Valor, el alto, por rendirse, pero sosegado; á donde tuvo aviso que Aben Humeya se recogia con treinta hombres en las casas de su padre, y en Mecina su tio Aben Xauhar. Envió dos compañías de infantería, que no los hallando se tornaron con haber saqueado á Valor y Mecina; mas á los de Mecina, que estaban con salvaguardia, mandó volver la ropa y cautivos dende á poco. Fué tambien avisado que en el mismo lugar se escondia Aben Humeya con ocho personas, y envió dos escuadras con sendos adalides pláticos de la tierra con órden que vivo ó muerto le hubiesen á las manos. Llaman adalides en lengua castellana á las guias y cabezas de gente de campo, que entran á correr tierra de enemigos; y á la gente llamaban almogávares: antiguamente fué calificado el cargo de adalides; elegíanlos sus almogávares; sa-

ludábanlos por su nombre levantándolos en alto de piés en un escudo: por el rastro conocen las pisadas de cualquiera fiera ó persona, y con tanta presteza que no se detienen á conjeturar; resolviendo por señales, á juicio de quien las mira livianas, mas al suyo tan ciertas, que cuando han encontrado con lo que buscan, parece maravilla ó envahimiento. No hallaron en Valor, el alto, rastro de Aben Humeya, pero en el bajo oyeron chasquido de jugar á la ballesta, músicas, canto y regocijo de tanta gente, que no la osando acometer se tornaron á dar aviso. Envió dos capitanes, Antonio de Ávila y Álvaro Flores, con trescientos arcabuceros escogidos entre la gente que á la sazon habia quedado, que era poca (porque con la ganancia de las Guajaras, y con tener por acabada la guerra se habian ido á sus casas: hombres levantados sin pagas, sin el són de la caja, concejiles; que tienen el robo por sueldo, y la codicia por superior). Fueron con estos trescientos, otros más de quinientos aventureros y mochileros á hurto, sin que guarda ó diligencia pudiese estorballo. Llevaron los capitanes órden de palabra, que tomasen y atajasen los caminos, cercasen el lugar, y sin que la gente entrase dentro, llamasen los regidores y principales; requiriésenlos que entregasen á Aben Humeya, que se llamaba rey; y en caso que se excusasen, con personas deputadas por ellos mismos y por los capitanes, le buscasen por las casas; y no pareciendo, trajesen los regidores presos ante el Marqués, sin hacer otro daño en el lugar. Partieron con esta resolucion, y ántes que llegasen á Valor, donde se descubre la punta de Castil de Ferro, los alcanzó Ampuero, capitan de campaña, y les dió la misma órden por escrito; añadiendo que si gente de salvaguardia ó de Valor, el alto, la hallasen en el bajo, la dejasen estar. Mas Antonio de Avila, que ya traía consigo la mala fortuna, dicen que respondió: *que si en algo se excediese de la órden, todo sería dar culpa á los soldados.* Llegando á Valor tomaron los caminos, cercaron

el lugar: salieron los principales á ofrecer favor, diligencia, vituallas; mas los que vinieron al cuartel de Antonio de Avila fueron muertos sin ser oidos. Alteróse el lugar; entraron los soldados matando y saqueando; juntáronseles los de Álvaro Flores, que para esto eran todos en uno; murieron algunos moriscos, que no pudieron defenderse ni huir; fué robada la tierra, y los soldados recogieron el robo en la iglesia, diciendo los capitanes que su órden era llevar los moriscos presos, y no podian de otra manera cumplir con ella. Mas los moriscos, visto el daño, hicieron ahumadas á los suyos que andaban por la montaña, y á los que cerca estaban escondidos: los nuestros al nacer del dia, partiendo la presa, en que habia ochocientos cautivos y mucha ropa, las bestias y ellos cargados, tomaron el camino de Órgiva, los embarazos y presas en medio. Partida la vanguardia, mostróse á la retaguardia Abenzaba, capitan de Aben Humeya en aquel partido, con trescientos hombres como de paz: requeríalos con la salvaguardia; que dejando las personas cautivas llevasen el resto: mas viendo cuán poco les aprovechaba, comenzaron á picallos y desordenallos, hasta que á la cubierta de un viso dieron en la emboscada de docientos hombres, y volviéndose á las mujeres les dijeron: «*damas, no vais con tan ruin gente.*» Juntamente con estas palabras, el Partal, hombre cuerdo y valiente, uno de cinco hermanos todos de este nombre que vivian en Narila, acometió la retaguardia por el costado; mas los soldados por no desemparar la presa hicieron poca resistencia: la vanguardia caminaba cuanto podia sin hacer alto ni descargarse de la presa; y todos iban ya abilados; los delanteros por llegar á Órgiva; los postreros por juntarse con los delanteros: en fin, del todo puestos en rota, sin osar defenderse ni huir, muertos los capitanes y oficiales; rendidos los soldados y degollados: con la presa á cuestas ó en los brazos, salváronse entre todos como cuarenta; los demas fueron muertos sin recibir á prision,

ni perder los enemigos hombre, de quinientos que se juntaron. Como sucedió el caso, enviaron á excusarse con el Marqués, cargando la culpa á los capitanes, y ofreciendo estar á justicia. Mas él, entendida la desgracia, puso en Órgiva mayor guardia, repartió los cuarteles á la caballería como quien esperaba los enemigos: llegó el mismo dia el aviso á Granada; y el conde de Tendilla despachó á D. Antonio de Luna con mil infantes y cien caballos, y órden que llegado á Lanjaron hasta donde era el peligro, dejando la gente en lugar seguro y el gobierno al sargento mayor, tornase á Granada. Llegaron á Órgiva dentro del tercero dia que el caso aconteció; reforzó las guardias en el Alhambra, en la ciudad y la vega; porque los moriscos favorecidos con este suceso no intentasen novedad.

Habia escrito el Rey al Marqués, que temporizase con los enemigos no se poniendo en ocasion de peligro; temeroso de nuestra gente por ser toda número, exceptos los particulares. Representábansele los inconvenientes que en una desgracia pueden suceder; acabarse de levantar el reino, venir los de Berbería en ocasion que las armas del gran Turco se comenzaban á mostrar en Levante; incierto dónde pararia tan gran armada, aunque se veia que amenazase á Cypro. Parecíanle las fuerzas del Marqués pocas para mantener lo de dentro y fuera de Granada: tenía lo pasado más por correrías, escaramuzas y progresos de gente desarmada, que por guerra cumplida. El general calumniado en la ciudad, que le tenía de hacer espaldas; de donde habia de salir el nervio de la guerra; la voluntad de algunas ciudades y señores en el Andalucía no muy conformes con la suya; los soldados descontentos; y no faltaban pretensiones de personas que andaban cerca de los príncipes, ó á las orejas de quien anda cerca de ellos. Pareció por entónces consejo de necesidad suspender las armas, y tanto más cuando llegó la nueva de la desgracia

acontecida en Valor. Escribióse al Marqués resolutamente que no hiciese movimiento; y porque la autoridad que tenía en aquella tierra era grande, y la costumbre de mandar muy arraigada de padre y abuelo, y parecia que en reino extendido y tierra doblada no podia dar cobro á tantas partes, como la experiencia le mostraba, porque estando en Órgiva, se levantasen las Guajaras, y yendo á las Guajaras, Ohañez; acordó dividir le empresa dando al marqués de Vélez cargo de los rios de Almería y Almanzora, tierra de Baza y Guadix; y al de Mondéjar el resto del reino de Granada; enviar á ella por superior de todo á su hermano D. Juan de Austria; por ventura resoluto á descomponer al uno y al otro, y cierto de que ninguno de ellos se ternia por agraviado: pues con la autoridad y nombre de su hermano cesaban todos los oficios; los pueblos se mandarian con mayor facilidad; contribuirian todos más contentos; servirian más listos teniendo cerca del Rey á su hermano por testigo; los soldados un general que los gratificase y adelantase; la eleccion daria mayor sonido entre naciones apartadas, suspenderia los ánimos de los bárbaros, quitaríales la avilanteza de armar, imposibilitaríalos de hacer el socorro formado como empresa difícil y sin efecto; ocuparia á D. Juan en hechos de tierra, como lo estaba en los de mar; haríale plático en lo uno y en lo otro: mozo despierto, deseoso de emplear y acreditar su persona, á quien despertaba la gloria del padre y la virtud del hermano. Decíase tambien que en esta empresa el Rey deseaba ver el ánimo del marqués de Mondéjar inclinado á mayores demostraciones de rigor, por la venganza del desacato divino y humano, por la rebelion, por el ejemplo de otros pueblos. Encendian esta opinion relaciones y pareceres de personas que cualquiera cosa donde no ponen las manos les parece fácil, sin medir tiempo ni posibilidad, presente ó porvenir, y de otras apasianados; no sin artificio y entendimiento de unas con otras. Mas los príncipes

toman los que le conviene de las relaciones, dejando la pasion para su dueño.

Estando las cosas en tales términos, con el suceso de Valor tomaron los enemigos ánimo para descubrirse, y Aben Humeya entró con mayor autoridad y diligencia en el gobierno; no como cabeza de pueblos rogados ó gente esparcida sin órden, sino como rey y señor. Siguió nuestra órden de guerra; repartió la gente por escuadras, juntóla en compañías; nombró capitanes; mandó que aquellos y no otros arbolasen banderas; púsolos debajo de coroneles, y cada partido que estuviese al gobierno de uno que dicen alcaide (tahas llaman ellos á los partidos de tahar, que en su lengua quiere decir sujetarse): éste mandaba lo de la guerra; nombre entre ellos usado dende tiempos antiguos, y puesto por nosotros á los que tienen fortalezas en guarda. Para seguridad de su persona pagó arcabucería de guardia, que fué creciendo hasta cuatrocientos hombres; levantó un estandarte bermejo, que mostraba el lugar de la persona del Rey á manera de guion.

Del principio de esta ceremonia en los Reyes de Granada, olvidada por haber pasado el reino á los de Castilla, diremos ahora. Muerto Abenhút, que tenía á Almería por cabeza del reino, tomaron (como dijimos) por rey en Granada á Mahamet Alhamar, que quiere decir el bermejo. Cuando el santo rey D. Fernando el III vino sobre Sevilla, hallóse con mucha caballería este Mahamet á servir en aquella empresa, por haberle ayudado el rey D. Fernando á tomar el reino: parecióle autoridad el uso de guion, agradecimiento y honra poner en él la color y banda que traen los reyes de Castilla. Armóle caballero el Rey el dia que entró en Sevilla; dióle el estandarte por armas para él y los que fuesen reyes en Granada; la banda de oro en campo rojo con dos cabezas de sierpes á los cabos, segun la traen en su guion los reyes de Castilla; añadió él las letras azules que dicen: *no hay otro vencedor sino Dios:* por timbre

tomó dos leones coronados que sobre las cabezas sostienen el escudo; traen el timbre debajo de las armas, como nosotros encima; porque así escriben y muestran los sitios, y cuentan las partes del cielo y la tierra, al contrario de nosotros. Mas las armas antiguas de los reyes de la Andalucía eran una llave azul en campo de plata; fundándose en ciertas palabras del Alcoran, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de Poniente; y de aquí llaman á Gibraltar por otro nombre, el monte de la llave. Hoy duran sobre la principal puerta de la Alhambra estas armas con letras, que declaran la causa y el autor del castillo.

Hacía con los suyos Aben Humeya su residencia en los lugares de Valor y Poqueira, y en los que están en lo áspero de la Alpujarra; comiendo la vitualla que tenian encerrada y la que hallaban sin dueño, con mayor abundancia y á más bajos precios que nosotros. Las rentas que para mantenimiento del reino le señalaron, fueron el diezmo de los frutos y el quinto de las presas, y más lo que tiránicamente quitaba á sus súbditos. De esta manera se detuvieron, el marqués de Mondéjar rehaciéndose de gente en Órgiva, incierto en qué pararia la suspension del Rey; y Aben Humeya, gozando del tiempo, cobrando fuerzas, esperando el socorro de Berbería para mantener la guerra, ó navíos en que pasarse y desamparar la tierra.

Estando las armas en este silencio; porque el bullicio no cesase en alguna parte, sucedió en Granada un caso aunque liviano, que por ser en ocasion y no pensado escandalizó. Habia en la cárcel de la chancillería hasta ciento y cincuenta moriscos presos; parte por seguridad (que eran escandalosos), parte por delitos ó sospecha de ellos; todos como de los más ricos y acreditados en la ciudad, así de los más inhábiles para las armas; gente dada á trato y regalo. Contra éstos se levantó voz á media noche estando los hombres en sosiego, que procuraban quebrantar

las prisiones, matar las guardias, salir de las cárceles, y juntos con los moros de la vega y Alpujarra levantar el Albaicin, degollar los cristianos, escalar el Alhambra, y apoderarse de Granada; empresa difícil para sueltos y muchos y experimentados, aunque con ménos recatamiento se estuviera. Mas no dejó de tener este movimiento algunas causas; porque hubo informacion que lo trataban; y deposiciones de testigos, que en ánimos sospechosos lo imposible hacen parecer fácil. Acrecentaron la sospecha algunas escalas (aunque de esparto), anchas y fuertes fabricadas para escalar muralla, que el Conde halló en cierta cueva al cerro de Santa Elena; pertrecho que los moros guardaban para entrar en el Alhambra la noche que vinieron al Albaicin, como está dicho. Alborotado el pueblo, corrió á las cárceles con autoridad de justicia, acriminando los ministros el caso y acrecentando la indignacion: mataron cuasi todos los moriscos presos, puesto que algunos hiciesen defensa con las armas que hallaban á mano, como piedras, vasos, madera, poniendo tiempo entre la ira del pueblo y su muerte. Habia en ellos culpados en pláticas y demostraciones, y todos en deseo; gente flaca, liviana, inhábil para todo, sino para dar ocasion á su desventura.

No dejaban los moros en todo tiempo de procurar algun lugar de nombre en la costa para dar reputacion á su empresa, y acoger armada de Berbería; pero su principal intento se encaminaba á tomar á Almería, ciudad asentada en sitio más á propósito que Málaga, y despues de ella la más importante; habitada de moriscos y cristianos viejos, cerca de los puertos de cabo de Gata, y de abundancia de carne, pan, aceite, frutas; puesta á la entrada de muchos valles que unos llevan á la parte del maestral á Granada, y otros á la del griego al rio de Almanzora y tierra de Baza; al Levante la de Cartágena, y al Poniente Almuñécar y Vélez-Málaga. En tiempo de romanos y godos fué (como

ahora) cabeza de provincia llamada Virgi; y en el de los moros, de reino, despues que fueron echados de Córdoba. Pobláronla los de Tiro que vinieron á Cádiz, poco apartada de la mar; los moros por la comodidad del agua pasaron la poblacion adonde ahora está. Destruyóla el emperador de España D. Alonso el VII, trayendo á sueldo el conde de Barcelona, con sesenta galeras y ciento sesenta y tres navíos de genoveses con Balduino y Ansaldo de Oria, generales de la armada, á quien el Rey dió por cuenta de sus sueldos el vaso verde que hoy muestran en San Juan, y dicen ser esmeralda: y puédese creer sin maravilla, vista la grandeza de las que comienzan á venir del Nuevo-Mundo, y la que refieren algunos antiguos escritores. Esto tratan nuestras historias, aunque las de genoveses refieren haberle tomado en la conquista de Cesarea en Asia, siendo su capitan Guillelmo que llamaban Cabeza de Martillo: quede la fe de esto al arbitrio de los que leen. Tornó á restaurar la ciudad Abenhút. Cerca del nombre, aprendí de los moros naturales, que por la fábrica de espejos de que habia gran trato, la llamaron Almería; tierra de espejos quiere decir, porque al espejo llaman merí. Dicen los moros valencianos, que por espejo del reino le pusieron este nombre. Las historias arábigas, que en gran parte son fabulosas, cuentan que en lo más alto habia un espejo semejante al que se finge de la Coruña, en que se descubrian las armadas. La memoria de los antiguos ántes de los moros es, que habia atalaya, á que los latinos llamaban *specula*, como en la misma Coruña, para encaminar y mostrar los navíos que venian á la costa, y de allí le dieron el nombre. Pero el autor que yo sigo, y entre los arábigos tiene más crédito, dice que cuando los moros ganada España se quisieron volver á sus casas, para detenellos les dieron á poblar á cada uno la tierra que más parecia á la suya; y á estas provincias llamaron Coras, que quiere decir tanto, como la redondez de la tierra que descubre la vista: horizonte la podrian llamar

los curiosos de vocablos. Los de Almería (1), ciudad populosa en la provincia de Frigia, donde fué cabeza la gran Troya, escogieron á Virgi por habitacion; porque les pareció semejante á su ciudad, y le dieron su nombre, como dijimos que los de Damasco dieron el suyo á Granada. Fué Almería la de Asia destruida por el emperador Constancio, en tiempo de Mauhía IV, sucesor de Mahoma. Pues viendo el Rey que los moros insistian tanto en la empresa de Almeria, y si la ocupasen sería tener la puerta del reino, y fundar en ella nombre y cabeza segun la tuvieron en otros tiempos; aunque por D. García de Villarroel se guardase con bastante diligencia, quiso guardarla con más autoridad. Mandó que por entónces tuviese el cargo con mayor número de gente D. Francisco de Córdoba, que vivia retirado en su casa: hombre plático en la guerra contra los moros, y que habia seguido al Emperador en algunas; criado debajo del amaestramiento de dos grandes capitanes, uno D. Martin de Córdoba, su padre, conde de Alcaudete; otro D. Bernardino de Mendoza, su tio. Estando en Almería D. Francisco, llegó Gil de Andrada con las galeras de su cargo y otras con que guardaba la costa; y teniendo ambos aviso que en la sierra de Gador se recogia gran número de moros con sus mujeres y hijos (sobras de gente corrida por los marqueses de Mondéjar y Vélez), acompañados de treinta turcos, temiendo que juntos con otros le desasosegasen á Almería, juntó gente de la tierra, de la guardia de ella, y de las galeras hasta setecientos arcabuceros y cuarenta caballos; fué sobre ellos, que estaban fuertes, y á su pesar defendidos con algun reparo de manos y aspereza del lugar: á la tierra llaman Alcudia, y al pueblo Inox, pocas leguas de Almería. Estuvo detenido cuasi cuatro dias (por ser malo el tiempo en fin de Enero) al pié de la montaña, y cuasi desconfiado

(1) Amorío la llama en su geografía Ptolomeo, l. v., c. II.

de la empresa: resolvióse á combatirlos por dos partes, aunque era difícil la subida; hicieron la defensa que pudieron con piedras y gorguces, porque en tanto número como mil y quinientos hombres habia solos cuarenta arcabuceros y ballesteros: fueron rotos, murieron muchos, y con mas pertinacia que los de otras partes; porque hasta las mujeres meneaban las armas: hubo cautivos cuasi dos mil personas; saliéronse los moros y entre ellos el capitan llamado Corcuz de Dalias, para caer despues en las manos de los nuestros cerca de Vera, y morir en Adra sacados los ojos, con un cencerro al cuello, entregado á los muchachos, por los daños que siendo cosario habia hecho en aquella costa. Tornó D. Francisco la gente á Almería, rica y contenta: dividió la presa entre los soldados; proveyó de esclavos las galeras; mas dende á pocos dias entendiendo como el marqués de Vélez venía por general de toda aquella provincia, y pareciéndole que bastaba para la ciudad un solo defensor, pidió licencia, y habida del Rey tornó á su casa.

Crecia la libertad por todo y la permision de los ministros, unos mostrando contentarse, otros no castigando: hombres á quien las desórdenes de nuestros soldados parecian venganzas, otros á quien no pesaba que creciesen estas, y se diese ocasion á que el resto de los moriscos que estaba pacífico tomase las armas. Juntábanseles los ministros de justicia, pertinaces de su opinion, impacientes de esperar tiempo para el castigo, poco pláticos de temporizar hasta la ocasion; el interes de los que desean acrecentar los inconvenientes, la avaricia de los soldados, y por ventura la indignacion del Príncipe, la voz del pueblo, y quién sabe si la de Dios, para que el castigo fuese general, como habia sido la ofensa.

Estaba por rebelar la vega de Granada de donde y de la tierra á la redonda cada dia se pasaba gente y lugares enteros á los enemigos, excusandose con que no podian

sufrir los robos de personas y haciendas, las fuerzas de hijas y mujeres, los cautiverios, las muertes. Estaba sosegada la serranía y el habaral de Ronda, la hoya y xarquia de Málaga, la sierra de Bentomiz, el rio de Bolodui, la hoya y tierra de Baza, Guéscar, el rio de Almanzora, la sierra de Filabres, el Albaicin y barrios de Granada poblados de moriscos. Habia levantados algunos lugares en tierra de Almuñécar, el val de Leclin, el Alpujarra, tierra de Guadix, marquesado de Zenette, rio de Almería, que en esto se encierra todo el reino de Granada poblado de moriscos. Mas Aben Humeya no perdia ocasion de solicitallos por medio de personas que tenian entre ellos autoridad, ó deudos de las mujeres con quien se habian casado: usaba de blandura general; queria ser tenido por cabeza, y no por rey: la crueldad, la codicia cubierta engañó á muchos en los principios; pero no á su tio Aben Xauhar, que dejando parte del dinero y riquezas en poder del sobrino, llevando lo mejor consigo, resoluto de huir á Berbería, mostró ir á solicitar el levantamiento de la sierra de Bentomiz: vino á Portugos, donde murió de dolor de la ijada, viejo, descontento y arrepentido. Mostró Aben Humeya descontentamiento, más por haberle la enfermedad quitado el cuchillo de las manos, que por la falta del tio: tomóle los dineros y hacienda con ocasion de entregarse de mucha que habia entrado en su poder de diezmos y quintos. Tal fué la fin de D. Fernando el Zaguer Aben Xauhar, cabeza del levantamiento en la Alpujarra, inventor del nombre de rey entre los moros de Granada, poderoso para hacer señor á quien le quitó la hacienda y fué causa de su muerte: tal el desagradecimiento de Aben Humeya contra su sangre, que le habia dado señorío y título de rey, pudiéndolo tomar para sí. Mas así á los príncipes verdaderos como á los tiranos, son agradables los servicios en cuanto parece que se pueden pagar; pero cuando pasan muy adelante, dase aborrecimiento en lugar de merced

Acabó de resolverse el Rey en la venida de su hermano á Granada, para emplealle en empresa que puesto que de suyo fuese menuda, era de muchos cabos peligrosa, por la vecindad de Berbería; y queriéndose llevar por violencia, larga; por ser guerra de montaña, en ocasion que el rey de Argel estaba armado, y la armada del gran Turco junta contra venecianos. Hizo dos provisiones; una en D. Luis de Requesenes, que estaba por embajador en Roma, teniente de D. Juan de Austria en la mar, para que con las galeras de su cargo que habia en Italia, y trayendo las banderas del reino de que D. Pedro de Padilla era maestro de campo, viniese á hacer espaldas á la empresa, poniendo la gente en tierra, donde á D. Juan pareciese que podia aprovechar; y juntando con sus galeras las de España, cuyo capitan era D. Sancho de Leiva, hijo de Sancho Martinez de Leiva, estorbase el socorro que podia venir de Berbería á los enemigos, proveyese de vitualla y municiones las plazas del reino de Granada que están á la costa, y al ejército cuando estuviese en parte á propósito. Otra provision (resoluto de hacer la guerra con mayores fuerzas), fué mandar al marqués de Mondéjar que estaba en Órgiva para salir en campo, que dejando en su lugar á D. Antonio de Luna ó á D. Juan de Mendoza, cual de ellos le pareciese, con expresa órden que no innovasen ni hiciesen la guerra, viniese á Granada para recibir á D. Juan y asistir con él en consejo, juntamente con los que hubiesen de tratar los negocios de paz y guerra, no dejando el uso de su oficio, como capitan general de la gente ordinaria del reino de Granada; ó si mejor le pareciese, quedase en Órgiva á hacer la guerra, guardando en todo la órden que D. Juan de Austria su hermano le diese, á quien enviaba por cabeza y señor de la empresa. Pareció al Marqués escoger la asistencia en consejo; ó porque con la plática de la guerra pasada, con el conocimiento de la tierra y gente, y con el ejercicio de aquella manera de milicia en que se habia

criado (aunque en todo diferente de la ordinaria), esperaba que el crédito y el gobierno pararia en su parecer, y la ejecucion en su mano; ó temiendo quedar debajo de mano ajena, y ser mal proveido, mandado y á veces calumniado ó reprendido como ausente, dejó á D. Juan de Mendoza contento, regalado y honrado en Órgiva; por ser hombre plático, más desocupado de su nombre, y con cuyos deudos tenía antigua amistad (aunque algunos creen que en ello no hizo su provecho); y vino á Granada. Salido de Órgiva, estuvo aquella frontera sosegada, sin hacer ni recibir daño de los enemigos; discurriendo ellos á una y otra parte con libertad.

Llegó D. Juan de Austria trayendo consigo á Luis Quixada (plático en gobernar infantería, cuyo cargo habia tenido en tiempo del Emperador), hombre de gran autoridad, por voluntad del Rey, que le remitió la suma de todo lo que le tocaba al gobierno de la persona y consejo del hermano; y por la crianza que habia hecho en él, por mandado del Emperador. Fué recebido D. Juan con grandes demostraciones y confianza, sin dejar ninguna manera de ceremonia, excepto las ordinarias que se suelen hacer á los reyes; y áun la lisonja (que su verdad está en las palabras) se extendió á llamarle alteza, no embargante que hubiese órden expresa del Rey para que sus ministros y consejeros le llamasen excelencia, y él no se consintiese llamar de sus criados otro título. Posó en las casas de la Audiencia por estar en medio de la ciudad; casas de mala ventura las llamaban en su tiempo los moros, y así de ellas salió su perdicion. Llegó dende á pocos dias Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, que despues de haber dejado el gobierno del estado de Milan, conformando más su voluntad con la de sus émulos que con la del Rey, vivia en su casa libre de negocios aunque no de pretensiones: fué llamado para consejo, y uno de los ministros de esta empresa, como quien

habia dado buena cuenta de las que en Lombardía tuvo á su cargo. Lo primero que se trató fué procurar que se asegurase Granada contra el peligro de los enemigos declarados fuera, y sospechosos dentro; visitar la gente que estaba alojada en el Albaicin y otras partes por la ciudad y la vega, y en frontera contra los enemigos; repartir y mudar las guardias, al parecer con más curiosidad que necesidad, de los muros adentro; y aún quedó muchos meses de parte del realejo sin guardia á discrecion de pocos enemigos. En el campo andaban solas dos cuadrillas, ningunos atajadores por la tierra; que daba avilanteza á los contrarios de inquietar la ciudad, y á nosotros causa de correr las calles á un cabo y á otro, y algunas veces salir desalumbrados, inciertos del camino que llevaban. Atajadores llaman entre gente del campo, hombres de á pié y de á caballo, diputados á rodear la tierra, para ver si han entrado enemigos en ella ó salido. Era excusable esta manera de defensa por ser aventurera la gente, muchas banderas de poco número, mantenidas sin pagas, con solos alojamientos, la ciudad grande, continuada con la montaña; los pasos como pocos y ciertos en tiempo de nieve, así muchos y inciertos estando desnevada la sierra; un ejército en Órgiva, que los moros habian de dejar á las espaldas viniendo á Granada, aunque léjos.

El propósito requiere tratar brevemente del asiento de Granada por clareza de lo que se escribe. Es puesta parte en monte, y parte en llano: el llano se extiende por un cabo y otro de un pequeño rio que llaman Darro, que la divide por medio; nace en la Sierra Nevada, poco léjos de las fuentes de Genil, pero no en lo nevado; de aire y agua tan saludable, que los enfermos salen á repararse, y los moros venian de Berbería á tomar salud en su ribera, donde se coge oro; y entre los viejos hay fama que el rey de España D. Rodrigo tenía riquísimas minas debajo de un cerro, que dicen del Sol. Está lo áspero de la ciudad en

cuatro montes: el Alhambra á Levante, edificio de muchos reyes con la casa real: y San Francisco, sepultura del marqués D. Iñigo de Mendoza, primer alcaide y general, humilde edificio, mas nombrado por esto; fuerza hecha para sojuzgar la parte de la ciudad que no descubre la Alhambra, con el arrabal de la Churra y calle de los Gomeres, que todo se continúa con la sierra de Guejar. El Antequeruela, y las Torres bermejas, que llaman Mauror, á Mediodía. El Albaicin, que mira al Norte con el haxariz; y como vuelve por la calle de Elvira, la ladera que dicen Zenette por ser áspera. El Alcazaba cuasi fuera de la ciudad á mano derecha de la puerta de Elvira que mira al Poniente. Con estos dos montes, Albaicin y Alcazaba, se continúa la sierra de Cogollos, y la que decimos del Puntal. En torno de estos montes y la falda de ellos, se extienden los edificios por lo llano, hasta llegar al rio Genil que pasa por de fuera. Al principio de la ciudad, la plaza nueva sobre una puente; y cuasi al fin, la de Bibarrambla, grande, cuadrada, que toma nombre de la puerta; ambas plazas juntadas con la calle de Zacatin: ántes la iglesia mayor, templo el más suntuoso despues del Vaticano de San Pedro, la capilla en que están enterrados los reyes D. Fernando y doña Isabel, conquistadores de Granada, con sus hijos y yernos. El Alcaicería que hasta ahora guarda el nombre romano de César (á quien los árabes en su lengua llaman Caizar), como casa de César. Dicen las historias arábigas y algunas griegas, que por encerrarse y marcarse dentro la seda que se vende y compra en todo el reino la llaman de esa manera, dende que el emperador Justino concedió por privilegio á los árabes scenitas que solos pudiesen crialla y beneficialla: mas extendiendo debajo de Mahoma y sus sucesores su poder por el mundo, llevaron consigo el uso de ella, y pusieron aquel nombre á las casas donde se contrataba; en que despues se recogieron otras muchas mercaderías, que pagaban de-

rechos á los emperadores, y perdido el Imperio á los reyes. Fuera de la ciudad el Hospital Real, fabricado de los reyes D. Fernando y doña Isabel; San Hieronymo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Hernandez, y memoria de sus victorias; el rio Genil, que cuasi toca los edificios, dicho de los antiguos Singilia, que nace en la Sierra Nevada á quien llamaban Solaria y los moros Solaira, de dos lagunas que están en el monte cuasi más alto, de donde se descubre la mar, y algunos presumen ver de allí la tierra de Berbería. En ellas no se halla suelo ni otra salida sino la del rio; cuyas fuentes tienen los moradores por religion, diciendo que horadan el monte por milagro de un santo que está sepultado en otro monte contrario, dicho Sant Alcazaren. Va primero al Norte, y pequeño; mas en poco camino, grande con las nieves cuando se deshacen y arroyos que se le juntan. A una y otra parte moraban pueblos, que ahora áun el nombre de ellos no queda; iliberitanos ó liberinos en tiempo de los antiguos españoles, lo que decimos Elvira, en cuyo lugar entró Granada; ilurconeses, pequeños cortijos; la torrecilla, y la torre de Roma, recreacion de la Cava romana, hija del conde Julian el traidor: todo poblaciones de los soldados que acompañaron á Baco en la empresa de España; segun muestran los nombres y muchos letreros y imágenes, en que se ven esculpidas procesiones y personajes que representan juegos y ceremonias del mismo Baco, á quien tuvieron por dios; todo esto en la vega. Despues Loja, Antequera, dicha Singilia del nombre del mismo rio; Ecija, dicha Ástigis: colonias de romanos antiguamente, hoy ciudades populosas en el Andalucía por donde pasa; hasta que haciendo mayor á Guadalquivir, deja en él aguas y nombre.

Cesaron los oficios de Guerra y Gobierno, excepto de Justicia, con la presencia de D. Juan. Su comision fué sin limitacion ninguna; mas su libertad tan atada, que de cosa

grande ni pequeña podia disponer sin comunicacion y parecer de los consejeros, y mandado del Rey; salvo deshacer ó estorbar, que para esto la voluntad es comision: mozo afable, modesto, amigo de complacer, atento á los oficios de guerra, animoso, deseoso de emplear su persona. Acrecentaba estas partes la gloria del padre, la grandeza del hermano, las victorias del uno y del otro. Lo primero en que se ocupó fué en reformar los excesos de capitanes y soldados en alojamientos, contribuciones, aprovechamientos de pagas; estrechando la costa, aunque no atajando las causas de la desórden. En aquellos principios D. Juan era poco ayudado de la experiencia, aunque mucho de ingenio y habilidad. Luis Quijada, áspero, riguroso, atado á la letra, que tuvo la primera órden de guerra en la postrera empresa del Emperador contra el rey Henrico II de Francia, siempre mandado. Él y el duque de Sesa, acostumbrados á tratar gente plática, con ménos licencia, más proveida, mayores pagas y más ordinarias en Flandes, en Lombardía, léjos cada uno de su tierra; do convenia esperar pagas, contentarse con los alojamientos, ántes que tornar á España, la mar en medio: todo aquí por el contrario. El marqués de Mondéjar, tambien capitan general ántes que soldado, criado á las órdenes de su abuelo y padre, al poco sueldo, á las limitaciones de la milicia castellana; no guiar ejércitos, poca gente, ménos ejercicio de guerra abierta. El Presidente sin plática de lo uno y de lo otro: la aspereza de unos, la blandura de otros, la limitacion de todos, causaba irresolucion de provisiones y otros inconvenientes; no faltaron algunos de la opinion del marqués de Mondéjar, que daban la guerra por acabada. Habia pocos oficiales de pluma, perdian los soldados el respeto, hacíase costumbre del vicio, envilecíase el buen nombre y reputacion de la milicia: apocóse tanto la gente, que fué necesario tratar de nuevo con las ciudades no sólo del Andalucía y Extremadura, mas con las más apartadas

de Castilla, que enviasen suplemento de ella; y vinieron las de más cerca, con que parecia remediarse la falta.

Regalaba y armaba Aben Humeya los que se iban á él: tornó á solicitar con personas ciertas los príncipes de Berbería, segun parecia por las respuestas que fueron tomadas: envió dineros, ropa, cautivos; acercóse á nuestros presidios, especialmente á Órgiva, donde entendió que faltaba vitualla. Aunque D. Juan de Mendoza mantenia la gente disciplinada, ocupada en fortificar el lugar segun la flaqueza de él, mandó D. Juan que fuese del Padul proveido, y llevase la escolta á su cargo Juan de Chaves de Orellana, uno de los capitanes que trujeron la gente de Trujillo. Mas él por estar enfermo envió su alférez llamado Moriz con la compañía; hidalgo, pero poco proveido y muy libre: caminó con docientos y cincuenta soldados; hombres, si tuvieran cabeza. Entendieron los moros la salida de la escolta por sus atalayas; juntáronse trecientos arcabuceros y ballesteros mandados por el Macox, hombre diestro y plático de la tierra; á quien despues prendió D. Fernando de Mendoza cabeza de las cuadrillas, y mandó justiciar el duque de Arcos en Granada. Emboscó parte en la cuesta de Talera y un arroyo que la divide del lugar, parte en las mismas casas; y dejándolos pasar la primera emboscada, acometió á un tiempo á los que iban en la rezaga y los delanteros. Peleóse en una y otra parte, pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el alférez por no reconocer; y áun dicen que borracho, más de confianza que de vino: perdiéronse bagajes, bagajeros, y la vitualla, sin escapar más de dos personas: hoy se ven blanquear los huesos, no léjos del camino. Túvose de este caso tanto secreto, que primero se supo de los enemigos. Mas porque muchos moriscos de paz, especialmente de las Albuñuelas, se hallaron con el Macox, y porque los vecinos de aquel lugar acogian y daban vitualla á los moros y con ellos tenian contínua plática, pareció que debian

ser castigados y el lugar destruido, así por ejemplo de otros, como por entretener con algun cebo justificado la gente que estaba ociosa y descontenta. Es las Albuñuelas lugar asentado en la falda de la montaña á la entrada de Val de Lecrin, depósito de todos los frutos y riquezas del mismo valle, cinco leguas de Granada, en tres barrios, uno apartado de otro, la gente más pulida y ciudadana que los otros de la sierra, tenidos los hombres por valientes y que pudieron resistir las armas del rey católico D. Fernando hasta concertarse con ventaja. Mandóse á don Antonio de Luna, capitan de la Vega, que con cinco banderas de infantería y docientos caballos, amaneciese sobre el lugar, degollase los hombres, hiciese cautiva toda manera de persona, robase, quemase, asolase las casas. Mas D. Antonio, hombre cuidadoso y diligente, ó que no midiese el tiempo, ó que la gente caminase con pereza, llegó cuando los vecinos parte eran huidos á la montaña; parte estaban prevenidos en defensa de las calles y casas; con un moro por capitan, llamado Lope. Anduvo la ejecucion tan espaciosa, la gente tan tibia, que de los enemigos murieron pocos, y de esos los más viejos, perezosos y enfermos, y de los nuestros algunos: cautiváronse niños y mujeres, los que no pudieron escapar á lo alto: fué saqueado el uno de los tres barrios, y el escarmiento de los enemigos tan liviano, que saliendo por una parte nuestra gente, entraba la suya por otra: habitaron las casas, segaron sus panes aquel año, y sembraron sin estorbo para el siguiente.

Estaban las cosas calladas y suspensas sin el contínuo desasosiego que daban los moros en la ciudad: gobernábalos en la parte que cae al valle y la vega un capitan llamado Nacoz (que en su lengua quiere decir campana), mostrándose á todas horas y en todos lugares. Ya se habian encontrado él y D. Antonio de Luna con número cuasi igual de gente de á pié, aunque con ventaja D. Antonio

por la caballería que llevaba: se partieron con igualdad, cuasi sin poner manos á las armas, poniéndose el Nacoz en salvo; el barranco en medio de su gente y nuestra caballería. Dicen que de allí atravesó la sierra de la Almijara, y por Almuñécar con su hacienda y familia pasó á Bertería.

Visto por D. Juan que los enemigos crecian en número y experiencia; que eran avisados por los moriscos de Granada, ayudados con vitualla, reforzados con parte de la gente moza de la ciudad y la vega; que no cesaban las pláticas y tratados; el concierto de poner en ejecucion el primero áun estaba en pié; que tenian señalado dia y hora cierta para acometer la ciudad; número de gente determinado; capitanes nombrados Giron, Nacoz, uno de los Partales, Farax, Chacon, Rendati, moriscos; Caracax y Hosceni, turcos, y Dali capitan general de todos, venido por mandado del rey de Argel; dió aviso de todo encareciendo el peligro por parte de los enemigos, si se juntaban con los de Granada y la vega, y de los nuestros por la flaqueza que sentia en la gente comun, por la corrupcion de costumbres y órden de guerra.

Mandó el Rey que todos los moriscos habitantes en Granada saliesen á vivir repartidos por lugares de Castilla y Andalucía; porque morando en la ciudad no podian dejar de mantenerse vivas las pláticas y esperanzas, dentro y fuera. Habia entre los nuestros sospechas, desasosiego, poca seguridad: parecia á los que no tenian experiencia de mantener pueblos oprimiendo ó engañando á los enemigos de dentro y resistiendo á los de fuera, estar en manifiesto peligro. Con tal resolucion ordenó D. Juan, á los 23 de Junio, que encerrasen todos los moriscos en las iglesias de sus parroquias: ya era llegada gente de las ciudades á sueldo del Rey, y se estaba con más seguridad. Puso la ciudad en arma; la caballería y la infantería repartida por sus cuarteles: ordenó al marqués de Mondéjar

que subiendo al Albaicin se mostrase á los moriscos, y con su autoridad los persuadiese á encerrarse llanamente. Recogidos que fueron de esta manera, mandáronlos ir al hospital Real, fuera de Granada un tiro de arcabuz: anduvo D. Juan por las calles con guardas de á caballo y guion; viólos recoger inciertos de lo que habia de ser de ellos; mostraban una manera de obediencia forzada, los rostros en el suelo con mayor tristeza que arrepentimiento; ni de esto dejaron de dar alguna señal; que uno de ellos hirió al que halló cerca de sí: dícese que con acometimiento contra D. Juan, pero lo cierto no se pudo averiguar, porque fué luego hecho pedazos: yo que me hallé presente diria que fué movimiento de ira contra el soldado, y no resolucion pensada. Quedaron las mujeres en sus casas algun dia, para vender la ropa y buscar dineros con que seguir, y mantener sus maridos. Salieron atadas las manos, puestos en la cuerda, con guarda de infantería y caballería por una y otra parte, encomendados á personas que tuviesen cargo de irlos dejando en lugares ciertos del Andalucía, y guardallos; tanto porque no huyesen, como porque no recibiesen injuria. Quedaron pocos mercaderes y oficiales, para el servicio y trato de la ciudad: algunos á contemplacion y por interese de amigos. Muchos de los mancebos que adivinaron la mala ventura huyeron á la sierra, donde la hallaban mayor; los que salieron por todos tres mil y quinientos; el número de mujeres mucho mayor. Fué salida de harta compasion para quien los vió acomodados y regalados en sus casas: muchos murieron por los caminos de trabajo, de cansancio, de pesar, de hambre, á hierro, por mano de los mismos que los habian de guardar, robados, vendidos por cautivos.

Ya el Rey habia enviado personas que tuviesen cuenta con su hacienda, porque ántes no las habia, como en negocio de que presto se vernia al fin; contador, pagador, veedor general y particulares; dentro en consejo al licenciado

Muñatones que habia servido de alcalde de corte al Emperador en sus jornadas y de su consejo: hombre hidalgo y limpio y en diversos tiempos de próspera y contraria fortuna. Como los moriscos salieron de Granada, perdióse la comodidad de los soldados; cesaron los alojamientos, camas, fuego, vasos: cosas que se dan en hospedaje, sin que la gente no puede vivir ni cómoda ni suficientemente. Aun para la ciudad y soldados no estaba hecha provision de vitualla; pero entraron á mantener la gente con socorros, mudando término y propósito. Fué mayor el aprovechamiento de los capitanes y oficiales de guerra con los socorros y raciones, cuanto más á menudo se tomaban las muestras: entraban á ellas en lugar de soldados vecinos del pueblo; sucedieron á cumplir la hacienda del Rey, en lugar de los moriscos, los bagajeros y vivanderos rescatados: por todo se robaba á amigos como á enemigos; á cristianos como á moros; padecian los soldados, adolecian, íbanse, crecieron las desórdenes y composiciones por la vega. Nació una opinion entre los ministros, la cual como provechosa donde el pueblo es enemigo y la gente poca, así errada donde no hay pueblo contrario: y fué que no se debian tomar muestras, porque los enemigos no entendiesen cuán pocos eran los soldados, y que se debia permitir la licencia y excesos, porque no se amotinasen ni huyesen. La gente de la ciudad era mucha, buena y armada; los moriscos fuera, los soldados no tan pocos que no fuesen superiores (juntos con el pueblo) á los enemigos; guarda de á pié y de á caballo en la vega; armado en Órgiva D. Juan de Mendoza: ¿qué temor ó recatamiento podia estorbar el remedio de inconvenientes que eran causa de poner en peligro la empresa y de que los moros de la vega, no pudiendo sufrir tanto maltratamiento, yéndose á la sierra acrecentasen el número de los enemigos? Duró tantos meses esta manera de gobierno, que dió causa á intenciones libres y sospechosas de pensar, que no faltaban

personas á quien contentase, que creciendo los inconvenientes, fuese mayor la necesidad.

Declaró el Rey, como estaba acordado, que el marqués de Vélez tuviese cargo de los partidos de Almería, Guadix, Baza, rio de Almanzora, sierra de Filabres; y queriendo salir contra los enemigos, parecióle asegurar el puerto que dicen de la Ravaha, paso de la Alpujarra para tierra de Guadix y Granada; mandó que con cuatrocientos hombres enviados de Guadix, Gonzalo Fernandez, capitan viejo, plático en las escaramuzas de Oran, tomase lo alto del puerto, y se hiciese fuerte hasta tener órden suya. Comenzó á subir la montaña sin reconocer; mas los moros que estaban cubiertos en lo alto y en lo hondo del camino, dejando subir parte de la gente, echaron cuarenta arcabuceros que acometiesen la frente, y por el costado dieron cien hombres, hasta ponellos en desórden; y cargándolos en rota, murió la mayor parte huyendo; perdiéronse las armas, municion y vitualla que llevaban; poca gente tornó á Guadix con el capitan. D. Juan, temeroso que los enemigos cargasen á la parte de Guadix, proveyó para guardia de ella á Francisco de Molina, que sirvió de capitan al Emperador en las guerras de Alemania.

Con el suceso de la Ravaha, se levantó la sierra de Bentomiz, y tierra de Vélez-Málaga; no hicieron los excesos que en el Alpujarra, ántes contentándose con recoger la ropa á lugares fuertes sin hacer daños, echaron bando que ninguno matase ó cautivase cristiano, quemase iglesia, tomase bienes de cristianos ó de moros que no se quisiesen recoger con ellos: fortificaron para refugio y seguridad de sus personas un monte llamado Frexiliana la vieja, á diferencia de la nueva cerca de él, deshabitado de muchos tiempos: los antiguos españoles y romanos le llamaron Sexifirmum. Estuvieron de esta manera tanto más sospechosos á Vélez, cuanto procedian más justificadamente, sin comunicacion ó comercio en el Alpujarra. Mas Aré-

valo de Suazo, corregidor de Málaga y Vélez, avisado primero por cartas de D. Juan como los moriscos de aquella sierra estaban para levantarse y ocupar á Vélez, movido por la razon de que se podia continuar aquel levantamiento por la hoya y xarquia de Málaga, hasta tierra de Ronda, si con tiempo no se atajase, y con alguna esperanza de pacificar los moros por vía de concierto, partió de Málaga con cuatrocientos infantes y cincuenta caballos, llegó á Vélez y hizo salir del fuerte la gente del pueblo que habia desamparado lo llano; puso el lugar en defensa; socorrió el castillo de Caniles, lugar del marqués de Comares, que estaba en aprieto, echando los moros de la tierra, los cuales y los de Sedella se fueron á juntar con los de toda la sierra, y á un tiempo descubrieron el levantamiento que tengo dicho. Volvió á Vélez Suazo juntando mil y quinientos infantes con la caballería que se hallaba, y entendiendo que se recogian y fortificaban en la sierra, quiso ir á reconocellos y en ocasion combatillos. Hallólos en Frexiliana la vieja fortificados: el general de ellos era Gomel, y tenía consigo otros capitanes: todos se mandaban por la autoridad de Benaguazil. Pero en la subida de la montaña, creyendo que bastaria mostralles las armas, trabó la gente desmandada una escaramuza, y siguiéronla dos banderas de infantería sin órden, y sin podellos Arévalo de Suazo retirar; harto ocupado en estorbar que el resto no saliese tras ellos. Mas los moros, que habian hecho rostro á la escaramuza, viendo la gente que cargaba de nuevo y conociendo la desórden, comenzáronse á retirar hasta sus reparos; y saltando fuera golpe de arcabuceros y ballesteros, apretaron nuestra gente cuasi puesta en rota, ejecutándolo hasta lo llano. Arévalo de Suazo, parte acometiendo, parte retirando y amparando la gente, volvió con ella (algunos muertos y pocos heridos) á Vélez, donde estuvo á la guarda del lugar y la tierra; y los moros volvieron á continuar su fuerte. D. Juan, visto

el caso, y pareciéndole dar dueño á la empresa que la hiciese á ménos costa y con más autoridad (aunque en Arévalo de Suazo no hubiese como no hubo falta), ofreció aquella jornada por mandado del Rey á D. Diego de Córdoba, marqués de Comares, gran señor en el Andalucía (y fuera de ella de mayores esperanzas), que tenía parte de su estado en aquella montaña pacífico y guardado; pero fué la oferta de manera, que justificadamente pudo excusarse.

En este tiempo se declararon los preparamientos del rey de Argel ser contra el de Túnez Mulei Hamida; y el rey de Fez se quietó. Partió el de Argel con siete mil infantes turcos y andaluces y doce mil caballos, parte de su sueldo y parte alárabes que labraban la tierra: juntáronse á una legua de Beja, ciudad grande, y veinte de Túnez; mas el rey de Túnez fué roto, y salvóse con docientos caballos hácia la tierra que dicen de los dátiles. Perdió á Beja y Túnez, que ahora está en poder de turcos, y á Biserta, que comenzaron á fortificar, lugar de comarca provechoso para quien lo ocupare y pudiere mantener (Hippón Diarritos le llamaron los griegos, á diferencia de Bona: púsole el nombre Agatócles, tirano de Sicilia en la gran empresa que tuvo contra los cartagineses). Mas por quitar duda y oscuridad, diré lo que entiendo de estos reinos. El de Fez fué reino de Siphax, que tuvo guerra contra los romanos, de quien tanta memoria hacen sus historias. Despues de várias mudanzas, edificó la ciudad Idriz, del linaje de Alí, que conquistó á Berbería, y en memoria tienen su alfanje colgado en el templo principal con gran veneracion. Dióle el nombre del rio que pasa por medio, llamado entónces Fez. Juntó los edificios Joseph Miramarazohir Aben Jacob, del linaje de los de Benimerin, que fué vencido del rey D. Alonso en la batalla de Tarifa; y por la comodidad de guerrear contra el rey de Tremecen la hizo de nuevo cabeza del reino poseido al presente por los hijos de Xarife; hombre que de

predicador y tenido por santo y del linaje de Mahoma, vino (juntando las armas con la religion) al señorío de Marruecos y Fez, como lo han hecho muchos de su secta en África, comenzando de Mahoma, hasta los almoravides, los almohades, los beni-merines, los beni-oaticis, y xarifes que hoy son; todos religiosos y armados, y que por este medio vinieron á la alteza del reino. El de Túnez tuvo mayor antigüedad por fundarse en las sobras de la gran Cartago destruida por Scipion Africano, y vuelta á restaurar primero por los cónsules romanos y por Tiberio Graco, despues mudado el sitio á lo llano por César Augusto, y habitada de romanos, poseida de los emperadores, ganada por los vándalos, y recuperada por Belisario, capitan del emperador Justiniano; siempre tenida por la tercia parte del Imperio griego hasta el tiempo de los alárabes; que fué por Occuba Ben-Nafic, capitan de Mahuía, sojuzgada, venciendo y matando al conde Gregorio, lugarteniente del emperador Constantino, hijo de Constante, con setenta mil caballos cristianos en la gran batalla junto á Africa, que los moros llaman Mehedia (del nombre de un su príncipe dicho Moahedin), y los romanos Adrumentum, ahora lugar destruido por el ejército del emperador D. Cárlos. Las armas con que se halló el conde Gregorio (á quien los alárabes llaman Groguir), dicen que fueron muchas mujeres en torno bien aderezadas y hermosas; él en una litera de hombros con piedras preciosas cubierta de paño de oro, y dos mancebos que con mosqueadores de plumas de pavo le quitaban el polvo. Mauhía ocupó á Cartago por entrega de María, hija del conde Gregorio, con pacto que casase con ella; mas descontento del casamiento, la dejó: deshabitó á Cartago; pasó la poblacion donde ahora es Túnez, que entónces era pequeño lugar y siempre del mismo nombre. Quedaron repartidos los romanos en doce aldeas, que hoy son de labradores moros en el cabo que llaman de Cartago, donde fué la ciudad competidora de Roma: el nombre

de ella dura en un pequeño pueblo, y ese sin gente: tantas mudanzas hace el mundo, y tan poca seguridad hay en los Estados. Gobernóse Túnez en forma de república hasta los tiempos de Miramamolin Juseph; que envió á Abdetuahhed su capitan, natural de Sevilla, que los gobernó y sujetó con ocasion de defendellos contra los alárabes; cuyo hijo quedó por señor, y fué el primero rey de Túnez hasta Muztancoz, que ennobleció la ciudad, y dende él á Hamida, que hoy reina sin perderse la sucesion, segun la verdad de sus historias, cegando ó matando los padres á los hijos, ó los hijos á los padres, como hizo Hamida, que cegó á Mulei Hacen su padre, y le quitó el reino, en que el emperador D. Cárlos, vencedor de muchas gentes, le habia restituido, echando á Barbaroja tirano de él, puesto por mano del gran Señor de los turcos.

Menores fueron los principios del señorío de Argel, que hoy está en mayor grandeza: al lugar llaman los moros Algezair, por una isla que tenía delante; nosotros le llamamos Argel; antiguamente se pobló de los moradores de Cesarea, que ahora se llama Sarxel. Estuvo siempre en el señorío de los reyes godos de España hasta que vinieron los moros, y en tiempo de ellos fué lugar de poco momento regido por xeques. Mas despues, el rey D. Fernando el Católico hizo tributario al señor, y edificó el Peñon. Muerto el Rey, el cardenal Fr. Francisco Ximenez, gobernador de España en los principios del reinado del emperador D. Cárlos, tomó á Bugia (casa real del rey Bocho de Mauritania, dicha por esto de su nombre, segun los alárabes), y quiso crecer el tributo moviendo nuevo concierto con el xeque: ofendidos los moros, reprendido y arrepentido el señor, se retiró. El Cardenal, hombre de su condicion armígero, y áun desasosegado, armó contra él, haciendo capitanes á Diego de Vera y Juan del Rio: juntóse esta armada á manera de arrendamiento; que todos los que tenian oficios menores, si los querian pasar en sus

hijos por una vida, fuesen á servir, ó llevasen ó diesen en su lugar tantos hombres, segun la importancia del oficio. Perdióse la armada por mal tiempo, confusion y poca plática de los que gobernaban, y esta fué la primera pérdida que se hizo sobre Argel. Mas el xeque, temiendo que con mayores fuerzas se renovaria la guerra, trajo por huésped y soldado á Barbaroja, hermano del que fué tirano de Túnez, que entónces era su lugarteniente y secretario; venidos á la grandeza que tuvieron, de capitanes de un bergantin. Habia tentado Barbarroja Horux (que así se llamaba el mayor) la empresa de Bugia; perdido el tiempo, la gente, un brazo y el armada; recogídose con cuarenta turcos á un pequeño castillo, de donde el xeque otra vez le trajo al sueldo; más él, juntándose con los principales, mató al xeque llamado Selin Etenri estando comiendo en un baño: hízose señor y llamóse rey. Dende á poco salió para la empresa de Tremecen, y ocupado aquel reino quedó por señor, y su hermano Harradin por gobernador en Argel; mas echado despues de Tremecen por los capitanes del alcaide de los donceles (abuelo de este marqués de Comares), que era entónces general de Oran, y muerto huyendo, quedó el reino de Argel en poder del hermano. Habia D. Hugo de Moncada hecho tributarios los gelves despues de algunos años de la pérdida del conde Pedro Navarro, y muerte de D. García de Toledo, hijo del duque de Alba D. Fadrique, padre del duque D. Fernando que hoy gobierna los Estados de Flandes: y tornando con el armada por mandado del Emperador sobre Argel, con intento de destruilla y asegurar la marina de España, tentó desdichadamente la venganza de Diego de Vera y Juan del Rio; porque con tormenta perdió mucha parte de la armada, y echando gente en tierra para defender los que se iban á ella con miedo de la mar, perdió tambien lo uno y lo otro. Crecieron las fuerzas de Barbaroja; extendióse por la tierra adentro su poder; deshizo el Peñon que era isla;

continuóla con la tierra firme; ocupó los lugares de la mar Sarxel, Guijan, Brica, y el reino de Túnez aunque pequeño. Vino á noticia del señor de los turcos, que pretendia por seguridad y paz de sus hijos ocupar á África y poner en Túnez á Bayaceto, que se mató á sí mismo: adelantó á Barbaroja en fuerzas y autoridad por conseguir este fin y poner al Emperador en estrecho y necesidad. Dióle mayor armada con que ocupase y afirmase el reino de Túnez, de donde echado por el Emperador pasó á Constantinopla: quedó general de la armada del Turco, y despues favorecido y honrado hasta que murió; tenido en más por haberle vencido el Emperador; porque los vencedores honrados honran á los vencidos. Quedó el reino de Argel en poder de gobernadores enviados por el Turco; mas el Emperador, temiendo la poca seguridad que tenía en sus Estados con la grandeza de los turcos en Argel, y hallándose en Alemania al tiempo que el gran Turco venía sobre ella, mal proveido de dineros para resistille, no quiso obligarse á la empresa. Quedar sin salir á ella en Alemania, era poca reputacion: tomó por expediente la de Argel, donde fué roto de la tormenta: retiróse por tierra á Bugia, perdiendo mucha parte de la armada; pero salvó el ejército y la reputacion, con gloria de sufrido, de diestro y valeroso capitan. De allí crecieron sin resistencia las fuerzas de los señores de Argel; tomaron á Tremecen, á Bugia; y por su órden los cosarios á Jayona, de los moros; á Trípol, de la órden de San Juan: rompieron diversas armadas de galeras sin otra adversidad más que la pérdida que hicieron de su armada en la batalla que D. Bernardino de Mendoza ganó á Alí Hamete y Cara Mami sus capitanes sobre la isla de Arbolan. Por este camino vino el reino de Argel á la grandeza que ahora tiene.

LIBRO TERCERO.

Entretenia el gran Turco los moros del reino de Granada con esperanzas, por medio del rey de Argel, para ocupar, como dijimos, las fuerzas del rey D. Felipe en tanto que las suyas estaban puestas contra venecianos; como quien (dando á entender que las despreciaba) ninguna ocasion de su provecho, aunque pequeña, dejaba pasar. Entretanto, el comendador mayor D. Luis de Requesenes sacó del reino y embarcó la infantería española en las galeras de Italia, dejando órden á D. Alvaro de Bazan, que con las catorce de Nápoles, que eran á su cargo, y tres banderas de infantería española, corriese las islas y asegurase aquellos mares contra los cosarios turcos. Vino á Civitavieja; de allí á puerto Santo Stéfano, donde juntando consigo nueve galeras y una galeota del duque de Florencia, estorbado de los tiempos entró en Marsella. Dende á poco pareciendo bonanza, continuó su viaje; mas entrando la noche comenzó el narbonés á refrescar, viento que levanta grandes tormentas en aquel golfo, y travesía para la costa de Berbería, aunque léjos: tres dias corrió la armada tan deshecha fortuna, que se perdieron unas galeras de otras; rompieron remos, velas, árboles, timones; y, en fin, la capitana sola pudo tomar á Menorca, y dende allí á Palamós:

donde los turcos forzados, confiándose en la flaqueza de los nuestros por el no dormir y contínuo trabajo, tentaron levantarse con la galera; pero sentidos, hizo el comendador mayor justicia de treinta. Nueve galeras de las otras siguieron la derrota de la capitana; cuatro se perdieron con la gente y chusma; la una que era de Estéfano de Mari, gentilhombre genoves, en presencia de todas en el golfo embistió por el costado á otra, y fué la embestida salva, y á fondo la que embistió; acaecimiento visto pocas veces en la mar: las demas dieron al traves en Córcega y Cerdeña, ó aportaron en otras partes con pérdida de la ropa, vitualla, municiones y aparejos; aunque sin daño de la gente. Luego que pasó la tormenta llegó D. Alvaro de Bazan á Cerdeña con las galeras de Nápoles; puso en órden cinco de las que habian quedado para navegar: en ellas y en las suyas embarcó los soldados que pudo; llegó á Palamós, y juntándose con el comendador mayor, navegaron la costa del reino de Granada, á tiempo que poco habia fuera el suceso de Bentomiz y otras ocasiones, más en favor de los moros que nuestro. Llevó consigo de Cartagena las galeras de España que traia D. Sancho de Leiva; y tornando D. Alvaro á guardar la costa de Italia, él partió con veinte y cinco galeras para Málaga. Mas al pasar, avisado por Arévalo de Suazo de lo sucedido en Bentomiz, envió con D. Miguel de Moncada á continuar con D. Juan su intento, y el peligro en que estaba toda aquella tierra, si no se ponia remedio con brevedad, sin esperar consulta del Rey. Puso entretanto sus galeras en órden; armó y rehizo la infantería, que serian en diez banderas mil soldados viejos, y quinientos de galera; juntó y armó de Málaga, Vélez y Antequera, por medio de Arévalo de Suazo y Pedro Verdugo, tres mil infantes. Volvió D. Miguel con la comision de D. Juan, y partió el comendador mayor á combatir los enemigos. Llegado á Torrox, envió á D. Martin de Padilla, hijo del adelantado de Cas-

lla, con alguna infantería suelta para reconocer el fuerte de Frexiliana, y volvió trayendo consigo algun ganado. Púsose al pié de la montaña; y despues de haber reconocido de más cerca, dió la frente á D. Pedro de Padilla con parte de sus banderas y otras hasta mil infantes, y mandóle subir derecho. A D. Juan de Cárdenas (1), hijo del conde de Miranda, mandó subir con cuatrocientos aventureros y otra gente plática de las banderas de Italia por la parte de la mar, y por la otra á D. Martin de Padilla con trecientos soldados de galera y algunos de Málaga y Vélez: los demas que acometiesen por las espaldas del fuerte, donde parece que la subida estaba más áspera, y por esto ménos guardada, y éstos mandó que llevase Arévalo de Suazo con alguna caballería por guarda de la ladera y del agua. Mas D. Pedro, aunque de su niñez criado á las armas y modestia del Emperador, soldado suyo en las guerras de Flandes, despreciando con palabras la órden del comendador mayor, la cual era que los unos esperasen á los otros hasta estar igualados (porque parte de ellos iban por rodeos), y entónces arremetiesen á un tiempo, arremetió sin él, y llegó primero por el camino derecho.

Los enemigos estuvieron á la defensa como gente plática, y juntos resistieron con más daño de los nuestros que suyo; pero al fin, dado lugar á que nuestros armados se pegasen con el fuerte, y comenzasen con las picas á desviarlos y á derribar las piedras de él, y los arcabuceros á quitar traveses, estuvieron firmes hasta que salió un turco de galera enviado por el Comendador mayor á reconocer dentro, con promesa de la libertad. Éste dió aviso de la dificultad que habia por la parte que eran acometidos, y cuánto más fácil sería la entrada al lado y espaldas. Partió la gente, y combatiólos por donde el turco

(1) Este D. Juan de Cárdenas fué despues conde de Miranda, virey de Napoles, presídente de Italia y Castilla.

decia: lo mismo hicieron los enemigos para resistir, pero con mucho daño de los nuestros, que eran heridos y muertos de su arcabucería, al prolongarse por el reparo. Todavía partidas las fuerzas con esto, aflojaron los que estaban á la frente; y D. Juan de Cárdenas tuvo tiempo de llegar, lo mismo la gente de Málaga y Vélez, que iba por las espaldas. Mas los moros, viéndose por una y otra parte apretados, salieron por la del maestral que estaba más áspera y desocupada como dos mil personas, y entre ellos mil hombres los más sueltos y pláticos de la tierra: fué porfiado por ambas partes el combate hasta venir á las espadas, de que los moros se aprovechan ménos que nosotros, por tener las suyas un filo, y no herir ellos de punta. Con la salida de éstos y sus capitanes tuvieron los nuestros ménos resistencia: entraron por fuerza por la parte más difícil y no tan guardada que tocó á Arévalo de Suazo, donde él fué buen caballero, y buena la gente de Málaga y Vélez: pero no entraron con tanta furia, que no diesen lugar á los que combatian de D. Pedro de Padilla y á los demas, para que tambien entrasen al mismo tiempo. Murieron de los enemigos dentro del fuerte quinientos hombres, la mayor parte viejos: mujeres y niños cuasi mil y trescientos con el ímpetu y enojo de la entrada y despues de salidos en el alcance; y heridos otros cerca de qninientos. Cautiváronse cuasi dos mil personas: los capitanes Garral, y el Melilu, general de todos, con la gente que salió, vinieron destrozados á Valor, donde Aben Humeya los recogió, y mandó dende á pocos dias tornar al mismo Frexiliana. Mas el Melilu, rico y de ánimo, hizo ahorcar á Chacon, que trataba con los cristianos, por una carta de su mujer que le hallaron, en que le persuadia á dejar la guerra y concertarse. Dícese que en el fuerte, los viejos de concierto se ofrecieron á la muerte, porque los mozos se saliesen en el entretanto; al reves de lo que suele acontecer y de la órden que guarda naturaleza, como quier que los mozos

sean animosos para ejecutar y defender á los que mandan, y los viejos para mandar, y naturalmente más flacos de ánimo que cuando eran mozos. De los nuestros fueron heridos más de seiscientos, y entre ellos de saeta D. Juan de Cárdenas, que fué aquel dia buen caballero. Entre otros murieron peleando D. Pedro de Sandoval, sobrino del obispo de Osma, y pasados de trecientos soldados, parte aquel dia, y parte de heridas en Málaga, donde los mandó el Comendador mayor, y vender y repartir la presa entre todos, á cada uno segun le tocaba, repartiéndoles tambien el quinto del Rey.

Es el vender las presas y dar las partes costumbre de España; y el quinto derecho antiguo de los reyes dende es primer rey D. Pelayo, cuando eran pocas las facultades para su mantenimiento; ahora porque son grandes, llévanlo por reconocimiento y señorío: mas el hacer los reyes merced de él en comun y por señal de premio á los que pelean, es causa de mayor ánimo; como por el contrario á cada uno lo que ganare y á todos el quinto generalmente cuando vienen á la guerra, ocasion para que todos vengan á servir en las empresas con mayor voluntad. Pero esta se trueca en codicia, y cada uno tiene por tan propio lo que gana, que deja por guardallo el oficio de soldado, de que nacen grandes inconvenientes en ánimos bajos y poco pláticos; que unos huyen con la presa, otros se dejan matar sobre ella de los enemigos, impedidos y enflaquecidos, otros desamparadas las banderas, vuelven á sus tierras con la ganancia. Viénense por este camino á deshacer los ejércitos hechos de gente natural, que campean dentro en casa: el ejemplo se ve en Italia entre los naturales, como se ha visto en esta guerra dentro en España.

El buen suceso de Frexiliana sosegó la tierra de Málaga y la de Ronda por entónces: el Comendador mayor se dió á guardar la costa, á proveer con las galeras los lugares

de la marina; mas en tierra de Granada, el mal tratamiento que los soldados y vecinos hacian á los moriscos de la vega, la carga de alojamientos, contribuciones y composiciones, la resolucion que se tomó de destruir las Albuñuelas flacamente ejecutada; dió ocasion á que muchos pueblos que estaban sobresanados, se declarasen, y subiesen á la sierra con sus familias y ropa. Entre estos fué el rio de Bolodui á la parte de Guadix, y á la de Granada Guejar, que en su calidad no dió poco desasosiego. La gente de ella, recogiendo su ropa y dineros, llevando la vitualla, y dejando escondida la que no pudieron, con los que quisieron seguillos, se alzaron en la montaña, cuasi sin habitacion por la aspereza, nieve y frio. Quiso D. Juan reconocer el sitio del lugar, llevando á Luis Quijada y al duque de Sesa; tratóse si lo debia mantener ó dejar; no pareció por entónces necesario para la seguridad de Granada mantenerle y fortificarle como flaco y de poca importancia; pero la necesidad mostró lo contrario, y en fin se dejó; ó porque no bastase la gente que en la ciudad habia de sueldo á asegurar á Granada todo á un tiempo, y socorrer en una necesidad á Guejar como la razon lo requeria; ó que no cayesen en que los enemigos se atreverian á fundar guarnicion en ella tan cerca de nosotros; ó, como dice el pueblo (que escudriña las intenciones sin perdonar sospecha, con razon ó sin ella), por criar la guerra entre las manos; celosos del favor en que estaba el marqués de Vélez, y hartos de la ociosidad propia, y ambiciosos de ocuparse, aunque con gasto de gente y hacienda: deciase que fuera necesario sacar un presidio razonable á Guejar, como despues se hizo léjos de Granada para mantener los lugares de en medio: cada uno sin examinar causas ni posibilidad, se hacia juez de sus superiores.

Mas el Rey, viendo que su hermano estaba ocupado en defender á Granada y su tierra, y que teniendo la masa de todo el gobierno era necesario un capitan que fuese dueño

de la ejecucion, nombró por general de toda la empresa al marqués de Vélez, que entónces estaba en gran favor, por haber salido á servir á su costa. Sucedióle dichosamente tener á su cargo ya la mitad del reino, calor de amigos, y deudos; cosas que cuando caen sobre fundamento, inclinan mucho los reyes. A esto se juntó haberse ofrecido por sus cartas á echar á Aben Humeya el tirano, que así se llamaba; y acabar la guerra del reino de Granada con cinco mil hombres y trecientos caballos pagados y mantenidos; que fué la causa más principal de encomendalle el negocio. A muchos cuerdos parece que ninguno debe de cargar sobre sí obligacion determinada, que el cumplilla, ó el estorbo de ella esté en mano de otro. Fué la eleccion del Marqués (á lo que el pueblo de Granada juzgaba, y algunos colegian de las palabras y continente) harto contra voluntad de los que estaban cerca de D. Juan, pareciéndoles que quitaba el Rey á cada uno de las manos la honra de esta empresa.

Habian crecido las fuerzas de Aben Humeya, y venídole número de turcos y capitanes pláticos segun su manera de guerra; moros berberíes, armas, parte traidas, parte tomadas á los nuestros, vituallas en abundancia, la gente más, y más plática de la guerra. Estaba el Rey con cuidado de que la gente y las provisiones se hacian de espacio; y pareciéndole que llegarse él más al reino de Granada, sería gran parte para que las ciudades y señores de España se moviesen con mayor calor, y ayudasen con más gente y mas presto, y que con el nombre y autoridad de su venida los príncipes de Berbería andarian retenidos en dar socorro, ciertos que la guerra se habia de tomar con mayores fuerzas, y acabada, con todas ellas cargar sobre sus Estados; mandó llamar Córtes en Córdoba para dia señalado, á donde se comenzaron á juntar procuradores de las ciudades, y hacer los aposentos.

Salió el marqués de Vélez de Terque por estorbar el

socorro que los moros de Berbería continuamente traían de gente, armas y vitualla, y los de la Alpujarra recebian por la parte de Almería. Vino á Berja (que antiguamente tenía el mismo nombre), donde quiso esperar la gente pagada y la que daban los lugares de la Andalucía. Mas Aben Humeya, entendiendo que estaba el Marqués con poca gente y descuidado, resolvió combatille ántes que juntase el campo. Dicen los moros haber tenido plática con algunos esclavos, que escondiesen los frenos de los caballos; pero esto no se entendió entre nosotros: y porque los moros como gente de pié y sin picas recelaban la caballería, quiso combatille dentro del lugar ántes del dia. Llamó la gente del rio de Almería, la del Bolodui, la de la Alpujarra, los que quisieron venir del rio de Almanzora, cuatrocientos turcos y berberíes: eran por todos cuasi tres mil arcabuceros y ballesteros, y dos mil con armas enastadas. Echó delante un capitan que le servia de secretario, llamado Moxaxar, que con trecientos arcabuceros entrase derecho á las casas donde el Marqués posaba, diese en la centinela (lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos estranjeros, llamaban nuestros españoles en la noche, escucha, en el dia, atalaya; nombres harto más propios para su oficio); llegando con el a á un tiempo e arma y ellos, en el cuerpo de guardia: siguióle otra gente, y él quedó en la retaguardia sobre un macho, y vestido de grana (1). Mas el Marqués, que estaba avisado por una lengua que los nuestros le trujeron, atravesó algunas calles que daban en la plaza; puso la arcabucería á las puertas y ventanas; tomó las salidas, dejando libres las entradas por donde entendió que los enemigos vendrian; y mandó estar apercebida la caballería y con ella su hijo D. Diego Fajardo: abrió caminc para salir fuera, y con esta órden

(1) Con mayor moderacion y verisimilitud escribe esta victoria nuestro autor que otros.

esperó á los enemigos. Entró Moxaxar por la calle que va derecha á dar á la plaza, al principio con furia; despues espantado y recatado de hallar la vi la sin guardia, olió humo de cuerdas; y antes que se recatase, sintió de una y otra parte jugar y hacerle daño la arcabucería. Mas queriendo resistir la gente con alguna otra que le habia seguido, no pudo; salióse con pocos y desordenadamente al campo. El Marqués con la caballería y alguna arcabucería, á un tiempo saltó fuera con D. Diego su hijo, D. Juan su hermano, D. Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Coruña, D. Diego de Leiva, hijo natural del señor Antonio de Leiva, y otros caballeros: dió en los que se retiraban y en la gente que estaba para hacelles espaldas; rompiólos otra vez; pero aunque la tierra fuese llana, impedida la caballería de las matas y de la arcabucería de los turcos y moros que se retiraban con órden, no pudo acabar de deshacer los enemigos. Murieron de ellos cuasi seiscientos hombres; Aben Humeya tornó la gente rota á la sierra, y el Marqués á Berja. Al Rey dió noticia, pero á don Juan poca y tarde; hombre preciado de las manos más que de la escritura; ó que queria darlo á entender, siendo enseñado en letras y estudioso. Comenzó D. Juan con órden del Rey á reforzar el campo del Marqués; ántes á formarlo de nuevo: puso con dos mil hombres á don Rodrigo de Benavides en la guarda de Guadix; á Francisco de Molina envió con cinco banderas á la de Órgiva; mandó pasar á D. Juan de Mendoza con cuasi cuatro mil infantes y ciento cincuenta caballos á donde el Marqués estaba; y al Comendador mayor, que tomando las banderas de D. Pedro de Padilla (rehechas ya del daño que recibieron en Frexiliana), las pusiese en Adra, donde el Marqués vino de Berja á hacer la masa. Llegó D. Sancho de Leiva á un mismo tiempo con mil y quinientos catalanes de los que llaman delados, que por las montañas andan huidos de las justicias, condenados y haciendo deli-

tos, que por ser perdonados vinieron los más de ellos á servir en esta guerra: era su cabeza Antic Sarriera, caballero catalan; las armas sendos arcabuces largos, y dos pistoletes de que se saben aprovechar. Llegó Lorenzo Tellez de Silva, marqués de la Favara, caballero portugues con setecientos soldados, la mayor parte hechos en Granada y á su costa; atravesó sin daño por el Alpujarra entre las fuerzas de los enemigos; y por tenerlos ocupados en el entretanto qne se juntaba el ejército, y las guarniciones de Tablate, Durcal y el Padul seguras (á quien amenazaban los moros del valle, y los que habian tornado á las Albuñuelas); por impedir asimismo que éstos no se juntasen con los que estaban en la sierra de Guejar y con otros de la Alpujarra; por estorbar tambien el desasosiego en que ponian á Granada con correrías de poca gente, y por quitalles la cogida de los panes del valle; mandó D. Juan que D. Antonio de Luna con mil infantes y docientos caballos fuese á hacer este efecto, quemando y destruyendo á Restaval, Pinillos, Belexix, Concha, y, como dije, el valle hasta las Albuñuelas. Partió con la misma órden y á la misma hora que cuando fué á quemallas la vez pasada, pero con desigual fortuna; porque llegando tarde, halló los moros levantados por el campo, y en sus labores con las armas en la mano: tuvieron tiempo para alzar sus mujeres, hijos y ganados, y ellos juntarse, llevando por capitanes á Rendati, hombre señalado, y á Lope, el de las Albuñuelas, ayudados con el sitio de la tierra barrancosa. Acometieron la gente de D. Antonio, ocupada en quemar y robar; que pudo con dificultad, aunque con poca pérdida, resistir y recogerse, siguiéndole y combatiéndole por el valle abajo, malo para la caballería. Mas D. Antonio, ayudándole D. García Manrique, hijo del marqués de Aguilar, y Lázaro de Heredia, capitan de infantería, haciendo á veces de la vanguardia retaguardia, á veces, por el contrario, tomando algunos pasos con la arcabucería, se fué retirando hasta

salir á lo raso, que los enemigos con temor de la caballería le dejaron. Murió en esta refriega apartado de D. Antonio el capitan Céspedes á manos de Rendati con veinte soldados de su compañía peleando, sesenta huyendo; los demas se salvaron á Tablate donde estaba de guardia. No fué socorrido por estar ocupada la infantería quemando y robando sin podellos mandar D. Antonio. Tampoco llegó don García (á quien envió con cuarenta caballos), por ser léjos y áspera la montaña, los enemigos muchos. Pero el vulgo ignorante, y mostrado á juzgar á tiento, no dejaba de culpar al uno y al otro: que con mostrar D. Antonio la caballería de lo alto en las eras del lugar, los enemigos fueran retenidos ó se retiraran; que D. García pudiera llegar más á tiempo, y Céspedes recogerse á ciertos edificios viejos, que tenía cerca; que D. Antonio le tenía mala voluntad dende ántes, y que entónces habia salido sin órden suya de Tablate, habiéndole mandado que no saliese. A mí, que sé la tierra, paréceme imposible ser socorrido con tiempo, aunque los soldados quisieran mandarse, ni hubiera enemigos en medio y á las espaldas. Tal fué la muerte de Céspedes, caballero natural de Ciudad-Real, que habia traido la gente á su costa, cuyas fuerzas fueron excesivas y nombradas por toda España; acompañólas hasta la fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales. Volvió D. Antonio con haber quemado alguna vitualla; trayendo presa de ganado á Granada, donde menudeaban los rebatos; las cabezas de la milicia corrian á una y otra parte, más armados que ciertos donde hallar los enemigos; los cuales, dando armas por un cabo, llevaban de otro los ganados.

Habia D. Juan ya proveido que D. Luis de Córdoba, con docientos caballos y alguna infantería, recogiese á Granada y á la vega los de la tierra: comision de poco más fruto que de aprovechar á los que los hurtaron; porque no se pudiendo mantener, fué necesario volvellos á sus luga-

res faltos de la mitad, donde fueron comunes á nosotros y á los enemigos.

Hallábase entretanto el marqués de Vélez en Adra (lugar antiguamente edificado cerca de donde ahora es, que llamaban Abdera), con cuasi doce mil infantes y setecientos caballos: gente armada, plática, y que ninguna empresa rehusara por difícil, extendida su reputacion por España con el suceso de Berja, su persona subida en mayor crédito. Venian muchos particulares á buscar la guerra, acrecentando el número y calidad del ejército; pero la esterilidad del año, la falta de dinero, la pobreza de los que en Málaga fabricaban bizcocho, y la poca gana de fabricarlo por las contínuas y escrupulosas reformaciones ántes de la guerra, la falta de recuas por la carestía, la de vivanderos que suelen entretener los ejércitos con refrescos, y con esto las resacas de la mar que en Málaga estorban á veces el cargar, y las mesmas el descargar en Adra, fué causa que las galeras no proveyesen de tanto bastimento y tan á la contínua. Era algunas veces mantenido el campo de sólo pescado, que en aquella costa suele ser ordinario; cesaban las ganancias de los soldados con la ociosidad; faltaban las esperanzas á los que venian cebados de ellas; deteníanse las pagas: comenzó la gente de descontentarse á tomar libertad y hablar como suelen en sus cabezas. El general, hombre entrado en edad, y por esto más en cólera, mostrado á ser respetado y áun temido; cualquiera cosa le ofendia: dióse á olvidar á unos, tener poca cuenta con otros, tratar á otros con aspereza; oia palabras sin respeto, y oíanlas de él. Un campo grueso, armado, lleno de gente particular, que bastaba á la empresa de Berbería, comenzó á entorpecerse nadando y comiendo pescados frescos; no seguir los enemigos habiéndolos rompido; no conocer el favor de la victoria; dejarlos engrosar, afirmar, romper los pasos, armarse, proveerse, criar guerra en las puertas de España. Fué el Marqués junta-

mente avisado y requerido de personas que veian el daño, y temian el inconveniente, que con la vitualla bastante para ocho dias saliese en busca de Aben Humeya. Por estos términos comenzó á ser malquisto del comun, y de allí á pegarse la mala voluntad en los principales, aborrecerse él de todos y de todo, y todos de él.

Al contrario de lo que al marqués de Mondéjar aconteció; que de los principales vino á pegarse en el pueblo; pero con más paciencia y modestia suya, dicen que con igual arrogancia. Yo no ví el proceder del uno ni del otro; pero á mi opinion ambos fueron culpados, sin haber hecho errores en su oficio, y fuera de él, con poca causa, y esa comun en algunos otros generales de mayores ejércitos. Y tornando á lo presente, nunca el marqués de Vélez se halló tan proveido de vitualla, que le sobrase en el comer ordinario de cada dia para llevar consigo cuantidad que pudiese gastar á la larga; pero vista la falta de ella, la poca seguridad que se tenía de la mar, pareciéndole que de Granada y el Andalucía, Guadix y marquesado de Zenette, y de allí por los puertos de la Ravaha y Loh que atraviesan la sierra hasta la Alpujarra, podia ser proveido; escribió á D. Juan (aunque lo solia hacer pocas veces) que le mandase tener hecha la provision en la Calahorra, porque con ella y la que viniese por mar, se pudiese mantener el ejército en la Alpujarra y echar de ella los enemigos.

El Comendador mayor, segun el poco aparejo, ninguna diligencia posible dejaba de hacer aunque fuese con peligro, hasta que tuvo en Adra puesta vitualla de respeto por tanto tiempo, que ayudado el Marqués con alguna de otra parte (aunque fuese habida de los enemigos), podia guerrear sin hambre, y esperar la de Guadix; mas viendo que el Marqués, incierto de la provision que hallaria en la Calahorra, se detenia; dábale priesa en público, y requeríale en consejo que saliese contra los enemigos. Mas dando el Marqués razones por donde no convenia salir tan presto;

dicen que pasó tan adelante, que en presencia de personas graves y en un Consejo, le dijo: *que no lo haciendo, tomaria él la gente y saldria con ella en campo.*

En Granada ninguna diligencia se hizo para proveer al Marqués; porque, pues no replicaba, tuvieron creido que no tenía necesidad, y que estaba proveido bastantemente en Adra, de donde era el camino más cauto y seguro: tenian por dificultoso el de la Calahorra; los enemigos muchos, las recuas pocas, la tierra muy áspera, de la cual decian que el Marqués era poco plático. Mas el pueblo, acostumbrado ya á hacerse juez, culpábale de mal sufrido en palabras y obras igualmente, con la gente particular y comun; á sus oficiales de liberales en distribuir lo voluntario, y en lo necesario estrechos; detenerse en Adra buscando causas para criar la guerra, tenido en otras cosas por diligente: escribíanse cartas, que no faltaba adonde cayesen á tiempo; disminuíase por horas la gracia de los sucesos pasados: decian que de ello no pesaba á D. Juan, ni á los que le estaban cerca: era su parcial solo el Presidente, pero ese algunas veces ó no era llamado, ó le excluian de los consejos á horas y lugares, aunque tenía plática de las cosas del reino y alteraciones pasadas. Pasó este apuntamiento hasta ser avisado el Consejo por cartas de personas y ministros importantes (segun el pueblo decia), y áun reprendido, que parecia desautoridad y poca confianza, no llamar un hombre grave de experiencia y dignidad. Pero no era de maravillar que el vulgo hiciese semejantes juicios; pues por otra parte se atrevia á escudriñar lo intrínseco de las cosas, y examinar las intenciones del Consejo.

Decian que el duque de Sesa y el marqués de Vélez eran amigos, más por voluntad suya que del Duque; no embargante que fuesen tio y sobrino. El marqués de Mondéjar y el Duque émulos de padres y abuelos sobre la vivienda de Granada, aunque en público profesasen amistad: anti-

gua la enemistad entre los Marqueses y sus padres, renovada por causas y preeminencias de cargos y jurisdicciones; lo mismo el de Mondéjar y el Presidente, hasta ser maldicientes en procesos el uno contra el otro: Luis Quijada, envidioso del de Vélez, ofendido del de Mondéjar; porque siendo conde de Tendilla, no quiso consentir al Marqués su padre que le diese por mujer una hija que le pidió con instancia; amigo intrínseco de Eraso, y de otros enemigos de la casa del Marqués. El duque de Feria (1) enemigo atrevido de lengua y por escrito del marqués de Mondéjar; ambos dende el tiempo de D. Bernardino de Mendoza, cuya autoridad despues de muerto los ofendia. El duque de Sesa y Luis Quijada á veces tan conformes, cuanto bastaba para excluir los Marqueses, y á veces sobresanados por la pretension de las empresas: hablábanse bien, pero huraños y recatados, y todos sospechosos á la redonda. Entreteníase Muñatones mostrado á sufrir y disimular, culpando las faltas de proveedores y aprovechamientos de capitanes, lo uno y lo otro sin remedio. Don Juan como no era suyo, contentábale cualquiera sombra de libertad: atado á sus comisiones, sin nombramiento de de oficiales, sin distribucion de dinero, armas y municiones y vituallas, si las libranzas no venian pasadas de Luis Quijada; que en esto y en otras cosas no dejaba (con algunas muestras de arrogancia) de dar á entender lo que podia, aunque fuese con quiebra de la autoridad de D. Juan; que entendia todos estos movimientos, pero sufríalos con más paciencia que disimulacion: solamente le parecia desautoridad que el marqués de Mondéjar ó el Conde su hijo usasen sus oficios, aunque no estaban excluidos ni suspendidos por el Rey. Tampoco dejaron de sonarse cosquillas de mozos y otros, que las acrecentaban entre el

(1) Sólo esto del duque de Feria no entiendo bien, si bien por concordar todos los manuscritos, no me atreví á quitarlo.

Conde y ellos: tal era la apariencia del gobierno. Pero no por eso se dejaba de pensar y poner en ejecucion lo que parecia mejor al beneficio público y servicio del Rey: porque los ministros y consejeros no entran con las enemistades y descontentamientos al lugar donde se juntan, y aunque tengan diferencia de pareceres, cada uno encamina el suyo á lo que conviene; pero los escritores como no deben aprobar semejantes juicios, tampoco los deben callar cuando escriben con fin de fundar en la historia ejemplos por donde los hombres huyan lo malo y sigan lo bueno.

Dende los 10 de Junio á los 27 de Julio de 1569, estuvo el marqués de Vélez en Adra sin hacer efecto; hasta que entendiendo que Aben Humeya se rehacía, partió con diez mil infantes y setecientos caballos, gente, como dije, ejercitada y armada, pero ya descontenta: llevó vitualla para ocho dias; el principio de su salida fué con alguna desórden. Mandó repartir la vanguardia, retaguardia y batalla por tercios; que la vanguardia llevase el primer dia don Juan de Mendoza, el segundo D. Pedro de Padilla; y habiendo ordenado el número de bagajes que debia llevar cada tercio, fué informado que D. Juan llevaba más número de ellos; y puesto que fuesen de los soldados particulares, ganados y mantenidos para su comodidad, y aunque iban para no volver á Adra; mandó tornar D. Juan al alojamiento con la vanguardia, pudiéndole enviar á contar los embarazos y reformarlos; cosa no acontecida en la guerra sin grande y peligrosa ocasion: con que dió á los enemigos ganado tiempo de dos dias, y á nosotros perdido. Salió el dia siguiente con haber hallado poco ó ningun yerro que reformar; llevó la misma órden, añadiendo que la batalla fuese tan pegada con la vanguardia, y la retaguardia con la batalla, que donde la una levantase los piés, los pusiese la otra, guardando el lugar á los impedimentos; la caballería á un lado y á otro; su persona en la batalla, porque los enemigos no tuviesen espacio de

entrar. Vino á Berja, y de allí fué por el llano que dicen de Lucainena, donde al cabo de él vieron algunos enemigos con quien se escaramuzó sin daño de las partes; mostrando Aben Humeya su vanguardia en que habia tres mil arcabuceros, pocos ballesteros; pero encontinente subió á la sierra: la nuestra alojó en el llano, y el Marqués en Uxixar, donde se detuvo un dia, y más el que caminó: dilacion contra opinion de los pláticos, y que dió espacio á los enemigos de alzar sus mujeres, hijos y ropa; esconder, y quemar la vitualla, todo á vista y media legua de nuestro campo. El dia siguiente salió del alojamiento: los enemigos mostrándose en ala como es su costumbre, y dando grita acometieron á don Pedro de Padilla (á quien aquel dia tocaba la vanguardia), con determinacion, á lo que se veia, de dar batalla. Eran seis mil hombres entre arcabuceros y ballesteros, alguno con armas enastadas; víase andar entre ellos cruzando Aben Humeya, bien conocido, vestido de colorado, con su estandarte delante; traia consigo los alcaides, y capitanes moriscos y turcos que eran de nombre. Salió á ellos don Pedro con sus banderas y con los aventureros que llevaba el marqués de la Favara, y resistiendo su ímpetu, los hizo retirar cuasi todos: pero fueron poco seguidos; porque al marqués de Vélez pareció que bastaba resistillos, ganalles el alojamiento, y esparcillos. Retiráronse á lo áspero de la montaña con pérdida de solos quince hombres: fué aquel dia buen caballero el marqués de la Favara, que apartado con algunos particulares que le siguieron, se adelantó, peleó, y siguió los enemigos; lo mismo hizo D. Diego Fajardo con otros. Aben Humeya, apretado, huyó con ocho caballos á la montaña; y dejarretándolos, se salvó á pié; el resto de su gente se repartió sin más pelear por toda ella: hombres de paso, resolutos á tentar y no hacer jornada; cebados con esperanzas de ser por horas socorridos ó de gente para resistir, ó de navíos para pasar en Berbería; y

esta flaqueza los trujo á perdicion. Contentóse el Marqués con rompellos, ganalles el alojamiento, y esparcillos; teniendo que bastaba, sin seguir el alcance, para sacallos de la Alpujarra; ó que esperase mayor desórden, ó que le pareciese que se aventuraba en dar la batalla el reino de Granada, y que para el nombre bastaba lo hecho: hallóse tan cerca del camino, que con docientos caballos acordó pasar aquella noche á reconocer la vitualla á la Calahorra, donde no hallando que comer, volvió otro dia al campo que estaba alojado en Valor el alto y bajo. Detúvose en estos dos lugares diez dias, comiendo la vitualla que trajo y alguna que se halló de los enemigos sin hacer efecto, esperando la provision que de Granada se habia de enviar á la Calahorra, y teniendo por incierta y poca la de Adra; y aunque los ministros á quien tocaba, afirmasen que las galeras habian traido en abundancia, resolvió mudarse á la Calahorra, fortaleza y casa de los marqueses de Zenette, patrimonio del conde Julian en tiempo de godos, que en el de moros tuvieron los Zenettes venidos de Berbería, una de las cinco generaciones decendientes de los alárabes que poblaron y conquistaron á Africa. Tuvo el Marqués por mejor consejo dejar á los enemigos la mar y la montaña, que seguillos por tierra áspera y sin vitualla, con gente cansada, descontenta y hambrienta; y asegurar tierra de Guadix, Baza, rio de Almanzora, Filabres, que andaba por levantarse, y allanar el rio de Bolodui que ya estaba levantado, comer la vitualla de Guadix y el marquesado.

Mas la gente con la ociosidad, hambre y descomodidad de aposentos, comenzó á adolecer y morir. Ningun animal hay más delicado que un campo junto, aunque cada hombre por sí sea recio y sufridor de trabajo; cualquier mudanza de aires, de aguas, de mantenimientos, de vinos; cualquier frio, lluvia, falta de limpieza, de sueño, de camas, le adolece y deshace; y al fin todas las enfermedades le son contagiosas. Andaban corrillos, quejas, libertad,

derramamientos de soldados por unas y otras partes, que escogian por mejor venir en manos de los enemigos: íbanse cuasi por compañías sin órden ni respeto de capitanes. Como el paradero de estos descontentamientos, ó es amotinarse, ó un desarrancarse pocos á pocos, vino á suceder así hasta quedar las banderas sin hombres; y tan adelante pasó la desórden, que se juntaron cuatrocientos arcabuceros, y con las mechas en las serpentinas salieron á vista del campo: fué D. Diego Fajardo hijo del Marqués por detenerlos, á quien dieron por respuesta un arcabuzazo en la mano y el costado, de que peligró y quedó manco. La mayor parte de la gente que el Marqués envió con él, se juntó con ellos y fueron de compañía; tanto en tan breve tiempo habia crecido el odio y desacato.

En fin, llegado y alojado en el lugar, temiendo de su persona pasó á posar en la fortaleza: la gente se aposentó en el campo comiendo á libra escasa de pan por soldado, sin otra vianda; pero dende á pocos dias dos libras por dia, y una de carne de cabra por semana; los dias de pescado algun ajo y una cebolla por hombre, que esto tenian por abundancia: sufrieron mucho las banderas de Nápoles con el nombre de soldados viejos, y la gente particular; quedaron en pié cuasi solas estas compañías, y docientos caballos. Tal fué el suceso de aquella jornada en que los enemigos vancidos quedaron con la mar y tierra, mayores fuerzas y reputacion; y los vencedores sin ella, faltos de lo uno y de lo otro.

En el mismo tiempo los vecinos del Padul, á tres leguas de Granada, se quejaban que habian tenido y mantenido mucho tiampo gruesa guarnicion, que no podian sufrir el trabajo, ni mantener los hombres y caballos. Pidieron que ó se mudase la guardia ó se disminuyese, ó los llevasen á ellos á vivir en otro lugar. Vínose en esto; y salidos ellos, la siguiente noche juntándose con los moros de la sierra, dieron en la guarnicion, mataron treinta soldados, y hi-

rieron muchos, acogiéndose á lo áspero: cuando el socorro de Granada llegó, halló hecho el daño y á ellos en salvo.

La desórden del campo del Marqués puso cuidado á don Juan de proveer en lo que tocaba á tierra de Baza; porque la ciudad estaba sin más guardia que la de los vecinos. Envió á D. Antonio de Luna con mil infantes y docientos caballos, que estuvo dende medio Agosto hasta medio Noviembre sin acontecer novedad ó cosa señalada, más del aprovechamiento de los soldados, mostrados á hacer presas contra amigos y enemigos. Puso en su lugar á D. García Manrique á la guardia de la vega, sin nombre ó título de oficio. Vióse una vez con los enemigos, matándoles alguna gente sin daño de la suya.

Entretanto no cesaban las envidias y pláticas contra los Marqueses, especialmente las antiguas contra el de Mondéjar; porque aunque sus compañeros en la suficiencia fuesen iguales, vióse que en el conocimiento de la tierra y de la gente donde y con quien habia hecho la vida, y en las provisiones por el luengo uso de proveer armadas, era su parecer más aprobado que apacible; pero siempre seguido, hasta que el marqués de Vélez subió en favor y vino á ser señor de armas. Entónces dejaron al de Mondéjar, y tornaron á deshacer las cosas bien hechas del de Vélez. Mas cuando éste comenzó á faltar de la gracia particular y general, tornaron sobre el de Mondéjar; y temiendo que las armas de que estaba despojado tornasen á sus manos, claramente le excluian de los consejos, calumniaban sus pareceres, publicaban por una parte las resoluciones, y por otra hacíanle autor de poco secreto: parecíales que en algun tiempo habia de seguirse su opinion cuanto al recebir los moriscos y despues oprimillos, que cesarian las armas y por esto la necesidad de las personas por quien eran tratadas.

Estaban nuestras compañías tan llenas de moros aljamiados, que donde quiera se mantenian espías: las muje-

res, los niños esclavos, los mismos cristianos viejos daban avisos, vendian sus armas y municion, calzado, paño y vituallas á los moros. El Rey, por una parte informado de la dificultad de la empresa, por otra dando crédito á los que la facilitaban, vistos los gastos que se hacían, y pareciéndole que el marqués de Mondéjar, émulo del de Vélez y de otros, aunque no daba ocasion á quejas, daba avilanteza á que se descargasen de culpas, diciendo que por tener él mano en los negocios eran ellos mal proveidos; y que la ciudad descontenta de él, y persuadida por el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte que era interesado, y del Presidente que le hacía espaldas, de mejor gana contribuiria con dinero, gente vitualla hallándose ausente que presente, que de ninguno podia informarse más clara y particularmente; envióle á mandar que con diligencia viniese á Madrid: algunos dicen que en conformidad de sus compañeros. El suceso mostró que la intencion del Rey era apartalle de los negocios. Mas porque se vea cómo los príncipes, pudiendo resolutamente mandar, quieren justificar sus voluntades con alguna honesta razon, he puesto las palabras de la carta.

«Marqués de Mondéjar, primo, nuestro capitan general »del reino de Granáda. Porque queremos tener relacion »del estado en que al presente están las cosas de ese reino, »y lo que converná proveer para el remedio de ellas, os »encargamos que en recibiendo ésta os pongais en camino, »y vengais luego á esta nuestra Corte para informarnos de »lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia »de ellas: que en ello, y en que lo hagais con toda la bre»vedad, nos ternemos por muy servidos. Dada en Madrid »á 3 de Setiembre de 1569.»

Llegó el Marqués, y fué bien recebido del Rey, y algunas veces le informó á solas: de los ministros fué tratado con más demonstracion de cortesía que de contentamiento: nunca fué llamado en Consejo; mostrando estar informados

á la larga por otra vía. Muñatones, plático de semejantes llamamientos, y falto de un ojo, dijo como le mostraron la carta: *que le sacasen el otro, si el Marqués tornaba de allá durante la guerra.* Anduvo muchos dias como suspendido y agraviado, cierto que siempre habia seguido la voluntad del Rey y de sólo ella hecho caudal. Mas entre los reyes y sus ministros, la parte de los reyes es la más flaca: no embargante la informacion que el Marqués dió, eran tantas y tan contrarias unas de otras las que se enviaban, que pareció juntar con ellas la de D. Enrique Manrique, alcaide que fué del castillo de Milan, y habiéndole él dejado, estaba descansando en su casa. Pasó por Granada entendiendo lo de allí; vino á do el marqués de Vélez estaba; y partió sin otra cosa de nuevo más de errores en la guerra, cargos de unos ministros á otros dados por via de justificacion, necesidad de cargar con mayores fuerzas, crecidas las de los enemigos con la diminuicion de las nuestras.

Pareció á los ministros la gente con que el Marqués habia ofrecido echar los enemigos de la tierra, poca, y la oferta ménos pensada; pues con doblado número no se hizo mayor efecto: y no dejaron de deshacelle el buen suceso, con decir que los moros muertos habian sido ménos de lo que se escribió. Pero el Rey, tomando la parte del Marqués, respondió: *que habia sido importante desbaratar y partir los enemigos, aunque no con tanto daño de ellos como se dijo;* y esto más por reprimir alguna intencion que se descubria contra el Marqués, que por alaballe, como se vió dende á poco. Decia el Marqués que la falta de vitualla habia sido causa de haberse deshecho su campo; cargaba á D. Juan, al consejo de Granada; quedó la suma de todo su campo en pocos más de mil y quinientos infantes y docientos caballos: en fin, fué necesitado á recogerse dentro en el lugar, atrinchearse, y áun derribar casas, por parecerle el sitio grande. Mas dende á pocos dias enviaron de Granada tanta provision, que no habiendo á quién re-

partilla, ni buena órden, valian cien libras de pan un real.

No estaba Granada por esto más proveida de vitualla, ni se hacian los partidos de ella con mayor recatamiento, aunque el Presidente remediaba parte del daño con industria; ni en lo que tocaba á la gente y pagas se guardaban las órdenes de D. Juan, á quien tampoco perdonaba el pueblo de Granada; libre y atrevido en el hablar, pero en presencia de los superiores siervo y apocado; movido á creer y afirmar fácilmente sin diferencia lo verdadero y lo falso; publicar nuevas ó perjudiciales ó favorables, seguillas con pertinacia: ciudad nueva, cuerpo compuesto de pobladores de diversas partes, que fueron pobres y desacomodados en sus tierras, ó movidos á venir á ésta por la ganancia; sobras de los que no quisieron quedar en sus casas cuando los Reyes Católicos la mandaron poblar; como es en los lugares que se habitan de nuevo. No se dice esto porque en Granada no haya tambien nobleza escogida por los mesmos Reyes cuando la república se fundó, venida de personas excelentes en letras, á quien su profesion hizo ricos, y los decendientes de unos y otros nobles de linaje ó de ánimo y virtud, como en esta guerra lo mostraron no solamente ellos, pero el comun; mas porque tales son las ciudades nuevas, hasta que envejeciéndose la virtud y riqueza, la nobleza se funda. Discurrian las intenciones libres por todos sin perdonar á ninguno, y las lenguas por los que osaban, y no sin causa; porque en guerra de mucha gente, de largo tiempo, vária de sucesos, nunca faltan casos que loar ó condenar. Las compañías de Granada eran tan faltas y mal disciplinadas, que ni con ellas se podia estar dentro, ni salir fuera; pero la mayor desórden fué, que habiendo mandado el Rey castigar con rigor los soldados que se venian del marqués de Vélez, y procurando D. Juan que se pusiese en ejecucion; cansados los ministros de ejecutar y D. Juan de mandar, visto lo poco que aprovechaba, se tomó expediente de callar; y por no quedar del todo sin gente, con-

sentir que las compañías se hinchiesen de la que desamparaba las banderas del Marqués, no sin alguna sombra de negligencia ó voluntad; la cual fué causa de que viniese el campo á quedar deshecho, y los enemigos señores de mar y tierra, campeando Aben Humeya con siete mil hombres, quinientos turcos y berberíes, sesenta caballos; más para autoridad que necesidad.

Ya Xergal en el rio de Almería, lugar del conde de la Puebla, se habia levantado á instancia de Portocarrero, mayordomo suyo: ó por la habilidad ó por el barato ocupó la fortaleza con poca artillería y armas, y echando de ella al alcaide puso gente dentro; mas él dende á poco dió en las manos del conde de Tendilla, y fué atenazado en Granada. Estaba tambien levantado el valle y rio de Bolodui, paso entre tierra de Guadix, Baza y la mar confinante con el Alpujarra. El Marqués, por tener ocupada la gente, darle alguna ganancia, mantener la reputacion de la guerra, determinó ir en persona sobre él, habiéndolo consultado con el Rey, que le remitió la ida ó á allí, ó á tierra de Baza en caso que la gente no fuese tan poca, que no llegase á número de los cinco mil hombres. Llevando, pues, á D. Juan de Mendoza sin gente, con la de D. Pedro de Padilla, y parte de la que D. Rodrigo de Benavides tenía en Guadix, alguna otra de amigos y allegados que seguian la guerra, docientos y cincuenta caballos, partió á deshacer una masa de gente que entendió juntarse en Bolodui, temiendo que dañase tierra de Baza, y pusiesen á D. Antonio de Luna en necesidad, y juntándose con ellos Aben Humeya, pasase el daño adelante. Partió de la Calahorra, vino á Fiñana, llevando la vanguardia D. Pedro de Padilla con las banderas de Nápoles. Habia nueve leguas de Fiñana al lugar donde los enemigos se recogian; mas no pudiendo caminar á pié los soldados tan gran trecho, fueron necesitados á quedar la noche cansados y mojados (porque el rio se pasa muchas veces), á dos leguas

de los enemigos; inconveniente que acontece á los que no miden el tiempo con la tierra, con la calidad y posibilidad de la gente. Los moros, apercebidos de la venida de los nuestros, dieron avisos con fuegos por toda la tierra, alzaron la ropa y personas que pudieron. Habíase adelantado con la caballería el Marqués, tomando consigo cuatrocientos arcabuceros á las ancas de los caballos y bagajes; mas cansados unos y otros, dejaron la mayor parte. Los enemigos, aguardando ora á un paso del rio, ora á otro, segun vian que nuestra caballería se movia, ora haciendo alguna resistencia, se acogieron á la sierra. Dejaban muchos bagajes, mujeres y niños, en que los soldados se ocupasen; y viéndolos embarazados con el robo, sin espaldas de arcabucería, hicieron vuelta, cargando de manera, que los nuestros fueron necesitados á retirarse con pérdida, no sin alguna desórden, aunque todavía con mucho de la presa. Parte de la caballería se acogió fuera de tiempo, disculpándose que no se les hubiese dado la órden, ni esperado la arcabucería que dejaban atras. Pero el Marqués, viendo que la retirada era por conservar el robo (causa que puede con la gente más que otra), envió persona con veinte caballos y algunos arcabuceros, que con autoridad de justicia quitase á la caballería la presa, para que despues se repartiese igualmente, llamando á la parte los soldados de D. Pedro de Padilla que quedaron atras. El comisario, hallando alguna contradicion, compró tres esclavas: una de las cuales se ofreció á descubrille gran cantidad de ropa y dineros; mas ella, viéndose en la parte que deseaba, hizo señas, á que se juntaron muchos moros: mataron algunos caballos y todos los arcabuceros; salvóse el comisario á la parte contraria del Marqués, corriendo hasta Almería diez leguas, de donde comenzó á salvarse, y todas por tierras de enemigos: quedaron los caballos con la presa, pero tan ocupados, que fueron de poco provecho, y el Marqués por esto tornó, retirándose con órden (aunque

cargándole los enemigos) hasta juntar consigo la gente de D. Pedro.

Dende allí vino á Fiñana con mucha parte de la cabalgada, y con igual daño de muertos y heridos. Mas entendiendo que los moros de la sierra de Baza y rio de Almanzora andaban en cuadrillas y desasosegaban la tierra, temiendo que llevasen tras sí los lugares de aquella provincia, y Filabres (donde tenía su estado), gruesos y fuertes, y que las fuerzas de D. Antonio de Luna no serian bastantes á resistillos; partió en principio de invierno con mil infantes y docientos y cincuenta caballos que tenía, para Baza. Pero D. Antonio, hombre prevenido (dicen que con órden de D. Juan), dejó la gente ántes que llegase el Marqués, y volvió á servir su cargo en Granada; ó por haber oido que no se entendia blandamente con las cabezas de la gente, ó porque tuvo por más á propósito de su autoridad ser mandado de D. Juan, que entónces gastaba su tiempo en mantener á Granada á manera de sitiado, contra las correrías de los enemigos: descontento y ocioso igualmente, mas deseando y procurando comision del Rey para emplear su persona en cosa de mayor momento. Las cabezas de su gente, con cualquier liviana ocasion, no dejaban de mostrarse en todas partes de la ciudad, corriendo las calles armados (puesto que vacía de enemigos), inciertos á qué parte fuese el peligro, siguiendo esos pocos por las mismas pisadas que salian, sin haber atajado la tierra, hasta dejallos en salvo y recogidos á la montaña. Llaman atajar la tierra en lengua de hombres del campo, rodealla al anochecer y venir de dia para ver por los rastros qué gente de enemigos y por qué parte ha entrado ó salido. Esta diligencia hacen todos los dias personas ciertas de pié y de caballo, puestos en postas que cercan á la redonda la comarca, y llámanlos atajadores, oficio de por sí y apartado del de los soldados: por qué no se hacía esta diligencia en tierra escura y doblada, y en lugar que, aunque

grande, no era el circuito extendido, y eran los pasos ciertos, no pude entender la causa.

Aben Humeya, viéndose libre del marqués de Vélez, con los siete mil hombres que tenía se puso sobre Adra con ánimo de tomar el lugar, que pensaba estar desamparado; mas viendo que perdia el tiempo, pasó á Berja, y quísola batir con dos piezas; pero levantóse de allí: corrió y estragó la tierra del marqués de Vélez; el lugar de las Cuevas; quemó los jardines, dañó los estanques, todo guardado con curiosidad de mucho tiempo para recreacion; acometiendo llegar á los Vélez en sierra de Filabres, tornó á Andarax, donde como asegurado de la fortuna vivia ya con estado de rey; pero con arbitrio de tirano, señor de las haciendas y personas, tenido por manso engañaba con palabras blandas; mas para quien recatadamente le miraba, oscuras y suspensas, de mayor autoridad que crédito: codicia en lo hondo del pecho, rigor nunca descubierto sino cuando habia ofendido, y entónces sosegado como si hubiera hecho beneficio, queria gracias de ello. Contaba el dinero y los dias á quien más familiar trataba con él, y algunos de éstos á que pensaba ofender escogia por compañeros de sus consejos y conversacion. Tal era Aben Humeya; y puesto que entre nosotros fuese tenido por inocente y llamado D. Hernandillo de Valor, el oficio descubrió cuál es el hombre. Con todo esto duró algunos dias que le hacian entender que era bienquisto, y él lo creía, ignorante de su condicion; hasta que el vulgo comenzó á tratar de su manera, de su vida, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de su servicio descontentas algunas cabezas, que tomaron avilanteza; en tierra de Granada, el Nacoz; en la de Baza, Maleque; en la de Almuñécar, Giron; en la de Vélez, Garral; en el rio de Almería, Moxaxar; en el de Almanzora, Aben Mequenun, que decian Portocarrero, hijo del que levantó á Xergal; y al fin Farax, uno de los princi-

pales que fueron en hacelle rey. Cargábanle culpas, escarnecíanle; burlaban de su condicion sus mismos consejeros, señales que por la mayor parte preceden á la destruicion del tirano. Quejábanse los turcos, entre otros muchos, que habiendo dejado su tierra por venir á servílle, no los ocupaba donde ganasen: descontentos, y entretenidos con sueldos ordinarios. Más él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto dilató la respuesta que se enemistó con ellos, habiéndolos traido para su seguridad; y despues proveyó fuera de tiempo. Traia en el ánimo quemar y destruir á Motril, lugar guardado con alguna ventaja de como solia; pero grande, abierto, llano, y á la marina. Mas por descuidar los nuestros, acordó enviar fingidamente los turcos (para mandallos tornar) á las Albuñuelas, frontera de Granada, mostrando querer que fuesen regalados y mantenidos en el vicio y abundancia del valle de Lecrin, el uno de tres barrios fuertes, las espaldas á la sierra. Entre los amigos de quien más fiaba, era uno Abdalá Abenabó, de Mecina de Bombaron, primo suyo, y tambien de la sangre de Aben Humeya, alcaide de los alcaides, tenido por cuerdo y animoso, de buena palabra, comunmente respetado, usado al campo, y entretenido más en criar ganados que en el vicio del lugar. A éste mandó ir por comisario general para que los alojase y mandase, y los capitanes estuviesen á su obediencia: dióle órden que donde le tomase otro mandado suyo tornase con ellos y la más gente que pudiese juntar, trayendo vitualla para seis dias; que él avisaria del lugar donde debia ir. Partieron seiscientos hombres, cuatrocientos turcos y docientos berberíes en el mismo hábito, todos arcabuceros; eran sus capitanes á la sazon Husceni y Carabaxi. Apénas llegaron á Cadiar, cuando Aben Humeya despachó un correo dando gran priesa que volviesen aquella noche á Ferreira. De aquí se tramó su muerte. Trataré de más léjos la verdadera causa de ella, por haberse publicado diferentemente.

El principio fué descontentamiento de los turcos, mostrados á mandar su rey en Berbería; temor que de él tenian sus amigos; poca seguridad de las personas y haciendas; sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca por amiga, sino por legítima mujer; y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mujeres una viuda, mujer que fuera de Vicente de Rojas, pariente de Rojas suegro de Aben Humeya: mujer igualmente hermosa y de linaje, buena gracia, buena razon en cualquier propósito, ataviada con más elegancia que honestidad; diestra en tocar un laud, cantar, bailar á su manera y á la nuestra, amiga de recoger voluntades y conservallas. A ésta se llegó un primo suyo, como es costumbre entre parientes, despues de muerto el marido en la guerra, de quien Aben Humeya se fiaba, llamado Diego Alguacil; vivian juntos, comunicábanse más que familiarmente: trataba él con Aben Humeya loando sus buenas partes y conversacion, tanto, que á desearla ver le inclinó; y contento de ella, por no ofender al amigo, disimulábalo; ausentábale con comisiones: pudo, en fin, más el apetito que el respeto; y mandó al primo que no embargante que fuese casado con otra, la tomase por mujer; rehusándolo, trújola el Rey como en depósito á su casa, y usó de ella por amiga. Avisó de ello la viuda á su primo mostrando descontentamiento, ofendida entre tantas mujeres de no ser tenida por una de ellas; estar forzada, y holgar de verse fuera de sujecion, habiendo aparejo; que Aben Humeya, celoso de él y sospechoso de venganza, buscaba ocasion para matalle. Huyó Alguacil, y juntándose con una cuadrilla de mozos ofendidos por otras causas, andaba recatado sin entrar en Valor. Mas dende á pocos dias supo de la misma cómo Aben Humeya enviaba los turcos á cierta empresa, yendo á juntarse con ellos por la ganancia; trújole á las manos el caso al mensajero, y sabiendo de él como iba á llamar los turcos, le

mató; y tomándole las cartas usó de semejante ardid que el conde Julian con los capitanes del rey D. Rodrigo en Ceuta. No sabía escribir Aben Humeya, y firmar mal en arábigo; pero servíale de secretario y firmaba algunas veces por él un sobrino de Alguacil, que á la sazon se halló con su tio; él tambien agraviado. En lugar de la carta escribieron otra para Abenabó, en que le mandaba que tornando aquella noche con los turcos á Mecina, y juntándose con la gente de la tierra y cien hombres que llevaria consigo Diego Alguacil, los degollase con sus capitanes durmiendo y cansados; lo mismo hiciese de Alguacil, despues de haberse valido de él. Envió con esta carta un hombre de confianza, midiendo el tiempo de manera que llegasen él y el mensajero á Cadiar cuasi á una misma hora. Dió el hombre la carta poco ántes, y llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó: díjole, como traia la gente consigo; mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados de él, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad y por sus vidas: cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿qué podian esperar sino lo mismo? Bueno de palabras, mas de ánimo malo y perverso; que no habia mujeres, no haciendas, no vidas con que hartar el apetito, la sed de dinero y sangre. Pasó Husceni, capitan de los turcos (persona de crédito entre ellos, tenido por cuerdo, valiente y amigo del rey), antes que Abenabó le respondiese; quísole hablar alterado, y Abenabó ó porque el otro no le previniese, ó con temor que le matasen los turcos, ó con ambicion y cebo del reino, mostró la carta á Caravaxi y Husceni, en que hacía compañero suyo en la traicion á Diego Alguacil, y de los turcos en la muerte; dicen que todo á un tiempo, sacó el mesmo Alguacil una conficion que suelen usar para salir de sí cuando han de pelear y á veces para emborracharse, hecha con apio y simiente de cáñano, fuerte para

dormir sueño pesado: esta dijo que habian de dar á los capitanes y cabezas en la cena con el beber, sedientos y cansados del camino, á manera de la que llaman los alárabes alhaxix. Entendiendo el hecho, resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiéndose que tenía gran tesoro, y hacer á Benabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax, donde Aben Humeya estaba: aseguraron la centinela como personas conocidas, y que se sabía habellos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa que era en el barrio llamado Lauxar, quebraron las puertas del aposento: halláronle desnudo, medio dormido, y vilmente entre el miedo y el sueño, y dos mujeres, embarazado de ellas, especialmente de la viuda amiga de Diego Alguacil que se abrazó con él, fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente: hombres bajos (que á tales tenía mayor inclinacion, y daba crédito), criados suyos, el Mexuar, Barzana, Deliar, Juan Cortés, de Pliego, y su escribano, que era del Deire; teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, mil y seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia: ninguno hubo que tomase las armas, ni volviese de palabra por él. Mas como sólo el que es rey puede mostrar á ser rey un hombre; así sólo el que es hombre, puede mostrar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeya para lo uno y lo otro; porque ni supo proveer y mandar como rey, ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar: juntáronse Abenabó, los capitanes y Diego Alguacil delante de la mujer á tratar del delito y la pena en su presencia: leyéronle y mostráronle la carta, que él como inocente y maravillado negó: conoció la letra del pariente de Diego Alguacil; dijo que era su enemigo, que los turcos no tenian autoridad para juzgalle; protestóles de parte de Mahoma, del Emperador de los turcos, y

del rey de Argel, que le tuviesen preso dando noticia de ello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes: saqueáronle la casa; repartiéronse las mujeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los capitanes y soldados, y otro dia de mañana determinaron su muerte. Eligieron á Abenabó por cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusallo, todo en presencia de Aben Humeya, el cual dijo, que nunca su intencion habia sido ser moro; mas que habia aceptado el reino por vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los jueces del rey D. Felipe, especialmente quitándole un puñal y tratándole como á un villano, siendo caballero de tan gran casta; pero que él estaba vengado y satisfecho, lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes de ellos, de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcándolos, cortándoles las cabezas, quitándoles las mujeres y haciendas: que pues habia cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó, que iba contento; porque sabía que haria presto el mismo fin: que moria en la ley de los cristianos, en que habia tenido intencion de vivir, si la muerte no le previniera. Ahogáronle dos hombres: uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta; él mismo se dió la vuelta como le hiciesen ménos mal; concertó la ropa, cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya, en quien despues de tantos años revivió la memoria de aquel linaje, que fué uno de los en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entónces se sabía en el mundo. La ocasion convida á considerar que como todo lo que en él vemos se mantenga por partes, que juntas le dan el sér, y una de ellas sea las castas ó linajes de los hombres; éstas, como en unos tiempos parece estar

acabadas hasta venir á pobres labradores, así en otros salen y suben hasta venir á grandes reyes. Pero muchas veces el Hacedor de todo, no hallando sujeto aparejado, produce cosas diminuidas semejantes á las grandes, como fruto en tierra cansada ó olvidada; ó como queriendo hacer hombre hace enano, por falta de sujeto, de tiempo, de lugar. No habia en el pueblo de Granada moriscos, fuerzas, ocasion, ni aparejo para crear y mantener rey: salió de un comun consentimiento de muchas voluntades juntas (hombres que se tenian por agraviados y ofendidos), hecho un tirano con sombra y nombre de rey; y éste decendiente de casta olvidada, mas que tanto tiempo habia señoreado. Dicen que de una sola hija que tuvo Mahoma, llamada Fátima, y de Halí Abenzeib, vinieron dos linajes; uno de Aben Humeya (1), otro de Abenhabet, cuya cabeza fué Abdalá Abenhabet Miramamolin, señor de España, que echó los berberíes del reino de ella, y el postrero Juseph Halí Atan, á quien echó del reino Abdurrabi Menhadali, cabeza del linaje de Aben Humeya, hasta el último Hiscen que reinó en discordia, que habiéndole los de Córdoba echado del reino con ayuda de Habuz, rey de Granada, uno del mismo linaje escogió ser electo rey por un sólo dia, con condicion que le matasen pasadas las veinte y cuatro horas: eligiéronle, y matáronle, y acabaron juntos el linaje de Aben Humeya y el reino de Córdoba. Los que decendian de este rey de un dia vinieron á poblar las montañas de Granada; y los moros establecieron por ley, que ninguno del linaje de Aben Humeya pudiese reinar en Córdoba. Porque si despues reinaron en el Andalucía los almoravides, y almohades, y el linaje de Abenhut, ya no tuvieron á Córdoba por cabeza del reino, hasta que vino á poder del santo rey D. Fernando el tercero. Esto se ha di-

(1) Antigüedad y orígen de Aben Humeya, si bien contada con gran diferencia de lo que dicen Garibai, Mármol y otros.

cho por muestra, y acordar que no hay reino perpétuo, pues vino á desvanecerse un reino tan poderoso como fué el de Córdoba.

Tomado por cabeza Abdalá Abenabó, diéronle mando sobre todo por tres meses, hasta que viniese confirmacion del rey de Argel y título de rey; envió con Ben Daud, morisco tintorero en Granada, inventor y tramador del levantamiento, á dar nueva de su eleccion al rey de Argel: dióle dineros y oro para presentar; diéronle los capitanes cada uno por su parte ayuda con que fuese, y quedó allá; y envió la aprobacion mucho ántes del tiempo. Hicieron con Abenabó la ceremonia, y pusiéronle en la mano izquierda un estandarte y en la derecha una espada desnuda; vistiéronle de colorado, levantáronle en alto, y mostráronle al pueblo, diciendo: *Dios ensalce al rey de la Andalucía y Granada Abdalá Abenabó*: diéronle generalmente la obediencia los pueblos de moriscos que no la habian dado á Mahomet Aben Humeya, y los capitanes, exceptos Aben Mequenun, que llamaban Portocarrero, hijo del que levantó á Xergal con cuatrocientos hombres en el rio de Almanzora, que tambien el duque de Arcos mandó justiciar en Granada; y en tierra de Almuñécar y Almijara, Giron el Archidoni, que murió reducido y perdonado en Jayena. Hizo repartimiento de las alcaidías y gobierno en hombres naturales de las mismas tahas: escogió para su consejo seis personas, demas de los capitanes turcos Caracax, y D. Dalí Capitan; porque Caravaxi luégo como se hizo la eleccion, partió á Berbería con ocasion de traer gente. Eligió por capitan general para los rios de Almería, Bolodui, y Almanzora, sierras de Baza y Filabres, tierra del marquesado de Zenette y Guadix, al que llamaban el Habaqui (1), por cuyo parecer se gobernaba en todo: otro

(1) Hierónimo el Melech dice Mármol, porque el Habaqui fué embajador á Berbería.

de Sierra Nevada, tierra de Vélez, el valle, el Alpujarra y Granada, á quien decian Xoaibi de Guejar: á estos obedecian los otros capitanes de tahas; por alguacil, que despues del rey es el supremo magistrado, á su hermano Muhamet Abenabó. Envió á Hoscein con otro presente de cautivos al rey de Argel, pidiéndole gente y armas: juntó un ejército ordinario de cuatro mil arcabuceros, que alojase la cuarta parte cerca de su persona; la guardia de docientos arcabuceros; fuera del lugar las centinelas apartadas y perdidas, que ni se acogen al cuerpo de guardia, sino á lo alto ó léjos, ni se les da otro nombre más de un contraseño de los caminos, que es dejar pasar solamente al que viniere por parte señalada, y los que vinieren por otra parte detenellos ó dar arma; dende allí avisan por donde vienen los enemigos. Tienen siempre atalayas de noche y de dia por las cumbres; llaman al sargento mayor alguacil de la guardia, que reparte y requiere las centinelas, ordena la gente, alójala, hace justicia en el cuerpo de guardia: dentro en la casa residen veinte arcabuceros, á que dicen porteros. Fué poco á poco comprando y proveyéndose de armas traidas de Berbería, ó habidas de las presas en gran cuantidad, que repartió á bajos precios entre la gente: llegó de esta manera á tener ocho mil arcabuceros; el sueldo de los turcos eran ocho ducados al mes, el de los moriscos la comida. Con estos principios de gobierno, con la necesidad de cabeza, con la reputacion de valiente y hombre del campo, con la afabilidad, gravedad, autoridad de la presencia, con haber padecido en la persona por tormentos siendo esclavo, fué bienquisto, respetado, obedecido, tenido como rey generalmente de todos.

Mandó en este tiempo D. Juan que Pedro de Mendoza fuese á visitar el presidio de Órgiva con órden que sirviese en lugar de Francisco de Molina, porque entendia estar indispuesto, sabiendo que Abenabó nuevo rey juntaba gente para venir sobre la plaza. Mas sucedió una novedad estraor-

dinaria siendo siete leguas de Granada, como las que suelen acontecer en las Indias á tres mil de España; que de cinco banderas, sola una con su capitan D. García de Montalvo quedó libre sin amotinarse; y acusando á Francisco de Molina á una voz de estar loco, pedian por cabeza á Pedro de Mendoza. Las señales que daban de su locura; que los apretaba con rigor á las guardias, que estando enfermo los requeria, que no dormia de noche, hombre rico y recatado, que falto de gente particular ayudaba con dineros á los que enviaba con licencia por cobrar crédito, para que viniesen otros; repartia la vitualla por tasa como quien sospechaba cerco. Pero visto que se encaminaba á motin, quiso prender los capitanes; y sosegándolos, procuró que Pedro de Mendoza saliese de Órgiva: mas por satisfacer la gente que estaba ociosa y descontenta, y proveerse de vitualla, envió la compañía de Antonio Moreno con su alférez Vilches á correr en el Cehel; que atajados por los moros en barranco de Tarascon, fueron todos muertos sin escapar más de tres soldados.

Abenabó con esta ocasion proveyó á Castil de Ferro de armas, artillería, y vitualla; puso dentro cincuenta turcos con un capitan llamado Leandro para que pudiese recebir el socorro que traeria Caravaxi con el armada de Argel, y en persona vino sobre Órgiva, movido por quejas de los pueblos comarcanos, y daños que continuamente recebian de la guarnicion que en ella residia. Eran los capitanes moros, Berbuz, Rendati, Macox; y turco, Dalí Capitan, á quien dejó cabeza de la empresa y de la gente. Apretaron el lugar, mostraron quererle hambrear; fuéronse con trincheas llegando hasta las casas; vínoles gente, y entraron en ellas: señoreáronlas de manera, que descubrian la plaza, y los nuestros no atravesaban, ni estaban á los reparos sin ser enclavados; tomaban por dias el agua peleando; era la hambre y la sed mayor que el temor de los enemigos. Dió Francisco de Molina aviso, y pareció á D. Juan que el du-

que de Sesa la socorriese, por la experiencia, por la gracia y autoridad con la gente, ser del Consejo, y el lugar suyo; detúvose algunos dias esperando la vitualla con harta dilacion: partió con seis mil infantes y trecientos caballos, más número de gente que de hombres, la mayor parte concegil: pero en Acequia le tomó la gota, enfermedad ordinaria suya, y tan recia, que le inhabilitaba la persona, aunque dejándole libre el entendimiento. Trató D. Juan de enviar á Luis Quijada en su lugar, no sin ambicion; pero el Duque mejoró, y en principio de Noviembre envió dende Acequia á Vilches, que por otro nombre llamaban Pié de Palo, buen hombre de campo, plático de la tierra, que con cuatro compañías de infantería en que habia ochocientos hombres, dejando á la mano derecha á Lanjaron, hiciese el camino por lo áspero de la montaña, desusado muchos años, pero posible para caballería; y que reconociendo el barranco que atraviesa el camino de Órgiva, tomase lo alto de la montaña y estuviese quedo, adonde el camino de Lanjaron hace la vuelta cerca de Órgiva, de allí diese aviso á Francisco de Molina: y por asegurar á Vilches envió á sus espaldas otros ochocientos hombres, siguiendo él con el resto de la gente y caballería, sospechoso que los unos y los otros habrian menester socorro.

Mas los moros, que tenian no solamente aviso de la salida de Acequia, pero atalayas por todo, que con señas contaban á los nuestros los pasos, dándolas de una en otra hasta Órgiva, hicieron de sí dos partes: una quedó sobre Órgiva, y otra de la demas gente salió con sus banderas á esperar al Duque. Estos fueron Husceni, y Dalí, encubriéndose parte de la gente. Comenzó Dalí Capitan á mostrarse tarde, y entretenerle escaramuzando. Entretanto, apartaron seiscientos hombres, cuatrocientos con Rendati que se emboscó á las espaldas de Vilches, y Macox adelante al entrar de lo llano tomando el camino de Acequia de las tres peñas (llaman los moros á aquel lugar Calat el

bajar en su lengua) cosa pocas veces vista, y de hombres muy pláticos en la tierra, apartarse tanta gente escaramuzando, y emboscarse sin ser sentida, ni de los que estaban en la frente, ni de los que venian á las espaldas. Cayó la tarde, y cargó Dalí Capitan reforzando la escaramuza á la parte del barranco cerca de la agua; de manera que á los nuestros pareció retirarse adonde entendian que venía el Duque, pero con órden. Descubrióse la primera emboscada, y fueron cargados tan recio, que hallándose léjos del socorro y que apuntaba la noche, cuasi rotos se recogieron á un alto cerca del barranco, con propósito de esperar, hechos fuertes; donde pudieran estar seguros aunque con algun daño, si el capitan Perea tuviera sufrimiento; pero viendo el socorro, echóse por el barranco y la gente tras él; donde seguido de los moros fué muerto peleando con parte de los que iban con él, y pasando adelante cargaron hasta llegar á dar en el Duque ya de noche, que los socorrió y retiró: pero dando en la segunda emboscada de Macox, apretado por una parte de los enemigos, por otra incierto del camino y de la tierra con la escuridad, y confuso con el miedo que la gente llevaba, que le iba faltando, fué necesitado á hacer frente á los enemigos por su persona: quedaron con él D. Gabriel su tio, D. Luis de Córdoba, D. Luis de Cardona, D. Juan de Mendoza, y otros caballeros y gente particular; muchos de ellos apeados con la infantería, dando cargas y siendo seguidos hasta cerca del alojamiento; dicen que si los moros cargaran como al principio, estuviera en peligro la jornada. Pero el daño estuvo en que Pié de Palo partiese á hora, que el dia no le bastó al Duque para llegar á Órgiva con sol, ni para socorrerle. Engaña el tiempo en el reino de Granada á muchos hombres que no le miden por la aspereza de la tierra, hondura de los barrancos, y estrecheza de los caminos. Murieron de los nuestros cuatrocientos hombres, y perdieron muchas armas, segun los moros, gente vana que acre-

cienta sus prosperidades; mas segun nosotros (que en esta guerra nos mostramos á disimular y encubrir las pérdidas) solos sesenta; lo uno ó lo otro con daño de los enemigos y reputacion del Duque. De noche, sospechoso de la gente, apretado de los enemigos, impedido de la persona, tuvo libertad para poner en ejecucion lo que se ofrecia proveer á toda parte, resolucion para apartar los enemigos, y autoridad para detener los nuestros que habian comenzado á huir, recogiéndose á Acequia cuasi á media noche: larga y trabajosa retirada de tres grandes leguas, dos siendo cargada su gente.

Y considerando yo las causas por qué nacion tan animosa, tan aparejada á sufrir trabajos, tan puesta en el punto de lealtad, tan vana de sus honras (que no es en la guerra la parte de ménos importancia), obrase en esta al contrario de su valentía y valor, truje á la memoria numerosos ejércitos disciplinados y reputados en que yo me hallé, guiados por el emperador D. Cárlos, uno de los mayores capitanes que hubo en muchos siglos; otros por el rey Francisco de Francia su émulo, y hombre de no ménos ánimo y experiencia. Ninguno más armado, más disciplinado, más cumplido en todas sus partes, más plático, abundado de dinero, de vitualla, de artillería, de municion, de soldados particulares, de gente aventurera de corte, de cabezas, capitanes y oficiales, me parece haber visto ni oido decir, que el ejército que D. Felipe II, rey de España, su hijo, tuvo contra Enrique II de Francia, hijo de Francisco, sobre Durlan, en defension de los Estados de Flandes, cuando hizo la paz tan nombrada por el mundo; de que salió la restitucion del duque Filiberto de Saboya, negocio tan desconfiado. Como, por el contrario, ninguno he visto hecho tan á remiendos, tan desordenado, tan cortamente proveido, y con tanto disperdiciamiento y pérdida de tiempo y dinero: los soldados iguales en miedo, en codicia, en poca perseverancia y ninguna disciplina

Las causas pienso haber sido, comenzarse la guerra en tiempo del marqués de Mondéjar con gente concejil aventurera; á quien la codicia, el robo, la flaqueza y las pocas armas que se persuadieron de los enemigos al principio, convidó á salir de sus casas cuasi sin órden de cabezas ó banderas: tenian sus lugares cerca, con cualquier presa tornaban á ellos; salian nuevos á la guerra, estaban nuevos, y volvian nuevos. Mas el tiempo que el marqués de Mondéjar, hombre de ánimo y diligencia, que conocia las condiciones de los amigos y enemigos, anduvo pegado con ellos, á las manos, en toda hora, en todo lugar, por medio de los hombres particulares que le seguian, estuvieron estas faltas encubiertas. Pero despues que los enemigos se repartieron, acontecieron desgracias por donde quedaron desarmados los nuestros y armados ellos; comunicábase el miedo de unos en otros; que como sea el vicio más perjudicial en la guerra, así es el más contagioso: no se repartian las presas en comun, era de cada uno lo que tomaba, como tal lo guardaba; huian con ello sin union, sin respondencia; dejábanse matar abrazados ó cargados con el robo, y donde no le esperaban, ó no salian, ó en saliendo, tornaban á casa; guerra de montaña, poca provision, ménos aparejo para ella, dormir en tierra, no beber vino, las pagas en vitualla, tocar poco dinero ó ninguno: cesando la codicia del interese, cesaba el sufrir trabajo; pobres, hambrientos, impacientes, adolecian, morian, ó huyéndose los mataban; cualquier partido de estos escogian por más ventajoso que durar en la guerra, cuando no traian la ganancia entre las manos. De los capitanes, algunos cansados ya de mandar, reprender, castigar, sufrir sus soldados; se daban á las mismas costumbres de la gente, y tales eran los campos que de ella se juntaban. Pero tambien hubo algunos hombres entre los que vinieron enviados por las ciudades, á quien la vergüenza y la hidalguía era freno. Tambien la gente enviada

por los señores, escogida, igual, disciplinada, y la que particularmente venía á servir con sus manos, movidos por obligacion de virtud y deseo de acreditar sus personas, animosa, obediente, presente á cualquiera peligro: tantos capitanes ó soldados, como personas; y en fin, autores y ministros de la vitoria. Los soldados y personas de Granada todos aprobaron para ser loados. No parecerá filosofía sin provecho para lo por venir esta mi consideracion verdadera, aunque experimentada con daño y costa nuestra.

Envió el Duque á dar noticia de lo que pasaba á Francisco de Molina, mandándole que, en caso que no se pudiese detener, desamparase la plaza y se retirase por el camino de Motril; porque el de Lanjaron tenian ocupado los enemigos, y no le podia socorrer. Mas ellos no curaron de tornar sobre Órgiva, así porque en ella y en la refriega que tuvieron habian perdido gente y muchos heridos, como porque les pareció que bastaba tener á Francisco de Molina corto con poca gente, y ellos hacer rostro á la del Duque, estorbar el daño que podia hacer en los lugares del valle, que tenian como propios. Francisco de Molina con la órden del Duque conforme á la que él tenía de don Juan, teniendo por cierto que si volvieran sobre él se perderia sin agua ni vitualla, enclavó y enterró algunas piezas que no pudo llevar, recogió los enfermos y embarazos en medio, tomó el camino de Motril libre de los enemigos; donde llegó con toda la gente que salió, y con poca pérdida en el fuerte: dando harto contraria muestra del suceso en el cerco y retirada, de lo que la desvergüenza de los soldados habia publicado; desamparóse por ser corta la provision de vituallas, lugar que habia costado muchas, mucho tiempo, mucha gente y trabajo mantener y socorrer; fué el primero y solo que los enemigos tomaron por cerco; deshicieron las trincheas, quemaron y destruyeron la tierra, llevaron dos piezas aunque enclavadas. Tomá-

ronse dos moros con cartas que los capitanes escribian á la gente de las Albuñuelas, y el valle, y otras partes, certificándoles la venida del Duque á socorrer á Órgiva, y animándolos que siguiesen su retaguardia; porque ellos con la gente que tenian se les mostrarian á la frente, como le estorbasen el socorro ó les combatiesen con ventaja. No estuvieron ociosos el tiempo que él se detuvo en Acequia; porque bajaron por Guejar y el Puntal á la vega, llevaron ganados, quemaron á Mairena hasta media legua de Granada, acogiéndose sin pérdida y con la presa, por divertir, ó porque la guerra pareciese con igualdad. Esperó en Acequia por entender el motivo de los enemigos y entretenellos que no diesen estorbo á la retirada de Francisco de Molina, y por su indisposicion, con falta de vitualla, y descontentamiento de la gente: por esto y la ociosidad, y por ser ya el mes de Noviembre y la sementera en la mano, se comenzó á deshacer el campo. Mas llamado por D. Juan, salió por las Albuñuelas con poca gente, y esa temerosa por lo sucedido (trataban los turcos de ponerse de guarnicion en aquel lugar), y caminando el dia, los enemigos al costado, llegó temprano sin acercarse los unos á los otros, dando culpa á las guías: quemó él un barrio, y despues de haber enviado á D. Luis de Córdoba á quemar á Restaval, Belexix, Concha, y otros lugares del valle que D. Antonio de Luna dejó enteros, y dejado á Pedro de Mendoza con seiscientos hombres alojado en el otro barrio, tornó á Granada, donde halló á D. Juan ocupado en la reformacion de la infantería, provisiones de vitualla y otras cosas, por medio y industria de Francisco Gutierrez de Cuéllar, del Consejo, á quien el Rey envió particularmente á mirar por su hacienda, caballero prudente, plático en la administracion de ella, bueno para todo.

Habian las desórdenes pasado tan adelante, que fué necesario para remediallas hacer demostracion no vista ni

leida en los tiempos pasados en la guerra; suspender treinta y dos capitanes de cuarenta y uno que habia, con nombre de reformacion: pero no se remedió por eso; que el gobierno de las compañías quedó á sus mismos alféreces, de quien suele salir el daño. Porque como se nombran capitanes sin crédito de gente ó dineros, encomiendan sus banderas á los alféreces y oficiales, que les ayudan á hacer las compañías gastando dinero con los soldados, de quien no pueden desquitarse tomándoselo de las pagas, porque se les desharian las compañías, y procuran hacello engañando en el número. Pero los capitanes y oficiales cuasi todos engañan en las pagas; aunque unos las ponen en calificar soldados y entretenellos con pagar ventajas ó darles de comer; y estos son tolerables: otros son perniciosos y áun tenidos como traidores, porque engañan á su señor en cosa que le hacen perder la honra, el estado y la vida, fiándose de ellos; y estos son los que para sí hacen ganancia con las compañías, teniendo ménos gente, ó robando los huéspedes, ó componiéndolos: la misma reformacion se hizo en los comisarios, partidos, y distribucion de vituallas, armas y municiones.

En el tiempo que el duque de Sesa partió para el socorro de Órgiva, y D. Juan entendia en reformar las desórdenes, se alzó Galera una legua de Guescar en tierra de Baza; lugar fuerte para ofender y desasosegar la comarca en el paso de Cartagena al reino de Granada, y no léjos del de Valencia. Mas los de Guescar, entendiendo el levantamiento, fueron sobre el lugar con mil y docientos hombres y alguna caballería; estuvieron hasta tercero dia; y sin hacer más de salvar cuarenta cristianos viejos que estaban retirados en la iglesia, se tornaron. Habian entrado en Galera por mandado de Abenabó cien arcabuceros turcos y berberíes con el Maleh, alcaide del partido, y era capitan de ellos Caravajal, turco, que saltó fuera cargando en la retaguardia, y poniéndolos en desórden les quitó la presa de

ganados y mató pocos hombres, de que los de Guescar indignados mataron algunos moriscos por la ciudad, y en la casa del Gobernador donde se habian recogido: quemaron parte de ella, saquearon y quemaron otras en Guescar, ciudad de los confines del reino de Murcia y Granada, patrimonio que fué del Rey Católico D. Fernando, y dada en satisfaccion de servicios al duque de Alba D. Fadrique de Toledo; pueblo rico, gente áspera y á veces mal mandada, descontenta de ser sujeta á otro sino al Rey; y desasosegada con este estado que tiene, procura trocalle con otros, que á veces desasosiegan más.

Levantóse de ahí á pocos dias Orze una legua de Galera, que los antiguos llamaron Urci; y estando los de Guescar preparándose para ir á allanarla ó destruirla, los vecinos cristianos nuevos que habian quedado, indignados metieron de noche sin ser sentidos al Maleh con trecientos hombres en sus casas, que dejó emboscados en los lavaderos hasta dos mil, y en ellos trecientos turcos y berberíes, que se habian juntado para el efecto: mas los de la ciudad que tuvieron noticia, vueltas contra ellos las armas, peleando los echaron fuera con daño y rotos; y dando con el mesmo ímpetu en la emboscada, la rompieron matando seiscientos hombres. Fuera la vitoria del todo, si los turcos y berberíes no resistieran reparando la gente, y haciendo retirar parte de ella con alguna órden. Ya Abenabó habia hecho declarar todo el rio de Almanzora (que en arábigo quiere decir de la Vitoria) con Purchena (en otro tiempo llamada de los antiguos Illipula Grande, á diferencia de otra menor, ribera de Guadalquivir), la sierra de Filabres y los lugares de tierra de Baza. Quedaban Seron, y Tijola del duque de Escalona: Tijola inexpugnable, pero falta de agua. Envió sobre Seron, y saliéndose la guardia, prendió el alcaide (algunos dicen que por su voluntad); tomó armas, municion, vitualla, doce piezas de bronce. Tijola siguió á Seron: de esta manera quedaron levantados todos los moriscos

del reino, sino los de la hoya de Málaga y serranía de Ronda.

Estos motivos, y la priesa que el Rey daba á reforzar el campo del marqués de Vélez que estaba en Baza, enviando caballeros principales de su casa por las ciudades á solicitar gente, que saliese ántes que los enemigos tomasen fuerzas; apresuró al Marqués con la gente que trajo de la Peza, y la que D. Antonio de Luna dejó en Baza, y la que se juntó de Guescar y otras partes, por todos cuatro mil infantes, y trecientos y cincuenta caballos, á ponerse sobre Galera: el Malch y su hijo desampararon el lugar, desconfiados que se pudiese mantener. Caravajal, turco, dende á dos dias que el Marqués llegó, juntó el pueblo; persuadiólos que salvasen la gente, la ropa, y á sí mismos, pues tenian aparejo y la sierra cerca; y diciéndole que dentro en sus casas querian morir, les respondió: que aún no era llegado el tiempo, ni era su oficio morir; que se salvasen y dejasen aquello para otros que vernian brevemente á morir por ellos. Mas visto que estaban pertinaces, con ciento y treinta turcos y berberíes dando una arma de noche á los nuestros, se salió con su gente y dinero, sin recebir daño; y vino por mandado de Abenabó á residir en Guejar con los otros capitanes.

Habian los enemigos (como dijimos) entrado en ella, fundado frontera, atajado con una trinchea de piedra seca de monte á monte el trecho que llaman la silla; manteníanse contra Granada, hacian presas, solicitando pueblos que se levantasen, recogiendo y regalando los que se alzaban. A veces estaban en ella cuatro mil, á veces ménos, y de ordinario seiscientos hombres segun las ocasiones; eran capitanes Xoaibi, natural del lugar, por otro nombre llamado Pedro de Mendoza (que este apellido tomaban muchos por la naturaleza que tenía en la tierra la casta del marqués D. Iñigo Lopez de Mendoza, primer capitan general), Hocein, Caracaxal, turco, Chocon (que en su len-

cua quiere decir degollador), Macox, Moxaxar, y otros. Crecia el desasosiego de la ciudad, y parecia estarse con ménos seguridad; pero en nada se via acrecentada la manera de la defensa, descubierta la parte de la ciudad que llaman Realejo, frontera á los enemigos; el barrio de Antequeruela no sin peligro muchos meses, muy á menudo los apercebimientos, que se hacian de persona en persona y con secreto, mostrando que los enemigos vernian cada noche á dar en la ciudad, las más veces por esta parte. Al fin se achicó la puerta que dicen de los Molinos, y se puso una compañía de guardia en Antequeruela, pero no que se atajasen los caminos de Facar, Veas, el Puntal: maravillándose los que no tienen noticia de las causas, ó licencia de escudriñallas, cómo se encarecian tanto las fuerzas de los enemigos y el peligro, y se estaba con tan flaca guardia: en fin, se puso una concegil en la puerta de los Molinos; reforzóse la de Antequeruela; púsose guardia en los Mártires, y en Pinillos, y Cenes (presidios todos contra Guejar), y á D. Jerónimo de Padilla mandaron estar en Santa Fe con una compáñía de caballos para asegurar el llano de Loja, demas de la guardia de la vega. Púsose caballería en Iznalloz, pero todo no estorbaba que hasta las puertas de Granada se hiciesen á la continua presas.

Estando en estos términos, comenzó el marqués de Vélez á batir á Galera con seis piezas de bronce, y dos bombardas de hierro, de espacio y con poco fruto. Saltaban fuera los moros á menudo, haciendo daño sin recebillo.

Cargó D. Juan la mano con el Rey, como agraviado que le hubiese mandado venir á Granada en tiempo que todos estaban ocupados, por tenelle ocioso, siendo el que ménos convenia holgar; mostrábale deseo de emplear su persona; hijo y hermano de tan grandes príncipes, en cuya casa habian entrado tantas vitorias; mozo, no conocido de la gente; el espacio con que se trataba la guerra en Almanzora, el atrevimiento de los enemigos, la Alpujarra sin

guarniciones, la mar desproveida, los moros en Guejar, lo que convenia tomar el negocio con mayores fuerzas y calor. Pareció al Rey apretar los enemigos, acometiéndolos á un tiempo con dos campos: uno por el rio Almanzora á cargo de D. Juan, con quien asistiesen el marqués de Vélez, el comendador mayor de Castilla, y Luis Quijada; otro por el Alpujarra con el duque de Sesa; y por no dejar embarazo tan importante como enemigos á las espaldas, mandó que ántes de su partida viniese sobre Guescar. El nombre de la salida fué (porque el de Vélez no se hubiese por ofendido) dar órden en lo que tocaba á Guadix y Baza, como habia sido con el marqués de Mondéjar darla en lo de Granada. Estando Guejar y Galera por los enemigos, cualquier otra empresa parecia difícil, y el peligro cierto: en Guejar, por dejarlos á las espaldas; en Galera, porque podia saltar la rebelion en el reino de Valencia, y con la tardanza conservarse los moros en sus plazas, Purchena, Seron, Tijola, Xergal, Cantoria, Castil de Ferro y otras. Partió el Comendador mayor de Cartagena por órden de D. Juan con ocho piezas de campo, trecientos carros de vitualla, municion y armas. El Marqués, aunque entendiendo la ida de D. Juan mostraba algun sentimiento, no dejó de verse con el Comendador mayor, que proveyéndole de vitualla y municion, pasó á esperar D. Juan en Baza. Dicen, y confiésalo el Comendador mayor, que escribió al Rey cómo el Marqués no le parecia á propósito para dar cobro á la empresa del reino de Granada, y que las cartas vinieron á las manos del Marqués primero que á las del Rey: mas leyólas, y disimulólas; ó fuese pensando que la necesidad habia de traelle tiempo á las manos, en que diese á conocer lo contrario; ó cansado y ofendido, dando á entender que la peor parte sería de quien no le emplease. Eran ya los 15 de Diciembre de 1569, y no parecia señal, ni esperanza de que se hiciese efecto contra Galera. Mas el Rey solicitaba con diligencia los señores de la Andalucía, y las

ciudades de España; pidiendo nueva gente para la empresa, y salida de D. Juan, y enviando personas calificadas de su casa á procurallo.

Llegó la órden para que D. Juan hiciese la jornada de Guejar, primero que partiese para Guadix y Baza: habíase enviado muchas veces á reconocer el lugar con personas pláticas: lo que referian era, que dentro estaban siete mil arcabuceros y ballesteros resolutos á venir una noche sobre Granada (número que si de mujeres y hombres ellos lo tuvieran, y no les faltaran cabezas y experiencia, era bastante para forzar la ciudad); que estaban fortificados y empantababan la vega; que allanaban el camino que va por la sierra á la Alpujarra para recebir gente. Tanto más puede el recelo que la verdad, aunque cargue sobre personas sin sobresalto. Todavía no fueron del todo creidos los que daban el aviso: pero reforzáronse las guardias con más diligencia, y difirióse la ida de D. Juan hasta que más gente de las ciudades y señores fuese llegada. Por hacer la jornada con más seguridad envió á D. García Manrique y Tello de Aguilar, que recenociesen el lugar de noche, y la mañana hasta el dia: lo que trujeron fué, que dentro habia más de cuatro mil infantes; no haber visto fuego á las trincheas ni en el cuerpo de guardia: no humo áun para encender las cuerdas en el corazon del invierno (tierra frigidísima y á la falda de la nieve); no trocar las guardias, no cruzar á la mañana gente de las casas á la trinchea ó de la trinchea á las casas, no acudir con el arma á la trinchea: atribuíase todo á señales de gran recatamiento; pero á juicio de algunas personas pláticas, de lugar desamparado. Notaban que en tanto tiempo, tan cerca, lugar abierto y pequeño, se sospechase y no se supiese cierto el número de la gente, pudiéndose contar por cabezas ó por la comida, y que todos afirmasen pasar de seis mil hombres, y los reconocedores de cuatro mil, llegando tan cerca, y trayendo señales de poca gente ó ninguna. Pareció que

sería conveniente servirse de los capitanes que habian sido suspendidos, porque la gente se gobernaria mejor por ellos, y los más eran personas de experiencia. Mandáronles tomar sus compañías, y todos lo quisieron hacer, pudiendo emplear sus personas, sin volver á los cargos de que una vez fueron echados.

Habia costumbre en el Alhambra de salir los capitanes generales y alcaides cuando se ofrecia necesidad, dejando en la guardia de ella personas de su linaje y suficientes. Mostraba el conde de Tendilla títulos suyos, de su padre, abuelo y bisabuelo, de capitanes generales de la ciudad sin el cargo del reino, y pretendia salir con la gente de ella. Pero Juan Rodríguez de Villafuerte, que entónces era tenido por enemigo suyo declarado, pretendia que como corregidor le tocase: traia ejemplo de Málaga, donde el corregidor tenía cargo de la gente, no obstante que el alcaide tuviese título de capitan de la ciudad; mas ó fuese mandamiento expreso, ó inclinacion á otros, ó desabrimiento particular con la casa ó persona del Conde, no obstante las cédulas, y que la profesion de Juan Rodriguez fuese otra que armas, hizo D. Juan una manera de pleito de la pretension del Conde, y remitió el negocio al consejo del Rey; quitándole el uso de su oficio, y dándole á Juan Rodriguez, que aquel dia llevó cargo de la gente de la ciudad y le tuvo otros muchos. Partió á los 23 de Diciembre de 1569, con nueve mil infantes, seiscientos caballos, ocho piezas de campo. Habia dos caminos de Granada á Guejar; uno por la mano izquierda y los altos, y este llevó él con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos: llevaba Luis Quijada la vanguardia con dos mil, donde iba su persona; á D. García Manrique encomendó la caballería; y la retaguardia con la artillería, municion y vitualla (donde iba su guion) al licenciado Pedro Lopez de Mesa y á don Francisco de Solís, ambos caballeros cuerdos, pero sin ejercicio de guerra: lo cual dió ocasion á pensar que la

empresa fuese fingida, y D. Juan cierto que el lugar estaba desamparado; pues encomendaba á personas pacíficas lugar á donde podia haber peligro y era menester experiencia; dando al Duque el camino del rio más breve con cuatro mil infantes y trecientos caballos, en que iba la gente de la ciudad. Aquella noche se aposentó en Veas, dos leguas de Granada, y otras tantas de Guejar, con órden que juntos por diversas partes llegasen á un tiempo, y combatiesen los enemigos, para que los que del uno escapasen diesen en el otro; pero quedóles abierto el camino de la sierra. D. Diego de Quesada, á quien tenian por plático de la tierra, iba por guia del campo de D. Juan, aunque otros hubiese en la compañía tan soldados, criados en aquella tierra, y más pláticos en ella, segun lo mostró el suceso. Estaban á la guardia del lugar ciento y veinte turcos y berberíes con Caravajal que estuvo en Galera, cuatrocientos y treinta de la tierra, todos arcabuceros; la cabeza era Xoaibi, los capitanes Cholon, Macox y Rendati, y el Partal por sargento mayor; venidos, segun se entendió, sólo por la ganancia de las presas, con la seguridad de la montaña, y mudábanse por meses: muchas mujeres, muchachos y viejos de los lugares vecinos, que no querian apartarse de sus casas, proveidos de pan y carne en abundancia; y dicen ellos que nunca hubo más gente ordinaria. Entendieron dias ántes la ida de D. Juan, y tuvieron tiempo de salvar lo mejor de su ropa, sus personas y ganados. El dia ántes que D. García y Tello de Aguilar fueron á reconocer, avisando la gente, partieron los turcos á la Alpujarra; y de los moros, el dia ántes que D. Juan llegase, salieron cuatrocientos hombres con Partal, y el Macox, y Rendati á la vega en ocasion de correr nuestras espaldas, y hicieron daño el mismo dia que llegó D. Juan: quedaron en Guejar ochenta hombres con Xoaibi para retirar el removiente de la gente inútil y ropa. Partieron á un tiempo de Granada el Duque y D. Juan de Veas al amanecer: hay pocos hombres del

campo que sepan caminar bien de noche la tierra que han visto de dia; esta era toda de un color igual aunque doblada, que dió causa á la guia de engañarse cuasi en la salida del lugar, y á D. Juan de gastar tiempo. Con todo se detuvo, esperando el dia, incierto del camino que haria el Duque, y avisando las atalayas de los moros con fuegos á los suyos de lo que ambos hacian. Mas el Duque caminó por derecho: envió delante á D. Juan de Mendoza, que halló la trinchea desamparada sino de diez ó doce viejos, que de pesados escogieron quedar á morir en ella; estos fueron acometidos y degollados. Entrado y saqueado el lugar por la gente que D. Juan de Mendoza llevaba de vanguardia, vieron subir por la sierra mujeres y niños, bagajes cargados, con espaldas de sesenta arcabuceros y ballesteros, que haciendo vuelta sobre los nuestros en defensa de su ropa, se salvaron de espacio, aunque seguidos poco trecho y detenidamente, pero lo que se pudo, y con más daño nuestro que suyo: murieron entre hombres y mujeres sesenta personas, y fueron cautivas otras tantas; la demas gente por la sierra fueron á parar en Valor y Poqueira y otros lugares de la Alpujarra: húbose mucho trigo y ganado mayor; de nuestra gente murieron cuarenta soldados, porque los moros en lo áspero de la tierra y entre las matas, cubiertos con las tocas de las mujeres, esperaban á nuestros soldados que pensando ser mujeres llegasen á cautivallas, y los arcabuceasen. Entre ellos murió el capitan Quijada siguiendo el alcance, desatinado de una pedrada que una mujer le dió en la cabeza. D. Juan ora apartándose del lugar dos leguas, ora acercándose á ménos de un cuarto por camino que todo se podia correr, se halló pasado medio dia sobre Guejar, dentro de la trinchea de los enemigos en el cerro que llaman la silla: llevó la gente ordenada; y á los que nos hallamos en las empresas del Emperador, parecia ver en el hijo una imágen del ánimo y provision del padre, y un deseo de hallarse pre-

sente en todo, en especial con los enemigos. Descubrió de lo alto á la gente del Duque delante del lugar en escuadron, y tan de improviso que Luis Quijada envió con don Gomez de Guzman de mano en mano á pedir artillería, pensando que fuesen enmigos, ó dando á entender que lo pensaba. Esta voz se continuó con mucha priesa; y caminando con dos pecezuelas, llegó D. Luis de Córdoba de parte del Duque con el aviso que los enemigos iban rotos y los nuestros estaban dentro en el lugar. Quedamos espantados cómo Luis Quijada no conoció nuestras banderas y órden de escuadron dende tan cerca, hombre plático en la guerra, y de buena vista; y cómo el Duque enviaba á decir que los enemigos iban rotos, no habiendo enemigos. Mostró D. Juan contentamiento del buen suceso, y queja del agravio de que le hubiesen guiado por tanto rodeo que no alcanzase á ver enemigos. Pero D. Diego de Quesada se excusaba con que en consejo se le mandó que guiase por parte segura; y Luis Quijada le dijo, que por donde no peligrase la persona de don Juan; que él no sabía cómo cumplir su comision más á la letra que guiando siempre cubierto y dos leguas de los enemigos. Tuvo la toma de Guejar más nombre léjos que cerca; más congratulaciones que enemigos. Volvieron la misma noche á Granada D. Juan y el duque de Sesa: mandó quedar á D. Juan de Mendoza en Guejar con gruesa guardia por algunos dias, y despues á D. Juan de Alarcon con las banderas de su cargo dende á pocos dias á D. Francisco de Mendoza, reparado y trincheado un fuerte, pero con poca gente. Decian que si cuando los moros desampararon el lugar y D. Juan fué á reconocelle se hubiera hecho el fuerte (que podia en una noche) y puesto en él una pequeña guardia, como se hizo en Tablate, se salvaran pasadas de tres mil personas, que murieron á manos de los enemigos, mucha pérdida de ganado, reputacion y tiempo, el nombre de guerra, desasosiego de noche y dia, todo hecho por mano de poca gente.

Dende este dia parece que D. Juan, alumbrado, comenzó á pensar en las gracias de vitoria tan fácil, y buscadas las causas para conseguilla, hacer y proveer por su persona lo que se ofrecia, con mayor beneficio y más breve despacho. Extendióse por España la fama de su ida sobre Galera, y movióse la nobleza de ella con tanto calor, que fué necesario dar el Rey á entender que no era con su voluntad ir caballeros sin licencia á servir en aquella empresa. Enviaron las ciudades nueva gente de á pié y de caballo: crecieron algunas (que no tenian propios) los precios á las vituallas, para gastos de la guerra; otras entre cinco vecinos mantenian un soldado. Entraron el tiempo que duró la masa pasadas de ciento y veinte banderas con capitanes naturales de sus pueblos, personas calificadas, sin la gente que vino al sueldo pagado por el Rey, que fué la tercia parte: tanta reputacion pudo dar á los enemigos la voluntad de venganza. Mandó D. Juan (que ya era señor de sí mismo, y de todo) que una parte de la masa se hiciese en el mismo campo del marqués de Vélez, pasando la gente por Guadix; y otra, pasando por Granada en las Albuñuelas, donde estuviese D. Juan de Mendoza á recogella, y hacer provision de vitualla. Ordenó que el duque de Sesa quedase su lugarteniente en Granada, pasase á posar en el mismo aposento que él tenía en la chancillería; y que formado su campo, partiese por Órgiva contra el Alpujarra, á un mismo tiempo que él para Galera, por divertir las fuerzas de los enemigos.

Mas Abdalá Abenabó, indignado del suceso de Guejar, quiso recompensar la fortuna y la reputacion, procurando ocupar algun lugar de nombre en la costa. Escogió tres mil hombres, y en un tiempo con escalas y como pudo acometieron de noche á Almuñécar, que los antiguos llamaban Manoba, y á Salobreña, que llamaban Selambina: pero el capitan de Almuñécar resistió retenidamente por ser de noche, y con algun daño de los enemigos, que de-

jando las escalas se acogiéron á la sierra, donde corrian de contínuo la comarca; lo mismo hicieron los que iban á Salobreña, que rebotados por D. Diego Ramirez, alcaide de ella, con dificultad, por guardarse con ménos gente, se retiraron, juntándose con la compañía. Visto Abenabó que sus empresas le salian inciertas, y que las fuerzas de España se juntaban contra él, envió de nuevo al alcaide Hoceni á Argel solicitando gente para mantenerse, ó navíos para desamparar la tierra y pasarse; y juntamente con él un moro suyo á Constantinopla. Dicen que llegados á Argel hallaron órden del señor de los turcos para que fuese socorrido.

En el mismo tiempo batia el Marqués á Galera con poco efecto, defendíanse los vecinos, y reparaban el daño fácilmente; saltaban algunas veces fuera; y entre ellas, trabando una gruesa escaramuza, cargaron nuestra gente de manera, que matando al capitan Leon y veinte soldados, cuasi pusieron en rota el cuartel; pero retiráronse cargados sin daño: colgaron de la muralla la cabeza del capitan y otras, y el Marqués partió á Guescar un dia por rehacerse de gente; volviendo trajo consigo pocos soldados. Mas D. Juan partió de Granada con tres mil infantes y cuatrocientos caballos á juntarse con el Marqués; vino á Guadix, que los antiguos llamaban Acci, pueblo en España grande; y cabeza de provincia como agora lo es: adoraban los moradores al sol en forma de piedra redonda y negra; áun hoy en dia se hallan por la tierra algunas de ellas con rayos en torno. La nobleza y gente de la ciudad han mantenido el lugar, viéndose á menudo con los moros, y partiéndose de ellos con ventaja. De Guadix vino de espacio á Baza, que llamaban los antiguos como los moros Basta, cabeza de una gran partida de la Andalucía, que del nombre de la ciudad decian Bastetania, en que habia muchas provincias. Y de allí á Guescar, donde el Marqués estaba con su gente, la cual junta con la de la ciudad y tierra hi-

cieron gran recibimiento y salva, mostrando mucha alegría con la venida de D. Juan. Sólo el Marqués salió descontento á recibirle, por ver que habia de obedecer, siendo poco ántes obedecido y temido. Mas D. Juan le recibió con alegre y blando acogimiento, y aunque sintió su disgusto, le saludó y abrazó con mucha serenidad, diciéndole: «Marqués ilustre, vuestra fama con mucha razon os engrandece, y atribuyo á buena suerte haberse ofrecido ocasion de conoceros. Estad cierto que mi autoridad no acortará la vuestra; pues quiero que os entretengais conmigo, y que seais obedecido de toda mi gente, haciéndolo yo asimismo como hijo vuestro, acatando vuestro valor y canas, y amparándome en todas ocasiones de vuestros consejos.» A estas ofertas respondió el Marqués por los términos extraños que siempre usó, aunque medido con su grandeza, diciendo: «Yo soy el que más ha deseado conocer de mi Rey un tal hermano, y quien más ganara de ser soldado de tan alto príncipe; mas si respondo á lo que siempre profesé, irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra.» Fué la respuesta muy notada, así de sentenciosa y grave, cuanto aguda, y así el Marqués fué breve en su jornada, porque tarde ó nunca mudó de consejo. Entró D. Juan en consejo sobre lo de Galera, y despues de haberla reconocido, se determinó de ir sobre ella y ponerle cerco.

LIBRO CUARTO.

Luego que D. Juan salió de Granada, fué á posar el Duque en casa del Presidente, conforme á la órden que tenía de D. Juan. Comenzóse á entender en la provision de vitualla en Guadix, Baza y Cartagena, lugares de Andalucía y la comarca, para proveer el campo de D. Juan; y en Granada y su tierra el del Duque: pero de espacio, y con alguna confusion, por la poca plática, y desórdenes de comisarios y tenedores, inclinados todos á hacer ganancias y extorsiones con el Rey y particulares: y aunque Francisco Gutierrez fué parte para atajar la corrupcion, no lo era él ni otro para remedialla del todo. Salió el Duque de Granada á 21 de Hebrero de 1570, quedando por cabeza y gobierno de paz y guerra el Presidente; y por ser eclesiástico, quedó D. Gabriel de Córdoba para el de guerra, y ejecutar lo que el Presidente mandase, que daba el nombre; y hacía el oficio de general un consejo formado de tres oidores, auditor general, Francisco Gutierrez de Cuéllar, el corregidor de Granada; quedaron á la guarda de la ciudad cuatro mil infantes: hacíase con la misma diligencia con el Albaicin despoblado, Guejar en presidio nuestro, guardada la vega, con las mismas centinelas, las postas, los cuerpos de guarda, los presidios en Cenes y Pinillos, que cuando la vega estaba sospechosa, el Albaicin lleno

de enemigos, Guejar en su poder: y duró esta costa y recato hasta la vuelta de D. Juan; ó fuese por olvido, ó por otras causas el guardar contra los de dentro y los de fuera. ¡Qué cosa para los curiosos que vieron al Sr. Antonio de Leiva teniendo sobre sí el campo de la liga, cuarenta mil infantes, nueve mil caballos y la ciudad enemiga: él con solos siete mil infantes enfrenalla, resistir los enemigos, sitiar el castillo, y al fin tomallo, echar y seguir los enemigos, fuertes, armados, unidos, la flor de Italia, soldados y capitanes! Vino al Padul el mismo dia que salia de Granada, donde en Acequia se detuvo muchos dias esperando gente y vituallas; y haciendo reducto en Acequia, y las Albuñuelas para asegurarse las espaldas, y asegurar á Granada en un caso contrario ó furia de enemigos, y el paso á las escoltas que partiesen de la ciudad á su campo: otro fuerte en las Guajaras, para asegurar aquella tierra y los peñones, donde otra vez los echó el marqués de Mondéjar: y por dar tiempo á D. Juan para que juntos entrasen en el rio de Almanzora y Alpujarra. Allí le fué á visitar el Presidente, y dar priesa á su salida: tomó el camino de Órgiva con ocho mil infantes y trecientos y cincuenta caballos. Iban con él muchos caballeros de la Andalucía, muchos de Granada, parte con cargos, y parte por voluntad. Llegó sin que los enemigos le diesen estorbo, aunque se mostraron pocos y desordenados al paso de Lanjaron, y de Cañar.

Miéntras el Duque se ocupaba en esto, salió D. Juan de Austria de Baza con su campo para Galera, adonde puso su cerco enviando á reconocella; y considerando primero el daño que de un castillo que estaba en la parte alta les podia venir, se trató de minalla, y habiendo hecho algunas minas, les pusieron fuego, con que cayó un gran pedazo del muro con muerte de algunos de los moros cercados. Algunos soldados de los nuestros de ánimos alborotados arremetieron luégo por medio del humo y confusion sin guardar tiempo ni órden conviniente, á los cuales siguie-

ron otros muchos y al fin gran parte del ejército, procurando embestir la fortaleza por el destrozo que las minas habian hecho, todo sin hacer efecto, por estar un peñon delante. Los enemigos estaban puestos en arma, y haciendo á su salvo mucho daño en los cristianos con muchas rociadas de arcabuces y flechas, sin ser necesaria la puntería, porque no echaban arma que diese en vacío, sin que esto fuese parte para hacer retirar los ánimos obstinados de los soldados, ni ninguna prevencion ni diligencia de oficiales y capitanes. Tanto, que necesitó á D. Juan de Austria á ponerse con su persona al remedio del daño, y no con poco peligro de la vida; porque andando con suma diligencia y valor persuadiendo á los soldados que se retirasen sin olvidarse de las armas, fué herido en el peto con un balazo, que aunque no hizo daño en su persona, escandalizó mucho á todo el campo, particularmente á su ayo Luis Quijada que nunca le desamparaba, cuyas persuasiones obligaron á D. Juan á retirarse por el inconviniente que se sigue en un ejército del peligro de su general. Mas ordenó al capitan D. Pedro de Rios y Sotomayor que con diligencia hiciese retirar la gente porque no se recibiese más daño; el cual entró por medio de los nuestros con una espada y rodela (á tiempo que se conocia alguna mejoría de nuestra parte), diciendo: «Afuera, soldados, retirarse afuera, que así lo manda nuestro Príncipe.» Habia ya cesado algun tanto el alarido y voces, de suerte que se oian claro las cajas á recoger, y todo junto fué parte para que tuviese fin este asalto tan inadvertido. Aquí se mostró buen caballero D. Gaspar de Sámano y Quiñones: porque habiendo con grande esfuerzo y valentía subido de los primeros en el lugar más alto del muro, y sustentado con la mano el cuerpo para hacer un salto dentro, le fueron cortados los dedos por un turco que se halló cerca de él: sin que esto le perturbase nada de su valor, echó la otra mano y porfió á salir con su intento, y saltar del muro adentro; mas no

dándole lugar los enemigos, le fué resistido de manera que dieron con él del muro abajo. No fué parte este daño para que á los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro dia, y así lo pidieron á D. Juan: el cual, pareciéndole no ser bien poner su gente en más riesgo con tan poco fruto, y tratádose en consejo mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Los enemigos, considerando su peligro cercano y la tardanza de socorro, despacharon á Abenabó pidiéndole favor, á lo cual Abenabó cumplió con solas esperanzas, porque la diligencia del Duque en lo del Alpujarra, le traia sobre aviso, temeroso y puesto en arma. Acabadas las minas, mandó D. Juan que se encendiesen la una una hora ántes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazas de muralla, aunque con poco daño de los cercados, por estar prevenidos en el hecho; y así seguros de más ofensa se opusieron á la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlo, y otros procurando ofender con mucha priesa de tiros contínuos: y estando en esto sucedió luégo la otra mina, que derribando todo lo de aquella parte hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto cargando la artillería de nuestra parte se comenzó el asalto muy riguroso: porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados á dejar el muro con pérdida de muchas vidas: adonde se mostró buen caballero por su persona D. Sancho de Avellaneda, herido del dia ántes, haciendo muchas muestras de gran valor entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala todo junto murió. Siguióse la vitoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no lo pasasen á cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella habia, y púsose el lugar á fuego, y así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrup-

cion: lo cual todo acabado ordenó D. Juan que el ejército marchase para Baza, á donde fué recibido con mucho regocijo.

Hallábase Abenabó en Andarax resoluto de dejar al Duque el paso de la Alpujarra, combatille los alojamientos, atajarle las escoltas, cierto que la gente cansada, hambrienta, sin ganancia, le dejaria. Este dicen que fué parecer de los turcos, ó que le tuviesen por más seguro, ó que hubiesen comenzado á tratar con D. Juan de su tornada á Berbería, como lo hicieron, y no quisiesen despertar ocasiones con que se rompiese el tratado. Pero á quien considera la manera que en esta guerra se tuvo de proceder por su parte desde el principio hasta el fin, pareceránle hombres que procuraban detenerse, sin hacer jornada, por falta de cabezas y gente diestra, ó con esperanza de ser socorridos para conservarse en la tierra, ó de armada para irse á Berbería con sus mujeres, hijos y haciendas: y así, teniendo muchas ocasiones, las dejaron perder como irresolutos y poco pláticos. Partió de Órgiva el Duque, despues de haberse detenido en fortificarla y esperar la entrada de D. Juan treinta dias, la vuelta de Poqueira: mas Abenabó, teniendo aviso que el Duque partia, y que de Granada pasara una gruesa escolta al cargo del capitan Andrés de Mesa, con cuatrocientos soldados de guarda y algunos caballos, púsose delante en el camino que va á Jubiles por donde el Duque habia de pasar, haciendo muestra de mucha gente, y tener ocupadas las cumbres: trabó una gruesa escaramuza con la arcabucería del Duque, haciendo espaldas con cuasi seis mil hombres en cuatro batallas. Reforzó el Duque la escaramuza apartando los enemigos con la artillería, y tomó el camino de Poqueira por el rodeo: los enemigos, creyendo que el Duque les tomaba las espaldas, desampararon el sitio: mas en el tiempo que duró la escaramuza, acometieron á la escolta de Andrés de Mesa, en la cuesta de Lanjaron, Dalí, capitan turco, y el

Macox con mil hombres, y rompiéronla sin matar ó cautivar más de quince: sólo se ocuparon en derramar vituallas, matar bagajes, escoger y llevar otros cargados: pelearon al principio, pero poco; mataron el caballo á D. Pedro de Velasco, que aquel dia fué buen caballero y salvóse á las ancas de otro. Enviábale el Rey á dar priesa en la salida del Duque, y llevar relacion del campo, y mandar lo que se habia de hacer. Súpose de un moro á quien cautivaron tres soldados que sólo siguieron el campo de Abenabó, como su intento sólo habia sido entretener al Duque: pero él luégo que entendió el caso de Andrés de Mesa, más por sospechas que por aviso, envió caballería que le hiciese espaldas, y llegaron á tiempo que hicieron provecho en salvar la gente ya rota y parte de la escolta. Hecho esto, se siguió el camino de los aljibes entre Ferreira y rio de Cadiar por el de Jubiles, y aquella noche tarde hizo alojamiento en ellos. Tenía la guardia Xoaibi con quinientos arcabuceros, que viendo alojar los nuestros tarde y con cansancio y por esto con alguna desórden, dió en el campo, y túvole en arma gran parte de la noche, llegando hácia el cuerpo de guardia, y matando alguna gente desmandada; pero fué resistido sin seguillo, por no dar ocasion á la gente que se desordenase de noche. Dicen que si los enemigos aquella noche cargaran, que se corria peligro; porque la confusion fué grande, y la palabra entre la gente comun, viles, que mostraba miedo: mas valió el ánimo y la resolucion de la gente particular, y la provision del Duque enderezada á deshacer los enemigos sin aventurar un dia de jornada: en que parecian conformarse Abenabó y él; porque cada uno pensaba deshacer al otro y rompelle con el tiempo y falta de vitualla, y salieron ambos con su pretension. Envió Abenabó á retirar al Xoaibi, siguiendo el parecer de los turcos, y despues por bando público mandó que sin órden suya no se escaramuzase, ni desasosegasen nuestro campo. Vino el Duque á Jubiles por el camino de

Ferreira, adonde halló el castillo desamparado, y comenzado á reparar, envió á D. Luis de Córdoba, y á D. Luis de Cardona, con cada mil infantes, y ciento y cincuenta caballos, que corriesen la tierra á una y otra parte, pero no hallaron sino algunas mujeres y niños: y llegó á Uxixar, sin dejar los moros de mostrarse á la retaguardia, y de allí sin estorbo á Valor, donde se alojaron.

Salió D. Juan de Baza la vuelta de Seron con intento de combatilla, y llegando con su campo á vista de Caniles, recibió cartas del Duque pidiéndole con grande instancia la brevedad de su venida, proponiéndole ser toda la importancia para que hobiese fin la guerra del Alpujarra, dando por último remedio que se juntasen los dos campos, y cogiesen en medio á Abenabó. Pareciéndole á D. Juan este buen medio, sin más detenerse caminó la vuelta del campo del Duque, y marchando el suyo, llegaron á vista de Seron, donde algunos pocos soldados desmandados viendo los moros tan puestos en defensa, no lo pudiendo sufrir, se movieron á quererlos combatir (contra el presupuesto de D. Juan), diciendo en alta voz: «Nuestro Príncipe piensa vanamente, si pretende pasar de aquí sin castigar esta desvergüenza,» y diciendo: «Cierra, cierra, Santiago y á ellos,» los siguieron otros muchos incitados de su ejemplo, y tras ellos toda la demas gente, sin que valiese ninguna resistencia; y sin más autoridad ni órden embistieron el lugar con tan grande ímpetu, que aunque salieron los moros de Tijola, no fué parte para que dejasen de allanar el lugar del primer asalto, y le metiesen á sacomano: aunque no les salió á algunos tan barata esta jornada, la cual lo poco que duró fué bien reñida, y adonde entre otros fué herido Luis Quijada de un peligroso balazo que le quitó la vida con grande sentimiento de D. Juan conforme al mucho amor que le tenía. No tuvo aún casi lugar D. Juan de atender á este sentimiento, provocado de mil moros que se metieron en Seron, y le dieron ocasion de más batalla; y

no la rehusando, volvió sobre ellos con deseo de acabar esta ocasion por acudir á las cosas del Alpujarra, lo cual hizo despues de algunas dificultades livianas con un asalto que fué el remate de esta vitoria. Este dia se señaló don Lope de Acuña, mostrando bien el gran sér de que siempre estuvo acompañado en muchas ocasiones.

Abenabó, visto que el duque de Sesa estaba en el corazon de la Alpujarra, repartió su campo y la gente de vecinos que traia consigo; puso ochocientos hombres entre el Duque y Órgiva, para estorbar las escoltas de Granada; envió mil con Moxaxar á la sierra de Gador, y á lo de Andarax, Adra y tierra de Almería: seiscientos con Garral á la sierra de Bentomiz, de donde habia salido D. Antonio de Luna, dejando proveido el fuerte de Competa, para correr tierra de Vélez; envió parte de su gente á la Sierra Nevada y el Puntal, que corriesen lo de Granada: quedó él con cuatro mil arcabuceros y ballesteros, y de éstos traia los dos mil sobre el campo del Duque, que con la pérdida de la escolta estaba en necesidad de mantenimientos: pero entretúvose con fruta seca, pescado y aceite, y algun refresco que Pedro Verdugo le enviaba de Málaga, hasta que viendo por todas partes ocupados los pasos, mandó al marqués de la Favara que con mil hombres y cien caballos y gran número de bagajes atravesase el puerto de la Ravaha y cargase de vitualla en la Calahorra, porque fuese dos veces nombrada con hambre y hierro en daño nuestro; adonde habia hecha provision, y tan poco camino que en un dia se podia ir y venir. Dicen que el Marqués rehusó la gente que se le daba, por ser la que vino de Sevilla, pero no la jornada; y siendo asegurado que fuese cual convenía, partió ántes de amanecer con las compañías de Sevilla, y sesenta caballos de retaguardia, y él con trecientos infantes y cuarenta caballos de vanguardia; los embarazos de bagajes, y bagajeros, enfermos, esclavos en medio; la escolta guarnecida de una y otra parte con arcabucería.

Mas porque parece que en la gente de Sevilla se pone mácula, siendo de las más calificadas ciudades que hay en el mundo, hase de entender que en ella, como en todas las otras, se juntan tres suertes de personas: unas naturales, y éstos cuasi así la nobleza como el pueblo son discretos, animosos, ricos, atienden á vivir con sus haciendas ó de sus manos; pocos salen á buscar su vida fuera, por estar en casa bien acomodados: hay tambien extranjeros, á quien el trato de las Indias, la grandeza de la ciudad, la ocasion de ganancia ha hecho naturales, bien ocupados en sus negocios, sin salir á otros; mas los hombres forasteros que de otras partes se juntan al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas, gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas; éstos como se mueven por el dinero que se da de mano á mano, por el sonido de las cajas, lista de las banderas; así fácilmente las desampara, con el temor de ellas en cualquiera necesidad apretada, y á veces por voluntad: tal era la gente que salió en guardia de aquella escolta. El Marqués, sin noticia de los enemigos ni de la tierra, sin ocupar lugares ventajosos, y confiado que la retaguardia haria lo mismo, como quien llevaba en el ánimo la necesidad en que dejaba el campo, y no que la diligencia fuera de tiempo es por la mayor parte dañosa; comenzó á caminar apriesa con la vanguardia: pero los últimos que áun sin impedimento suelen de suyo detenerse y hacer cola, porque el delantero no espera, y estorba á los que le siguen, y el postrero es estorbado, y espera; abrieron mucho espacio entre sí, y la escolta hizo lo mismo entre sí y la vanguardia. Mas Abenabó, incierto por dónde caminaria tanto número de gente, mandó al alcaide Alarabi, á cuyo cargo estaba la tierra del Zenette, que siguiese con quinientos hombres (Zenette llaman aquella provincia, ó por ser áspera, ó por haber sido poblada de los Zenettes, uno de cinco linajes alárabes que

conquistaron á África y pasaron en España, que es lo más cierto). Partió el Alarabi su gente en tres partes, él con cien hombres quiso dar en la escolta: al Piceni de Guejar con docientos ordenó que acometiese la retaguardia por la frente: y al Martel del Zenette con otros docientos la rezaga de la vanguardia, entrando entre la escolta y ella, al tiempo que él diese en la escolta; y en caso que no le viesen cargar con toda la gente, que estuviesen quedos y emboscados, dejándola pasar. Los nuestros parándose á robar pocas vacas y mujeres, que por ventura los enemigos habian soltado para dividirlos y desordenarlos, fueron acometidos del Alarabi con solos cuatro arcabuceros por la escolta, cargados de otros treinta que les hacian espaldas, y puestos en confusion: tras esto cargó el resto de la gente del Alarabi, que rompió del todo la escolta, sin hacer resistencia los que iban á la defensa. Dió el Piceni en la caballería, que era de retaguardia, la cual rompió, y ella la infantería; lo mismo hizo Martel con los últimos de la vanguardia del Marqués al arroyo de Vayarzal, lo uno y lo otro tan callando, que no se sintió voz ni palabra. Iba el Piceni ejecutando la retaguardia de manera, que parecia á los nuestros que lo vian ir ejecutando al Martel. Siguieron este alcance sin volver la caballería, ni rehacerse la infantería hasta cerca de la Calahorra, todos á una, matando el Alarabi enfermos y bagajeros, y desviando bagajes; llegó el arma con el silencio y miedo de los nuestros al Marqués tan tarde, que no pudo remediar el inconveniente, aunque con veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar: murieron muchos enfermos que iban en la escolta, muchos de los moros y bagajeros; entre éstos y soldados cuasi mil personas: quitaron setenta moriscas cautivas, y lleváronse más de trecientas bestias sin las que mataron; cautivaron quince hombres, no perdieron uno: aconteció esta desgracia en 16 de Abril. Llevó el marqués las sobras de la gente rota, y lo demas

de lo que pudo salvar á la Calahorra, y reformándose de gente en Guadix, salió á donde estaba D. Juan. Los enemigos, habiendo puesto la presa en cobro, quedaron seis dias en el paso, y por la sierra.

Mas el Duque, entendiendo la desgracia, y el poco aparejo de proveerse por la parte de Guadix, fiando poco de la gente, quiso acercarse más á la mar por haber vitualla de Málaga; y por ser el Abril entrado, y dar el gasto á los panes, quitar á los enemigos el paso para Berbería, vino á Verja ya despues de haber talado la cogida en el Alpujarra: y hizo lo mismo en el campo de Dalias, donde tenian sus esperanzas de cebada y grano. Al alojar en Verja hubo una pequeña escaramuza, en que murieron de los nuestros algunos; de los moros segun ellos cuarenta. Mas la hambre y poca ganancia, y el trabajo de la guerra, y la costumbre de servir á su voluntad y no á la de quien los manda, pudo con los soldados tanto, que sin respeto de que hubiesen sido bien tratados de palabra, y ayudados de obra, con dinero, con vitualla, quitando lo uno y lo otro á la gente de su casa, y á veces á su persona, se desranchaban como habian hecho con el marqués de Vélez: pero acostumbrado á ver y sufrir semejantes vueltas en los soldados, vino de Verja á Adra, donde tuvo más vitualla, aunque no más sosiego con la gente: parecíales desacato culparle, y volvíanse contra D. Juan de Mendoza, y decian palabras sin causa; acriminábanle la muerte de un soldado de quien hizo justicia como juez, porque debia ser loado; amenazaban, protestaban de no quedar á su gobierno; excusábanse de D. Juan que ya andaba entre ellos recatado: no dejaban de poner bolatines (llaman ellos bolatines, las cédulas que de noche esparcen con las quejas contra sus cabezas cuando andan en celo para amotinarse, en que declaran su ánimo, y mueven los no determinados con quejas y causas de sus cabezas); saliéronse de Adra trecientos arcabuceros, ó fuese, segun ellos publicaban, ha-

ciendo escolta á un correo: y dando en los enemigos fueron los docientos y treinta muertos por el alcaide Alarabı y el Moxaxar, y cautivos setenta: no se supo más de lo que los moros refieren, y que entendiendo de uno de los cautivos como nuestro campo habia desalojado de Uxixar con pérdida y desórden, y dejado municiones escondidas, sacaron de un aljibe cantidad de plomo, municiones, y embarazos. En el mismo tiempo mataron los moros, que Abenabó enviaba la vuelta de Bentomiz, gente de sus casas que iban á Salobreña, y entre ellos mercaderes italianos y españoles, tomándoles el dinero: y los que envió hácia Granada, cautivaron peleando con muchas heridas á don Diego Osorio, que venía con despachos del Rey para don Juan y el Duque, en que se trataba la resolucion de la guerra, y concierto que se habia platicado con los moros y turcos por mano del Habaqui; matáronle veinte arcabuceros de escolta, y él tuvo manera como soltarse; y aunque herido, vino sin las cartas á Adra.

Ya D. Juan trataba con calor la reduccion de los moros, y la ida de los turcos á Berbería: mas algunos de los ministros (ó que les pareciese hacer su parte, y prevenir las gracias á D. Juan, ó que más fácilmente se podia acabar, cuanto por más partes se tratase con ellos) metiéronse á platicar de conciertos (dicen que algunos sobresanadamente) y dejaban de condenar la manera del trato que don Juan traia, holgando que se publicasen por concedidas las condiciones que los enemigos pedian, aunque exorbitantes. Por otra parte, en Granada cuanto á la guerra se procedia con toda seguridad en el gobierno del Presidente; pero cuanto á la paz con licencia, en el tratamiento que se hacía á los moriscos reducidos, y que venian á reducirse; y poniendo algunos impedimentos, y mostrando celos de D. Alonso Venegas, enviaban moriscos á toda Castilla: sacaban los ministros muchos para galeras, denostaban á los que se iban á rendir, y por livianas causas los

daban por cautivos, su ropa perdida; trataban del encierro como perjudicial, ayudábanse por vías indirectas del cabildo de la ciudad que estaba oprimido y sujeto á la voluntad de pocos, todo en ocasion de estorbo: no dando cuenta particular á D. Juan para que él la diese al Rey, haciendo cabeza de sí mismos, escribiendo primero por su parte con palabras sobresanadas, tocaban á veces en su autoridad, ó fuese (segun el pueblo) para que las armas no les saliesen de las manos, ó ambiciones de su opinion, por excluir toda manera de medios, que no fuese sangre; ofendidos que pasase algo sin darles cuenta particular. Los efectos manifiestos daban licencia para que fuesen juzgados diversamente, y todos en daño del negocio; y áun añadian que estando el Rey en Córdoba, no faltaba atrevimiento para escribir trocadamente, y hacer negociacion del estorbo, sospechando él alguna cosa: atrevimiento que suele acontecer á los que andan por las Indias, con los que desde España los gobiernan; por donde hay más que maravillar de la disimulacion que los reyes tienen cuando siguen sus pretensiones, que pasan por los estorbos sin dar á entender que son ofendidos.

Tenía el Duque avisos, ansí por espías como por cartas tomadas, que los turcos se armaban para socorrer á Abenabó, por la parte de Castil de Ferro, aunque pequeño, á propósito para desembarcar gente, y por el aparejo de la Rambla juntarse seguramente con los enemigos. Pareciale que si esto se hacía, deshaciéndose por horas de su gente, podia ser ofendido, ó á lo ménos encerrado con poca reputacion nuestra, y mucha de ellos. Acordó combatir aquella plaza y los enemigos, si viniesen á socorrerla; y trujo por mar de Almería piezas de batir, púsose sobre ella, repartió los cuarteles, vinieron las galeras en ayuda y para impedir el socorro de Argel, encomendó la batería al marqués de la Favara, que puso diligencia en asentarla. Llegóse y combatió por mar con las galeras, y

por tierra con tanta priesa, que abrió portillo para batalla. Murieron dentro algunos con la artillería, y entre los principales Leandro, á cuyo cargo estaba el castillo, sin otro daño nuestro más del poco que sus piezas hicieron en una galera. Los soldados turcos y moros que estaban á la defensa, que eran cincuenta y dos, desconfiados del socorro de Berbería, sus armas en las manos y una mujer consigo, salieron por la batería y nuestras centinelas, con la escuridad de la noche y confusion de la arma, guiándolos Mevaebal su capitan, que dos dias ántes habia entrado. Es fama (que de los nuestros procedió) que de ellos murieron doce, pero no se vieron en nuestro campo, y refieren los moros que todos llegaron al de Abenabó, algunos de ellos heridos. Desamparado Castil de Ferro, envió por la mañana á D. Juan de Mendoza y al marqués de la Favara y otros, que se apoderasen de él. Hallaron dentro algunos viejos, y berberíes, y turcos mercaderes, hasta veinte hombres, y diez y siete mujeres de moriscos que las tenian para embarcar, alguna ropa, veinte quintales de bizcocho, y la artillería que ántes estaba en el castillo poca y ruin. Entendióse por uno de estos moros que estándole batiendo llegaron catorce galeras de turcos con socorro, y se tornaron oyendo el ruido de la artillería. Sonó la toma de Castil de Ferro, tanto por el aparejo y la importancia del sitio, por haber sido perdido y recuperado, por ser en ocasion que los enemigos venian á darle socorro, cuanto por la calidad del hecho.

En el mismo tiempo envió D. Juan á D. Antonio de Luna con mil y quinientos infantes de la tierra, las compañías del duque de Sesa y Alcalá, y la caballería de los duques de Medina Sidonia y Arcos, para que asegurase la tierra de Vélez-Málaga contra los que en Frixiliana se habian recogido. Salió de Antequera con esta gente, mas con poco trabajo, escaramuzando á veces, unas con ventaja suya, otras de los moros, comenzó un fuerte en Competa, legua

y media de Frixiliana, lugar que fué donde antiguamente se juntaban de la comarca en una feria, y por esto le llamaban los romanos *Compita*, agora piedras y cimientos viejos, como quedaron muchos en el reino de Granada: otro hizo en el Saliar; y con haber enviado mil hombres á correr el rio de Chillar, y tornando con poca presa y pérdida igual, dejando en los fuertes cada dos compañías, volvió la gente á Antequera, y él á su casa con licencia. Recogióse el Duque con su campo en Adra esperando en qué pararia la plática que se traia con el Habaqui, donde fué proveido de Málaga por Pedro Verdugo bastantemente, y con algun regalo. Pasaban seguras las escoltas de su campo al de D. Juan; pero los soldados, gente libre y disoluta, á quien por entónces la falta de pagar y vitualla habia dado más licencia, y quitado á los ministros el aparejo de castigarlos, estaban con igual descontentamiento en la abundancia que en la hambre; huian como, y por donde, y siempre que podian; de tantas compañías quedaron solos dos mil y quinientos hombres, los más de ellos particulares y caballeros que seguian al Duque por amistad; con ellos mantenia y aseguraba mar y tierra. Tornó el Rey á Córdoba por Jaen y por Úbeda y Baeza, remitiendo la conclusion de las córtes para Madrid, donde llegó.

No era negocio de ménos importancia y peligro lo de la sierra de Ronda, porque estaba cubierto, y los ánimos de los moriscos con la misma indignacion que los de la Alpujarra y rio de Almería y Almanzora: montaña áspera y difícil, de pasos estrechos, rotos en muchas partes, ó atajados con piedras mal puestas, y árboles cortados y atravesados, aparejos de gente prevenida. El consejo más seguro pareció al Rey ántes que se acabasen de declarar, asegurarse, sacándolos fuera de la tierra con sus familias como á los demas. Para esto mandó á D. Juan que enviase á don Antonio de Luna con la gente que le pareciese, y que por halagos y con palabras blandas sin hacerles fuerza ni agra-

vio, ó darles ocasion de tomar las armas, los pusiese en tierra de Castilla adentro, enviando con ellos guarda bastante. Recibida la órden de D. Juan, partió D. Antonio de Antequera á 20 de Mayo de 1570, llevando consigo dos mi y quinientos infantes de guarda de aquella ciudad, y cincuenta caballos. Era toda la gente que D. Antonio sacó de Ronda cuatro mil y quinientos infantes, y ciento y diez caballos. El dia que partió, envió á Pedro Bermudez, á quien el Rey habia enviado á la guardia de aquella ciudad, para que con quinientos infantes en Xubrique, pueblo de importancia y lugar á propósito, estuviese haciendo espaldas á los que habian de sacar los moriscos: juntamente repartió las compañías por otros lugares de la tierra, dándoles órden que en una hora todos á un tiempo comenzasen á sacar los moros de sus casas. Partieron el sol levantado á las ocho horas de la mañana. Mas los moros, que estaban sospechosos y recatados, como descubrieron nuestra gente, subiéronse con sus armas á la montaña, desamparando casas, mujeres, hijos, y ganados: comenzaron á robar los soldados (como es costumbre), cargarse de ropa, hacer esclavos toda manera de gente, hiriendo, matando sin diferencia á quien daba alguna manera de estorbo. Vista por los moros la desórden, bajaban por la sierra, mataban los soldados, que codiciosos y embebidos con el robo desampararon la defensa de sí mismos y de sus banderas: iba esta desórden creciendo con la escuridad de la noche: mas Pedro Bermudez, hombre usado en la guerra, dejando alguna gente en la iglesia de Xubrique á la guarda de las mujeres, niños y viejos, que allí tenía recogidos, escogió fuera del lugar sitio fuerte donde se recogiese: entraron los moros en el lugar, y combatiendo la iglesia sacaron los que en ella estaban encerrados, quemándola con los soldados sin que pudiesen ser socorridos: luégo acometieron á Pedro Bermudez, que perdió cuarenta hombres en el combate, y hubo algunos heridos de una y otra

parte, y con tanto se acogieron los enemigos á la sierra.
Vista por D. Antonio la desórden, y lo poco que se habia hecho, retiró las banderas con hasta mil y docientas personas; pero con muchos esclavos y esclavas, ropa y ganado en poder de los soldados, sin ser parte para estorbarlo: recogióse á Ronda, donde y en la comarca la gente públicamente vendia la presa, como si fuera ganada de enemigos. Deshízose todo aquel pequeño campo, como suelen los hombres que han hecho ganancia, y temen por ello castigo; pues enviando la gente que sacó de Antequera á sus aposentos, y cuasi las mil y docientas personas á Castilla sin hacer más efecto, partió para Sevilla á dar al Rey cuenta del suceso. Cargaban á D. Antonio los de Ronda, y los moros juntamente; los de Ronda, que habiendo de amanecer sobre los lugares, habia sacado la gente á las ocho del dia, y que la habia dividido en muchas partes, que habia dado confusa la órden dejando libertad á los capitanes: los moros, que les habian quebrantado la seguridad y palabra del Rey, que tenian como por religion ó vínculo inviolable; que estando resueltos de obedecer á los mandamientos de su señor natural, les habian por este acatamiento y sacrificio que hacian de sus cásas, mujeres y hijos, y de sí mismos, robado y dejado por hacienda y libertad, las armas que tenian en las manos, y la aspereza y esterilidad de la montaña, donde por salvar las vidas se habian acogido, aparejados á dejarlo todo, si les restituian las mujeres y hijos, y viejos cautivos, y ropa que con mediana diligencia pudiese cobrarse. Habia tantos interesados, que por sólo esto fueron tenidos por enemigos; no embargante que se hallase haberse movido provocados y en defension de sus vidas. Excusábase D. Antonio con haber repartido la gente como convenia por tierra áspera y no conocida; poderse caminar mal de noche, que repartida la gente, á ciegas, deshilada, fácilmente pudiera ser salteada y oprimida de enemigos avisados, pláticos en los

pasos, y cubiertos con la escuridad de la noche; la gente libre, mal mandada, peor disciplinada, que no conoce capitanes ni oficiales, que áun el sonido de la caja no entendian; sin órden, sin señal de guerra, solamente atentos al regalo de sus casas, y al robo de las ajenas: fueron admitidas las razones de D. Antonio por ser caballero de verdad y de crédito, y dada toda la culpa á la desórden de la gente, confirmada ya con muchos sucesos en daño suyo.

Ido D. Antonio, salió la gente de la comarca, cristianos viejos, á robar por los lugares mujeres, niños, ganados; sobras de la de D. Antonio que fué como he dicho creido, por tenerse buen crédito de su persona, y por no tenerse bueno por entónces de los soldados en comun. Mas los enemigos, persuadidos de los que habian huido de la Alpujarra, y libres de todos los embarazos, despojados de lo que se suele querer bien y dar cuidado, comenzaron á hacer la guerra descubiertamente, recoger las mujeres, hijos y vitualla que les habia quedado; fortificarse en Sierra Bermeja y sierra de Istan; tomar la mar á las espaldas para recibir socorro de Berbería, y bajar hasta las puertas de Ronda; desasosegar la tierra, robar ganados, cautivar, matar labradores, no como salteadores, sino como enemigos declarados. Estaba como tengo dicho á la sazon el rey D. Felipe en Sevilla, suplicado por la ciudad que viniese á recibir en ella servicio.

Sevilla es en nuestro tiempo de las célebres, ricas y populosas ciudades del mundo: concurren á ella mercaderes de todo Poniente, especialmente del nuevo mundo que llamamos Indias, con oro, plata, piedras, esmeraldas, poco menores que las que maravillaba la antigüedad en tiempo de los reyes de Egipto: pero en gran abundancia, cueros y azúcar, y la yerba que sucede en lugar de púrpura, ó (por usar del vocablo arábigo y comun) carmesí; cochinilla la llaman los indios, donde ella se cria. Fué Sevilla la segunda escala que pobladores de España hi-

cieron, cuando con el gran rey y capitan Baco (á quien llamaban Libero por otro nombre) vinieron á conquistar el mundo. La ocasion nos convida tratando de tan gran ciudad á declarar nuestra opinion, como en cosa tan dudosa por su antigüedad, acerca de la fundacion de ella, y del nombre de toda España. Dese la autoridad á los escritores, y el crédito á las conjeturas. Marco Varron, autor gravísimo, y diligente en buscar los principios de los pueblos, dice (segun Plinio refiere) que en España vinieron los persas, iberos y fenices, todas naciones de Oriente, con Baco. Por éste se entiende tambien haber sido hecha la empresa de la India, segun los escritos de Nono, poeta griego, que compuso de los hechos de Baco, y llamó Dionysiaca, porque se llamaba, demas del nombre de Baco, y Libero, Dionysio. Dice tambien Salustio en sus historias haber él mismo pasado en Berbería, y dado principio á muchas naciones: con este Baco vinieron capitanes hombres señalados, y mujeres que celebraban su nombre, uno de los cuales se llamó Luso; y una de las mujeres Lyssa, que dice el mismo Marco Varron haber dado el nombre á la parte de Portugal, que antiguamente llamaban Lusitania. Tuvo Baco un lugarteniente que dijeron Pan, hombre áspero y rústico, á quien la antigüedad honró por dios de los pastores, ó quizá eran conformes en el nombre; pero por intervenir en las procesiones ó fiestas de Baco el Pan, se puede creer ser el mismo: este Pan dice Varron que dió nombre á toda España, y lo mismo Appiano Alexandrino en sus historias, en el libro que llaman Español, y en griego Iberice. *Panios* quiere decir cosa de pan; y el *hi*, que tiene delante, dice el artículo, que juntado con el *panios*, dirá la tierra ó provincia de Pan (1): quedó á los españoles el vocablo griego.

---

(1) Sus dudas les quedan á los peritos en el griego, mas no es este el lugar de disputarlas.

ni más ni ménos que los griegos lo pronuncian, ambiciosos de dar nombre en su lengua á las naciones hispánicas; y pronunciámoslo nosotros España: de aquí vino á decirse que Hispan, ó el Pan que los griegos llaman lugarteniente, fué sobrino de Hércules, y que dió el nombre á España. Lo cierto es que Baco dejó por aquella comarca lugares del nombre de los que le seguian; y que dos veces vino el que llamaron Hércules, ó fuesen dos Hércules en aquella parte de España. El nombre pudo venir á Sevilla de haber sido poblada, cuando la segunda vez Hércules, ó fuese Baco, ó fuese Hércules tebano, vino en España; y si así fué, presupuesto que en la lengua griega *palin* quiere decir otra vez, y *hi*, la; el nombre de Hispalis querrá decir la de otra vez, porque los griegos son fáciles en acabar en la letra s. Demas del concurso de mercaderes y extranjeros, moran en Sevilla tantos señores y caballeros principales, como suele haber en un gran reino; entre ellos hay dos casas, ambas venidas del reino de Leon, ambas de grande autoridad y grande nobleza, y en que unos ó otros tiempos no faltaron grandes capitanes: una la casa de Guzman, duques de Medina Sidonia, que en tiempo antiguo fué poblacion de los de Tiro, poco despues de poblada Cádiz, destruida por los griegos y gente de la tierra, y restaurada por los moros segun el nombre lo muestra; porque en su lengua *medina* quiere decir lo que en la nuestra, puebla, como si dijésemos, la Puebla de Sidonia: este linaje moró gran tiempo en las montañas de Leon, y vinieron con el rey D. Alonso el sexto á la conquista de Toledo, y de allí con el rey D. Fernando el tercero á la de Sevilla, dejando un lugar de su nombre, de donde tomaron el nombre con otros treinta y ocho lugares de que entónces eran ya señores. El fundador de la casa fué el que, guardando á Tarifa, echó el cuchillo con que degollaron á su hijo que tenía por hostaje, por no rendir él la tierra á los moros. La otra casa es de los Ponces de Leon, descen-

dientes del conde Hernan Ponce, que murió en el Portillo de Leon, cuando Almanzor, rey de Córdoba, la tomó: dicen traer su orígen de los romanos que poblaron á Leon, y su nombre de la misma ciudad; duques en otro tiempo de Cádiz hasta el que escaló á Alhama y dió principio á la guerra de Granada, y despues que sus nietos fueron en tutorías despojados del estado por los reyes D. Fernando y doña Isabel, se llamaron duques de Arcos, que los antiguos españoles decian Arcobrica, poblacion de las primeras de España, ántes que viniesen los de Tiro á poblar Cádiz. Los señores de aquestas dos casas siempre fueron émulos en aquella ciudad, y áun cabezas á quien se arrimaban otras muchas de la Andalucía: de la de Medina era señor D. Alonso de Guzman, mozo de grandes esperanzas; de la de Arcos D. Luis Ponce de Leon, hombre que en la empresa de Durlan habia seguido sin sueldo las banderas del rey D. Felipe, inclinado y atento á la arte de la guerra: á estos dos grandes encomendó el Rey el sosiego y pacificacion de la sierra de Ronda, por tener á ella vecinos sus estados. Grandes llaman en España los señores á quien el Rey manda cubrir la cabeza, sentar en actos y lugares públicos, y la Reina se levanta del estrado á recibir á ellos y á sus mujeres, y les manda dar por honra cojin en que se sienten, ceremonias que van y vienen con los tiempos y voluntades de los príncipes; pero firmes en España en solas doce casas (1), entre las cuales estas dos son y fueron de grande autoridad. Despues que creció el favor y la riqueza, por merced de los reyes han acrecentádose muchas. Dió poder el Rey á estos dos príncipes, para que en su nombre concertasen y recogiesen los moriscos, y les volviesen las mujeres, hijos y muebles, y los enviasen por

(1) Ojalá nombrara los doce grandes de España firmes como nombró solos estos dos; porque han crecido ya tanto los que dice haberse acrecentado con el favor y la riqueza, que apénas los distinguimos de aquellos originarios.

España la tierra adentro; pues no habian sido partícipes en la rebelion, y lo sucedido habia sido más por culpa de ministros que por la suya. Tenía el duque de Arcos una parte de su estado en la serranía de Ronda, que hubo su casa por desigual recompensa de Cádiz, en tiempo de tutorías; parecióle por aprovechar llegarse á Casares, lugar suyo, y dende más cerca tratar con los moros: envió una lengua que fué y volvió no sin peligro; lo que trajo es, que á ellos les pesaba de lo acontecido; que por personas suyas vendrian á tratar con el Duque, donde y como él mandase, y se reducirian y harian lo que se les ordenase con ciertas condiciones. Esto afirmaron en nombre de todos el Alarabique y el Ataifar, hombres de gran autoridad y por quien ellos se gobernaban: bajó el Alarabique y el Ataifar á una ermita fuera de Casares, y con ellos una persona en nombre de cada pueblo de los levantados. Mas el Duque, por escandalizarlos ménos, y mostrar confianza, vino con pocos: osadía de que suelen suceder inconvenientes á las personas de tanta calidad. Hablóles, persuadióles con eficacia, y ellos respondieron lo mismo, dando firmados sus capítulos; y con decir que daria aviso al Rey, se partió de ellos; mas ántes que la respuesta del Rey volviese, le vino mandamiento, que juntando la gente de las ciudades de la Andalucía vecinas á Ronda, estuviese á punto para hacer la guerra, en caso que los moros no se quisiesen reducir: mandó apercebir la gente de la Andalucía y de los señores de ella, de á pié y de á caballo, con vitualla para quince dias, que era lo que parecia que bastase para dar fin á esta guerra: en el entretanto que la gente se juntaba, le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calalui en Sierra Bermeja (1), que los moros llaman Gebalhamar, á donde en tiempos pasados se perdieron D. Alonso de Aguilar y el conde de Ureña; D. Alonso señalado capitan, y ambos grandes prín-

(1) Calaluz le llama Zurita, pág. 5, lib. IV, cap. 32.

cipes entre los andaluces: el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre; y D. Alonso bisabuelo de su mujer. Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña; provision necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra, y poca certeza de la fortuna. Comenzaron á subir la sierra, donde se decia que los cuerpos habian quedado sin sepultura: triste y aborrecible vista y memoria: habia entre los que miraban nietos y descendientes de los muertos, ó personas que por oidas conocian, y los lugares desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitan por la escuridad de la noche, lugar harto extendido y sin más fortificacion que la natural, entre el pié de la montaña y el alojamiento de los moros; blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, segun, cómo y donde habian parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces: vieron más adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecian pocas, y bajas, y aportilladas: iban señalando los pláticos de la tierra dónde habian caido oficiales, capitanes, y gente particular: referian cómo y dónde se salvaron los que quedaron vivos, y entre ellos el conde de Ureña, y D. Pedro de Aguilar, hijo mayor de D. Alonso: en qué lugar y dónde se retrajo don Alonso y se defendia entre dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y despues en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: *yo soy D. Alonso;* las que el Ferí le respondió cuando le heria: *tú eres D. Alonso*, *mas yo soy el Ferí de Benastepar*, y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió D. Alonso, como las que recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desagradecida, sino en las lágrimas. Mandó el General hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó

por extraños; y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

Vista la importancia del lugar, si los enemigos le ocupasen, envió dende á poco el Duque una bandera de infantería que entrase en el fuerte y lo guardase. Vino en este tiempo resolucion del Rey que concedia á los moros cuasi todo lo que le pedian que tocaba al provecho de ellos, y comenzaron algunos á reducirse; pero con pocas armas, diciendo que los que en su campo quedaban no se las dejaban traer. Habia entre los moros uno llamado el Melqui, hombre atrevido y escandaloso, imputado de heregía, y suelto de las cárceles de la Inquisicion, ido y vuelto á Tituan: éste, ó que le parecia que perdia el crédito de hasta entónces, ó que fuese obligado al príncipe de Tituan, juntó el pueblo, que ya estaba resoluto á reducirse, disuadiéndole, y afirmando lo que con ellos trataba el Alarabique ser engaño y falsedad, haber recibido del Duque nueve mil ducados, vendido por precio su tierra, su casta, y los hijos, mujeres y personas de su ley: venidas las galeras á Gibraltar, la gente levantada, las cuerdas en las manos á punto, con que los principales habian de ser ahorcados: y el pueblo atado y puesto perpétuamente al remo, para sufrir hambre, frio y azotes, y seguir forzados la voluntad de sus enemigos, sin esperanza de otra libertad sino la muerte. Tuvieron estas palabras y la persona tanta fuerza, que se persuadió el pueblo ignorante, y tomando las armas hicieron pedazos al Alarabique, y á otro compañero suyo berberí, que era de la misma opinion: con esto mudaron de propósito, y quedaron más rebeldes que estaban; algunos que quisieran reducirse, estorbados por el Melqui con guardas, y espantados con amenazas, dejaron de hacello: los de Benahabiz, lugar de importancia en aquella montaña, enviaron por el perdon del Rey con propósito de reducirse; llevólo un moro llamado el Barcoqui, juntamente con carta del Duque para Marbella, y los que guar-

daban el fuerte de Montemayor, que tuviesen cuenta con él y sus compañeros, acompañándolos hasta dejarlos en lugar seguro: mas la gente ó por codicia de algo (si lo llevaban), ó por estorbar la reduccion, con que cesaria la guerra, hiciéronlo tan al contrario, que mataron al Barcoqui: esta desórden mudó á los de Benahabiz, y confirmó la razon del Melqui de manera, que no fué parte el castigo que el Duque hizo de ahorcar y echar en galeras los culpados, para estorbar el motin general. Apercebida la gente, vino el Duque á Ronda, donde hizo su masa, y salió con cuatro mil infantes y ciento y cincuenta caballos, á ponerse algo más camino que dos leguas de la sierra de Istan, donde los enemigos le esperaban fortificados; lugar asperísimo y dificultoso de subir, las espaldas á la mar; dejando en Ronda á Lope Zapata, hijo de D. Luis Ponce, para que en su nombre recogiese y encaminase los moros que viniesen á reducirse: vinieron pocos ó ningunos, escandalizados del caso del Barcoqui, y espantados, porque en Ronda y en Marbella el pueblo habia rompido la salvaguardia del Duque y fe del Rey, matando cuasi cien moros al salir de los lugares. No le pareció al Duque detenerse á hacer el castigo; pero envió por juez al Rey, que castigó los culpados como convenia; y él caminó á la Fuenfría, donde se encendió fuego en el campo, que puso en cuidado, ó fuese echado por los enemigos, ó por descuido de alguno: el autor y el fuego cesó por industria y diligencia del Duque.

El dia siguiente con mil infantes y alguna caballería reconoció el fuerte de los enemigos desde la sierra de Arboto puesta enfrente de él, juntamente con el alojamiento y lugar de la agua: y aunque se mostraron los enemigos algo más abajo fuera de su fuerte, no fueron acometidos; ansí por ser cerca de la noche, como por esperar á Arévalo de Suazo con la gente de Málaga. Entre tanto puso su guardia en la sierra de Arboto con harta contradiccion

de los enemigos; porque juntamente acometieron el alojamiento del Duque, y trabaron una escaramuza tan larga que duró tres horas, no muy apriesa, pero bien extendida: eran ochocientos hombres arcabuceros y ballesteros, y algunos con armas enastadas: mas visto que con dos banderas de arcabuceros les tomarian la cumbre, se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros, y alguno de los suyos. Reforzóse la guardia de aquel sitio, por ser de importancia, con otras dos banderas; y era ya llegado Arévalo de Suazo con dos mil infantes de Málaga y cien caballos, con que se tomó resolucion de combatir los enemigos en su fuerte al otro dia: á la parte del Norte que la subida era más difícil, envió el duque á Pedro Bermudez con ciento y cincuenta infantes, que tomase las dos cumbres què suben al fuerte, con dos banderas de arcabuceros, haciéndoles espaldas con el rostro á la mano derecha Pedro de Mendoza con otra tanta gente y la mesma órden, dejando entre sí y Pedro Bermudez una parte de la montaña que los moros habian quemado, porque las piedras que desde arriba se tirasen corriesen por más descubierto, y con ménos estorbo. Arévalo de Suazo con la gente de su cargo se seguia á la mano derecha, y con dos banderas de arcabucería delante: más á mano derecha de Arévalo de Suazo, Luis Ponce de Leon con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino ménos embarazado que los otros. El Duque escogió para sí, con el artillería y caballería y mil quinientos infantes, el lugar entre Pedro de Mendoza y Arévalo de Suazo, como más desembarazado, así más descubierto: mandó á Pedro de Mendoza con mil infantes y algun número de gastadores, que fuese adelante aderezando los pasos para la caballería, y que todos al pasar se cubriesen con la falda de la montaña y quebrada hácia el arroyo, que á un tiempo comenzasen á subir igualmente y á pequeño paso, guardando el aliento para su tiempo: quedaba con esta órden la montaña cercada, sino

por la parte de Istan, que no podia con la aspereza recibir gente. Víanse unos á otros, y todos se podian cuasi dar las manos: quedó resoluto combatir los enemigos otro dia á la mañana. Mas los moros, viendo que Pedro de Mendoza estaba más desviado, y en parte donde no podia con tanta diligencia ser socorrido, acometiéronle al caer de la tarde con poca gente y desmandada, trabando una escaramuza de tiros perdidos. Pedro de Mendoza, confiado de sí mismo, soldado de no mucho tiempo y no tanta experiencia, pudiendo guardar la órden y contentarse con estar quedo y sin peligro, saltó á la escaramuza con demasiado calor. Deshízose la gente por la montaña arriba sin órden, sin guardar unos á otros: y los moros unas veces retirándose, otras reparándose, parecian ir cerrando á los nuestros: visto el peligro, y no pudiéndolo ya estorbar Pedro de Mendoza (ó fuese recelo ó desconfianza de su poca autoridad con la gente, aunque la habia tenido para meterla delante) envió á avisar al Duque, pero á tiempo que puesto que hubiese enviado á retirarla tres capitanes, fué necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar: el Duque con los que con él se hallaban y los que pudo retirar, atravesó donde estaban los que subian, y valió tanto su autoridad, que la gente desmandada se detuvo, y los moros, que ya habian comenzado á desemboscarse y se mostraban á los enemigos, vista la determinacion del Duque se recogieron á su fuerte, en ocasion de que estaba cerca la noche, y la gente de Pedro de Mendoza cansada y desordenada, y se temian de algun desastre, especialmente los que traian á la memoria el acontecimiento de D. Alonso de Aguilar por los mismos términos.

Hallóse el Duque tan adelante, que vistas las celadas descubiertas y los moros puestos en órden de cargar á la gente que subia, y que era imposible retirallos todos, quiso aprovecharse de la desórden; y con la gente que traia consigo y la que habia recogido, todo á un tiempo

acometió á los enemigos, y pegóse con el fuerte de manera, que fué de los primeros al entrar. Mas los moros, que no osaron esperar el ímpetu de los nuestros, se descolgaron por lugares de la montaña, que era luenga y continuada; y de allí se repartieron, unos á Rioverde, otros á la vuelta de Istan, otros á la de Monda, y otros á la de Sierra Blanquilla; dejando de sus mujeres y hijos como cuatrocientas personas: embarazo de guerra, y gente inútil que les comian los bastimentos, quedando más ahorrados para hacer la guerra por aquellas montañas: todavía envió á seguir el alcance con poco fruto, por ser la noche y tierra tan cerrada; él pasó en el fuerte de los enemigos sin ropa ni vitualla; y visto que todos se habian esparcido, y que la montaña quedaba desamparada, dejó el fuerte; y dando licencia á la gente de Málaga con órden de correr la tierra á una y otra parte, pasó con la resta de su campo á Istan, y envió cuatro compañías sin banderas: el efecto que hicieron las tres, fué quemar dos barcas grandes que tenian fabricadas para pasar á Tituan: la cuarta, con su capitan Morillo, á quien el Duque mandó que corriese Rioverde, no guardando la órden, dió en los enemigos no léjos de Monda, en un cerro que los de la tierra llaman Alborno, á vista de Istan; y seguido, y rota la gente, se retiró: era el lugar tan cerca del campo, que se oyeron los golpes de arcabuces, y con sospecha de lo que podia ser, se ordenó al capitan Pedro de Mendoza socorriese y recogiese la gente. Mas llegando á vista de los enemigos, contentóse con sólo recoger algunos que huian, y estuvo sin pasar adelante, ó fuese temiendo alguna emboscada (aunque el lugar era gran trecho descubierto), ó arrepentido de la demasiada diligencia del dia ántes en la sierra de Istan: murió la mayor parte de la compañía y su capitan peleando. El mismo dia, los moros que andaban repartidos encontraron con el alcaide de Ronda, y capitan Ascanio, que con ciento y cincuenta soldados y otra gente

habia salido sin órden y sabiduría del Duque, como hombres que no estaban á su cargo, y matáronlos con la mayor parte de la compañía: el mismo acometimiento hicieron contra un correo, que partió del campo para Granada con escolta de cien soldados, aunque con pérdida de algunos se recogió en Monda. Entendiendo, pues, el Duque que por la sierra andaba cuantidad de moros, envió órden á Arévalo de Suazo que con la gente de Málaga tornase á Monda; y á D. Sancho de Leiva, general de las galeras de España, que enviase ochocientos infantes de la gente que andaba á su cargo; y á Pedro Bermudez que viniese con la de Ronda, y él con la que habia quedado se vino á esperarlos á Monda: de donde junta la gente partió ahorrado sin estorbos la vuelta de Hojen, y allí le encontró D. Alonso de Leiva, hijo de D. Sancho, con ochocientos soldados de Galera. Entendíase que los moros esperaban á una legua, y con este presupuesto ordenó el Duque á Pedro Bermudez que con mil arcabuceros de los de su cargo tomase la mano izquierda, y á D. Alonso con la gente que habia tenido fuese derecho á Hojen por un monte que dicen el Negral; él con lo demas del campo siguió derecho el Corvachin, tierra de grande aspereza: con esta órden se llegó á un tiempo al lugar donde los enemigos habian estado, y de allí bajando hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar otra cosa sino rastros de gente y sobras de comida (porque los moros recelándose que serian descubiertos se habian esparcido, como es su costumbre, y extendido por todas las montañas), dió el Duque licencia á D. Alonso que tornase á embarcarse; y á Arévalo de Suazo á Málaga, corriendo primero la tierra: él volvió á Monda y de allí á Marbella. Este lugar es el que los antiguos llaman Barbesola: mas el que agora llamamos Monda, pienso que fué poblado de los habitadores de Monda la vieja, tres leguas más acá, donde parecen señas y muestras más claras de haber sido la antigua Monda, siguiendo los moros que con-

quistaron á España su antigua costumbre de pasar los moradores de unos lugares á otros con el nombre del lugar que dejaban: en Ronda y otras partes se ven estatuas y letreros traidos de Monda la vieja; y en torno de ella, la campaña, atolladeros y pantanos en el arroyo de que Hirtio hace memoria en sus historias.

Habia ya cumplido la gente de las ciudades y señores el tiempo que eran obligados á servir por el llamamiento, y las aguas hartado la tierra para sembrar: faltaba el provecho de la guerra, por la diligencia que los moros ponian en las guardas por todo, en alzar y esconder la ropa, mujeres y niños, en esparcirse pocos á pocos en las montañas, y gran parte de ellos pasar á Berbería, donde con cualquier aparejo tenian la traviesa corta y más segura, no podian ser seguidos con ejército formado, y el que habia se iba poco á poco deshaciendo: pareció consejo de necesidad enviar la gente á sus casas, y el Duque volver á Ronda, guarnecer los lugares de donde con mayor facilidad los enemigos pudiesen ser perseguidos y echados de la tierra, y andar tras de ellos en cuadrillas, sin dejarlos reformar en alguna parte: mas detuvo la gente de su estado ya diestros y ejercitados, que servian á su costa, sin sueldo ni raciones; dejó gente en Hojen, Istan, Monda, Tollox, Guaro, Cartagima, Xubrique, y en Ronda, cabeza de toda la sierra. Habia ya el Rey avisado al Duque como se determinaba á un tiempo sacar los moros de Granada á poblar Castilla, y que estuviese apercebido para cuando le llegase la órden de D. Juan de Austria. Cuando esto pasaba, llegaron las cartas de D. Juan en que decia como la salida de los moros de todo el reino sería el postrero dia de Octubre; encomendábale el secreto hasta el dia que el bando se publicase; apercebíale para la ejecucion en tierra de Ronda; enviábale la patente en blanco para que el Duque hinchiese la persona que le pareciese más á propósito

Echando el bando, mandó recoger en el castillo de Ronda los moros de paces con su ropa, hijos y mujeres, y en la patente hinchió el nombre de Flores de Benavides, corregidor de Gibraltar, ordenándole con seiscientos hombres de guarda llevar cuasi mil y docientas personas que serian los reducidos, hasta dejallos en Illora, para que juntos fuesen á Castilla con otros de la vega de Granada. Era ya entrado el mes de Noviembre, con el frio y las aguas en mayor cuantidad; los enemigos creyendo que por ir los rios mayores, y las avenidas en las montañas dificultar más los pasos, ellos podian extenderse por la tierra, y nuestra gente ocupada en labrar la suya, se juntaban con dificultad: en todas partes y á todas horas desasosegaban la tierra de Ronda y Marbella, cautivando labradores, llevando ganados, y salteando caminos hasta cuasi las puertas de Ronda: acogíanse en las vertientes de Rioverde, á quien los antiguos llamaban Barbesola, del nombre de la ciudad que agora llamamos Marbella: y de allí en las cumbres y contorno de Sierra Blanquilla. El Duque, por el menudear de los avisos, y por excusar los daños, que aunque no fuesen señalados eran contínuos; por castigar los enemigos que habian en Rioverde y en la sierra del Alborno muerto nuestra gente; porque de la Alpujarra por una parte, y por otra con la vecindad de Berbería, no se criase en aquella montaña nido; determinó rematar la empresa, combatir los enemigos, y desarraigallos ó acaballos del todo; salió de Ronda con mil y quinientos arcabuceros de la guardia de ella, y gente de señores, y mil de sus vasallos, y con la caballería que pudo juntar improvisamente: mas ántes que llegase, entendió por avisos de espías, y algunos que se pasaron de los enemigos, que el número poco más ó ménos era de tres mil; los dos mil de ellos arcabuceros gobernados por el Melqui, hombre entre ellos diligente, animoso y ofendido, ido y venido á Tituan; que tenian atajados los pasos con gran-

des piedras, árboles atravesados; que estaban resolutos de morir defendiendo la sierra: ordenó á Pedro de Mendoza que con seiscientos arcabuceros caminase derecho á la boca de Rioverde, por el pié de la sierra; y á Lope Zapata, con otros seiscientos á Gaimon, á la parte de las viñas de Monda: iban estos dos capitanes el uno del otro media legua, y entre ambos iba el Duque con el resto de la infantería y caballería; ordenó á Pedro Bermudez, y á Cárlos de Villegas que estaba á la guarda de Istan, y Hojen, con dos compañías y cincuenta caballos, que se saliesen á un mismo tiempo y con docientos arcabuceros tomasen lo alto de la sierra, y las espaldas de los enemigos; que Arévalo de Suazo partiese de Málaga, y con mil y docientos soldados y cincuenta caballos acudiese á la parte de Monda. Todos á un tiempo partieron á la noche para hallarse á la mañana con los enemigos; mas ellos avisados por un golpe de arcabuz que habian oido entre la gente de Setenil, mudáronse del lugar, mejorándose á la parte de Pedro de Mendoza que era el postrero, por tener la salida más abierta: comenzó á subir el Duque, y Pedro de Mendoza que estaba más cerca á pelear con igualdad, y ellos á mejor^rse. El Duque, aunque algo apartado, oyendo los golpes de arcabuz, y visto que se peleaba por aquella parte de Pedro de Mendoza, se mejoró; y por la ladera descubriendo la escaramuza, con la caballería y con lo que pudo de arcabucería acometió los enemigos, llevando cerca de sí á su hijo, mozo cuasi de trece años, D. Luis Ponce de Leon, cosa usada en otra edad en aquella casa de los Ponces de Leon criarse los muchachos peleando con los moros, y tener á sus padres por maestros: porfiaron algun tanto los enemigos; mas no pudiendo resistir, tomaron lo alto de la sierra, y de allí se repartieron á unas y otras partes. Murieron más de cien hombres y entre ellos el Melqui, su capitan, y si Pedro Bermudez, y Villegas salieran á la hora que se les ordenó, hiciérase mayor efecto. Habido este buen suceso, re-

partió el Duque la gente que pudo por cuadrillas para seguir el alcance; cautivaron á las mujeres, y niños, y ropa que les habia quedado; mataron en este seguimiento otros ochenta. Quedaron los moros tan escarmentados, que ni por engaño ni por fuerza los pudieron hallar juntos en parte de la montaña, y buscaron tambien la sierra que llaman de Daidin, y el mismo Duque repartió el campo en cuadrillas, pero tampoco se hallaron personas juntas: con esto, él se tornó á Ronda, y aquella guerra quedó acabada, la tierra libre de los enemigos, parte muertos, y parte esparcidos, ó idos á Berbería.

He querido tratar tan particularmente de esta guerra de Ronda, lo uno porque fué vária en su manera, y hecha con gran sufrimiento del capitan general, y con gente concejil, sin la que los señores enviaron, y la mayor parte del mismo duque de Arcos: y aunque en ella no hubo grandes rencuentros, ni pueblos tomados por fuerza, no se trató con ménos cuidado y determinacion que las de otras partes de este reino; ni hubo ménos desórdenes que corregir cuando el Duque la tomó á su cargo: guerra comenzada, y suspendida por falta de gente, de dineros, de vitualla, tornada á restaurar sin lo uno y sin lo otro; pero sola ella acabada del todo, y fuera de pretensiones, emulaciones, ó envidias. Lo otro por haberse en tiempos antiguos recogido en aquellas partes las fuerzas del mundo, y competido César, y los hijos de Pompeyo, cabezas de él, sobre cuál quedaria con el señorío de todo, hasta que la fortuna determinó por César, dos leguas de donde está agora Ronda, y tres de la que llamamos Monda, en la gran batalla cerca de Monda la vieja, donde hoy dia, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos, de armas, y caballos; y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones; óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español á semejantes apariencias ó fantasmas, que el vaho de la tierra cuando

el sol sale ó se pone forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en várias figuras y semejanzas.

Estaba D. Juan en Granada con el Duque (1) y el Comendador mayor, acudiendo á lo que se ofrecia; y por dar remate á cosas, y fin de los enemigos que quedaban, ordenó que el Comendador mayor con la gente que se pudo juntar, parte de la propia ciudad, y parte de los que se habian venido de su campo y del campo del Duque, que por todos serian siete mil personas, llevase delante, y ante todas las cosas, bastimento y municion que bastase para dos meses, y que esto se guardase en Órgiva; y con esta prevencion partió el campo la vuelta de la Alpujarra. Llegados á Lanjaron, por mandado del general se dió un rebato falso, porque la gente no estuviese descuidada; otro dia llegaron á Órgiva, y en ella reposó el campo tres dias, tomando la órden que se habia de tener para hallar los enemigos, porque andaban esparcidos por la tierra. El cuarto dia salió la gente hechas dos mangas de á mil hombres cada una, con órden que la una de la otra fuese desviada cuatro leguas, guiando la una á la mano derecha y la otra á la siniestra, y el resto del campo por medio: de esta suerte corrieron la tierra hasta llegar á Pitres de Ferreira, y dejando allí presidio de quinientos hombres, pasaron adelante hasta Portugos, y allí dejaron cien hombres, y en Cadiar trecientos con el capitan Berrio. Aquí tuvo nuevas el Comendador mayor que los moros se habian retirado al Cehel, costa de la mar, por ser tierra áspera y de muchos jarales: mandó á D. Miguel de Moncada que con mil y docientos hombres corriese aquella tierra; halló parte de ellos, y matando siete moros, cautivó docientas personas entre moras y muchachos, y ropa y

(1) Este Duque es necesariamente el de Sesa, porque el de Arcos no se vió con D. Juan.

despojos: perdió sólo un soldado, que engañado de una mora le hizo entender que en una choza tenía mucha riqueza, y al entrar en ella le dió con una almarada por debajo del brazo, y lo mató. Volvió D. Miguel con la cabalgada á Cadiar donde quedó el campo; de aquí envió el Comendador mayor mil hombres á Uxixar de la Alpujarra, para que en ella hiciesen presidio, y dejando en él trecientos soldados fuesen á Donduron, y dejasen allí una compañía de cien hombres con su capitan, y en Ayator otros ciento, y en Berja otros ciento, con órden que todos corriesen la tierra cada dia, dejando guarda en los presidios. Mandó á D. Lope de Figueroa que con mil y quinientos infantes y algunos caballos corriese el rio de Almería y toda aquella sierra, con el Bolodui y tierra de Guenexa, y que juntando consigo la gente que salia de Almería, corriese la tierra de Xeréz á Fiñana, y rio de Almanzora: volvieron sin hallar moro ni mora, y con esto el Comendador mayor se volvió á Granada, dejando presidio en las Guajaras altas y bajas, y en Vélez de Benaudalla, y en todos los presidios bastimento y municion para algunos dias.

Luégo que llegó á Granada, proveyó D. Juan otros capitanes de cuadrillas, que fueron Juan Carrillo Paniagua, Camacho, Reinaldos, y otros; y hecho esto, D. Juan con el Duque y el Comendador mayor se partió á Madrid, y de allí á la armada de la liga, dejando á D. Pedro de Deza, presidente de Granada, con título de capitan general, y en Almería por general de la infantería á D. Francisco de Córdoba, descendiente de aquella cama de Leones del conde D. Martin. Corrian la tierra á menudo las cuadrillas, metian en Granada moros y moras, y no habia semana que no hubiese cabalgada. Al entrar en la puerta de las Manos, hacian salva subiendo por el Zacarin arriba hasta llegar á la chancillería; daban noticia al Presidente para que viese lo que traian, y entregaban los moros en la cárcel, y de cada uno les daban veinte ducados, como está dicho: ate-

naceaban y ahorcaban los capitanes y moros señalados, y los demas llevaban á galeras, que sirviesen al remo esclavos del Rey.

Entre estos trujeron un moro natural de Granada llamado Farax; éste, como supiese la voluntad de Gonzalo el Xeniz, alcaide sobre los alcaides, y de sus sobrinos Alonso y Andrés el Xeniz, y otros muchos, que era de entregarse y reducirse, si se les concediese perdon, llamó á Francisco Barredo, dándole parte de la voluntad y propósito que muchos moros tenian, y áun de matar á su rey si no se quisiese reducir con ellos; para lo cual convenia que procurase verse con Gonzalo el Xeniz, que era uno de los que más lo deseaban: sabido esto, Francisco Barredo se fué á las Alpujarras, y en llegando al presidio de Cadiar (1), sacó de una bóveda del castillo un moro que tenian preso, y le dió una carta para Gonzalo el Xeniz, en que le hacía saber la causa de su venida; que viese la órden que habia de tener para verse con él: recibida la carta, respondió que otro dia al amanecer se viniese á un cerro media legua de Cadiar, y que adonde viese una cruz en lo alto le aguardase soltando la escopeta tres veces por contraseña: fué, y hecha la seña, llegó el Xeniz, sus sobrinos y otros moros, mostrando mucha alegría de velle: lo que trataron fué, que si le traia perdon del Rey para él, y los que se quisiesen reducir, que les entregaria á Abenabó su rey, muerto ó vivo: con esto se despidió, prometiéndoles de hacello y ponello por obra, y avisallos de la voluntad del Rey: vino á Granada Francisco Barredo, dió cuenta al Presidente de lo que habia pasado con Gonzalo el Xeniz, y lo que le habia prometido: dió el Presidente aviso al Rey: que visto lo que prometia el Xeniz, le concedió perdon á él y á todos los que con él viniesen: vino la cédula real al Presidente, que visto que no habia quien

(1) Zatabarile llama Mármol.

con véras lo pudiese hacer, hizo llamar á Barredo; y entregándole la cédula, le pidió con las véras y recato que en tal negocio convenia lo hiciese.

Recibida la cédula, se partió, y llegó á Cadiar con el moro que ántes habia llevado la carta: avisóle como tenía lo que pedia, que se viese con él en el sitio y lugar que ántes se habian visto: llegado el Xeniz, y vista la cédula y perdon, la besó y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venian: y despidiéndose de él, fueron á poner en ejecucion lo concertado. Francisco Barredo se volvió al castillo de Verchul, porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase; Gonzalo el Xeniz y los demas acordaron, para hacello á su salvo, que sería bien que uno de ellos fuese á Abdalá Abenabó, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las cuevas de Verchul, porque tenía que platicar con él cosas que convenian á todos. Sabido por Abenabó, vino aquella noche á las cuevas solo con un moro de quien se fiaba más que de ninguno; y ántes que llegase á las cuevas despidió veinte tiradòres que de ordinario le acompañaban, todo á fin de que no supiesen adonde tenía la noche: saludóle Gonzalo el Xeniz diciéndole: «*Abdalá Abenabó, lo que te quiero decir es, que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos, como de viudas y huérfanos; y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del Rey, serian muertos y destruidos; y haciéndolo, quedarian libres de tan gran miseria.*» Cuando Abenabó oyó las palabras del Xeniz, dió un grito que pareció se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo: «*¡Cómo, Xeniz! ¿Para esto me llamabas? ¿Tal traicion me tenías guardada en tu pecho? No me hables más, ni te vea yo,*» y diciendo esto, se fué para la boca de la cueva: mas un moro que se decia Cubayas le asió los brazos por detras, y uno de los sobrinos del Xeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza y le aturdió; y el Xeniz le dió

con una losa y le acabó de matar: tomaron el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Verchul, adonde hallaron á Francisco Barredo y á su hermano Andrés Barredo: allí le abrieron y sacaron las tripas, hinchiendo el cuerpo de paja. Hecho esto, Francisco Barredo requirió á los soldados del presidio y á su capitan, que le diese ayuda y favor para llevarle á Granada: visto el requerimiento le acompañaron, y en el camino encontraron con docientos y cincuenta moros de paz, que sabida la muerte de Abenabó, y el nuevo perdon que el Rey daba, llegaron á reducirse. Vinieron á Armilla, lugar de la vega, y allí le pusieron caballero en un macho de albarda, y una tabla en las espaldas, que sustentaba el cuerpo, que todos le viesen; los moros de paz iban delante, y los soldados y Francisco Barredo detras. Llegados á Granada, al entrar en la plaza de Bibarrambla, hicieron salva; lo propio en llegando á la chancillería; allí á la vista del Presidente le cortaron la cabeza, y el cuerpo entregaron á los muchachos, que despues de habello arrastrado por la ciudad, lo quemaron: la cabeza pusieron encima de la puerta de la ciudad, la que dicen puerta del Rastro, colgada de una escarpia á la parte de dentro, y encima una jaula de palo, y un título en ella que decia:

ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIDOR DE ABENABÓ.
NADIE LA QUITE
SO PENA DE MUERTE.

Tal fin hizo este moro, á quien ellos tuvieron por rey despues de Aben Humeya: los moros que quedaban, unos se dieron de paz, y otros se pasaron á Berbería; y á los demas las cuadrillas, y la frialdad de la sierra y el mal pasar los acabó; y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida: vino gente de

toda España á poblarla, y dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagan cada un año: á Francisco Barredo le hizo el Rey merced de seis mil ducados, y que éstos se los diesen en bienes raíces de los moriscos, y una casa en la calle de la Águila, que era de un Mudéjar echado del reino: despues pasó en Berbería algunas veces á rescatar cautivos, y en un convite le mataron.

VII.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES

PRÓLOGO.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oidas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto los deleite; y á este propósito dice Plinio, que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente, que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestable no fuese, sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algun fruto; porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, si hay de qué, se las alaben; y á este propósito dice Tulio: «La honra cria las artes. ¿Quién piensa que el soldado, que es primero del escala, tiene

más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro, y así en las artes y letras es lo mismo.» Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando lo dicen: ¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia! Justó muy ruinmente el señor don Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va desta manera: que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, desta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe; pues fortuna fué con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

LAZARILLO DE TORMES.

TRATADO PRIMERO.

Cuenta Lázaro su vida, y cúyo hijo fué.—Asiento de Lázaro con un ciego.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que á mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antoña Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nascimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué desta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenía á cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí; de manera, que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por lo cual fué preso, y confesó, y no negó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que está en la gloria; pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á

la sazon estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allí fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno dellos, y vínose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. De manera, que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Éste algunas veces se venía á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de dia llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas desque vi que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traia pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, á que nos calentábamos. De manera, que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme dél un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á acallar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veia á mi madre y á mí blancos, y á él no, huia dél con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: «Mamá, coco.» Y él respondió riendo: «Oh hideputa ruin.» Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven á sí mesmos.

Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde, que así se llamaba, llegó á oidos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles y las mantas, y las sábanas de los caballos hacía perdidas, y cuando otra cosa no podia, las bestias desherraba, y con todo esto acudia á mi madre para criar

á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo, ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres, y el otro de casa para sus devotas, y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto; y probósele cuanto digo, y áun más, porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia, y descubria cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el meson de la Solana; y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar. Ya yo era buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demas que mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre; el cual por ensalzar la fe habia muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien, y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haria, y que me recibia no por mozo, sino por hijo. Y así, le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo: como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion y dijo: «Hijo, ya sé que no te veré más; procura de ser bueno, y Dios te guie; criado te he, y con buen amo te he puesto, válete para tí;» y así me fuí para mi amo, que esperándome

estaba. Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal y allí puesto, me dijo: «Lázaro, llega el oido á este toro, y oirás gran ruido dentro dél.» Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres dias me duró el dolor de la cornada, y díjome: «Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo,» y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba, y dije entre mí: Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo, y pensar cómo me sepa valer.

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró jeringonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decia: «Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré;» y fué así, que despues de Dios este me dió la vida; y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio. Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa, que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz; en su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponia cuando rezaba, sin hacer gestos, ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero: decia saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parian, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba

pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija. Pues en caso de medicina, decia, Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: haced esto, hareis estotro, coged tal hierba, tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decia creian; destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiria y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no ví, tanto que me mataba á mí de hambre, y á sí no se remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre, ó las más veces, me cabia lo más y mejor.

Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro, y su candado y llave, y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle ménos una migaja; mas yo tomaba aquella lacéria que él me daba, la cual en ménos de dos bocados era despachada. Despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas; por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacando, no por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza, y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podia sisar y hurtar, traia en medias blancas, y cuando le mandaban rezar, y le daban blancas, como

él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca, y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego la conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: «¿Qué diablos es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de ántes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe de estar esta desdicha.» Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenía mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacía. Luégo él tornaba á dar voces, diciendo: manden rezar tal y tal oracion, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía, y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, ántes lo tenía por el asa asido; mas no habia piedra iman que trajese á sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moria por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego era derretida la cera, por ser muy

poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Cuando el pobrete iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podia ser.—No direis, tio, que os lo bebo yo, decia, pues no lo quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayo en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego otro dia, teniendo yo rezumado mi jarro como solia, no pensando en el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, y estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, ántes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decia: «¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud,» y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto por hacerlo más á mi salvo y provecho, y aunque yo

quisiera asentar mi corazon, y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía, que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decia, por qué me trataba tan mal, luégo contaba el cuento del jarro, diciendo: «¿Pensais que este mi mozo es algun inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña.» Santiguándose los que lo oian, decian: «Mirad quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad;» y reian mucho el artificio, y decíanle: «Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis,» y él con aquello nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño, si habia piedras por ellas, si lodo por lo más alto, que aunque yo no iba por lo más enjuto, me holgaba de quebrarme á mí un ojo por quebrarlos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me tentaba el colodrillo, el cual siempre traia lleno de tolondrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creia; mas tal era el sentido y grandísimo entendimiento del traidor. Y porque vea vuestra merced á cuánto se extendia el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaescieron, en el cual me parece dió bien á entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, sù motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: Más da el duro que el desnudo; y venimos á este camino por los mejores lugares; do hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, á tercero dia hacíamos San Juan. Acaeció, que llegando á un lugar que llaman Almoroz, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el ra-

cimo en la mano, para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poderlo llevar, como por contentarme; que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes: sentámonos en un valladar, y dijo: «Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas dél tanta parte como yo; partillo hemos desta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva; yo haré lo mismo hásta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño.» Hecho así el concierto, comenzamos; mas luégo al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debria hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él; mas aún pasaba adelante dos á dos, y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: «Lázaro, engañado me has: juraré yo que has tú comido las uvas tres á tres.—No comí, dije yo; mas ¿por qué sospechais eso?» Respondió el graciosísimo ciego: «¿Sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comia yo dos á dos, y callabas.»

Reíme entre mí, y (aunque mochacho) noté mucho la discreta consideracion del ciego; mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona (villa del duque della) en un meson, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Y ya que la longaniza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladron, y fué, que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal.

que por no ser para la olla, debió ser echado allí; y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que habia de gozar, no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo temor, por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual áun no habia conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frio con el frio nabo; alteróse, y dijo: «¿Qué es esto, Lazarillo?—Lacerado de mí, dije yo, si quereis achacarme algo. Yo ¿no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burla haria eso.—No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible.» Yo torné á jurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asióme por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca más de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual tenía larga y afilada, y á aquella sazon con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo. Con esto y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, que la negra longaniza áun no habia hecho asiento en el estómago, y lo más principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y

fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño; de manera que ántes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¡Quién estuviera á aquella hora ya sepultado! que muerto ya lo estaba. Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta; y esto bien lo merescía, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se llegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo, y ahora de lo presente; era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecia que le hacía injusticia en no se las reir. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecia, y fué no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado. Con sólo apretar los dientes se me quedaran en casa, y ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que tuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que eso me fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le habia traido laváronme la cara y la garganta; sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: «Por verdad más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo ménos, Lázaro, eres más en cargo al vino, que á tu padre, porque él una vez te

engendró, mas el vino mil te ha dado la vida;» y luégo contaba cuántas veces me habia descalabrado y arpado la cara, y con vino luégo sanaba. «Yo te digo (dijo) que si hombre en el mundo ha de ser afortunado con vino, que serás tú;» y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, que despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debia tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel dia me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo tenía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo más; y fué así, que luego otro dia salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche ántes; y porque el dia tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales, que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos; mas como la noche se venía, y el llover no cesaba, díjome el ciego: «Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia; acojámonos á la posada con tiempo.» Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dije:—Tio, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde atravesemos más aina sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: «Discreto eres; por eso te quiero bien; llévame á ese lugar donde el arroyo se angosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los piés mojados.» Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele:—Tio, este es el paso más angosto que en el arroyo hay. Como llovia recio, y el triste se mojaba, y con la priesa

que llevábamos de salir del agua que encima nos caia, y lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo: «Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo.» Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto, y póngome detras del poste como quien espera tope de toro, y díjele:—¡Sus! saltad todo lo que podais, porque deis deste cabo del agua. Aun apénas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete tomando un paso atras de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para tras medio muerto, y hendida la cabeza. —¿Cómo olistes la longaniza, y no el poste? Huele, huele, le dije yo; y dejéle en poder de mucha gente que lo habia ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los piés de un trote, y ántes que la noche viniese dí conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios hizo dél, ni procuré de saberlo.

TRATADO II.

Còmo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro dia, no parececiéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando á pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar á misa. Yo dije que sí, como era verdad, que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fué esta. Final-

mente, el clérigo me recibió por suyo; escapé del trueno y dí en el relámpago; porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado: no digo más, sino que toda la lacéria del mundo estaba encerrada en éste, no sé si de su cosecha era, ó lo habia anejado con el hábito de clerecía. Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traia atada con un agujeta del paletoque; y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luégo allí lanzado, y tornada á cerrar el arca; y en toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me paresce á mí que aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara. Solamente habia una horca de cebollas, y tras llave, en una cámara en lo alto de la casa; destas tenía yo de racion una para cada cuatro dias, y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo: «Toma, vuélvela luégo, y no hagais sino golosmear:» como si debajo della estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara (como dije) maldita otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenía tambien por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara á más de mi tasa, me costara caro. Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar; verdad es que partia conmigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan, y pluguiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedises; aquella la cocia y comia los ojos, y la lengua y cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos

roidos, y dábamelos en el plato, diciendo: «Toma, come, triunfa, que para tí es el mundo; mejor vida tienes que el Papa.» Tal te la dé Dios, decia yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me podia tener en las piernas de pura hambre: víme claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran; para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué darle salto, y aunque algo hubiera no pudiera cegarle, como hacía al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció, que todavía, aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido no me sentia; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía. Cuando al ofertorio estábamos ninguna blanca en la concha caia que no era dél registrada: el un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos; bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue; cuantas blancas ofrescian tenía por cuenta, y acabado el ofrescer luégo me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arcaz compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana, y por ocultar su gran mezquindad, decíame: «Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros;» mas el lacerado mentia falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezábamos á costa ajena comia como lobo y bebia más que un saludador.

Y porque dije mortuorios, Dios me perdone, que jamás fuí enemigo de la naturaleza humana sino entónces, y esto era porque comíamos bien y me hartaba; deseaba y áun rogaba á Dios que cada dia matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la extrema-uncion, como manda el clérigo rezar á los que estaban allí, yo cierto no era el postrero de la oracion, y con todo

mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase deste mundo. Cuando algunos destos escapaban, Dios me lo perdone, que mil veces le daba al diablo, y el que se moria otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas; porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, murieron á mi recuesta; porque viendo el Señor mi rabiosa y contínua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba; que si el dia que enterrábamos yo vivia, los dias que no habia muerto por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cuotidiana hambre, más lo sentia. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces, mas no la veia, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera por no me atrever á mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me caia; y la otra consideraba y decia: yo he tenido dos amos, el primero traíame muerto de hambre, y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura: pues si de este desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenescer? Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados habia de hallar más ruines; y á bajar otro punto no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo. Pues estando en tal aflicion, cual plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un dia que el cuitado ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito; preguntóme si tenía algo que adobar. En mí teníades bien que

hacer, y no haríades poco, si me remediásedes, dije paso, que no me oyó; mas como no era tiempo de gastarlo en gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije:—Tio, una llave desta arca he perdido, y temo que mi señor me azote; por vuestra vida veais si en esas que traeis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traia, y yo ayudarle con mis flacas oraciones, cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz, y abierto, díjele:—Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. Él tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave se fué muy contento, dejándome más á mí; mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y áun porque me ví de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios que no miró en la oblada que el ángel habia llevado.

Yo otro dia, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal, y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta, y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso; mas no estaba en dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luégo al tercero dia me vino la terciana derecha, y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones y plegarias decia: «San Juan, y ciégale.» Despues que estuvo un gran rato echando la cuenta, por dias y dedos contando, dijo: «Si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habian tomado della panes; pero de hoy más sólo por cerrar puerta á la sospecha quiero tener buena cuenta

con ellos: nueve quedan y un pedazo.» Nuevas malas te dé Dios (dije yo entre mí): parecióme con lo que dijo pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, y yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan, comencélo de adorar, no osando rescebillo. Contélos, si á dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fué dar en ellos mil besos, y lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquél pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado; mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho á más pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios (que así dicen los niños); mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije:—Este arqueton es viejo, grande y roto, y por algunas partes con algunos pequeños agujeros; puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan; sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir; esto bien se sufre: y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajé un poco; despues, como quien toma grajea, lo comí, y algo me consolé; mas él, como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer.

Miró todo el arca de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado; llamóme, diciendo: «Lázaro, mira qué persecucion ha venido aquesta

noche por nuestro pan.» Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería. «¿Qué ha de ser? dijo él; ratones que no dejan cosa á vida.» Pusímonos á comer, y quiso Dios que áun en esto me fué bien, que me cupo más pan que la lacéria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: «Cómete eso, que el raton cosa limpia es.» Y así aquel dia, añadiendo la racion del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba, y luégo me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.—¡Oh señor mio, dije yo entónces, á cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos y cuán poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! Héme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacéria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura; mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen); sino que agora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriere á mis trabajos. Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á su obra, diciendo: «Agora, donos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala madera teneis.»

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni áun por donde e pudiese entrar un mosquito; abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna lacéria, tocándolos muy ligeramente, á uso de esgrimidor diestro, como la necesidad sea tan gran maestra. Viéndome con tanta

siempre, noche y dia estaba pensando la manera que tendria en sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se aviva, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que habia cuando estaba durmiendo; levantéme muy quedito, y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer y dejado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte do le hallase, vóime al triste arcaz, y por do habia mirado tener ménos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barreno dél usé; y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazon, ántes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiempo del pan, que hallé partido, hice (segun de yuso está escrito); y con aquello, algun tanto consolado tornando á cerrar, me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacía mal, y echábalo al no comer, y así sería; porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro dia fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo habia hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decir: «¿Qué diremos á esto? Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora;» y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reino justamente dellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y con tablillas á tapar los agujeros. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de dia destapaba yo de noche.

En tal manera fué y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente, parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejia de dia, rompia yo de noche, y en pocos dias y noches pusimos la pobre despensa, de tal forma, que quien quisiera propiamente della hablar, más corazas viejas de otro tiempo, que no arcaz la llamara, segun la clavazon y tachuelas sobre sí tenía.

De que vió no le aprovechar nada su remedio, dijo: «Este arcaz está tan mal tratado, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton á quien se defienda; y va ya tal, que si andamos más con él nos dejará sin guarda; y áun lo peor, que aunque hace poco, todavía hará falta faltando; y no me pondrá esta en costa tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos.» Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que á los vecinos pedia, contínuo el gato estaba armado dentro del arca, lo cual era para mí singular auxilio; porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo, y preguntaba á los vecinos: ¿qué podria ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato? Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacía, porque no fuera ménos de haber caido alguna vez; y díjole un vecino: «En vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y ésta debe ser sin duda, y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir.» Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo, y desde en adelante no dormia tan á sueño suelto.

que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roia el arca y luégo era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas, y á mí con ellas, pensando que la culebra se iba para mí y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo, porque le decian que de noche acaescia á estos animales, buscando calor, ir á las cunas donde están criaturas, y áun morderlas y hacerles peligrar. Yo las más veces hacía del dormido, y en la mañana decíame él: «Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y áun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias y buscan calor.» Plega á Dios que no me muerda (decia yo), que harto miedo le tengo.

Desta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que mi fe la culebra ó el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de dia, miéntras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacía mis saltos. Los cuales daños viendo él y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo: yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenía, y parecióme lo más seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego la tenía tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así, como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia. Quisieron

mis hados (ó por mejor decir mis pecados) que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, segun mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra, se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas donde yo estaba echado, al calor del mio se habia venido, y levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darla tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se habia llegado á mí, y dándome grandes voces, llamándome, procuró recodarme; mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho, y con mucha prisa fué á buscar lumbre; y llegando con ella, hallóme quejando todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podria ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba; fué luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el raton y culebra que me daban guerra, y comian mi hacienda, he hallado. De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes, ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de cómo esto que he contado oí, despues que en mí torné, decir á mi amo, el cual á cuantos allí venian lo con-

taba por extenso. A cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y víme echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije: —¿Qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: «A fe que los ratones y culebras que me destruian ya los he cazado.» Y miré por mí, y víme tan maltratado que luégo sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos, y comiénzanme á quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron: «Pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios no será nada.» Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas. y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apénas me pudieron demediar; y así, de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro dia que fuí levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta afuera, y puesto en la calle, díjome: «Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mio; busca amo, y véte con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor; no es posible sino que hayas sido mozo de ciego;» y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa, y cierra su puerta.

TRATADO III.

De cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él.

Desta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida, y miéntras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas despues que estúve sano todos me decian: «Tú, bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas.» ¿Y adónde se hallará ese, decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo (como crió el mundo) no le criase? Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compas en órden; miróme y yo á él, y díjome: «Mochacho, ¿buscas amo?» Yo le dije:—Sí, señor. «Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oracion rezaste hoy.» Seguíle, dando gracias á Dios por lo que le oí, y tambien que me parecia, segun su hábito y continente, ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas donde se vendia pan y otras provisiones; yo pensaba y áun deseaba que allí me queria cargar de lo que se vendia, porque esta era propia hora cuando se suele proveer ed

lo necesario; mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas.—Por ventura no le ve aquí á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

Desta manera anduvimos hasta que dió las once: entónces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él; y muy devotamente le ví oir misa y los otros oficios divinos; hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entónces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo; yo iba ya el más alegre del mundo, en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer; bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo, que se proveia por junto, y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la deseaba y áun habia menester. En este tiempo dió el reloj la una, despues de medio dia, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga, y abrió su puerta y entramos en casa, la cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera, que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos muy limpiamente, y soplando un poyo que allí estaba la puso en él; y hecho esto, sentóse cabe ella, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo habia venido á aquella ciudad. Yo le dí más larga cuenta que quisiera; porque me parecia más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia; con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara.

Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luégo ví mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que á un muerto. Despues desto consideraba aquel

tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa; todo lo que habia visto eran paredes sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni áun tal arcaz como el de marras; finalmente, ella parecia casa encantada. Estando así, díjome: «Tú, mozo, ¿has comido? — No, señor, dije yo, que áun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.—Pues, aunque de mañana, yo habia almorzado, dice, y cuando así cómo algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así; por eso, pásate como pudieres, que despues cenaremos.» Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos; allí se me vino á la memoria la consideracion que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparia con otro peor; finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:—Señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios: deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fuí yo loado della hasta hoy dia de los amos que yo he tenido. «Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo más; porque el hartarse es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien.» Bien te he entendido, dije entre mí; maldita sea tanta medicina y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre. Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios.

Él, que vió esto, díjome: «Ven acá, mozo, ¿qué comes?» Yo lleguéme á él, y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome: «Por mi vida, que parece este buen pan.—¿Y cómo agora, dije

yo, señor, es bueno?» Y á fe dijo él: «¿Adónde le hubiste? si es amasado de manos limpias?—No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello.—Así plega á Dios,» dijo el pobre de mi amo, y llevándolo á la boca comenzó á dar en él tan fieros bocados como yo en el otro. «Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios.» Y como le sentí de qué pié cojeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion, si acababa ántes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase, y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:—Señor, no bebo vino. «Agua es, me respondió, bien puedes beber.» Entónces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo que mejor supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: «Mozo, pásate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante.» Púseme de un cabo y él del otro, y hicimos la negra cama, en la cual no habia mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no parecia colchon, aunque servía dél, con harta ménos lana que era menester: aquel tendimos, haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí, que puesto sobre el cañizo todas las cañas se señalaban, y parecian á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mesmo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama, y la noche ve-

nida, díjome: «Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho; tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean; pasemos como podamos, y mañana, viniendo el dia, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido; ántes he comido estos dias por allá fuera, mas ahora hacello hemos de otra manera.—Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche, y áun más, si es menester, sin comer.—Vivirás más sano, me respondió, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco.» Si por esta vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esta regla por fuerza, y áun espero en mi desdicha tenella toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí; porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne. Y tambien, como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad; maldíjeme mil veces, Dios me lo perdone, y á mi ruin fortuna. Allí lo más de la noche y lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedia á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer de espacio; echéle agua manos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díjome: «¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es esta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese; mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan prestos como esta los tiene;» y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: «Vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un

copo de lana.» Y yo dije entre mí: y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter, y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: «Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y vé por la basija de agua al rio, que aquí abajo está, y cierra la puerta con llave no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar.» Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos, ó á lo ménos camarero que le daba de vestir.

Bendito seais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad, y poneis el remedio. ¿Quién encontrará á aquel mi señor, que no piense, segun el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y aunque ahora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposicion y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un dia y una noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza? ¿Y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacía servir del halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debeis tener por el mundo derramados, que padecen, por la negra que llamaban honra, lo que por vos no sufririan! Así estaba yo á la puerta mirando y considerando estas cosas hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo

la anduve toda alto y bajo, sin hacer represa, ni hallar en qué. Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro, y doy conmigo en el rio, donde en una huerta ví á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer, de las que en aquel lugar no hacen falta, ántes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar sin llevar qué por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba en ellas hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frio de bolsa, cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la calor del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas, que debian ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué: púseme á pensar qué haria, y parecióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y viniese, y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza desde que ví ser las dos y que no venía y que la hambre me aquejaba; cierro mi puerta y pongo la llave donde mandó, y tórnome á mi menester; con baja y enferma voz y inclinadas mis manos en los senos, y puesto Dios ante mis ojos, y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecia; mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que

aunque en este pueblo no hubiese caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que ántes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí; pensé que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venía. Yo le dije: Señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví que vuestra merced no venía, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis; mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: «Pues esperádote he á comer, y de que ví que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale pedillo por Dios que no hurtallo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto segun lo poco que en este pueblo soy conocido: nunca á él yo hubiera de venir.—Deso pierda, señor, cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esta cuenta ni yo de dalla.—Ahora, pues, come, pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo; que hay casas desdichadas, y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe ser sin duda una dellas, mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por mia.»

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, y comienzo á cenar y morder

en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis haldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo habia dél, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si sería bien comedirme á convidalle; mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Finalmente, yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del mio, y se desayunase como el dia ántes hizo, pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y ménos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y áun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mí, y díjome: «Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo ve hacer que no le pongas gana aunque no la tenga.» La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa. Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díjele: «Señor, el buen aparejo hace buen artífice; este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor.—¿Uña de vaca es?—Sí, señor.—Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa.—Pues pruebe señor, y verá qué tal está.» Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo más blanco; asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera. «Con almodrote, decia, es este singular manjar.—Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. —Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado.» Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traido; señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia sobrado á mi amo la comida.

Bebimos, y muy contentos nos fuimos á dormir como la noche pasada; y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo. Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no sólo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo, lo queria bien, con ver que no tenía ni podia más, y ántes le habia lástima que enemistad, y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal; porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo, por salir de sospecha, desenvolví el jubon y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo.—Este, decia yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el mal aventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla. Dios es testigo que hoy dia, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padesce lo que aquel le vi sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria servir más que á los otros por lo que he dicho. Sólo tenía dél un poco de descontento: que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subia su necesidad; mas, segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo.

quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron en ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregon que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley desde á cuatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan grande espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores della, tanto que nos acaesció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. A mi diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodon, que hacian botones y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento, que de la lacéria que les traian me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba, y yo no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, qne en ocho dias maldito el bocado que comió, á lo ménos en casa bien lo estuvimos sin comer; no sé yo cómo ó dónde andaba y qué comia. Y verle venir á mediodía la calle abajo con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta, y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que áun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarvando los que nada entre sí tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: «Malo está de ver que la desdicha desta vivienda lo hace; como ves, es lóbrega, triste, oscura; miéntras aquí estuviéremos hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.»

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion, un dia, no sé por cual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia, y con rostro muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: «Toma, Lázaro, que

ya Dios va abriendo su mano; vé á la plaza y merca pan, vino y carne, quebremos el ojo al diablo: y más te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra cosa, y en esta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes, maldita sea ella, y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto há que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas tal vista tiene y tal oscuridad y tristeza; ve, y ven preste y comamos hoy como condes.» Tomo mi real y el jarro, y á los piés dando priesa, comienzó á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha si está constituido en mi triste fortuna que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué éste; porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que emplearia mi real, que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios, que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traian: arriméme á la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó venía luego par del lecho una que debia ser su mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres, la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: «Marido y señor mio, ¿adónde os me llevan? ¿A la casa triste y desdichada? ¿á la cosa lóbrega y oscura? ¿á la casa donde nunca comen ni beben?» Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije:—Oh desdichado de mí, para mi casa llevan este muerto; dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el más correr que pude para mi casa, y entrando en ella cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: «¿Qué es eso, mozo? ¿qué voces das? ¿qué has? ¿por

qué cierras la puerta con tal furia?—¡Oh! señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen un muerto.—¿Cómo así? respondió él.—Aquí arriba le encontré, y venía diciendo su mujer: marido y señor mio, ¿á dónde os llevan? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿á la casa triste y desdichada? ¿á la casa donde nunca comen ni beben? Acá, señor, nos le traen.» Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía yo ya echada el aldaba á la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa; y desque fué ya más harto de reir que de comer el bueno de mi amo, díjome: «Verdad es, Lázaro, segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon en pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer.—Déjelos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo.» Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome, que bien era menester segun el miedo y alteracion, y tórnome á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion.

Desta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra; porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía. Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba; porque un dia que habíamos comido razonablemente, y estaba algo contento, me contó su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero su vecino. «Señor, dije yo, si él era lo que decís, y tenía más

que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decía que él tambien os lo quitaba.—Sí es, y sí tiene, y tambien me lo quitaba él á mí; mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna, y ganarme por la mano.—Parésceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen más.—Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien; pues hágote saber que yo soy (como ves) un escudero; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio ó atravesar otra calle si la hay, ántes que llegue á mí, por no quitárselo; que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona.

»Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que me topaba me decia: «Mantenga Dios á vuestra merced.» Vos, don villano ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? Manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quien quiera. De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia.—¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios?—Mira, mucho de enhoramala, dijo él, á los hombres de poco arte dicen eso, mas á los más altos como yo, no les han de hablar ménos de: beso las manos de vuestra merced, ó por lo ménos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca más le quise sufrir, ni sufriria, ni sufriré á hombre del mundo, del rey abajo, que manténgaos Dios me diga.—Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue.—Mayormente, dijo,

que no soy tan pobre, que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian más de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas; y tengo un palomar, que á no estar derribado como está, daria cada año más de doscientos palominos, y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra; y vine á esta ciudad pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé.

»Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada, que no los sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan; mas servir á éstos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y si no, andad con Dios, os dicen, y las más veces son los pagamentos á largos plazos, y las más ciertas, comido por servido; ya cuando quieren formar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara, en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su lacéria, pues por ventura no hay en mí habilidad para servir y contentar á éstos. Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese porque sabria mentille tan bien como otro, y agradalle á las mil maravillas; reille ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir donde él lo oyese con la gente de servicio, porque paresciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que paresciesen en favor del culpado; decille bien de lo que bien le estuviese; y por el contrario, ser malicioso, mofador, mal-

sinar á los de casa y á los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores dél parescen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, ántes los aborrecen y tienen en poco y llaman nescios, y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar, y con estos, los astutos usan, como digo, el dia de hoy, de lo que yo usaria. Mas no quiere mi ventura que le halle.» Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa.

Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama; hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara; pienso que fueron doce ó trece reales; y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen; mas su salida fué sin vuelta. Por manera, que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde; yo les dije que áun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas, y contélas el caso, y allí dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas á esotra puerta. Las mujeres le responden: «Veis aquí su mozo y la llave de la puerta.» Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adónde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desde que salió á trocar la pieza, y pensaba que de mí y dellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y hélos do vuelven luego con ellos y toman la llave, y llámanme y llaman testigos, y abren la puerta y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme: «¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?—

No sé yo eso, les respondí.—Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo que él sabe adónde está.» En esto vino el alguacil, y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: «Mochacho, tú eres preso, si no descubres los bienes deste tu amo.» Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar habia sido muchas veces, mas era mansamente dél trabado, para que mostrase el camino al que no veia, yo hube mucho miedo, y llorando prometí de decir lo que me preguntaban. «Bien está, dicen ellos, pues dí lo que sabes, y no hayas temor.» Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenía. «Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.—Bien está, dicen ellos, por poco que eso valga hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron.—En su tierra, les respondí yo.—Por Dios, que está bueno el negocio, dijeron ellos. ¿Y adónde es su tierra?—De Castilla la Vieja, me dijo él que era, les dije.»

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: «Bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.» Las vecinas que estaban presentes dijeron: «Señores, este es un niño inocente, y há pocos dias que está con este escudero, y no sabe dél más que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcillo se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.» Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no habia de qué, ni se hacía el embargo. Los otros decian que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba más por venir á aquel. Finalmente, despues de dadas muchas voces, al

cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces; no sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagará por todos, y bien se empleaba; pues el tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados se andaba alquilando. Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha; pues, señalándose todo lo que podia contra mí, hacía mis negocios tan al reves, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

TRATADO IV.

Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él.

Hube de buscar el cuarto, y éste fué un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron; al cual ellas le llamaban pariente, gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas, tanto que pienso que rompia él más zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho dias, ni yo pude con su trote durar más. Y por esto, y por otras cosillas que no digo, salí dél.

TRATADO V.

Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.

En el quinto por mi ventura dí, que fué un buldero el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bulla, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana si era por el tiempo, un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bulla, ofreciéndosele á él las gracias, informábase de la suficiencia dellos; si decian que entendian, no hablaba palabra en latin por no dar tropezon; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo que con más dinero que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un Santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo ménos que lo parecia aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo. Y otras veces con mañosos artificios, y porque todos los que le veia hacer sería

largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bulla, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro dia de mañana despedir la bulla. Y esa noche, despues de cenar, pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzon, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada que en la cinta tenía: al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar; mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bullas que predicaba eran falsas; finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado, y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bulla. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bullas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto. De manera que atras que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermon, y á animar la gente á que no quedasen sin

tanto bien y indulgencia como la sancta bulla traia. Estando en lo mejor del sermon, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y desque hizo oracion, levantóse, y con voz alta y pausada, cuerdamente comenzó á decir: «Buenos hombres, oidme una palabra, que despues oireis á quien quisierdes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoresciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia, y agora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bullas que predica son falsas, y que no le creais ni las tomeis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo; y si en algun tiempo éste fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, ántes os desengaño y declaro su maldad.» Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo; mas mi amo fué á la mano y mandó á todos que so pena de excomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él tambien tuvo silencio miéntras el alguacil dijo todo lo que he dicho; como calló, mi amo le preguntó que si queria decir más que lo dijese. El alguacil dijo: «Harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta.» El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así: «Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, ántes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, ántes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado; en lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; no mires aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria á tí hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que tal vez pensó tomar aquesta santa bulla, dando

crédito á las falsas palabras de aquel hombre lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luégo muestra aquí milagro, y sea desta manera: que si es verdad lo que aquél dice, y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo, y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquél, persuadido del demonio (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien), dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.»

Apénas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pié y de mano, revolviéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros; algunos estaban espantados y temerosos; unos decian: «El Señor le socorra y valga;» otros: «Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.» Finalmente, algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca dél estaban; otros le tiraban por las piernas, y tuvieron reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban en los hocicos. A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que él plantó, y ruido y voces que en la iglesia habia no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase

á las cosas pasadas, ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que padescia, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veian clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo. El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo: «Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y Su Majestad perdone á éste que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo; vamos todos á suplicalle.» Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si Su Majestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no ménos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasion de predicador y auditorio devoto, suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados; y esto hecho mandó traer la bulla, y púsosela en la cabeza, y luégo el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar

mejor y á tornar en sí, y desque fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los piés del señor comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y lo más principal porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bulla. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos, y á tomar la bulla hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella, marido, y mujer, y hijos, y hijas, mozos y mozas; divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando á ellos llegábamos no era menester sermon ni ir á la iglesia, que á la posada le venian á tomar como si fueran peras que se dieran de balde. De manera, que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bullas sin predicar sermon. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí dello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí cómo habia sido industriado por el industrioso y inventivo de mi amo, y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí:—¡Cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente! Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé tambien hartas fatigas.

TRATADO VI.

Cómo Lázaro se asentó con un capellan, y lo que con él pasó.

Despues de esto asenté con un maestro de pintar panderos para molelle las colores, y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un capellan della me recibió por suyo. y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad. Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida; daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí. y todo lo demas entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga trenzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desque me ví en hábito de hombre de bien, dije á mi amo que se tomase su asno, que no queria más seguir aquel oficio.

TRATADO VII.

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaescio con él.

Despedido del capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso; mayormente, que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos, y á mi amo, que esperó, trataron mal; mas á mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haria mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entónces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen. En el cual el dia de hoy yo vivo y resido al servicio de Dios y de vuestra merced; y es, que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que, en toda la ciudad, el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella, y hasta ahora no estoy arrepentido; porque allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda, y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo; por las pascuas su carne, y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas que deja; y hízonos alquilar una casilla par de la suya; los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa; mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, y sí sé qué, porque ven á mi mujer irle á hacer la cama, y guisalle de comer, y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad; porque allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un dia muy largo delante della, y me dijo: «Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas nunca medrará; digo esto, porque no me maravillaria que alguno murmurase, viendo entrar en mi casa á tu mujer y salir della; ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo á tu provecho.—Señor, le dije, yo determiné de arrimarme á los buenos; verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y áun por más de tres veces me han certificado que ántes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.»

Entónces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado, en tal manera, que quisiera ser muerto án-

tes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca; mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que la hice de nunca más en mi vida mentarla nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de dia, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes; hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; ántes cuando alguno siento qne me quiere decir algo della, le atajo y le digo:—Mirad, si sois mi amigo, no me digais cosa con que me pese; que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo más que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes, y más bien que yo merezco, que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer, como vive dentro de las puertas de Toledo; y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. Esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Córtes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oido. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad, y en la cumbre de toda buena fortuna

---

SEGUNDA PARTE
DE
LAZARILLO DE TORMES
Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES
POR INÇIERTO AUTOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba.

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna, y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta de unos buenos frutos, que en esta tierra se crian, para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extranjeros, que do quiera que llegaba no habia para mí puerta cerrada; y en tanta manera me ví favorescido que me parece, si entónces matara un hombre ó me acaeciera algun caso recio, hallara á todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, á do hacíamos la buena y espléndida vida y jira: allí nos acon-

teció muchas veces entrar en nuestros piés y salir en ajenos. Y lo mejor desto es, que todo este tiempo, maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar; ántes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa fingiendo quererlo pagar, tomábanlo por afrenta, y mirábanme con alguna ira y decian: *Nite*, *nite*, *Asticot*, *lanz*, reprehendiéndome diciendo, que do ellos estaban nadie habia de pagar blanca.

Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no sólo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero cocidas en aquellos cordiales vinos, con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenía en mi casa de comer yo y mi mujer hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas harturas de las mias hambres pasadas, y alababa al Señor, y dábale gracias, que así andan las cosas y tiempos. Mas como dice el refran, *quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá*. Así me acaeció, que se mudó la gran corte, como hacer suele; y al partir fuí muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harian y acontecerian: mas acordándome del proverbio que se dice: *más vale el mal conocido, que el bien por conocer*, agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí dellos. Y cierto, si casado no fuera no dejara su compañía, por ser gente muy hecha á mi gusto y condicion. Y es vida graciosa la que viven no fantástigos, ni presumptuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en cualquier bodegon, la gorra quitada si el vino lo merece: gente llana y honrada, y tal y tan bien proveida, que no me la depare Dios peor cuando buena sed tuviere.

Mas el amor de la mujer y de la patria que ya por mia tengo, pues como dicen: *de do eres hombre*, tiraron por mí; y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y

vida cortesana. Estuve muy á mi placer con acrecentamiento de alegría y linaje por el nacimiento de una muy hermosa niña, que en estos medios mi mujer parió, que aunque yo tenía alguna sospecha, ella me juró que era mia; hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡Oh gran Dios! Y ¿quién podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero poniendo la pluma á sus ojos?

CAPÍTULO II.

Cómo Lázaro, por importunacion de amigos, se fué á embarcar para la guerra de Argel, y lo que allá le acaeció.

Sepa vuestra merced, que estando el triste Lázaro de Tormes en esta gustosa vida, usando su oficio y ganando él muy bien de comer y de beber, porque Dios no crió tal oficio, y vale más para esto que la mejor veinte-y-cuatría de Toledo; estando asimismo muy contento y pagado con mi mujer, y alegre con la nueva hija, sobreponiendo cada dia en mi casa alhaja sobre alhaja, mi persona muy bien tratada, con dos pares de vestidos, unos para las fiestas y otros para de contínuo, y mi mujer lo mismo, mis dos docenas de reales en el arca, vino á esta ciudad, que venir no debiera, la nueva para mí y áun para otros muchos de la ida de Argel. Y comenzáronse de alterar unos, no sé

cuántos vecinos, diciendo: «vamos allá, que de oro hemos de venir cargados.» Y comenzáronme con esto á poner codicia; díjelo á mi mujer, y ella, con gana de volverse con mi señor el arcipreste, me dijo: «Haced lo que quisiéredes; mas si allá vais y buena dicha teneis, una esclava querria que me trujésedes que me sirviese, que estoy harta de servir toda mi vida. Y tambien para casar á esta niña no serian malas aquellas tripolinas y doblas zahenas, de que tan proveidos dicen que están aquellos perros moros.» Con esto, y con la codicia que yo me tenía, determiné (que no debiera) ir á este viaje. Y bien me lo desviaba mi señor el arcipreste, mas yo no lo queria creer; al fin habian de pasar por mí más fortunas de las pasadas. Y así, con un caballero de aquí, de la órden de San Juan, con quien tenía conocimiento, me concerté de le acompañar y servir en esta jornada, y que él me hiciese la costa, con tal que lo que allá ganase fuese para mí. Y así fué que gané, y fué para mí mucha malaventura, de la cual, aunque se repartió por muchos, yo truje harta parte.

Partimos desta ciudad aquel caballero y yo, y otros, y mucha gente, muy alegres y muy ufanos como á la ida todos vân; y por evitar prolijidad de todo lo acaecido en este camino no hago relacion, por no hacer nada á mi propósito, más de que nos embarcamos en Cartagena, y entramos en una nao bien llena de gente y vituallas, y dimos con nosotros donde los otros; y levantóse en el mar la cruel y porfiada fortuna que habrán contado á vuestra merced, la cual fué causa de tantas muertes y pérdida, cual en el mar gran tiempo ha no se perdió, y no fué tanto el daño que la mar nos hizo, como el que unos á otros nos hecimos. Porque, como fué de noche, y áun de dia el tiempo recio de las bravas ondas y olas del tempestuoso mar tan furiosas, ningun saber habia que lo remediase, que las mismas naos se hacian pedazos unas con otras, y se anegaban con todos los que en ellas iban. Mas pues sé

que de todo lo que en ella pasó y se vió vuestra merced estará, como he dicho, informado de muchos que lo vieron y pasaron y quiso Dios que escaparon, y de otros á quien aquellos lo han contado, no me quiero detener en ello sino dar cuenta de lo que nadie sino yo la puede dar, por ser yo solo el que lo vió, y el que de todos los otros juntos que allí estuvieron, ninguno mejor yo que lo ví. En lo cual me hizo Dios grandes mercedes, segun vuestra merced oirá.

De moro ni de mora no doy cuenta, porque encomiendo al diablo el que yo ví. Mas ví la nuestra nao hecha pedazos por muchas partes, vila hacer por otras tantas, no viendo en ella mástil ni entena, todas las obras muertas derribadas, y el casco tan hecho cascos, y tal cual he dicho. Los capitanes y gente granada que en ella iban saltaron en el barco, y procuraron de se mejorar en otras naos, aunque en aquella sazon pocas habia que pudiesen dar favor. Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la justicia y cuaresma diz que es más para estos que para otros. Encomendámosnos á Dios, y comenzámosnos á confesar unos á otros, porque dos clérigos que en nuestra compañía iban, como se decian ser caballeros de Jesucristo, fuéronse en compañía de los otros y dejáronnos por ruines. Mas yo nunca ví ni oí tan admirable confesion; que confesarse un cuerpo ántes que se muera, acaecedera cosa es, mas aquella hora entre nosotros no hubo ninguno que no estuviese muerto. Y muchos que cada ola que la brava mar en la mansa nao embestia, gustaban la muerte, por manera que pueden decir que estaban cien veces muertos, y así á la verdad las confesiones eran de cuerpos sin almas. A muchos dellos confesé, pero maldita la palabra me decian sino sospirar y dar tragos en seco, que es comun á los turbados, y otro tanto hice yo á ellos, pues estándonos anegando en nuestra triste nao, sin esperanza de ningun remedio que para evadir la muerte se nos mostrase, des-

pues de llorada por mí mi muerte, y arrepentido de mis pecados, y mas de mi venida allí; despues de haber rezado ciertas devotas oraciones que del ciego mi primero amo aprendí aprobadas para aquel menester, con el temor de la muerte vínome una mortal y grandísima sed, y considerando cómo se habia de satisfacer con aquella salada mal sabrosa agua del mar, parecióme inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que mala agua habia de ocupar, era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao habia, el cual aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha priesa comenzé á beber. Y allende de la gran sed que el temor de la muerte y la angustia della me puso, y tambien no ser yo de aquel oficio mal maestro, el desatino que yo tenía, sin casi saber lo que hacía, me ayudó de tal manera que yo bebí tanto, y de tal suerte me atesté descansando y tornando á beber, que sentí de la cabeza á los piés no quedar en mi triste cuerpo rincon ni cosa que de vino no quedase llena, y acabando de hacer esto y la nao hecha pedazos de sumirse con todos nosotros todo fué uno; esto sería dos horas despues de amanecido; quiso Dios que con el gran desatino que hube de me sentir del todo en el mar sin saber lo que hacía, eché mano á mi espada, que en la cinta tenía, y comencé á bajar por mi mar abajo.

Aquella hora ví acudir allí gran número de pescados grandes y menores de diversas hechuras, los cuales ligeramente saliendo, con sus dientes de aquellos mis compañeros despedazaban y los talaban. Lo cual viendo, temí que lo mismo harian á mí que á ellos si me estuviese con ellos en palabras; y con esto dejé el bracear, que los que se anegan hacen, pensando con aquello escapar de la muerte, de más y allende que yo no sabía nadar, aunque nadé por el agua para abajo, y caminaba cuanto podia mi pesado cuerpo, y comenzóme á apartar de aquella ruin conversacion, priesa y ruido y muchedumbre de pescados.

que al traquido que la nao dió acudieron; pues yendo yo así bajando por aquel muy hondo piélago, sentí y ví venir tras mí grande furia de un crecido y grueso ejército de otros peces, y segun pienso venian ganosos de saber á qué yo sabía; y con muy grandes silbos y estruendo se llegaron á quererme asir con sus dientes; yo que tan cercano á la muerte me ví, con la rabia de la muerte sin saber lo que hacía, comienzo á esgrimir mi espada, que en la diestra mano llevaba desnuda, que aún no la habia desamparado, y quiso Dios me sucediese de tal manera, que en un pequeño rato hice tal riza dellos, dando á diestro y á siniestro, que tomaron por partido apartarse de mí algun tanto; y dándome lugar, se comenzaron á ocupar en se cebár de aquellos de su misma nacion á quien yo defendiéndome habia dado la muerte, lo cual yo sin mucha pena hacía, porque como estos animales tengan poca defensa y sus cuberturas ménos, en mi mano era matar cuantos queria, y á cabo de un gran rato que dellos me aparté yéndome siempre bajando, y tan derecho como si llevara mi cuerpo y piés fijados sobre alguna casa, llegué á una gran roca que en medio del hondo mar estaba, y como me ví en ella de piés, holguéme algun tanto y comencé á descansar del gran trabajo y fatiga pasada, la cual entónces sentí, que hasta allí con la alteracion y temor de la muerte no habia tenido lugar de sentir.

Y como sea comun cosa á los afligidos y cansados respirar, estando sentado sobre la peña dí un gran suspiro, y caro me costó, porque me descuidé y abrí la boca que hasta entónces cerrada llevaba, y como habia ya el vino hecho alguna evacuacion por haber más de tres horas que se habia envasado lo que dél faltaba, tragué de aquella salada y desaborida agua, la cual me dió infinita pena, rifando dentro de mí con su contrario. Entónces conocí como el vino me habia conservado la vida, pues por estar lleno dél hasta la boca no tuvo tiempo el agua de me ofen-

der; entónces ví verdaderamente la filosofía que cerca desto habia profetizado mi ciego, cuando en Escalona me dijo que si á hombre el vino habia de dar vida, habia de ser á mí. Entónces tuve gran lástima de mis compañeros que en el mar padecieron, porque no me acompañaron en el beber; que si lo hicieran estuvieran allí conmigo, con los cuales yo recibiera alguna alegría. Entónces entre mí lloré todos cuantos en el mar se habian anegado, y tornaba á pensar, quizá aunque bebieran, no tuvieran el teson conveniente, porque no son todos Lázaro de Tormes, que deprendió el arte en aquella insigne escuela y bodegones toledanos con aquellos señores de otra tierra.

Pues estando así pasando por la memoria esta y otras cosas, ví que venian do yo estaba un gran golpe de pescados, los unos que subian de lo bajo, y los otros que bajaban de lo alto, y todos se juntaron y me cercaron la peña; conocí que venian con mala intencion, y con más temor que gana me levanté con mucha pena, y me puse en pié para ponerme en defensa; mas en vano trabajaba, porque á esta sazon yo estaba perdido y encallado de aquella mala agua que en el cuerpo se me entró; estaba tan mareado, que en piés no me podia tener ni alzar la espada para defenderme. Y como me ví tan cercano á la muerte, miré si veria algun remedio, pues buscallo en la defensa de mi espada no habia lugar por lo que dicho tengo, y andando por la peña como pude, quiso Dios hallé en ella una abertura pequeña, y por ella me metí; y de que dentro me ví, ví que era una cueva que en la mesma roca estaba, y aunque la entrada tenía angosta, dentro habia harta anchura, y en ella no habia otra puerta. Parecióme que el Señor me habia traido allí para que cobrase alguna fuerza de la que en mí estaba perdida; y cobrando algun ánimo vuelvo el rostro á los enemigos, y puse á la entrada de la cueva la punta de mi espada. Y asimismo comienzo con muy fieras estocadas á defender mi homenaje. En este tiempo toda

la muchedumbre de los pescados me cercaron, y daban muy grandes vueltas y arremetidas en el agua, y llegábanse junto á la boca de la cueva; mas algunos que de más atrevidos presumian, procurando de me entrar, no les iba dello bien; y como yo tuviese puesta la espada lo más recio que podia con ambas manos á la puerta, se metian por ella y perdian las vidas, y otros que con furia llegaban heríanse malamente; mas no por esto levantaban el cerco. En esto sobrevino la noche, y fué causa que el combate algo más se aflojó, aunque no dejaron de acometerme muchas veces por ver si me dormia, ó si hallaban en mí flaqueza.

Pues estando el pobre Lázaro en esta angustia, viéndome cercado de tantos males en lugar tan extraño y sin remedio; considerando como mi buen conservador el vino poco á poco me iba faltando, por cuya falta la salada agua se atrevia y cada vez se iba conmigo desvergonzando, y que no era posible poderme sustentar, siendo mi ser tan contrario de los que allí lo tienen, y que asimismo cada hora las fuerzas se me iban más faltando, así por haber gran rato que á mi atribulado cuerpo no se habia dado refecion sino trabajo, como porque el agua digiere y gasta mucho. Ya no esperaba más de cuando el espada se me cayese de mis flacas y tremulentas manos, lo cual luégo que mis contrarios viesen, ejecutarian en mí muy amarga muerte, haciendo sus cuerpos sepultura; pues todas estas cosas considerando, y ningun remedio habiendo, acudí á quien todo buen cristiano debe acudir, encomendándome al que da remedio á los que no le tienen, que es el misericordioso Dios nuestro Señor.

Allí de nuevo comencé á gimir y llorar mis pecados, y á pedir dellos perdon y á encomendarme á él de todo mi corazon y voluntad, suplicándole me quisiese librar de aquella rabiosa muerte, prometiéndole grande enmienda en mi vivir, si de dármela fuese servido. Despues torné

mis plegarias á la gloriosa Santa María madre suya, y señora nuestra, prometiéndola visitalla en sus casas de Montserrat y Guadalupe, y la Peña de Francia; despues vuelvo mis ruegos á todos los santos y santas, especialmente á Santelmo y al señor Sant Amador, que tambien pasó fortunas en la mar cuajada. Y esto hecho, no dejé oracion de cuantas sabía que del ciego habia deprendido que no recé con mucha devocion: la del conde, la de la emparedada, el justo juez y otras muchas que tienen virtud contra los peligros del agua.

Finalmente, el Señor por virtud de su pasion, y por los ruegos de los dichos y por los demas que ante mis ojos tenía, quiso obrar en mí un maravilloso milagro, aunque á su poder pequeño; y fué que estando yo así sin alma, mareado y medio ahogado de mucha agua que como he dicho se me habia entrado á mi pesar, y asimismo encallado y muerto de frio de la frialdad, que miéntras mi conservador en sus trece estuvo, nunca habia sentido, trabajado y hecho pedazos mi triste cuerpo de la congoja y contínua persecucion, y desfallecido del no comer, á deshora sentí mudarse mi ser de hombre, quiera no me caté, cuando me ví hecho pez ni más ni ménos, y de aquella propia hechura y forma que eran los que cerrado me habian tenido y tenian. A los cuales luégo que en su figura fuí tornado, conocí que eran atunes, entendí cómo entendian en buscar mi muerte, y decian: «Este es el traidor de nuestras sabrosas y sagradas aguas enemigo. Este es nuestro adversario y de todas las naciones de pescados, que tan ejecutivamente se ha habido con nosotros desde ayer acá hiriendo y matando tantos de los nuestros; no es posible que de aquí vaya; mas venido el dia tomarémos dél venganza.» Así oia yo la sentencia que los señores estaban dando contra el que ya hecho atun como ellos estaba. Despues que un poco estuve descansado y refrescando en el agua, tomando aliento y hallándome tan sin pena y pasion como

cuando más sin ella estuve, lavando mi cuerpo de dentro y de fuera en aquella agua que al presente y dende en adelante muy dulce y sabrosa hallé, mirándome á una parte y á otra por ver si veria en mí alguna cosa que no estuviese convertido en atun, estándome en la cueva muy á mi placer, pensé si sería bien estarme allí hasta que el dia viniese; mas hube miedo me comiesen, y les fuese manifiesta mi conversion; por otro cabo temia la salida por no tener confianza de mí si me entenderia con ellos, y les sabria responder á lo que me interrogasen, y fuese esto causa de descubrirse mi secreto, que aunque los entendia y me veia de su hechura, tenía gran miedo de verme entre ellos. Finalmente, acordé que lo más seguro era no me hallasen allí, porque ya que no me tuviesen por dellos, como no fuese hallado Lázaro de Tormes, pensarian yo haber sido en salvalle, y me pedirian cuenta dél: por lo cual me pareció que saliendo ántes del dia y mezclándome con ellos, con ser tantos, por ventura no me echarian de ver, ni me hallarian extraño: y como lo pensé, así lo puse por obra.

CAPÍTULO III.

Cómo Lázaro de Tormes hecho atun salió de la cueva, y cómo le tomaron las centinelas de los atunes, y lo llevaron ante el general.

En saliendo, señor, que salí de la roca, quise luego probar la lengua, y comencé á grandes voces á decir: *muera, muera,* aunque apénas habia acabado estas palabras, cuando acudieron las centinelas que sobre el peca-

dor de Lázaro estaban, y llegados á mí me preguntan quién viva. «Señor, dije yo, viva el pece y los ilustrísimos atunes.—Pues ¿por qué das las voces? me dijeron: ¿qué has visto ó sentido en nuestro adversario, que así nos alteras? ¿de qué capitanía eres?» Señor, yo les dije me pusiesen ante el señor de los capitanes, y que allí sabrian lo que preguntaban. Luégo el uno destos atunes mandó á diez dellos me llevasen al general, y él se quedó haciendo la guardia con más de diez mil atunes. Holgaba infinito de verme entender con ellos, y dije entre mí:—El que me hizo esta gran merced, ninguna hizo coja. Así caminamos y llegamos ya que amanecia al gran ejército, do habia juntos tan gran número de atunes, que me pusieron espanto: como conocieron á los que me llevaban, dejáronnos pasar, y llegados al aposento del general, uno de mis guías, haciendo su acatamiento, contó en qué manera y en el lugar do me habian hallado, y que siéndome preguntado por su capitan Licio quién yo era, habia respondido que me pusiesen ante el general, y por esta causa me traian ante su grandeza.

El capitan general era un atun aventajado de los otros en cuerpo y grandeza, el cual me preguntó quién era, y cómo me llamaba, y en qué capitanía estaba, y qué era lo que pedia, pues pedí ser ante él traido. A esta sazon yo me hallaba confuso, y ni sabía decir mi nombre, aunque habia sido bien baptizado, excepto si dijera ser Lázaro de Tormes. Pues decir de dónde, ni de qué capitanía, tampoco lo sabía, por ser tan nuevamente trasformado, y no tener noticia de las mares, ni conocimiento de aquellas grandes compañas, ni de sus particulares nombres, por manera que disimulando alguna de las preguntas que el general me hizo, respondí yo, y dije:—Señor, siendo tu grandeza tan valerosa como por todo el mar se sabe, gran poquedad me parece que un miserable hombre se defienda de tan gran valor y poderoso ejército, y sería menoscabar

mucho su estado, y el gran poder de los atunes. Y digo, pues yo soy tu súbdito, y estoy ya tu mandado y de tu bandera, profiero á ponerte en poder de sus armas y despojo, y si no lo hiciere que mandes hacer justicia cruel de mí; aunque, por sí ó por no, no me ofrecia darle á Lázaro por no ser tomado en mal latin. Y este punto no fué de latin, sino de letrado mozo de ciego; hubo desto el general gran placer, por ofrecerme á lo que me ofrecí, y no quiso saber de mí más particularidades; mas luego respondió, y dijo: «Verdad es que por excusar muertes de los mios está determinado tener cercado aquel traidor, y tomalle por hambre; mas si tú te atreves á entralle como dices, serte ha muy bien pagado, aunque me pesaria si por hacer tú por nuestro señor el Rey y mí, tomases muerte en la entrada como otros han hecho; porque yo precio mucho á los mis esforzados atunes, y á los que con mayor ánimo veo querria guardar más, como buen capitan debe hacer. —Señor, respondí yo, no tema tu ilustrísima excelencia mi peligro, que yo pienso lo efectuar sin perder gota de sangre.—Pues si así es, el servicio es grande, y te lo pienso bien gratificar; y pues el dia se viene, yo quiero ver cómo cumples lo que has prometido.»

Mandó luégo á los que tenian cargo, que moviesen contra el lugar donde el enemigo estaba; y esto fué admirable cosa de ver mover un campo pujante y caudaloso, que cierto nadie lo viera á quien no pusiese espanto. El capitan me puso á su lado, preguntándome la manera que pensaba tener para entralle; yo se la decia, fingiendo grandes maneras y ardides, y hablando llegamos á las centinelas que algo cerca de la cueva ó roca estaban. Y Licio, el capitan, el cual me habia enviado al general, estaba con toda su compañía bien á punto, teniendo de todas partes cercada la cueva; mas no por eso que ninguno se osase llegar á la boca della, porque el general lo habia enviado á mandar por evitar el daño que Lázaro hacía, y porque al tiempo

que yo fuí convertido en atun, quedóse la espada puesta á la puerta de la cueva de aquella manera que la tenía cuando era hombre, la cual los atunes veian temiendo que el rebelado la tenía, y estaba tras la puerta. Y como llegamos, yo dije al general mandase retraer los que el sitio tenian, y que así él como todos se apartasen de la cueva, lo cual fué hecho luégo. Y esto hice yo porque no viesen lo poco que habia que hacer en la entrada; yo me fuí solo, y dando muy grandes y prestas vueltas en el agua, y lanzando por la boca grandes espadañadas de ella: en tanto que yo esto hacía, andaba entre ellos de hocico en hocico la nueva como yo me habia ofrecido de entrar al negocio, y oia decir: «Él morirá, como otros tan buenos y osados han hecho. Dejadle, que presto veremos su orgullo perdido:» yo fingia que dentro habia defensa y me echaban estocadas como aquel que las habia echado, y fuia el cuerpo á una y otra parte. Y como el ejército estaba desmayado, no tenian lugar de ver que no habia que ver; tornaba otras veces á llegarme á la cueva y acometella con gran ímpetu, y á desviarme como ántes. Y así anduve un rato fingiendo pelea, todo para encarecer la cura. Despues que esto hice algunas veces algo desviado de la cueva, comienzo á dar grandes voces porque el general y ejército me oyesen, y á decir:—¡Oh mezquino hombre! ¿Piensas que te puedes defender del gran poder de nuestro gran rey y señor, y de su gran capitan, y de los de su pujante ejército? ¿Piensas pasar sin castigo de tu gran osadía, y de las muchas muertes que por tu causa se han hecho en nuestros amigos y deudos? Date, date á prision al insigne y gran caudillo; por ventura habrá de tí merced. Rinde, rinde las armas que te han valido; sal del lugar fuerte do estás, que poco te ha de aprovechar, y métete en poder del que ningun poder en el gran mar le iguala.

Yo que estaba, como digo, dando estas voces, todo para almohazar los oidos al mandon, como hacer se suele, por

ser cosa de que ellos toman gusto, llega á mí un atun, el cual me venía á llamar de parte del general: yo me vine para él, al cual y á todos los más del ejército hallé finados de risa: y era tanto el estruendo y ronquidos que en el reir hacian, que no se oian unos á otros: como yo llegué; espantado de tan gran novedad, mandó el capitan genera que todos callasen, y así hubo algun silencio, aunque á los más les tornaba á arreventar la risa, y al fin con mucha pena oí al general, que me dijo: «Compañero, si otra forma no teneis de entrar la fuerza á nuestro enemigo que la de hasta aquí, ni tú cumplirás tu promesa, ni yo soy cuerdo en estarte esperando, y más que solamente te he visto acometer la entrada y no has osado entrar, mas de ver te poner con eficacia en persuadir á nuestro adversario, lo que debe de hacer cualquiera. Y esto, al parecer mio, y de todos éstos, tenías bien excusado de hacer, y nos parece tiempo muy mal gastado y palabras muy dichas á la llana, porque ni lo que pides ni lo que has dicho en mil años lo podrás cumplir, y desto nos reimos, y es muy justa nuestra risa, ver que parece que estás con él platicando como si fuese otro tú;» y en esto tornaron á gran reir. Y yo caí en mi gran necedad, y dije entre mí:—Si Dios no me tuviese guardado para más bien, de ver estos necios lo poco y malo que yo sé usar de atun, caerian en que si tengo el sér, no el natural. Con todo, quise remediar mi yerro, y dije:—Cuando hombre, señor, tiene gana de efectuar lo que piensa, acaécele lo que á mí. Alza el capitan y todos otra mayor risa, y díjome: «Luego hombre eres tú.» Estuve por responder:—Tú dijiste. Y cabia bien, mas hube miedo que en lugar de rasgar su vestidura se rasgara mi cuerpo. Y con esto dejé las gracias para otro tiempo más conveniente.

Yo, viendo que á cada paso decia mi necedad, y pareciéndome que á pocos de aquellos jaques podria ser mate, comencéme á reir con ellos, y sabe Dios que regañaba con

muy fino miedo que á aquella sazon tenía. Y díjele:—Gran capitan, no es tan grande mi miedo como algunos lo hacen, que como yo tenga contienda con hombres, vase la lengua á lo que piensa el corazon. Mas ya me parece que tardo en cumplir mi promesa, y en darte venganza de nuestro contrario; con tanto, con tu licencia, quiero volver á dar fin á mi hecho. «Tú la tienes,» me dijo. Y luégo, muy corrido y temeroso de tales acaecimientos, me volví á la peña, pensando cómo me convenía estar más sobre el aviso en mis hablas. Y llegando á la cueva acaecióme un acaecimiento, y tornándome á retraer muy de presto, me junté del todo á la puerta, y tomé en la boca lo que otras veces en la mano tomaba, y estuve pensando qué haria, si entraria en la cueva ó iria á dar las armas á quien las prometí. En fin, pensé si entrara, por ventura sería acusado de ladronicio, diciendo habella yo comido, pues no habia de ser hallado, el cual era caso feo y digno de castigo. En fin, vuelvo al ejército, el cual ya movia en mi socorro, porque me habia visto cobrar la espada, y áun por mostrar yo más ánimo cuando la cobré de sobre la pared que á la boca de la cueva estaba, esgrimí torciendo el hocico, y á cada lado hice con ella casi como un reves.

Llegando al general, humillando la cabeza ante él, teniendo como pude la espada por la empuñadura en mi boca, le dije:—Gran señor, veis aquí las armas de nuestro enemigo: de hoy no hay más que temer la entrada, pues no tiene con qué defenderla. «Vos lo habeis hecho como valiente atun, y sereis gualardonado de tan gran servicio; y pues con tanto esfuerzo y osadía ganaste la espada, y me parece os sabreis aprovechar della mejor que otro, tenedla hasta que tengamos en poder este malvado.» Y luégo llegaron infinitos atunes á la boca de la cueva, mas ninguno fué osado de entrar dentro, porque temian no le quedase puñal; yo me preferí á ser el primero de la escala, con tal que luégo me siguiesen y diesen favor; y esto pedia porque

hubiese testigos de mi inocencia; mas tanto era el miedo que á Lázaro habian, que nadie queria seguirme, aunque el general prometia grandes dádivas al que conmigo segundase. Pues estando así, díjome el gran capitan, qué me parecia que hiciese, pues ninguno me queria ser compañero en aquella peligrosa entrada. Y yo respondí que por su servicio me atreveria á entrarla solo, si me asegurasen la puerta, que no temiesen de ser conmigo. Él dijo que así se haria, y que cuando los que allí estuviesen no osasen, que él me prometia seguirme. Entónces llegó el capitan Licio, y dijo que entraria tras mí; luégo comienzo á esgrimir mi espada á un lado y á otro de la cueva, y á echar con ella muy fieras estocadas, y lánzome dentro diciendo á grandes voces:—¡Victoria, victoria! ¡Viva el gran mar y los grandes moradores dél, y mueran los que habitan la tierra!

Con estas voces, aunque mal formadas, el capitan Licio, que ya dije me siguió y entró luégo tras mí, el cual aquel dia extrañamente se señaló, y cobró conmigo mucho crédito en velle tan animoso y aventajado de los otros, y á mí parecióme que un testigo no suele dar fe; y no quitándome de la entrada, comienzo á pedir socorro; mas por demas era mi llamar, que maldito el que se osaba aún á llegar. Y no es de tener á mucho, porque en mi conciencia lo mismo hiciera yo, si pensara lo que ellos, para qué es sino decir la verdad; mas entrábame sabiendo que un caracol dentro no estaba. Comencé á animallos, diciéndoles: —¡Oh poderosos, grandes y poderosos atunes! ¿Do está vuestro esfuerzo y osadía el dia de hoy? ¿Qué cosa se os ofrecerá en que ganeis tanta honra? ¡Vergüenza, vergüenza! Mirad que vuestros enemigos os ternán en poco siendo sabidores de vuestra poca osadía. Con estas y otras cosas que les dije, aquel gran capitan más con vergüenza que gana, bien espaciosamente entró dando muy grandes voces: «Paz, paz;» en lo cual bien conocí que no las traia

todas consigo, pues en tiempo de tanta guerra pregonaba paz. Desque fué entrado, mandó á los de fuera que entrasen, los cuales pienso yo que entraron con harto poco esfuerzo; mas como no vieron al pobre Lázaro ni defensa alguna, aunque hartos golpes de espada daba yo por aquellas peñas, quedaron confusos, y el general corrido de lo poco que acorrió al socorro mio y de Licio.

CAPÍTULO IV.

Cómo despues de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando á Lázaro sino á los vestidos, entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dió.

Mirando bien la cueva hallamos los vestidos del esforzado atun Lázaro de Tormes, porque fueron dél apartados cuando en pez fué vuelto, y cuando los ví todavía temí si por ventura estaba dentro dellos mi triste cuerpo, y el alma sola convertida en atun. Mas quiso Dios no me hallé, y conocí estar en cuerpo y alma vuelto en pescado. Huélgome, porque todavía sintiera pena, y me dolieran mis carnes viéndolas despedazadas y tragar á aquellos que con tan buena voluntad lo hicieran, y yo mismo lo hiciera por no diferenciar de los de mi ser, y dar con esto causa á ser sentido. Pues estando así el capitan general y los otros atónitos, á cada parte mirando y recatándose, temiendo aunque deseando encontrar con el que encontraban, despues de bien rodeada y buscada la pequeña cueva, el capitan general me dijo, qué me parecia de aquello, y de no hallar allí nuestro adversario.—Señor, le respondí, sin

duda yo pienso este no ser hombre, sino algun demonio que tomó su forma para nuestro daño; porque ¿quién nunca vió ni oyó decir un cuerpo humano sustentarse sobre el agua tanto tiempo, ni que hiciese lo que este ha hecho, y al cabo teniéndole en un lugar encerrado como este, y con estar aquí y tan cercado, habérsenos ido ante nuestros ojos?

Cuadróle esto que dije; y estando hablando en esto, sucediónos otro mayor peligro; y fué, que como comenzasen á entrar en la cueva los atunes que fuera estaban, diéronse tanta priesa, viéndose ya libres del contrario, y por haber parte del saco dél y vengarse de las muertes que habia hecho de sus deudos y amigos, que cuando miramos estaba la cueva tan llena, que desde el suelo hasta arriba no metieran un alfiler que no fuese todo atunes; y así, atocinados unos sobre otros nos ahogábamos todos, porque, como tengo dicho, el que entraba no se tenía por contento hasta llegar á do el general estaba, pensando que se repartia la presa. Por manera que vista la necesidad y el gran peligro que estábamos, el general me dijo: «Esforzado compañero, ¿qué medio ternemos para salir de aquí con la vida, pues ves cómo va creciendo el peligro, y todos casi estamos ahogados?—Señor, dije yo, el mejor remedio sería, si éstos que cabe nos están pudiesen darnos lugar, y que yo pudiese tomar la entrada desta cueva y defenderla con mi espada para que más no entrasen, y los entrados saldrian y nosotros con ellos sin peligro.—Mas esto es imposible por haber tanta multitud de atunes que sobre nosotros están; y habrás de ver cómo no por eso se ha de excusar que no entren más; porque el que está fuera piensa que los que estamos acá dentro estamos repartiendo el despojo, y quieren su parte.—Un sólo remedio veo, y es, si por escapar vuestra excelencia tiene por bien que algunos destos mueran, porque para ya hacer lugar no puede ser sin daño.—Pues así es, guarda la cara al basto

y triunfa de todos esos otros.—Pues, señor, le respondí, quedais como poderoso señor; sacadme á paz y á salvo deste hecho, y que en ningun tiempo me venga por ello mal.—No sólo no te vendrá mal, dijo él, más te prometo te vendrán por lo que hicieres grandes bienes, que en tales tiempos es gran bien del ejército que el caudillo se salve, y querria más una escama que los súbditos.»

¡Oh capitanes, dije yo entre mí, qué poco caso hacen de las vidas ajenas por salvar las suyas! ¡Cuántos deben de hacer lo que éste hace! ¡Cuán diferente es lo que éstos hacen á lo que oí decir que habia hecho un Paulo Decio, noble capitan romano, que conspirando los latinos contra los romanos, estando los ejércitos juntos para pelear, la noche ántes que la batalla se diese, soñó el Decio que estaba constituido por los dioses que si él moria en la batalla, que los suyos vencerian y serian salvos, y si él se salvaba, que los suyos habian de morir. Y lo primero que procuró, comenzando la batalla, fué ponerse en parte tan peligrosa que no pudiese escapar con la vida, porque los suyos la hubiesen, y así la hubieron. Mas no le seguia en esto e nuestro general atun. Despues, viendo yo la seguridad que me daba, digo la seguridad, y áun la necesidad que de hacello habia, y el aparejo para me vengar del mal tratamiento y estrecho en que aquellos malos y perversos atunes me habian puesto, comienzo á esgremir mi espada lo mejor que pude, y á herir á diestro y siniestro, diciendo:—Fuera, fuera, atunes mal comedidos, que ahogais á nuestro capitan; y con esto á unos de reves, á otros de tajo, á veces de estocada, en muy breve hice diabluras, no mirando ni teniendo respeto á nadie, excepto al capitan Licio, que por verle de buen ánimo en la entrada de la cueva me aficioné á él, y le amé y guardé, y no me fué dello mal, como adelante se dirá.

Los que estaban dentro de la cueva, como vieron la matanza, comienzan á desembarazar la posada, y con cuanta

furia entraron á mayor salieron. Y como los de fuera supiesen la nueva y viesen salir á algunos descalabrados, no procuraron entrar, y así nos dejaron solos con los muertos, y me puse á la boca de la cueva y desde allí empiezo á echar muy fieras estocadas. Y á mi parecer tan señor de la espada me ví teniéndola con los dientes, como cuando la tenía con las manos. Despues de haber descansado del trabajo y ahogamiento, el bueno de nuestro general y los que con él estaban, comienzan á sorber de aquella agua que á la sazon en sangre estaba envuelta. Y asimismo á despedazar y comer los pecadores atunes que yo habia muerto; lo cual viendo, comencé á tenelles compañía, haciéndome nuevo de aquel manjar que ya le habia comido algunas veces en Toledo, mas no tan fresco como allí se comia. Y así me harté de muy sabroso pescado, no impidiéndome las grandes amenazas que los de fuera me hacian por el daño que habia hecho en ellos.

Y ya que al general pareció nos salimos fuera con avisalle de la mala intencion que los de fuera contra mí tenian, por tanto que su excelencia proveyese en mi seguridad. Él, como salió contento y bien harto (que dicen que es la mejor hora para negociar con los señores), mandó pregonar, que los que en dicho ni en hecho fuesen contra el atun extranjero, que muriesen por ello, y ellos y sus sucesores fuesen habidos y tenidos por traidores, y sus bienes confiscados á la real cámara; por cuanto si el sobredicho atun hizo daño en ellos, fué por ser ellos rebeldes, y haber pasado el mandamiento de su capitan, y puéstole por su mal mirar á punto de muerte; y con esto todos hubieron por bien que los muertos fuesen muertos y los vivos tuviésemos paz.

Hecho esto, el capitan hizo llamar todos los otros capitanes, maestros de campo, y todos los demas oficiales señalados que tenian cargo del ejército; mandó, que los que no habian entrado en la cueva, entrasen y repartiesen en-

tre sí el despojo que hallasen, lo cual brevemente fué hecho, y tantos eran que á un bocado de atun no les cupo. Despues de salidos, porque pareciese á todos hacian participantes, pregonaron saco á todo el ejército, del cual fué hecho cumplimiento á todos los atunes comunes, porque maldita la cosa en la cueva habia, sino fuese alguna gota de sangre y los vestidos de Lázaro. Aquí pasé yo por la memoria la crueldad destos animales, y cuán diferente es la benigna condicion de los hombres á la dellos. Porque puesto caso que en la tierra alguno se allegase á comer algo de lo de su prójimo, el cual pongo en duda haber, mayormente el dia de hoy por estar la conciencia más alta que nunca, á lo ménos no hay tan desalmado que á su mismo prójimo coma. Por tanto, los que se quejan en la tierra de algunos desafueros y fuerzas que les son hechas, vengan, vengan á la mar, y verán cómo es pan y miel lo de allá.

CAPÍTULO V.

En que cuenta Lázaro el ruin pago que le dió el general de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitan Licio.

Pues tornando á lo que hace al caso, otro dia el general mismo me apartó en su aposento, y dijo: «Esforzado y valeroso atun extraño, yo he acordado te sean gualardonados tan buenos servicios y consejos; porque si los que como tú sirven no son gualardonados, no se hallaria en los ejércitos quien á los peligros se aventurase, porque me parece en pago dello ganes nuestra gracia, y te sean

perdonadas las valerosas muertes que en la cueva en nuestras compañas hecistes. Y en memoria del servicio que en librarme de la muerte me has hecho, poseas y tengas por tuya propia esa espada del que tanto daño nos hizo, pues tan bien della te sabes aprovechar, con apercebimiento que si con ella hicieres contra nuestros súbditos y naturales de nuestro señor el rey alguna violencia, mueras por ello; y con esto me parece no vas mal pagado, y de hoy más puedes te volver do eres natural;» y mostrándome no muy buen semblante se metió entre los suyos, y me dejó.

Quedé tan atónito cuando oí lo que dijo, que casi perdí el sentido, porque pensaba por lo ménos me habia de hacer un grande hombre, digo atun, por lo que habia hecho, dándome cargo perpétuo en un gran señorío en el mar, segun me habia ofrecido.—¡Oh Alexandre! dije entre mí; repartíades y gastábades vos las ganancias ganadas con vuestro ejército y caballeros, ó lo que habia oido de Cayo Fabricio, capitan romano, de qué manera gualardonaba y guardaba la corona para coronar á los primeros que se aventuraban á entrar los palenques; y tú, Gonzalo Hernandez, gran capitan español, otras mercedes heciste á los que semejantes cosas en servicio de tu rey y en aumento de tu honra se señalasen. Todos los que sirvieron y siguieron á cuantos del polvo de la tierra le levantaste, y valerosos y ricos heciste, como este mal mirado atun conmigo lo hizo, haciéndome merced de la que en Zocodover me habia costado mis tres reales y medio. Pues oyendo esto, consuélense los que en la tierra se quejan de señores, pues hasta en el hondo mar se usan las cortas mercedes de los señores.

Estando yo así pensativo y triste, conociéndomelo el capitan Licio, llegóse á mí y díjome: «Los que confian en algunos señores y capitanes, así como á tí acaece, que estando en necesidad hacen promesas, y salidos dellas no se

acuerdan de lo prometido. Yo soy buen testigo de todo tu buen esfuerzo, y de todo lo que valerosamente has hecho, como quien á tu lado se halló, y veo el mal pago que de tus proezas llevas, y el gran peligro en que estás; porque quiero que sepas, que muchos destos que ante tí tienes están entre sí concertando tu muerte; por tanto, no te partas de mi compañía, que de aquí te doy fe como hijo-dalgo de te favorecer con todas mis fuerzas, y con las de mis amigos en cuanto pueda; pues sería muy gran pérdida perderse un tan valeroso y señalado pece como tú.» Yo le respondí grandes gracias por la voluntad que me mostraba, y acepté la merced y buena obra que me hacía, ofreciéndome á servillo en tanto que viviese; y con esto él fué muy contento y llamó hasta quinientos atunes de su compañía, y mandóles que dende en adelante tuviesen cargo de me acompañar y mirar por mí como por él mismo; y así fué, que éstos jamás ni de dia ni de noche de mí se me apartaban, y con gran voluntad, que éstos no era mucho que me desamasen. Y no pienso que de los otros habia en el ejército quien no me tuviese gran voluntad, porque les pareció aquel dia del combate que me señalé ó dí á conocer gran valentía y esfuerzo en mí.

Desta manera trabamos el capitan Licio y yo amistad, la cual nos mostramos como adelante diré. Deste supe yo muchas cosas y costumbres de los habitadores del mar, los nombres de los cuales y muchas provincias, reinos y señoríos dél, y de los señores que los poseian; por manera que en pocos dias me hice tan prático, que á los nacidos en él hacía ventaja, y daba más cuenta y relacion de las cosas que ellos mismos. Pues en este tiempo nuestro campo se deshizo, el general mandó que cada capitanía y compañía se fuese á su alojamiento, y dende á dos lunas fuesen todos los capitanes juntos en la corte, porque el rey lo habia así enviado á mandar. Apartámonos mi amigo y yo con los de su compañía, que serian á mi ver hasta

diez mil atunes, entre los cuales habia poco más que diez hembras, y éstas eran atunas del mundo, que entre la gente de guerra suelen andar á ganar la vida. Aquí ví el arte y ardid que para buscar de comer tienen estos pescados, y es que se derraman á una parte y á otra, y se hacen en cerco grande de más de una legua en torno, y desque los unos de una parte se han juntado con los de la otra, vuelven los rostros unos para otros, y se tornan á juntar, y todo el pescado que en medio toman muere á sus dientes. Y así cazan una ó dos veces al dia, segun como acaecen á salir. Desta suerte nos hartábamos de muchos y sabrosos pescados, como eran pajeles, bonitos, agujas y otros infinitos géneros de peces, haciendo verdadero el proverbio que dice que *el pece grande come al más pequeño;* porque si acontecia en la redada coger algunos mayores que nosotros, luego les dábamos carta de guía, dejábamos salir sin ponernos con ellos en barajas, excepto que si querian ser con nosotros y ayudarnos á matar y comer conforme al dicho, *quien no trabaja, que no coma.*

Tomamos una vez entre otros pescados ciertos pulpos, al mayor de los cuales yo reservé la vida y tomé por esclavo, y hice mi paje de espada, y así no traia la boca embarazada ni pena con ella, porque mi paje, revuelto por los anillos, una de sus muchas colas la traia á su placer; y áun parecióme á mí que se usaba y pompeaba con ella. Desta suerte caminamos ocho soles, que llaman en el mar á los dias, al cabo de los cuales llegamos á do mi amigo y los de su compañía tenian sus hijos y hembras, de las cuales fuimos recebidos con mucho placer, y cada cual con su familia se fué á su albergue, dejándome á mí y al capitan en el suyo.

Entrados que fuimos en la posada del señor Licio, dijo á su hembra: «Señora, lo que deste viaje traigo es haber ganado por amigo este gentil atun que aquí veis, la cual ganancia tengo en mucho; por tanto, os ruego sea de vos

festejado, y hecho aquel tratamiento que á mi hermano hacer solíades, porque en ello me hareis singular placer.» Esta era una muy hermosa atuna, y de mucha autoridad, respondió: «Por cierto, señor, eso se hará como mandais, y si falta hubiere no será de voluntad.» Yo me humillé ante ella suplicándola me diese las manos para se las besar, sino que plugo á Dios se lo dije algo paso, y no se echó de ver, y no oyeron mi necedad. Dije entre mí:—Maldito sea mi descuido, que pido para besar las manos á quien no tiene sino cola; la atuna me dió una hocicada amorosa rogándome me levantase, y así fuí della recebido muy bien, y ofreciéndome á su servicio, fuí della muy bien respondido, como de una muy honrada dueña. Y desta manera estuvimos allí algunos dias, y muy á nuestro placer, y yo muy bien tratado destos señores y servido de los de su casa. En este medio yo mostré al capitan esgremir no lo habiendo en mi vida aprendido, y hízose de la espada muy diestro, lo cual él preciaba mucho, y asimismo á un hermano suyo, que habia nombre Melo, tambien muy ahidalgado atun.

Pues estando yo una noche en mi reposo pensando la muy buena amistad que en este pece mi amigo tenía, deseando se le ofreciese algo en que le pudiese pagar parte de lo mucho que le debia, vínome al pensamiento un gran servicio que le podia hacer, y luégo á la mañana lo comuniqué con él, lo cual él tuvo en lo que fué justo; pues le valió tanto como adelante diré. Y fué el caso que viéndole yo tan aficionado á las armas, le dije que él debia enviar á aquella parte donde fué nuestro desastre, y que allí se hallarian muchas espadas, lanzas, puñales y otras maneras de armas, y que trujesen todas las que pudiesen traer, que yo queria tomar cargo de mostrar aquella nuestra compaña y hacellos diestros; y si aquello habia efecto, su compañía sería la más pujante y valerosa de todas, y de quien el rey y todo el mar más caso haria; porque ella sola valdria más

que todas las otras juntas, y que desto le redundaria á él mucha honra y ganancia. Parecióle consejo de buen amigo, y mucho me lo agradeció, y luégo, ejecutando el aviso, envió á su hermano Melo con hasta seis mil atunes, los cuales con toda brevedad y buena diligencia vinieron trayendo infinitas espadas y otras armas muchas, de las cuales gran parte venian tomadas del orin, y debian ser de cuando el poco venturoso D. Hugo de Moncada pasó otra tormenta en este paso. Las armas venidas fueron repartidas en los atunes que más hábiles nos parecieron, y el capitan por un cabo, y su hermano por otro, y yo era como sobre-maestro á quien venian con las dudas: no entendíamos en otra cosa sino en mostrárselas á tener y esgremir con ellos. Yá que supiesen echar su reves y tajo y fina estocada, á los demas que nos pareció, dióse cargo para cazar y buscar de comer.

A las hembras hecimos entender en limpiar las armas con una gentil invencion que yo dí; y fué que las sacasen y metiesen en los lugares que tuviesen arena hasta que se parasen lucias. De manera que, puestos todos á punto, quien viera aquel pedazo de mar le pareceria una gran batalla en el agua. A cabo de algunos dias muy pocos de los atunes armados habia que no se tuviesen por otro Aguirre el diestro. Entramos en consejo, y fué acordado hiciésemos con los pulpos perpétua liga y amistad, de que se viniesen á vivir con nosotros, porque nos sirviesen con sus largas faldas de talabartes, y así se hizo, y holgaron dello, porque los tuviésemos por amigos y los mantuviésemos. Los cuales, como dije, sin pena nos podian servir; y en este tiempo se cumplió el plazo de los dos meses, en cabo de los cuales el capitan general mandó que fuesen todos juntos los capitanes en la corte. Y Licio se empezó á poner á punto para la ida, y entre él y mí se platicó si sería bien irme yo con él á la corte, y besar las manos al rey, y que tuviese noticia de mí. Hallamos no ser buena la volun-

tad que mostró el general, y que sería inconveniente por haberme expresamente mandado me fuese á mi tierra; por lo cual despues de platicado bien el negocio, estando presentes á la plática Melo, hermano del capitan Licio, de muy buen ingenio, y la hermosa y no ménos sábia atuna, su hembra, fué el parecer de todos, por el presente, que yo me quedase allí en su compañía, porque él acordó de ir á la ligera, y llevar pocos de los suyos, y que despues que él llegase allá, informaria al rey de mí y del gran valor mio, y que como el rey le respondiese, así haria lo que fuese bien.

Con este acuerdo el buen Licio se partió con hasta mil atunes, y quedamos su hermano Melo y yo con los demas en el aposento. Y al tiempo que de mí se despidió, apartándome, me dijo: «Verdadero amigo, hágoos saber que voy muy triste por un sueño que esta noche soñé: quiera Dios no sea verdad; mas si por mi desventura saliere verdad, ruégoos os hagais como bueno, y os acordeis de lo que en voluntad me sois en cargo; y no querais de mí más saber, porque ni á vos ni á mí conviene.» Yo le rogué mucho se aclarase cómo, y no quiso; ántes como estaba ya despedido de su dueña y de su hermano y de los demas, dándome con el hocico se fué no alegre, dejándome á mí muy triste y confuso. Pensé muchos y varios pensamientos sobre aquel caso; y en uno dellos hice algun asiento, diciendo:—Por ventura este á quien tanto debo, debe pensar que la hermosura de su atuna, que las más veces con la mucha honestidad no se abraza, me cegará para que no vea lo que el mar veria tan gran maldad. Mas esta buena ley el dia de hoy está corrupta, y en el mar debe de ser lo mismo, y no es mucho. Pasé yo por la memoria muchas cosas en este caso, y parecióme prevenir el remedio, para que él se asegurase y mi lealtad no padeciese, y fué llegados ante la capitana atuna yo y su cuñado, despues de haberla algun tanto consolado del pesar que la partida de su

marido le causaba, mayormente en ver la tristeza que Licio llevaba, aunque tambien á mí y á ella se lo encubrió al tiempo que della se despidió.

Yo le dije á Melo que yo deseaba ser su huésped, si él por bien lo tenía; porque para estar en compañía de hembras era mal regocijado, y ántes causaria á su merced tristeza que sería en quitársela. Ella me fué mucho á la mano, diciendo que si algun consuelo pensaba tener era por estar yo en su poder y posada, sabiendo el grande amor que su marido me tenía; y que así, al tiempo que della se partió, no le dió mayor cargo que el cuidado que de mí habia de tener; aunque yo no pensé lo que era, ántes distaban nuestros pensamientos: al fin, como á mí se me habian asentado los negros celos áun como atun, que por ventura habia pasado por ellos con la mi Elvira y mi amo el arcipreste, nunca se pudo conmigo acabar que quedase, ántes me fuí con el cuñado, y cuando á visitalla venía siempre le traia conmigo.

CAPÍTULO VI.

En que cuenta Lázaro lo que al capitan Licio, su amigo, le aconteció en la corte con el gran capitan.

Pues estando así, como he contado, á ratos cazando, á ratos ejercitando las armas con aquellos que diestros se habian hecho, dende á ocho dias que mi amigo se habia partido nos llegó una nueva, la cual manifestó la tristeza que llevaba al partir, con hacernos á todos los más tristes

peces de todo el mar. Y fué el caso que cuando el capitan general se hubo conmigo tan ásperamente como he contado, él quisiera que me fuera luégo del ejército, y que los apasionados á quien yo habia hecho ofensa me ofendieran y dieran muerte, y áun, como despues se supo, él habia mandado á ciertos atunes, que viéndome desmandado me matasen, y averiguado, no por más de por parecelle, como era verdad, ser yo tal testigo de su cobardía, porque otra causa yo no hallaba, sino por do merecia ser gratificado. Mas Dios no dió lugar á esta maldad, poniendo como puso á Licio en corazon el favor que me hizo; lo cual sabido por el general tomó asimismo con él gran odio y mala voluntad, afirmando y jurando que lo que Licio hizo por mí fué por dalle á él pesar, y sabiendo tambien que en él tenía mal testigo, por estar junto á mí cuando el general entró en la cueva diciendo: *paz, paz.*

Juntóse todo y lo que en mí habia hecho el buen capitan, y mejor que él, procuró con sus malas mañas hacer; y como fué en la corte, luégo fué con grandes quejas al rey, infamándole de traidor y aleve, diciendo que una noche, teniendo el dicho capitan Licio en cargo la guarda y la más cercana centinela por muchos dineros que le habia dado por libralle de ser la. Y esto decian él y otros muchos más. Y así le ayude Dios, como dijo la verdad, que Lázaro de Tormes no le podia dar sino muchas cabezas dellos que tenía á sus piés, y dispuso dél, diciendo que habia traido de partes extrañas un atun malo y cruel, el cual atun habia muerto gran número de los de su ejército con una espada que en la boca traia, de la cual jugaba tan diestramente que no era posible sino ser algun diablo, que para destrucion de los atunes tomó su forma, y que él, viendo el daño que el mal atun habia hecho, lo desterró, y so pena de muerte le mandó de aspartarse del campo, y que el dicho Licio, en menosprecio del real mandado y de la real corona, y á su despecho, le habia acogido en su

compañía y dado favor y ayuda, por do habia incurrido en crímen *lessæ majestatis*, y por derecho y ley debia ser hecha dél justicia, porque fuese castigo de su yerro, y en él otros tomasen ejemplo, porque dende adelante nadie fuese contra los mandamientos reales. El señor rey, así mal informado y peor consejado, dando crédito á las palabras de su mal capitan, con dos ó tres malos y falsos testigos que juraron lo que él les mandó, y con una probanza hecha en ausencia y sin parte, el mismo dia que llegó á la corte el buen Licio, muy inocente desto, mandó fuese luégo preso y metido en una cruel mazmorra, y echada á su garganta una muy fuerte cadena. Y mandó al general hiciese con toda solicitud poner en él guarda, y llevar á pura y debida ejecucion su castigo, el cual luégo proveyó más de treinta mil atunes que le hiciesen la guarda.

CAPITULO VI

Cómo sabido por Lázaro la prision de su amigo Licio, lo lloró mucho él y los demas, y lo que sobre ello se hizo.

Estas tristes y dolorosas nuevas nos trujeron algunos de los que con él ido habian, dándonos esta relacion á todos; y como le habian hecho cargo de lo que he dicho, y la manera que en el oille y estar con él á derecho se tenía, porque todos los jueces que en ello entendian tenía sobornados el general, y que segun pensaban, y la cosa tan de rota iba, no podria escaparse de breve y rabiosa muerte.

A esta hora me acordé, y dije entre mí aquel dicho del conde Claros antiguo, que dice:

«¿Cuándo acabarás, ventura?
¿Cuándo tienes de acabar?
En la tierra mil desastres,
Y en las mares mucho más.»

Comenzóse entre nosotros un llanto y alaridos, y en mí doblado, porque lloraba el amigo y lloraba a mí, que faltando él no esperaba vivir, quedando en medio del mar y de mis enemigos del todo solo y desamparado. Parecióme que aquella compañía se quejaba de mí, y con justa causa y razon, pues yo era causante que lo perdiesen al que bien querian. No sin causa decia su atuna: «Vos, mi señor, tan triste de mí os partisteis sin quererme dar parte de vuestra tristeza; bien pronosticábades vos mi gran pérdida; sin duda, decia yo, este es el sueño que vos, mi buen amigo, soñastes; esta es la tristeza con que vos de mí os partistes alejándonos con ella.» Y así cada uno decía y lamentaba; dije delante de todos:—Señora, y señores y amigos, lo que con las tristes nuevas hemos hecho ha sido muy justo, pues cada uno de nosotros muestra lo que siente; mas ya que este primer movimiento que en mano de nadie es pasado, justo será, mis señores, que pues con lloro nuestra pérdida no se cobra, que demos órden brevemente en pensar el mejor remedio que nos convenga.

Y esto pensado, y visto ponello luego en ejecucion, pues, segun dicen estos señores, la demasiada priesa que nos dan los que nos desaman, lo requiere: la hermosa y casta atuna, que derramando muchas lágrimas de sus graciosos ojos estaba, me respondia: «Todos vemos, esforzado señor, ser gran verdad lo que decís, y asimismo la demasiada necesidad que de nuevo tenemos; por lo cual, si estos señores y amigos de mi parecer son, debemos todos de remitirnos á vos, como á quien Dios ha puesto claro y señalado seso; y pues Licio, mi señor, siendo tan

cuerdo y sabio, sus arduos y pesados negocios de vos confiaba y vuestro parecer seguia, no pienso errar, aunque soy una flaca hembra, en suplicaros lo tomeis á cargo de proveer y ordenar lo que convenga á la salvacion del que de un tan verdadero amor os ama, y al consuelo desta triste que siempre os quedará en gran deuda.» Y esto dicho, tornó á su gran llanto, y todos hicimos lo mesmo. Melo y otros atunes con la señora capitana estaban, y con ella se hallaron, á su parecer, conformes, los cuales me dieron cargo desta empresa, ofreciéndose á seguirme y hacer todo lo que yo les mandase. Pues viendo que yo era obligado á hacerlo de ponerme en todo cuidado y trabajo, por el que por mí en tanto estrecho estaba, comedidamente lo acepté, diciéndoles conocer yo que cada cual de sus mercedes lo hiciera mejor; mas pues eran servidos que yo lo hiciese, á mí me placia. Diéronme las gracias, y luego allí acordamos se hiciese saber á todo el ejército; lo cual luego fué hecho, y dentro en tres dias fueron todos juntos. Yo escogí para mi consejo doce dellos, los más ricos, y no tuve respeto á más sabios si eran pobres, porque así lo habia visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad, y así vi hartas veces dar con la carga en el suelo, porque, como digo, no miran sino que anden vestidos de seda, no de saber.

Y estos apartados, fué el uno dellos Melo y la señora capitana, que era muy sesuda hembra, cosa por cierto muy clara en tierra y en mar. Y esto hecho, mandamos á toda la compañía se fuesen á comer, y viniesen luégo á punto de guerra los armados con sus armas, los otros con sus cuerpos; venidos que fueron, hice contallos, y hallamos por número diez mil y ciento y nueve atunes, todos estos de pelea, sin hembras, pequeños y viejos; los cinco mil dellos armados, cuál de espada ó puñal, lanza y cuchillo: todos estos hicieron juramento en mi cola, que sobre

su cabeza pusieron á usanza de allá (y áun reíme en cuanto hombre entre mí de la donosa ceremonia), que harian lo que yo les mandase y ponian sus armas, y los que no las tuviesen sus dientes, en quien yo les dijese, procurando con todas sus fuerzas librar á su capitan, guardando la debida lealtad á su rey. Acordamos en el consejo de guerra que la señora capitana fuese con nosotros muy bien acompañada de otras cien atunas, entre las cuales llevó una hermana suya, doncella muy hermosa y apuesta. Y hecimos tres escuadrones, el uno de todos los atunes desarmados, y los dos, de los que llevaban armas. En la vanguardia iba yo con dos mil y quinientos armados, y en la retaguardia iba Melo con otros tantos; los desarmados y carruajes iban en medio, y llevando asimismo con nosotros nuestros pajes ya dichos, que las espadas nos llevaban.

CAPITULO VIII.

De cómo Lázaro y sus atunes, puestos en órden, van á la corte con voluntad de libertar á Licio.

Desta suerte que arriba he dicho, nos metimos en camino, y con mucha priesa, dando cargos á los que nos pareció de la pesca para bastecer la compañía, porque no se desmandasen, y tomé aviso de los que nos habian traido la nueva del asiento de la corte, y el lugar donde nuestro capitan estaba preso, y á cabo de tres dias llegamos á diez millas de la corte: y porque por ir de nueva y extraña

manera, si se supiese de nuestra ida, pondríamos escándalo, acordóse que no pasásemos adelante hasta que la noche viniese. Y mandamos á ciertos atunes, de aquellos que la triste nueva nos habian traido, se fuesen á la ciudad, y lo más disimulado que pudiesen, supiesen en qué estaba la cosa, y volviesen á nosotros con el aviso, y dellos algunos vinieron dándonos la peor que quisiéramos. La noche venida, fué acordado que la señora capitana con sus hembras, y Melo con ellas con hasta quinientos atunes sin armas, de los más honrados y viejos, fuesen derecho camino al rey. Y como bien sabian, suplicasen al Rey hubiese por bien de examinar la justicia de su marido y hermano, y que yo con todos los demas me metiese en una montaña muy espesa de arboledas y grandes rocas que á dos millas de la ciudad estaba, do el rey algunas veces iba á monte, y allí estuviésemos hasta ver lo que negociaban, los cuales nos avisasen. Luego llegamos al bosque, y hallámosle bien proveido de pescados monteses, en el cual nos cebamos, ó por mejor decir nos hartamos á nuestro placer. Yo apercibí toda la compañía que estuviese lanza en cuja. La hermosa y buena atuna llegó allá al alba, y luego se fué para palacio con toda su compañía, y esperó gran rato á la puerta hasta que el rey fué levantado, al cual dijeron la venida de aquella dueña, y lo mucho que á los porteros importunaba la dejasen entrar y hablar á su alteza. El rey, que bien sintió á lo que venía, le envió á decir se fuese enhorabuena, que no podia oirla. Visto que de palabra no queria oir, fué por escripto; y allí se hizo una peticion bien ordenada de dos letrados que por Licio abogaban, en el cual se le suplicó quisiese admitir á sí aquel juicio; pues Licio habia apelado para ante su alteza, porque el nuestro buen capitan estaba condenado á muerte por esos señores alcaldes del crímen, y habíase dado esta sentencia el dia de ántes, la cual nosotros supimos de los que dije, diciendo: «Que su alteza supiese que su marido

habia sido acusado con falsedad, y muy injustamente sentenciado, y que su alteza hiciese tornar á examinar su justicia, y que hasta en tanto sobreseyese la justicia y ejecucion de la sentencia.» Estas y otras cosas muy bien dichas fueron en la buena peticion, la cual fué dada á uno de los porteros. Y al tiempo que se la dió la buena capitana, se quitó una cadena de oro que traia con su joyel, y se la dió al portero, y le dijo que se doliese della y de su fatiga, y no mirase al galardon tan poco: con muchas lágrimas y tristeza el portero tomó dél la peticion de buena gana, y de mejor la cadena, prometiendo hacer su posibilidad; y no fué en vano la promesa, porque leida ante el rey la peticion, tantas y tales cosas se atrevió á decir con su boca llena de oro á su alteza, juntamente con narralle los llantos y angustias que la señora capitana hacía por su marido á la puerta de palacio, que al mal aconsejado rey hizo mover á alguna piedad, y dijo: «Vé con esa dueña á los alcaldes del crímen y díles que sobresean la ejecucion de la sentencia, porque quiero ser informado de ciertas cosas convenientes al negocio del capitan Licio;» y con esta embajada vino muy alegre el portero á la triste, pidiéndole albricias de su buen negociar, las cuales de buena gana ella se las ofreció, y luégo sin detenerse fueron al aposento de los alcaldes, y quiso su desdicha que yendo pola calle toparon con don Paver, que así se llamaba el inventor destos nuestros afanes, el cual muy acompañado iba á palacio.

Mas como vió la dueña y su capitanía, y supo quién era, y conoció el portero, como astuto y sagaz sospechó lo que podia ser, y con gran disimulacion llamó al portero, é interrogándole á do iba con aquella compañía, el cual simplemente se lo dijo. Y él demostró que le placia dello, siendo al reves, diciendo que se holgaba de lo que el rey hacía, porque al fin Licio era valeroso, y no era justo así hacer justicia dél sin bien examinar el negocio. «En mi no-

sada quedan los alcaldes que á pedir mi parecer en este negocio venian, y yo iba á hablar al rey sobre ello, y ellos me quedan allí esperando: mas pues traeis despacho, volvamos y decirles heis lo que el rey nuestro señor manda;» y yendo, llamó á un paje suyo, y muy riendo le dijo que fuese á los alcaldes, y les dijese que luégo á la hora hiciesen de Licio la justicia que se habia de hacer, porque así convenia al servicio del rey; y que en la cárcel ó á la puerta della lo justiciasen sin traello por las calles, entre tanto que él detenia al portero. El criado lo hizo así, y llegando á la posada, el traidor metió consigo al portero, y dijo á Melo y á su cuñada que esperasen miéntras entraba á hablar á los alcaldes, y que de allí todos irian á la prision de Licio á dalle el parabien de su buena esperanza, y que él queria con ellos ir; mas á esta hora la desventurada fué avisada de la gran traicion y mayor crueldad del gran capitan. Pues aunque peor voluntad tuviera al buen Licio, mirara al angustia y lágrimas de la buena capitana su mujer, y fuera mejor aplacallo por este respecto. Y cuando el malaventurado y traidor llamó al paje para que fuese á negociar la muerte del buen Licio, quiso Dios que uno de sus criados lo oyó, y díjolo á la buena capitana, del cual el capitan no se guardó, la cual cuando se lo dijo cayó sin sentido casi muerta sobre el cuello de su cuñado que junto á ella estaba. Melo, como lo oyó, tomó treinta atunes de los que consigo estaban, para que con la mayor presteza que pudiesen me diesen aviso del peligro en que el negocio estaba, los cuales como fieles y diligentes amigos se dieron tanta priesa, que en breve fuimos sabidores de las tristes nuevas que nos llegaron dando muy grandes voces. «Arma, arma, valientes atunes, que nuestro capitan padece muerte por traicion y astucia del traidor don Paver, contra voluntad y mandado del rey nuestro señor;» y en breves palabras nos cuentan todo lo que he contado. Hice luégo tocar las bocinas, y mis atunes juntos con sus bocas

armadas, á los cuales yo hice una bravísima habla, dándoles cuenta de lo contado; por tanto que como buenos y esforzados mostrasen sus ánimos á los enemigos socorriendo á su señor en tan extrema necesidad, y ellos respondieron todos que estaban prestos á seguirme y hacer en el caso su deber: acabada su respuesta luégo comenzamos á caminar para allá. ¡Quién viera á esta hora á Lázaro atun delante de los suyos, haciendo el oficio de esforzado capitan, animándolos y esforzándolos, sin haberlo jamás usado! Excepto pregonando los vinos que hacía cuasi lo mismo, incitando los bebedores, diciendo:—Aquí, aquí, señores, que aquí se vende lo bueno, y no hay tal maestro como la necesidad. Pues desta suerte, á mi parecer, en ménos de un cuarto de hora entramos en la ciudad, y andando por las calles con tal ímpetu y furor que me parece á aquella sazon lo quisiera haber con un rey de Francia, y puse á mi lado los que mejor sabian la ciudad para que nos guiasen, do el sin culpa estaba, por el más breve camino.

CAPÍTULO IX

Que contiene cómo Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y lo que más por él hizo.

Y yendo nosotros con el furor y velocidad que tengo dicho, dimos con nosotros en una gran plaza que ante la torre de la prision estaba; mas nunca á mi pensar socorro entró ni llegó á tan buen tiempo, ni aquel buen Cipion africano socorrió á su patria, que casi del todo estaba ocu-

pada del gran Aníbal, como nosotros corrimos al buen Licio. Finalmente, que el mensajero que el traidor envió supo tan bien negociar, y los señores jueces que asimismo holgaron de contentar aquel (aunque malo) gran señor y privado del rey, porque otro dia le dijese que tenía muy buena justicia, y que los que la ejecutaban eran muy suficientes, y así les ayude Dios, que cuando llegamos tenian al nuestro Licio sobre un repostero, y á la hermosa su mujer con él dándole la postrera hocicada, que por grandes ruegos la dejaron llegar, muy sin esperanza ella y Melo de nuestro velocísimo socorro. Estaban en torno de la plaza, por las bocas de las calles que á ella venian, más de cincuenta mil atunes de la compañía del mal gran capitan, á los cuales habia dado la guardia del buen Licio. El ejecutivo verdugo estaba dando gran prisa á la señora capitana se apartase de allí y le dejase hacer su oficio, el cual tenía en su boca una muy gruesa y aguda espina de ballena del largo de un brazo para metelle por las agallas á nuestro muy gran capitan; que así mueren los que son hijosdalgo. Y la triste hembra muy á su pesar dando lugar al cruel verdugo con grandes lloros y gemidos que ella y su compañía daban: ya el buen Licio se tendia para esperar la muerte, y cerrando para siempre sus ojos por no verla, ya que el verdugo, como es costumbre, le habia pedido perdon. Y llegándose él le anda tentando el lugar, ó la parte por donde habia de herir para más presto dejalle sin vida. Cuando Lázaro atun habia hendido con su compañía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante se ponian con su toledana espada, y llegó á buen tiempo, al cual se debe creer que lo trujo Dios, que quiere socorrer á los buenos en tiempo de más necesidad; pues llegando al lugar que digo, y visto el duro peligro en que el amigo estaba, dí una gran voz, como la que solia dar en Zocodover: ántes que llegase el verdugo á hacer su deber, yo le

dije:—Vil Gurrea, ten, ten tu mano; si no, morirás por ello.

Fué mi voz tan espantosa, y puso tanto temor, que no sólo al cegoñino, mas á los demas que allí estaban dió espanto; y no es de maravillar, porque, de verdad, á la boca del infierno que tal voz sonara, espantara á los espantosos demonios, que fuera parte que me rindieran las atormentadas ánimas. El verdugo atónito de me oir, y espantado de ver el velocísimo ejército que en mi seguimiento venía, esgrimiendo mi espada á una y otra parte por ponelle más miedo y dalle materia en que ocupase la vista, me esperó; mas como yo llegué, parecióme asegurar el campo, y dí al pecador que matarle queria una estocada por el testuz, por do cayó luégo muerto al lado del que nada desto veia: aunque animoso y esforzado pece, la tristeza y pesar de verse tan injusta y malamente morir le tenía á esta sazon fuera de su acuerdo; y cuando así le ví estar, pensé si por desdicha mia habia acaecido ántes que yo llegase que el miedo le hubiese muerto, y con esto apresuradamente llegué á él llamándolo por su nombre, y á las voces que le dí levantó un poco la cabeza y abrió los ojos. Y como me vió y conoció, como si de la muerte resucitara se levantó, y sin mirar nada de lo que pasaba, se vino á mí, y yo le recebí con el mayor gozo y alegría que jamás ni despues hube, diciéndole: «Mi buen señor, quien en tal estrecho os puso no os debe amar como yo.—¡Ay, mi buen amigo, me respondió, cuán bien me habeis pagado lo poco que me debíades! Plega á Dios me dé lugar para os pagar lo mucho que hoy vuestro deudor me habeis hecho.—No es tiempo, mi señor, le respondí, destas ofertas, do tanta voluntad de todas partes sobra; mas entendamos en lo que conviene, pues ya veis lo que pasa.» Metí mi espada entre el cuello, y cortéle un cabo de guindaleta con que estaba atado. Como fué suelto, tomó una espada á uno de nuestra compañía, y fuimos á su hembra, y Melo y los otros

que con él estaban, que á esta hora atónitos y fuera de sí estaban de ver lo que veian; mas tornados en sí comienzan á darme gracias de la buena ventura.—Señores, yo les dije, habeislo hecho vosotros como buenos; yo de aquí adelante, y miéntras tuviere vida, haré lo que pueda en vuestro servicio y de Licio mi señor, y porque no hay tiempo de hablar mi hecho, mas de hacer algo, entendamos en ello, y sea que vosotros, señores, no os aparteis de nosotros, porque venís desarmados, y no recibais daño, y vos, Sr. Melo, tomad un arma y cien atunes de vuestra escuadra con sus armas, y no entendais en otra cosa más que en seguirnos, y mirad por vuestra hermana y esas otras hembras; porque nosotros llevamos acá los negocios y la victoria, y hayamos venganza de quien tanta tristeza y trabajo nos ha dado. Melo hizo como yo le rogué, aunque conocí dél quisiera emplearse á más peligro; yo y el buen Licio nos tuvimos, y nos metimos entre los nuestros, que andaban tan bravos y ejecutivos, que pienso tenian muertos más de treinta mil atunes; y como nos vieron entre sí, y conocieron su capitan, nadie puede contar el alegría que sintieron. Allí el buen Licio, haciendo maravillas con su espada y persona, mostraba á los enemigos la mala voluntad que en ellos habia conocido, matando y derribando á diestro y siniestro cuantos ante sí hallaba; mas á esta hora ellos iban tan maltrechos y desbaratados, que ninguno dellos entendia sino en huir, y esconderse, y meterse por aquellas casas, sin hacer defensa alguna más de la que las flacas ovejas suelen hacer á los bravos y carniceros lobos.

CAPÍTULO X.

Cómo recogiendo Lázaro todos los atunes, entraron en casa del traidor de D. Paver, y allí le mataron.

Visto esto, mandamos tocar las bocinas, porque los nuestros que derramados andaban se juntasen, al són de las cuales todos fueron juntos, y en ellos se renovó la demasiada alegría de ver á su capitan vivo y sano, y la victoria que de nuestros adversarios habíamos habido; porque pareció milagro, y por tal se debe tener, que casi todos los que murieron eran criados y paniaguados del mal D. Paver, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio por la gran confianza que dellos tenía. Y todos ellos deseaban haber hecho en él lo que nosotros hecimos en ellos; cosa muy acaecedera, que cuando el señor es malo, los criados procuran serlo con él, y al reves, cuando el señor es piadoso, manso y bueno, los criados le procuran imitar, ser buenos y virtuosos, y amigos de justicia y paz, sin las cuales dos cosas no se puede el mundo sustentar. Pues tornando á nuestro negocio, visto que no teniamos con quien pelear, el buen Licio y todos á grandes voces me dijeron qué me parecia se debia hacer, que todos estaban aparejados á seguir mi consejo y parecer, pues habia de ser el más acertado. —Pues mi voto quereis, valerosos señores, y esforzados amigos y compañeros, les respondí, á mí me parece, pues Dios nos ha guardado en lo principal, así hará en lo accesorio, mayormente que tengo creido que esta victoria y

buena andanza nos la ha dado para que seamos ministros de justicia, pues sabemos que á los malos desama y castiga. El mayor de los que tantas muertes ha causado, no sería justo quedase con la vida, pues sabemos que la ha de emplear en maldades y traiciones. Por tanto, si así, señor, os parece, vamos á él, y hagamos en él lo que en vos hacer quiso, que siempre oí decir: «De los enemigos los ménos;» que muchos grandes hechos se han perdido juntamente con los hacedores dellos por no saber dalles cabo. Si no, pregúntese al gran Pompeyo y á otros muchos que han hecho lo que él, mayormente que la ocasion no todas veces se halla. Y como libraremos por lo hecho, libraremos por lo que está por hacer.

Todos á grandes voces dijeron ser muy bien acordado, y que ántes que se escapase diésemos sobre él. Con este acuerdo, con muy buena ordenanza y con toda presteza, llegamos á la posada del traidor, al cual á aquella hora le habian llegado las tristes nuevas de la libertad de nuestro gran capitan, y de la gran matanza de los suyos. A esta sazon se le debia doblar el pesar, cuando le entrasen á decir cómo le tenian cercada la casa y mataban á cuantos se defendian, y la cruel y espantosa y nunca oida manera de nuestro pelear. Él era de suyo cobarde, y es Dios testigo que no se lo levanto, ni lo digo por quererlo mal; mas porque así lo ví y conocí; y como viese esto debíase de encobardar más, porque en los pusilánimos es muy acaecedero, y lo contrario en los animosos. Y así se dió tan mala maña, que ni en escaparse ni en defenderse entendió. La casa cerrada, Licio adelante y yo á su lado, entramos dentro con harta poca resistencia, do le hallamos casi tan muerto como le dejamos: con todo, quiso hasta su fin usar de su oficio, no de capitan, mas de traidor disimulado, porque como así nos vió ir para él, con una vocecita y falsa riseta, haciendo del alegre, nos dijo: «Buenos amigos, ¿qué buena venida es esta?—Enemigo, le respondió

Licio, á daros el pago de vuestro trabajo;» y como quien tenía delante la gran afrenta y peligro en que puesto le habia, no curó con él de más pláticas sino juntársele y meterle la espada tres ó cuatro veces por el cuerpo. Yo no le quise ayudar ni consentir que nadie lo hiciese, por no haber dello necesidad, y tambien porque así convenia hacerse á la honra de Licio; por manera que apocada y cobardemente feneció el traidor D. Paver como él y los de sus costumbres suelen.

Salimos de su casa sin consentir que se hiciese algun daño, aunque hartos de los nuestros deseaban saquealla, en la cual habia bien de qué trabar, porque aunque malo, no necio, ni tan fiel como se cuenta de Scipion, que siendo acusado, por otros no tales como él, haber habido grandes intereses de la guerra de Africa, mostrando en su cuerpo muchas heridas, juró á sus dioses no le haber quedado otras ganancias de las dichas guerras; las cuales heridas ni juramento no pudiera mostrar, ni hacer el malo de nuestro adversario, porque siempre en la guerra lo más de lo que en ella ganaba se llevaba, y lo mejor. Y con lo ménos acudia al rey, y así era muy rico, y tenía muy sano y entero el pellejo, que bien pienso yo que hasta el dia que murió no se lo habian rompido, porque él se guardaba de hallarse en las batallas en lugar de peligro, sino á ver de léjos en qué paraba la cosa, á manera de muy cuerdo capitan. Y digo que porque no se pensase de nosotros codicia, mas de que viesen que de sus males y no de los bienes lo quisimos despojar, no se tocó en cosa alguna. A esta hora todos los atunes que en la corte estaban, y los más peces que en ella se hallaron naturales y extranjeros, recorrieron á palacio: la vuelta fué tan grande, y el ruido y voces tan espantoso, que el rey en su retraimiento lo oyó, y preguntando la causa, le dijeron todo lo pasado, de que se espantó y alteró en gran manera; y como cuerdo pareciól e, que Dios te guarde de piedra y dardo, y de atun

denodado, determinó por entónces no salir al ruido, y asimismo mandó que nadie saliese de palacio, mas que allí se hiciesen fuertes hasta ver la intencion de Licio. Y así sé yo que bien estarian en el real palacio, y delante dél, más de quinientos mil atunes, sin otros muchos géneros de pescados que en la corte á sus negocios asistian; mas á mi ver, si la cosa hubiera de pasar adelante, tan poca defensa pienso tuvieran como otros; mas Dios nos guarde que tu ley y á tu rey guardarás. Dejáronnos solos en la ciudad, y todos desampararon sus casas y haciendas, no se teniendo en ellas por seguros, y los que no se huian al real palacio, salíanse huyendo al campo y lugares apartados; por manera que se podrá decir: «Dependen ciento de un malo,» pues por aquel malo padecieron y fueron muertos y amedrentados muchos que por ventura no tenian culpa. Mandamos pregonar que ninguno de los nuestros fuese osado de entrar en ninguna casa, ni tomar un caracol que ajeno fuese, so pena de muerte, y así se hizo.

CAPÍTULO XI.

Cómo pasado el alboroto del capitan Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harian, y luégo enviaron su embajada al rey de los atunes.

Esto pasado, entramos en nuestro consejo para ver lo que haríamos: algunos hubo que dijeron ser bien volvernos á nuestro alojamiento y hacernos fuertes en él, ó contratar amistad y confederacion con solo los que al presente teníamos por enemigos; y con vernos airados, y ver

nuestro gran poder, holgarian de nuestra amistad y nos darian favor. El parecer del bueno y muy leal Licio no fué este, diciendo que si esto se hiciese que haríamos verdad la enemistad y mentira de nuestro enemigo, haciéndonos fugitivos, y dejando nuestro rey y naturaleza; mas que era mejor hacerlo saber al rey nuestro señor, y que su alteza fuese bien informado de la mucha causa que hubo para lo hecho, mayormente aquella postrera y más peligrosa traicion del traidor ser contra la voluntad y mando de su alteza, pues queriendo sobreseer el negocio, como su alteza enviaba á mandar con el portero al alcalde, usó de mandado para que su mando y no el querer del rey su señor fuese cumplido. Y que visto esto por su alteza, y que no habia sido desacato ni atrevimiento á su real corona lo hecho, sino servicio á su justicia debido, con este parecer nos arrimamos los más cuerdos.

Pues en este consejo acordamos de enviarle con quien bien lo supiese á decir; sobre quién habia de hacer esto, tuvimos diversos pareceres, porque unos decian que fuesen todos y le suplicasen se parase á una finiestra á oir; otros dijeron que parecia desacato, y era mejor ir diez ó doce de nos; otros dijeron que como estaba enojado, no se desenojase en ellos; de manera que estábamos en la duda de los ratones, cuando pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendian sobre quién se lo iria á colgar. A la fin la sábia capitana dió mejor parecer; y dijo á su varon, que si servido fuese, que ella sola con diez doncellas se queria aventurar á hacer aquella embajada, y le parecia se acertaba el negocio, lo uno porque contra ella y sus servidoras no se habia el real poder de mostrar; lo otro porque ella, por librar á su marido de muerte, tenía ménos culpa que todos; y lo demas porque pensaba sabello tan bien decir, que ántes le aplacase que indignase. A nuestro capitan le pareció bien, y á todos nosotros no mal. Y ella, apartando consigo á la

hermosa Luna, que así se llamaba la hermosa atuna su hermana, de quien ya dijimos, y con ellas otras nueve, las mejores de hocicos y muy bien dispuestas, se fué á palacio; y llegando á las guardas les dijeron hiciesen saber al rey cómo la hembra de Licio su capitan le queria hablar, y que su alteza le diese á ello lugar, porque convenia mucho á su real servicio, y para evitar escándalos, y pacificar su corte y reino, y que por ninguna via la dejase de oir; y que si lo hiciese, haria justicia; porque ella y su marido, y los que con él estaban lo pedian, y querian fuese bien castigado el que culpado fuese; y que si su alteza no la queria oir, que desde allí su marido Licio ponia á Dios por testigo de inocencia y lealtad, para que en ningun tiempo fuese juzgado por desleal.

Y de todo esto y lo demas que habia de decir y hacer la señora capitana iba bien informada; y ella, que sabía muy bien hablar, llegada al rey esta nueva, aunque muy airado estaba, mandó que le diesen lugar y entrase segura. Y puesta ante él haciendo el acatamiento, ántes que comenzase su habla, el rey le dijo: «¿Paréceos, dueña, que le ha salido á vuestro marido buena obra de entre las alas? —Señor, dijo ella: vuestra alteza sea servido de oirme hasta dar fin á mi habla, y despues mande lo que servido fuere, y cumplirse ha todo lo mandado por vuestra alteza, sin faltar un punto.» El rey dijo que dijese, aunque tiempo de más reposo era menester para oirla. La discreta señora, cuerda y muy atentadamente, en presencia de muchos grandes que con él estaban, los cuales á aquella sazon debian de estar bien pequeños, comenzando del comienzo, muy por extenso dió cuenta al rey de todo lo que hemos contado, contando y afirmando ser así verdad, y si un punto dello saliese en todo lo que decia, fuese della cruel justicia hecha, como de inventora de falsedad ante la real presencia, y asimismo Licio y sus valedores fuesen sin dilacion justiciados. El rey la respondió: «Dueña, yo estoy al

presente tan alterado de ver y oir lo que se ha hecho; por agora no os respondo más de que os volvais para vuestro marido, y decille heis, si le parece estalle bien, que levante el cerco que sobre mí tiene, y deje á los vecinos deste pueblo sus moradas, y mañana volvereis acá, y daráse parte del negocio á los de mi consejo, y hacerse ha lo que fuere justicia.»

La señora capitana, aunque desta respuesta no llevaba minuta, no le quedó en el tintero la buena y conviniente respuesta, y dijo al rey: «Señor, mi marido, ni los que con él vienen, no tiene cerco sobre vuestra real persona, y asimismo él ni nadie de su compaña en casa alguna ha entrado, sino en la de D. Paver. Y así, los vecinos y moradores de aquí no se quejarán con razon que en sus casas les han hecho ménos una toca; y si están en el pueblo, es esperando lo que vuestra alteza les manda hacer, y para esto es mi venida. Y no quiera Dios que en Licio ni en los que con él vienen haya otro pensamiento; porque todos son buenos y leales.—Dueña, dijo el rey, por agora no hay más que responder.» Ella y sus dueñas, haciendo su debida mesura con gentil continente y reposo, se volvió á nosotros, y sabida la voluntad del rey, á la hora salimos de la ciudad con muy buena ordenanza, y nos metimos en el monte; mas no muy muertos de hambre, porque dimos en nuestros enemigos muertos, y áun mandamos llevar á los desarmados bastimentos para nuestros tres ó cuatro dias, con quedar tanto que tuvo toda la ciudad y corte hartazgo, y mal pecado no rogasen á Dios que cada ocho dias echase allí otro tal nublado, guardando al que rogaba.

La ciudad desembarazada de los nuestros, los moradores della cada cual volvió á su posada, las cuales hallaron como las dejaron, y el rey mandó que le trujesen lo que en la posada del muerto gran capitan hallasen, y fué tanto y tan bueno, que no habia rey en el mar que más y mejores cosas tuviese; y áun fué esto harta parte para que el

rey diese crédito á sus maldades, por parecelle no podia tener lo que se halló con justo título, sino habido mal y cautelosamente, y hurtándoselo á él. Despues desto entró en su consejo, y como quiera que á do hay malos, alguna vez se halla algun bueno, debiéronle decir que si era así como la parte de Licio decia, no habia sido muy culpado en su hecho, mayormente pues su alteza habia mandado no hiciese dél al presente justicia hasta ser bien informado de su culpa. Junto con esto, el portero que el mandato llevó declaró la cautela que el cauteloso con él habia usado, y cómo le metió en su posada, y engañó diciendo estar ahí los jueces, y cómo no los dejó salir della, y la diligencia que hizo allí; y los alcaldes ante el rey dijeron como era verdad que el capitan general les habia enviado á decir que su alteza les mandaba que luégo á la hora hiciesen la justicia, y por dar en ello más brevedad, no le trujeran, como se suele hacer, por las acostumbradas calles; y que ellos, creyendo que aquel fuese el mandato de su alteza, lo habian mandado degollar. Por manera que el rey conoció la gran culpa de su capitan, y fué cayendo en la cuenta, y cuanto más en ello miraba, más se manifestaba la verdad.

CAPITULO XII.

Cómo la señora capitana volvió otra vez al rey, y de la buena respuesta que trajo.

Así tuvimos aquel dia y la noche en el monte no muy descansados, y otro dia la señora capitana con su compañía tornó á palacio; y por evitar prolijidad, el señor nuestro rey estaba ya harto más desenojado, y la recibió muy bien, diciéndole: «Buena dueña, si todos mis vasallos tuviesen cuerdas y sábias hembras, por ventura en sus bienes y honra aumentarian, y yo me ternia por bien andante. Digo esto, porque en verdad viendo vuestra cordura y sábias razones, habeis aplacado mi enojo y librado á vuestro marido y sus secaces de mi ira y desgracia; y porque de ayer acá yo estoy informado mejor que estaba, decidle que sobre mi palabra venga á esta corte, seguro él y toda su compañía y amigos; y por evitar escándalos por el presente, le mando tenga su posada por cárcel hasta que yo mande otra cosa; y vos visitadnos á menudo, porque huelgo mucho en ver y oir vuestro buen concierto y razonamiento.»

La señora capitana le besó la cola, dando las gracias de tan crecidas mercedes, como muy bien supo, y así se volvió á nos con muy alegre respuesta, aunque á algunos les pareció no lo debíamos hacer, diciendo ser mañosamente hecho para cogernos. A la fin, como leales, acordamos de cumplir el mandado de nuestro rey, y ahincando sobre una

prenda, que eran nuestras bocas, en las cuales confiábamos, cuando nuestra lealtad no nos valiese, luégo movimos para la ciudad, y entramos en ella acompañados de muchos amigos, que entónces se nos mostraban con ver nuestro hecho bien hilado. Y ántes desto no se osaban declarar por tales, conforme al dicho del sabio antiguo que dice así: «*Cuando fortuna vuelve enviando algunas adversidades, espanta á los amigos que son fugitivos, mas la adversidad declara quién ama ó quién no.*» Fuimos á posar á un cabo de la ciudad, lo más despoblado y sin embarazos que hallamos, donde estaban hartas casas sin moradores que nosotros sin vida hecimos; allí aposentamos lo más congregado que pudimos, y mandamos que no saliese á la ciudad ninguno de nuestra capitanía, por parecer se hacía cumplidamente lo que su alteza mandó. En este medio, la señora capitana visitaba cada dia al rey, con la cual él trabó mucha amistad más de lo que yo quisiera, aunque todo, segun pareció, fué agua limpia, pagando la hermosa Luna con su inocente sangre, gentil y no tocado cuerpo.

Porque como ella iba con su hermana á aquellas estaciones, y como suelen decir, en tales romerías tales veneras, el rey se pagó della tanto, que procuró con su voluntad haber su amor, y bien creo yo la hermosa Luna no lo hizo con consejo y parecer de su hermana; y así fué dello sabidor el buen Licio, porque casi me lo declaró, pidiéndome mi parecer. Yo le dije me parecia no ser mucho yerro, mayormente que sería gran parte y el todo de nuestra deliberacion. Y así fué, que la señora Luna privó tanto con su alteza y él fué della tan pagado, que á los ocho dias de su real ayuntamiento pidió lo que pidió, y fuimos todos perdonados. El rey alzó el carcelaje á su cuñado; mandó que todos fuésemos á palacio; Licio besó la cola del rey, y él se la dió de buena gana, y yo hice lo mismo, aunque de mala gana, en cuanto hombre, por ser el beso en tal lugar. Y el rey nos dijo: «Capitan, yo he sido infor-

mado de vuestra lealtad y de la poca de vuestro contrario; por tanto, desde hoy sois perdonados vos y todos los de vuestra compañía, amigos y valedores que en el caso pasado os dieron favor y ayuda; y para que de aquí adelante asistais en nuestra corte, os hago merced de las casas y de lo que en ellas está del que permitió Dios las perdiese y la vida con ellas, y os hago merced del mismo oficio que él tenía de nuestro capitan general, y de hoy más le ejerced y usad como sé que bien sabeis hacer.» Todos nos humillamos ante él, y Licio le tornó á besar la cola, rindiéndole grandes loores por tantas mercedes, diciendo que confiaba en Dios le haria con el cargo tales y tan leales servicios, que su alteza tuviese por bien habérselas hecho.

Aquel dia fué informado el rey nuestro señor del pobre Lázaro atun, aunque á esta sazon estaba tan rico y alegre de verlos ser amigos, que me parece jamás haber habido tal alegría. El rey me preguntó muchas cosas, y en lo de lás armas cómo habia hallado la invencion dellas, y á todo le respondí lo mejor que supe. Finalmente, se holgó y preguntó con qué número de peces pensaria pelear con los armados que traíamos. y yo le respondí:—Señor, sacada la ballena, á todo el mar junto osaré esperar y pensaré ofender. Espantóse desto, y díjome que holgaria si hiciésemos una muestra ante él por ver el modo que teníamos en pelear: acordóse que el dia siguiente se hiciese, y que él saldria al campo á verlos. Y así fué que Licio, nuestro general, y yo y los demas salimos con todos los armados de nuestra compañía, y ordené aquel dia una buena invencion; y aunque acá ya los soldados la usan, hícelos poner en ordenanza. Y así pasamos ante su alteza y hecimos nuestro caracol; y aunque el coronel Villalba y sus contemporáneos lo debian hacer mejor y con mejor concierto, á lo ménos para el mar, y como no habia visto estar ordenados escuadrones, parecióles á los que los veian maravillosa cosa.

Despues hice un escuadron de toda la gente, poniendo los mejores y más armados en las primeras hileras, y hice á Melo que con todos los desarmados y con otros treinta mil atunes saliesen á escaramuzar con nosotros, los cuales nos cercaron de todas partes, y nosotros muy en órden, nuestro escuadron bien cerrado, comenzamos á defendernos y herir y ofenderlos, de manera que no bastara todo el mar á entrarnos. El rey vió que yo habia dicho verdad, y que de aquel modo no podíamos ser ofendidos, y llamó á Licio, y le dijo: «Maravillosa manera se da este vuestro amigo en las armas; paréceme es esta manera de pelear para señorear todo el mar.—Sepa vuestra alteza que es así verdad, le dijo el capitan general; y cuanto á la buena industria del extraño atun, mi buen amigo, no puedo creer sino que de Dios viene, y que lo ha acarreado en estas partes para gran pro é honra de vuestra alteza y aumento de sus reinos y tierras. Crea vuestra grandeza que lo ménos que en él hay es esto, porque son tantas y tan excelentes las partes que tiene, que nadie basta á las decir; el más cuerdo y sabio atun que hay en el mar, virtuoso y honrado, y el atun de más verdad y fidelidad, el más gracioso y de buenas maneras es que yo jámás he oido decir. Finalmente, no tiene cosa de echar á mal, y vuestra alteza piense que no me hace decir esto la voluntad que le tengo, sino la mucha verdad que en decillo digo. —Por cierto mucho debe á Dios, dijo el rey, un atun que así como él partió sus dones; y pues me decís ser tal, justo es le hagamos honra, pues á nuestra corte ha venido; sabed dél si querrá quedar con nos, y rogádselo mucho de vuestra parte y de la mia; que podrá ser no se arrepienta de nuestra compañía.»

CAPITULO XIII.

Cómo Lázaro asentó con el rey, y cómo fué muy su privado.

Pasado esto, el general tomó cargo de me lo decir, y el rey se volvió muy contento á la ciudad, y nosotros tambien; despues el capitan me habló, diciendo lo que con el rey habia pasado, y cómo deseaba que le sirviese, y todo lo demas. Finalmente, yo fuí rogado, y mucho á mi honra hice mi asiento. Veis aquí vuestro pregonero de cuantos vinateros en Toledo habia, hecho el mayor de la casa real, dándome cargo de la gobernacion della, y andaos á decir donaires. Dí gracias á Dios porque mis cosas iban de bien en mejor, y procuré servir á mi rey con toda diligencia, y en pocos dias casi lo era yo, porque ningun negocio de mucha ó poca calidad se despachaba sino por mi mano y como yo queria. Con todo esto, no dejé sin castigo á los que lo merecian, y por mis mañas supe cómo y de qué manera la sentencia de Licio se habia dado tan injustamente, aunque al presente el rey habia puesto silencio en el caso, por ser el capitan pece de calidad y muy emparentado. De que me ví en alto presumí de repicar las campanas, y dije al rey que aquel habia sido un caso feo y no digno de disimularse, porque era abrir puerta á la justicia; por tanto, que á su servicio cumplia fuesen castigados los que tuviesen culpa.

Cometiólo su alteza á mí, como todo lo demas, y yo los cometí de suerte que hice prender á todos los falsarios,

que muy descuidados estaban, y puestos á cuestion de tormento, confesaron haber jurado falso en dichos y condenacion que al buen Licio se hizo. Preguntándoles por qué lo hicieron, ó qué les dió el mal capitan general porque lo hiciesen, respondieron no les haber dado ni prometido, ni eran sus amigos, ni servidores. ¡Oh desalmados pecadores, oh litigantes, y hombres que os quejais que vuestro contrario hace mala probanza con número de testigos falsos que tiene granjeados para sus menesteres! venid, venid al mar, y vereis la poca razon que teneis de os quejar en la tierra, porque si ese vuestro adversario presentó testigos falsos, y les dió algo por ello, ó lo prometió, y ser ántes sus amigos, por quien el otro dia era otro tanto; mas á estos infieles peces, ni promesa, ni galardon, ni amistad lo hace hacer, y así son más de culpar, y dignos de gran castigo, y así fueron ahorcados. Supe más: el escribano ante quien pasaba la causa ningun escrito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitia ni queria recibir.—¡Oh desvergüenza, dije yo, y cómo se sufria en la tierra! Por cierto ya que el escribano fuera favorable, y hiciera lo demas honestamente tomando las escripturas, y despues no las pusiera en el proceso, mas hiciéralas perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo, y asimismo se hizo dél justicia. Súpose cómo no fué agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentencialle, y yo culpé mucho á los ministros, diciéndoles:—Un pleito de dos pajas no le determinaré en un año, ni en diez, ni áun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshaceis en una hora. Diéronme no sé qué excusas, las cuales no les excusaran de pena, sino que el rey mandó expresamente hubiese con ellos disimulacion por lo que tocaba al real oficio; y así lo hice; mas bien sentia habia andado en medio dellos y del mal general el generoso y gracioso brazo, que es el que suele bajar los montes, y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe;

por la cual causa el rey de Persia dió un cruel castigo á un mal juez haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella á un hijo del mal juez, y así el rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma que ningun juez dende en adelante no fuese corrompido.

En este propósito decia el otro que do aficion reina la razon no es entendida, y que el buen legista pocas cosas puede cometer á los jueces, mas determinalles por leyes; porque los jueces muchas veces son pervertidos, ó por amor, ó por odio, ó por dádivas, por lo cual son inducidos á dar muy injustas sentencias; y por tanto dice la Escriptura: «Juez, no tomes dones, que ciegan á los prudentes, y tornan al reves las palabras de los justos.» Esto aprendí de aquel mi buen ciego, y todo lo demas que sé en leyes, que cierto sabia, segun él decia, mas que Bártolo, y que Séneca en doctrina; mas por hacer lo que tengo dicho que el rey me mandó, pasé por ello harto á mi pesar.

En tanto que esto pasaba, el general por mandado del rey habia ido con grande ejército á hacer guerra á los sollos, los cuales presto venció, poniendo su rey dellos en subjecion, y quedó obligado á dalle cada un año largas párias, entre las cuales daba cien sollas vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el rey comia, y las sollas tenía para su pasatiempo. Y despues nuestro gran capitan fué sobre las toñinas, y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo, que teníamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuian y daban párias, como hemos dicho, á nuestro rey.

Nuestro gran capitan, no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierísimos, y viven á tiempo en tierra y á tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales; y aunque algunas perdió, de las más salió con victoria; mas no era

maravilla perder algunas, porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces; sino que cuando se veian de los nuestros muy apremiados, dejaban el agua y íbanse en tierra. Y así escapaban, y al fin el buen Licio les dejó con haber hecho en ellos gran matanza, y él asimismo recibió gran daño, y perdió al buen Melo su hermano, que fué para el ejército harta tristeza. Mas como muriese como bueno, fuénos consuelo, porque se averiguó que ántes que lo matasen mató con su persona y con su buena espada (de la cual era muy diestro) más de mil cocodrilos; y áun no lo mataran, sino que yendo ellos huyendo á tierra, y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dió en tierra, y allí encalló, y como no le pudieron los suyos socorrer, los enemigos le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Licio vino de la guerra el más estimado pece que habia vivido en agua del mar estos diez años, trayendo grandes riquezas y despojos, con los cuales enteramente acudió al rey, sin tomar para sí cosa alguna.

Su alteza lo recibió con aquel amor que era justo á pece que tanto le habia servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas á los que le habian seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El rey por mostrar favor á Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho dias, y todos lo trujimos, porque sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y pasion no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y esta es la forma que entre ellos se tiene, cuando muere el marido, ó la mujer, ó hijo, ó principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenía por gran ignominia, y la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta que el rey se lo enviase á mandar al apasio-

nado, que lo mandaba que alce el llanto, y entónces hablan como de ántes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varon tenía por amiga, puso luto en su tierra, que duró diez años, y no fué el rey bastante á se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba á decir que lo quitase, le enviaba á suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demas; y contáronme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio, unos á un mes, otros á un año, otros á dos, cada uno segun tenía la gana de hablar, se le fueron todos, que un atun no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tenía con quién. Cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones, que yo conocia en el mundo, que jamás cerraban la boca, ni dejaban hablar á nadie que con ellos estuviese, sino un cuento acabado y otro comenzado, y hartas veces, porque no les tomasen la mano, los dejaban á medio tiempo y tornaban á otro; y hasta venir la noche que los departiese como batalla, no hubiésedes miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven éstos cuán molestos son á Dios y al mundo, y áun pienso que al diablo, porque de parte de ser sabio huiria destos necios, pues cada semejante quiere á su semejante. Vasallos destos varones los vea yo, y que se les muera el amiga, porque me vengue dellos.

CAPÍTULO XIV.

Cómo el rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento.

Pues tornando á nuestro negocio, y siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el rey mandó con gran diligencia se entendiese en rehacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció á su alteza ser bien casarme; y comunicólo con el buen Licio, al cual dió el cargo del negocio, y él se quisiera eximir dello, segun que dél supe; mas por complacer al rey no osó hacer otra cosa. Y díjomelo con alguna vergüenza, diciendo que él veia yo merecer más honra, segun la mucha mia, mas que el rey le habia mandado expresamente que él fuese el casamentero. Finalmente, dan la ya no tan hermosa ni tan entera Luna por mia.—En dicha me cabe (dije entre mí): para jugador de pelota no valdria un clavo, pues maldito el voleo alcanzo, sino de segundo bote, y áun plega á Dios no sea de más; con todo, á subir acierto. Razon es de arcipreste á rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieran á un príncipe, con un vizcondado que con ella el rey me dió, que á tenerlo en tierra me valiera harto más que en la mar; al fin del extremo atun subí mi nombre á su señoría, á pesar de gallegos.

Desta manera se estaba mi señoría triunfando la vida, y

con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi rey, no descuidándome de su servicio, pensando siempre cómo le daria placer y provecho; pues le debia tanto; y con esto en ningun tiempo y lugar lo veia que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese, guardándome mucho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordóme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calístenes por se las decir, y con esto nada me sucedia mal: tenía á grandes y pequeños tan so mano, que en tanto tenian mi amistad como la del rey. En este tiempo, pareciéndome conformar el estado del mar con el de la tierra, dí aviso al rey, diciéndole sería bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entónces la corona real no tenía otras rentas sino solamente de treinta partes la una de todo lo que se vendia, y cuando tenía guerra justa y conveniente á su reino, dábanle los peces necesarios para ella, y pagábanselos, y solos diez pescados para su plato cada dia. Yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada dia. Puse más: que cualquiera de sus súbditos que se pusiese don sin venirle por línea derecha, pagase un tanto á su alteza; y este capítulo me parece fué muy conveniente, porque es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones: don acá, don acullá, doña nada, y doña nonada. Hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latin, ó será hija de mesonero honrado ó de escudero, ó casó con hombre que llaman su merced, y otras desta calidad que ya que pongan el dicho don, están fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de abacera que si casase con quien no sea oficial, no presuma dende á ocho dias poner un don

á la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas y que no le tenian, y que no lo tener muchas dellas serian por ventura en mas tenidas, porque no darian causa que les desenterrasen sus padres, y traigan á la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarian ni reirian dellas, ni de su merced, que se lo consiente poner: y á ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran más bravos y livianos.

Pareció bien al rey rentándole harto, aunque de allí adelante, como costaba dinero, pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosillas, y nuevas imposiciones más provechosas al rey que al reino, avisé yo. El rey con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, ántes eran muy contentas y largas; aprovechéme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, ó por mejor decir, de sus sagaces dichos, cuando se quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallara le supiera bien granjear, y decia allí el cómo, del cual yo usé, y fué para mí muy provechoso, especialmente un capítulo della, que fué muy avisado en no decir al rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar á su sabor, tratar bien y mostrar favor á los que él tenía buena voluntad, aunque no lo mereciesen; y por el contrario, á los que no la tenía buena, tratándolos mal, y decir dellos males, aunque en ellos no cupiesen, no yéndoles á la mano á lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordéme del dicho Calístenes, que por decir verdades á su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque ésta debria tenerse por vida, siendo tan justa la causa: ya no se usa sino vivir, sea como quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podia á este parecer, y desta suerte cayóse la copa en la miel, y mi casa se henchia de riqueza; mas aunque yo era pece, tenía el ser y entendimiento de hombre, y la maldita codicia que tanto en los hombres reina; porque un animal dándole su cumplimiento

de lo que su natural pide, no desea más ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en Oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las Indias, si está harto de hierba, y así todos los demas animales: solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia. Dígolo porque con toda mi riqueza y tener, porque apénas se hallaba rey en el mar que más y mejores cosas tuviese, fuí aguijonado de la codicia hambrienta, y no con lícito trato: con esto hice armada para que fuese á los golfos del Leon y del Hierro, y á otros despaché á los bancos de Flándes, do se perdian naos de gentes, y á los lugares do habia habido batallas, do me trujeron gran cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron más de quinientos mil.

Reíase mucho el rey de que me veia holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para qué era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer; dije yo entre mí:—Si tú lo conocieses como yo, no preguntarias eso. Respondíale que los queria para contadores, y con esto le satisfacia, y despues que á la tierra vine, como adelante diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que habia me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya ninguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba, si ser pudiera, hallar una nao que cargara dellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera á la mi Elvira en Toledo, para con que casar á la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecharan por ser hija de pregonero, y con esta gana salí dos ó tres veces tras naos que venian de Levante, dándoles gritos sobre el agua, que esperasen, pensando me entenderian y imaginarian, y aunque no fuesen fieles mensajeros en llevar el tesoro, ó parte dél, á Toledo, con que lo aprovechasen hombres me contentaba, por el amor que yo tenía á la humana natura-

leza; mas luégo que los llamaba, ó me veian, me arrojaban arpones ó dardos para me matar, y con esto tornábame á mi menester y bajaba á ver mi casa. Otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera ménos de haber mi mujer y hija alguna parte. Y con estos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

CAPITULO XV.

Cómo andando Lázaro á caza en un bosque perdido de los suyos halló la Verdad.

Como yo me perdí de los mios, hallé la Verdad, la cual me dijo ser hija de Dios, y haber bajado del cielo á la tierra por vivir y aprovechar en ella á los hombres; y como casi no habia dejado nada por andar en lo poblado, y visitado todos los Estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales habia hallado asiento, algunos otros la habian revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se habia retraido á una roca en la mar. Contóme cosas maravillosas que habia pasado con todos géneros de gentes, lo cual si á vuestra merced hubiese de escrebir sería largo, y fuera de lo que toca á mis trabajos. Cuando sea vuestra merced servido, si quisiere, le enviaré la relacion de lo que con ella pasé. Vuelto á mi rey, le conté lo que con la Verdad habia pasado.

CAPÍTULO XVI.

Cómo despedido Lázaro de la Verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre.

Yéndome á la corte consolado con estas palabras, viví alegre algunos dias en el mar: en este medio se llegó el tiempo que las atunas habian de desovar; y el rey me mandó que yo fuese aquel viaje, porque siempre con ellas enviaba quien las guardase y defendiese, y al presente el general Licio estaba enfermo, el cual si bueno estuviera sé que hiciera este camino, y despues que yo estaba en el mar habia ido dos ó tres veces; porque cada año una vez iban en la dicha desovacion. De manera que en el dicho ejército llevé conmigo dos mil armados, y en mi compañía fueron más de quinientas mil atunas que se hallaron preñadas. Despedidos del rey, tomamos nuestro camino y nuestras jornadas contadas, dimos con nosotros en el estrecho de Gibraltar, y aquél pasado, venimos á Conil y Vejer, lugares del duque de Medinasidonia, do nos tenian armado; yo fuí avisado de aquel peligro, y cómo allí se solia hacer daño en los atunes, y avisóles se guardasen; mas como fuesen ganosas en desovar en aquella playa, y ella fuese para ello aparejada, por bien que se guardaron, en ocho dias me faltaron más de cincuenta mil atunas. Y visto el daño cómo se hacía, acordamos los armados de meternos con ellas en la playa, y miéntras desovaban, si prenderlas quisiesen, herir en los salteadores y en sus redes,

y hacérselas pedazos; mas saliónos al reves con la fuerza y maña de los hombres, que es otra que la de los atunes, y así nos apañaron á todos con infinitas dellas en una redada, sin recebir casi daño de nos, ántes ganancia, que como mis compañeros se vieron presos desmayaron, y por dar gemidos desampararon las armas, lo cual yo no hice, sino con mi espada me asieron, habiendo con ella hecho harto daño en las redes, juntamente conmigo á mi buena y segunda mujer.

Los pescadores, admirados de verme así armado, me procuraron quitar el espada, la cual yo tenía bien asida; mas tanto por ella tiraron, que me sacaron por la boca un brazo y mano, con la cual yo tenía bien asida el espada, y me descubrieron por la cabeza la frente y ojos y narices, y la mitad de la boca. Muy espantados de tal acaecimiento, me asieron muy recio del brazo, y otros trabándome de la cola, me comienzan á sacar, como á cuero atestado en costal. Miré y ví cabe mí la mi Luna muy afligida y espantada, tanto y más que los pescadores, á los cuales, comenzando á hablar en lengua de hombre, yo dije:—Hermanos, encárgoos las conciencias, y no se atreva alguno á visitarme con el brazo del mazo, ca sabed que soy hombre como vosotros; mas acabad de quitar la piel, y sabreis de mí grandes secretos. Esto dije, porque aquellos mis compañeros estaban cabe mí muchos dellos muertos, hechos pedazos los testuces con unos mazos que los de la jávega en sus manos para aquel menester traian, y asimismo les rogué con gentileza que á aquella atuna que cabe mí estaba diesen libertad, porque habia sido mi compañera y mujer gran tiempo. Ellos, en gran manera alterados en verme y oirme, hicieron lo que les rogué. Al tiempo que la mi compañera de mí partia llorando y espantada, yo la dije en lengua atunesa:—Luna mia y mi vida, véte con Dios, y no tornes á ser presa, y da cuenta de lo que ves al rey y á todos mis amigos, y ruégote que mires por mi

honra y la tuya. Ella, sin me dar respuesta, saltando en el agua se fué muy espantada. Sacáronnos de allí á mí y á mis compañeros, que veia á mis ojos matar y hacer pedazos, á la lengua del agua, y á mí teníanme echado en el arena medio hombre y medio atun, como he contado, y con harto miedo si habian de hacerme cecina: acabada la pesca aquel dia, habiéndome preguntado, yo díjeles la verdad, rogándoles me sacasen del todo, lo cual ellos no hicieron; mas aquella noche me cargan en una acémila, y dan conmigo en Sevilla, y pónenme ante el ilustrísimo duque de Medina. Fué tanta la admiracion que con mi vista ellos y los que me veian sentian y sintieron, que en grandes tiempos no vino á España cosa que tanto espanto pusiese. Tuviéronme en aquella pena ocho dias, en los cuales supieron de mí cuanto habia pasado.

A cabo deste tiempo sentí, á la parte que de pece tenía, detrimento, y que se estragaba por no estar en el agua, y y supliqué á la señora Duquesa y á su marido, que por amor de Dios me hiciesen sacar de aquella prision, pues á su alto poder habia venido, y dándoles cuenta del detrimento que sentia, holgaron de lo hacer, y fué acordado que diesen pregon en Sevilla para que viniesen á ver mi conversion; y en una plaza que ante su casa está hecho un cadahalso, porque todos me viesen allí. Fué juntada Sevilla, y desque la plaza se hinchió por calles y tejados y terrados, no cabia la gente: luégo mandó el Duque que fuesen por mí y me sacasen de una jaula, que luégo que vine del mar me hicieron, do estuve; y fué bien pensado, porque segun la multitud de las gentes que siempre me acompañaban, si no hubiera verjas en medio de mí y dellos, ahogáranme sin falta.—¡Oh gran Dios! decia, ¿qué es lo que en mí se ha renovado? porque hombre en jaula ya lo he visto estar y muy á su pesar, y aves; pescado nunca lo ví. Así me sacaron y llevaron en un paves con cincuenta alabarderos, que delante de mí iban, apartando la gente, y áun no podian.

CAPÍTULO XVII.

Que cuenta la conversion hecha en Sevilla, en un cadahalso, de Lázaro atun.

Pues puesto en el cadahalso, y allí tirándome unos por la parte de mi cuerpo que de fuera tenía, otros por la cola del pescado, me sacaron como el dia que mi madre del vientre me echó, y el atun se quedó solamente siendo pellejo. Diéronme una capa con que me cobrí, y el Duque mandó me trujesen un vestido suyo de camino, el cual, aunque no me arrastraba me vestí, y fuí tan festejado y visitado de gentes que en todo el tiempo que allí estuve casi no dormí, porque de noche no dejábanme de venir á ver y á preguntar, y el que un rato de auditorio conmigo tenía se contaba por muy dichoso. Al cabo de algunos dias, despues que del todo descubrí mi sér, caí enfermo, porque la tierra me probó; y como estaba hecho al mantenimiento marino, y el de la tierra es de otra calidad, hizo en mí mudanza, y pensé cierto que mis trabajos con la vida habian acabado. Quiso Dios deste trabajo con los demas librarme, y desque me ví para poder caminar, pedí licencia á aquellos señores, la cual de mala gana alcancé, porque me pareció quisieran tenerme consigo, por oir las maravillosas cosas que me acontecieron, y las más que yo glosaba, á las cuales me daban entero crédito con haber visto en mí tan maravillosa mudanza.

Mas en fin, sin embargo desto, diéronme la licencia, y

me mandaron magníficamente proveer para mi camino, y así dí conmigo en Toledo, víspera de la Asuncion que pasó, el más deseoso hombre del mundo de ver á mi mujer y á mi niña, y dalle mil abrazos, la cual manera de retozo para cuatro años iba que no lo usaba, porque en el mar no se usa, que todo es hocicadas. Entré de noche y fuíme á mi casilla, la cual hallé sin gente: fuí á la de mi señor el arcipreste, y estaban ya durmiendo, y tantos golpes dí que los desperté, preguntándome quién era, y diciéndolo, la mi Elvira muy ásperamente me respondió, á grandes voces: «Andad para beodo, quienquiera que sois, que á tal hora andais á burlar de las viudas: á cabo de tres ó cuatro años que á mi mal logrado llevó Dios, y hundió en la mar á vista de su amo y de otros muchos que lo vieron ahogar, venís agora á decir donaires;» y tórnase á la cama sin mas me oir ni escuchar. Torné á llamar y dar golpes á la puerta, y mi señor enojado se levantó y púsose á la ventana, y á grandes voces comenzó á decir: «¿Qué bellaquería es esa, y qué gentil hecho de hombre de bien? Querria saber quién sois para mañana daros el pago de vuestra descortesía, que á tal hora andais por las puertas de los que están reposando, dando aldabadas, y haciendo alborotos con los cuales quebrais el sueño y reposo.—Señor, dije yo, no se altere vuestra merced, que si quiere saber quién soy, yo tambien lo quiero decir: vuestro criado Lázaro de Tormes soy.» Apénas acabé de decillo, cuando siento pasar cabe las orejas un guijarro pelado con un zumbido y furia, y tras aquel otro y otro; los cuales dando en los que en el suelo estaban, con lo que la calle estaba empedrada, hacía saltar vivo fuego y ásperas centellas. Visto el peligro que no esperaba razones, tomé la calle abajo ante los ojos, y á buen paso me alejé, y él quedó desde su ventana dando grandes voces, diciendo. «Veníos á burlar, y vereis cómo os irá.»

Eché seso á monton, y parecióme tornar á probar la ven-

tura, porque yo no me queria descubrir á nadie; y por ser ya muy noche determiné de pasar lo que quedaba della por allí, y venida la mañana irme á casa; mas no me acaeció así, porque dende á poco pasó un alguacil que andaba rondando, y tomándome la espada dió conmigo en la cárcel; y aunque yo conocia á alguno de los gentiles hombres que de porquerones lo acompañaban, y los llamé por sus nombres, y dije quién era, reíanse de mí, diciendo que más de tres años habia que el que yo decia ser era muerto en lo de Argel; y así dan conmigo en la cárcel, y allí me tomó el dia, el cual venido, cuando los otros se visten y aderezan para ir á la iglesia á holgar una tan solemne fiesta, pensando yo haria lo mismo, porque luégo sería conocido de todos, entró el alguacil que me habia preso, y echándome grillos á los piés y una buena cadena gruesa á la garganta, y metiéndome en la casa del tormento, todo fué uno. «Este gentil hombre que teniendo disposicion y manera para ser corregidor, se hace pregonero, esté aquí algun dia hasta que sepamos quién es, pues anda de noche á escalar las casas de los clérigos, pues á fe que ese sayo no se debió cortar á vuestra medida, ni trae olor de vino como suelen traer los de vuestro oficio, sino de un fino ámbar; al fin vos direis á mal de vuestro grado á quién lo hurtasteis, que si para vos se cortó, á fe que os hurtó el sastre más de tres varas.»—Enhoramala acá venimos, dijo yo entre mí; con todo eso le hablé, diciéndole que yo no vivia de aquel menester, ni andaba á hacer lo que él decia. «No sé si andais, dijo; mas agora sale el arcipreste de San Salvador de la casa del corregidor, diciendo que anoche le quisieron robar y entrar la casa por fuerza, si con buenos guijarros no se defendiera, y que decian los ladrones que era Lázaro de Tormes un criado suyo: yo le dije cómo os topé cabe su casa, y me dijo lo mismo, y por eso os manda poner á buen recaudo.» El carcelero dijo: «Ese que decís pregonero fué en esta ciudad; mas en lo de Argel murió; y

bien le conocia yo, perdónelo Dios; hombre era para pasar dos azumbres de vino de una casa á otra sin vasija.»—¡Oh desventurado de mí! dije yo, que aún mis fortunas no han acabado; sin duda de nuevo tornan mis desastres: ¿qué será esto que aquellos que yo conozco, y conversé, y tuve por amigos, me niegan y desconocen? Mas no podrá tanto mi mala fortuna que en esto me contraríe, pues mi mujer no me desconocerá, como sea la cosa que en este mundo más quiero y ella quiere: rogué mucho al carcelero, y paguéselo, que fuese á ella y le dijese que estaba allí, que me viniese á hacer sacar de la prision; y él riendo de mí tomó el real, y dijo lo haria; mas que le parecia que no traia ruego de véras, porque si yo fuera el que decia, él lo conociera, porque mil veces le habia visto entrar en la cárcel, y acompañar los azotados, y que fué el mejor pregonero y de más clara y alta voz que en Toledo habia.

Al fin, con yo importunalle, fué, y pudo tanto que trujo consigo á mi señor, y cuando le iba á hablar, que lo metió do yo estaba, trujeron una candela: aquella alegría que los del limbo debieron sentir al tiempo de su libertad, sentí; y dije llorando de tristeza y más de alegría:—¡Oh, mi señor Rodrigo de Yepes, arcipreste de San Salvador, mirad cuál está vuestro buen criado Lázaro de Tormes, atormentado y cargado de hierros, habiendo pasado tres años las más extrañas y pelegrinas aventuras que jamás oidas fueron. Él me llegó la candela á los ojos, y dijo: «La voz de Jacob es, y la cara de Esaú. Hermano mio, verdad es que en la habla algo os pareceis; mas en el gesto sois muy diferente del que decís.» A esta hora caí en la cuenta, y rogué al carcelero me hiciese merced de un espejo, y él lo trujo; y cuando en él me miré, víme muy desemejado del ser de ántes, especialmente del color, que solia tener como una muy rubicunda granada, digo como los granos della, y agora como la misma gualda, y figuras tambien muy mudadas: yo me santigüé, y dije:—Agora, señor, no

me maravillo, estándolo mucho de mí mismo, que vuestra merced ni nadie de mis amigos no me conozcan, pues yo mismo me desconozco; mas vuestra merced me la haga de sentarse; y vos, señor alcaide, nos dad un poco lugar, y verá cómo no he dicho mentira. Él lo hizo, y quedando solos le dí todas las señas de cuanto habia pasado despues que lo conocia; y tal dia esto, y tal dia esto otro; despues le conté en suma todo lo que habia pasado, y cómo fuí atun, y que del tiempo que estuve en el mar, y del mismo mantenimiento, y del agua, me habia quedado aquel color, y mudado el gesto, el cual hasta entónces yo no me habia mirado. Finalmente, despues quedóse muy admirado, y dijo: «Eso que vos decís muy notorio se dijo en esta ciudad, que en Sevilla se habia visto un atun hombre, y las señales que me dais tambien son verdaderas; mas todavía dudo mucho: lo que haré por vos será traer aquí á Elvira mi ama, y ella por ventura os conocerá mejor;» y le dí muchas gracias, y le supliqué me diese la mano para la besar, y me echase su bendicion como otras veces habia hecho; mas no me la quiso dar.

Pasé aquel dia y otros tres, al cabo de los cuales una mañana entra el teniente de corregidor con sus ministros y un escribano, y comiénzanme á preguntar, y si no lo han por enojo á querer ponerme á caballo, ó por mejor decir verdad, en potro. No pude contenerme de no derramar muchas lágrimas, dando muy grandes sospiros y sollozos quejándome de mi sobrada desventura, que tan á la larga me seguia. Con todo eso, con las mejores y más razones que pude, supliqué al teniente que por entónces no me atormentase, pues harto lo estaba yo, y porque lo contentase viese mi gesto, al cual llegando la luz, dijo: «Por cierto este pecador yo no sé qué fuerza podrá hacer en las casas; mas él sin ella está á lo que parece, segun su disposicion muestra: dejémosle agora hasta que mejore ó se muera, y dalle hemos por libre;» y así me dejaron. Supliqué al carce-

lero tornase á casa de mi señor, y le rogase de su parte, y suplicase de la mia cumpliese la palabra que me habia dado de traer consigo á mi mujer, y tornéle á dar otro real, porque estos nunca echan paso en vano, y él lo hizo, y me trujo recaudo que para el dia siguiente ambos me prometieron de venir. Consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la Verdad, y mostrándose muy airada, me dijo: «Tú, Lázaro, no te quieres castigar; prometiste en la mar de no me apartar de tí, y desque saliste casi nunca más me miraste. Por lo cual la divina justicia te ha querido castigar, y que en tu tierra y en tu casa no halles conocimiento, mas que te vieses puesto como malhechor á cuestion de tormento; mañana vendrá tu mujer, y saldrás de aquí con honra, y de hoy más haz libro nuevo.» Y así se me despidió de presente, muy alegre de tal vision, conociendo que justamente pasaba, porque eran tantas y tan grandes las mentiras que yo entretejia y lo que contaba, que áun las verdades eran muy admirables, y las que no eran, pudieran de espanto matar las gentes. Propuse la enmienda, y lloré la culpa. Y á la mañana venida, mi gesto estaba como de ántes, y de mi señor y de mi mujer fuí conocido, y llevado á mi casa con mucho placer de todos, hallé á mi niña ya casi para ayudar á criar otra. Y despues que algunos dias reposé, tornéme á mi taza y jarro, con lo cual en breve tiempo fuí tornado en mi propio gesto y á mi buena vida.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el rector, y cómo se hubo con los estudiantes.

Estando ya algun tanto á mi placer, muy bien vestido y muy bien tratado, quíseme salir de allí do estaba por ver á España y solearme un poco; pues estaba harto del sombrío del agua. Determinando á dó iria, vine á dar conmigo en Salamanca, adonde, segun dicen, tienen las ciencias su alojamiento. Y era lo que habia muchas veces deseado, por probar de engañar alguno de aquellos abades ó mantilargos, que se llaman hombres de licencia. Y como la villa está llena destos, el olor tambien se siente de léjos; aunque del de sus noches Dios guarde mi casa. Fuíme luégo á pasear por la villa, y avezado de la mar, maravillábame de lo que allí veia, y bien era algo más de lo que tenía oido. Quiero contar una cosa que allí me aconteció, yendo por una calle de las más principales.

Venía un hombre á caballo en un asno, y como era guiñoso y debia estar cansado, no podia caminar adelante, ni áun volver atras, sino con gran trabajo. Comienza el hombre á dar sus gritos: «Arre acá, señor bachiller.» Con esto no me moví yo, aunque pensé en volverme; pero entendiendo él que con más honrado nombre se moveria más presto, comienza á decir: «Arre, señor licenciado, arre con todos los diablos;» y dale con un aguijon que traia: viérades entónces echar coces atras y adelante, y el licenciado

á una parte y el caballero á otra; nunca ví en mi vida, ni en el señorío de la mar, ni en el de la tierra, licenciado de tal calidad, que tanto lugar le hiciesen todos, ni que tanta gente saliese por verlo. Conocí entónces que debia ser de los criados con alguno de nombre, y que se hacian tambien de honrar con sus nombres, como yo me habia hecho por mi valer y fuerzas en la mar entre los atunes. Pero todavía los tuve en más que á mí, porque aunque me hicieron señoría, no me dieron licencia á más de la que yo de mí por mi esfuerzo entre ellos me tomaba. Y cierto, señor, que he yo pasado algun tiempo, que quisiera ser mucho más el licenciado asno que Lázaro de Tormes. De aquí vine siguiendo el ruido á dar en un colegio, adonde ví tantos estudiantes y oí tantas voces, que no habia ninguno que no quedase más cansado de gritar que de saber. Y entre muchos otros que conocí (aunque á mí ninguno dellos) quiso Dios que hallé á un amigo mio de los de Toledo, conocido del buen tiempo; el cual servía á dos señores como el que arriba movió el ruido, y aunque eran de los mayores del colegio. Y como era criado de consejo y de mesa, habló con sus amos de mí, de tal manera, que me valió una comida y algo más. Es verdad que fué á uso de colegio, comida poca, y de poco, mal guisado y peor servido, pero maldito sea el hueso quedó sin quebrar.

Hablamos de muchas cosas estando comiendo, y replicaba yo de tal manera con ellos, que bien conocieron ambos haber yo alcanzado más por mi experiencia que ellos por su saber. Contéles algo de lo que habia á Lázaro acontecido, y con tales palabras, que cierto todos me preguntaban adónde habia estudiado, en Francia, ó en Flandes, ó en Italia, y áun si Dios me dejara acordar alguna palabra en latin, yo les espantara; tomé la mano en el hablar por no darles ocasion de preguntar algo que me pusiesen en confusion. Todavía ellos, pensando que yo era mucho más de lo que entónces habian de mí conocido, determinaron

de hacerme defender unas conclusiones; pero pues sabia que en aquellas escuelas todos eran romancistas, y que yo era tal que me podia mostrar sin vergüenza á todos, no lo rehusé, porque quien se vale entre atunes, que no juegan sino de hocico, bien se valdria entre los que no juegan sino de lengua: el dia fué el siguiente, y para ver el espectáculo fué convidada toda la Universidad. Viera vuestra merced á Lázaro en la mayor honra de la ciudad, entre tantos doctores, licenciados y bachilleres, que por cierto con el diezmo se podrian talar cuantos campos hay en toda España, y con las primicias se ternia el mundo por contento: viera tantas colores de vestir, tantos grados en el sentar, que no se tenía cuenta con el hombre, sino segun tenía el nombre.

Antes de parecer yo en medio, quisiéronme vestir segun era la usanza dellos; pero Lázaro no quiso, porque pues era extranjero y no habia profesado en aquella universidad, no se debian maravillar, sino juzgar más segun la doctrina (pues que tal era esta) que no segun el hábito, aunque fuese desacostumbrado. Ví á todos entónces con tanta gravedad y tanta mesura, que si digo la verdad, puedo decir que tenía más miedo que vergüenza, ó más vergüenza que miedo no se burlasen de mí. Puesto Lázaro en su lugar (y cual estudiante yo), viendo mi presencia doctoral, y que tambien sabia tener mi gravedad como todos ellos, quiso el rector ser el primero que conmigo argumentase, cosa desacostumbrada entre ellos. Así me propuso una cuestion harto difícil y mala, pidiéndome le dijese cuántos toneles de agua habia en la mar; pero yo, como hombre que habia estudiado, y salido poco habia de allí, súpele responder muy bien, diciendo que hiciese detener todas las aguas en uno, y que yo lo mesuraria muy presto, y le daria dello razon muy buena. Oida mi respuesta tan breve y tan sin rodeos, que mal año para el mejor la diera tal, viéndose en trabajo pensando ponerme,

y viendo serle imposible hacer aquello, dejóme el cargo de mesurarla á mí, y que despues yo se lo dijese.

Avergonzado el rector con mi respuesta, échame otro argumento, pensando que me sobraba á mí el saber ó la ventura, y que como habia dado resolucion en la primera, así la diera en la segunda: pídeme que le dijese cuántos dias habian pasado desde que Adan fué criado hasta aquella hora, como si yo hubiera estado siempre en el mundo contándolos con una péndola en la mano, pues á buena fe que de los mios no se me acordaba, sino que un tiempo fuí mozo de un clérigo y otro de un ciego, y otras cosas tales, de las cuales era mayor contador que no de dias. Pero todavía le respondí, diciendo que no más de siete, porque cuando estos son acabados, otros siete vienen siguiendo de nuevo, y que así habia sido hasta allí, y sería tambien hasta la fin del mundo. Viera vuestra merced á Lázaro ya entónces muy doctor entre los doctores, y muy maestro entre los de licencia.

Pero á las tres va la vencida; pues de las dos habia tan bien salido, pensó el señor rector que en la tercera yo me enlodara, aunque Dios sabe qué tal estaba el ánimo de Lázaro en este tiempo, no porque no mostrase mucha gravedad, pero el corazon tenía tamañito. Díjome el rector que satisficiese á la tercera demanda; yo muy pronto respondí que no sólo á la tercera, pero hasta el otro dia se podia detener. Pidióme que á dó estaba el fin del mundo.—¿Qué filosofías son éstas? dije yo entre mí. ¿Pues cómo? ¿no habiéndolo yo andado todo, cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua, algo mejor se lo dijera. Todavía le respondí á su argumento, que era aquel auditorio do estábamos, y que manifiestamente hallaria ser así lo que yo decia si lo mesuraba, y cuando no fuese verdad, que me tuviese por indigno de entrar en colegio. Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recebia mal mate, échame la cuarta cuestion, muy

entonado, preguntando que cuánto habia de la tierra hasta el cielo. Viera vuestra merced mi gargajear á mis tiempos con mucha manera, y con ello no sabía qué responderle, porque podia él muy bien saber que no habia yo hecho aún tal camino. Si me pidieran la órden de vida que guardan los atunes, y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razon; pero no callé con todo, ántes respondí, que muy cerca estaba el cielo de la tierra. Porque los cantos de aquí se oyen allá, por bajo que hombre cante ó hable, y que si no me quisiese creer, se subiese él al cielo, y yo cantaria con muy baja voz, y que si no me oia me condenase por necio.

Prometo á vuestra merced que hubo de callar el bueno del rector, y dejar lo demas para los otros. Pero cuando le vieron como corrido, no hubo quien osase ponerse en ello, ántes todos callaron y dieron por muy excelentes mis respuestas. Nunca me ví entre los hombres tan honrado, ni tan señor acá, y señor acullá; la honra de Lázaro de dia en dia iba acrecentando; en parte la agradezco á las ropas que me dió el buen duque, que si no fuera por ellas, no hicieran más caso de mí aquellos diablos de haldilargos, que hacía yo de los atunes, aunque disimulaba. Todos venian para mí, unos dándome el parabien de mis respuestas, otros holgándose de verme y oirme hablar. Habiendo visto mi habilidad tan grande, el nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes. Mis convidados quisiéronme llevar á cenar con ellos, y yo tambien quise ir, aunque rehusé segun la usanza de allá á la primera, fingiendo ser por otros convidado. Cenamos, no quiero decir qué, porque fué cena de licencia aquella, aunque bien ví que la cena se aparejó á trueco de libros, y así fué tan noble.

Despues de haber cenado, y quitados los manteles de la mesa, tuvimos por colacion unos naipes, que suelen ser allá cotidianos; y cierto que en aquello algo más docto

estaba yo que no en las disputas del rector. Y salieron en fin dineros á la mesa, como quiera que ello fuese. Ellos como muy diestros en aquella arte, sabian hacer mil trasplantojos, que á ser otro, dejara cierto el pellejo, porque al medio mal me iba, pero á la fin les traté tan bien que ellos pagaron por todos, y demas de la cena embolsé mis cincuenta reales de ganancia en la bolsa. Tomaos, pues, con aquel que entre los atunes habia sido señoría; de Lázaro se guardarán siempre, y por despedirme dellos quisiera hablar algo en lengua atunesa, sino que no me entendieran. Despues, temiendo no me pusiesen en vergüenza, porque no les faltara ocasion, partíme de allí pensando que no todavía puede suceder bien.

Así determiné volverme dándome verdes con mis cincuenta reales ganados, y áun algo más que por honra dellos al presente callo, y llegué á mi casa, adonde lo hallé todo muy bien, aunque con gran falta de dinero. Aquí me vinieron los pensamientos de aquellos doblones que se desaparecieron en el mar, y cierto que me entristecí, y pensé entre mí que si supiera me habia de suceder tan bien como en Salamanca, pusiera escuela en Toledo, porque cuando no fuera sino por aprender la lengua atunesa, no hubiera quien no quisiera estudiar. Despues, pensándolo mejor, ví que no era cosa de ganancia, porque no aprovechaba algo; así dejé mis pensamientos atras, aunque bien quisiera quedar en una tan noble ciudad con fama de fundador de universidad muy celebrado, y de inventor de nueva lengua nunca sabida en el mundo entre los hombres. Esto es lo sucedido despues de la ida de Argel; lo demas con el tiempo lo sabrá vuestra merced, quedando muy á su servicio.—*Lázaro de Tormes*

SEGUNDA PARTE

DE

LAZARILLO DE TORMES

SACADA DE LAS CRÓNICAS ANTIGUAS DE TOLEDO

POR H. DE LUNA

INTÉRPRETE DE LA LENGUA ESPAÑOLA

A LOS LECTORES

La ocasion, amigo lector, de haber hecho imprimir la segunda parte de Lazarillo de Tormes, ha sido por haberme venido á las manos un librillo que toca algo de su vida, sin rastro de verdad. La mayor parte dél se emplea en contar cómo Lázaro cayó en la mar, donde se convirtió en un pescado llamado atun, y vivió en ella muchos años, casándose con una atuna, de quien tuvo por hijos tres peces como el padre y la madre. Cuenta tambien las guerras que los atunes hacian, siendo Lázaro el capitan, y otros disparates tan ridículos como mentirosos, y tan mal fundados como necios. Sin duda que el que lo compuso quiso contar un sueño necio ó una necedad soñada. Este libro, digo, ha sido el primer motivo que me ha movido á sacar á luz esta segunda parte, al pié de la letra, sin quitar ni añadir, como la vi escrita en unos cartapacios. en el archivo de la jacarandina de Toledo, que se confor-

maba con lo que habia oido contar cien veces á mi abuela y tias al fuego las noches de invierno, y con lo que me destetó mi ama; por más señas, que disputaban muchas veces ella, y otras vecinas, cómo habia podido ser que Lázaro hubiese estado tanto tiempo dentro del agua (como se cuenta en esta segunda parte) sin ahogarse. Las unas decian en pro, las otras en contra; aquellas acotaban el mesmo Lázaro, que dice no le podia entrar el agua, por estar lleno y colmado de vino hasta la boca. Un buen viejo experimentado en nadar, para probar ser cosa hacedera, interpuso su autoridad, diciendo habia visto un hombre, que entrando á nadar en el Tajo, se zambulló y metió en unas cavernas, desde que el sol se puso hasta que salió, que con su resplandor pudo atinar el camino; y cuando todos sus parientes y amigos estaban hartos de llorarle, y buscar su cuerpo para darle sepultura, salió sano y salvo. La otra dificultad que en su vida hallaban era el no haber ninguno conocido ser Lázaro hombre, y que todos los que le veian lo juzgasen por pez: á esto respondia un buen canónigo (que por ser muy viejo estaba todo el dia al sol con la hilanderas de rueca) haber sido más posible; ateniéndose á la opinion de muchos autores antiguos y modernos, entre los cuales son Plinio, Eliano, Aristóteles, Alberto Magno, los cuales certifican haber en la mar unos pescados, que á los machos llaman tritones y á las hembras nereidas, y á todos hombres marinos, los cuales de la cintura arriba tienen figura de hombres perfectos, y de allí abajo de peces; y yo digo, que aunque esta opinion no fuera defendida de autores calificados, bastaba, para excusa de la ignorancia española, la licencia que los pescadores tenian de los señores inquisidores; pues fuera un caso de inquisicion, si dudaran de una cosa que sus señorías habian consentido se mostrase por tal. A este propósito (aunque sea fuera del que trato ahora), contaré una cosa que sucedió á un labrador de mi tierra, y fué, que enviándole á llamar un

nquisidor para peairle le enviase de unas peras que le habian dicho tenía extremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dió tal pena que cayó enfermo, hasta que por medio de un amigo suyo supo lo que le queria; levantóse de la cama, fuése á su jardin, arrancó el árbol de raíz, y lo envió con la fruta, diciendo no queria tener en su casa ocasion de que le enviasen á llamar otra vez: tanto es lo que los temen, no sólo los labradores y gente baja, mas los señores y grandes: todos tiemblan cuando oyen estos nombres, inquisidor é inquisicion, más que las hojas del árbol con el blando céfiro. Esto es lo que he querido advertir al lector, para que pueda responder cuando en su presencia se verificasen tales cuestiones; y asimismo le advierto me tenga por coronista, y no por autor de esta obra, con que podrá pasar una hora de tiempo; si le agradare, aguarde la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que es lo mejor de todo; y si no, reciba la buena voluntad. Vale.

LAZARILLO DE TORMES.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Argel.

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Dígolo á propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me habia ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba, tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida. Estando, pues, gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo más que un saludador, mejor vestido que un teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa, más ciertos que revendedora de Madrid, mi casa llena como colmena, con una hija ingerta á canutillo, y con un oficio que me lo podia envidiar el echa-perros de la Iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó é hizo que como buen hijo deter-

minase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gonzalez (que buen siglo haya), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar á un astuto ciego, ratonar el pan del avariento clérigo, servir al pelon escudero, y finalmente gritar las faltas ajenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista á los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir á mi valeroso capitan de la órden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulado que todo lo que ganase sería para mí (como lo fué); finalmente, quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando á Santiago y cierra España.

Despedíme de mi amada consorte y cara hija; ésta me rogó no me olvidase de traerla un morico, y la otra que me acordase de enviarle con el primer mensajero una esclava que la sirviese, y algunos cequíes berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licencia al arcipreste mi señor, á quien encargué el cuidado y regalo de mi mujer é hija, prometiéndome haria con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van á la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mesmo viaje llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos á Murcia con intencion de irnos á embarcar á Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera, por conocer que la fortuna, que me habia puesto en lo más alto de su rúeda voltária y subido á la cumbre de la bienaventuranza terrestre con su curso veloz, comenzaba á despeñarme á lo más ínfimo.

Fué, pues, el caso, que llegando á la posada ví un semihombre, que más parecia cabron segun las vedijas é hilachas de sus vestidos: tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una media vaina de cimojes traia; el sombrero á lo picaresco, sin

coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era á la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veía por la celosía de sus vestidos, las calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran á lo descalzo, tan traidos como llevados: en una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado. Con esta imaginacion le pregunté de dónde era, y dónde bueno caminaba; alzó los ojos para ver quién era el que se lo preguntaba, conocióme, y yo á él: era el escudero que en Toledo serví; quedé admirado de verle en tal traje.

Conocida mi admiracion, dijo: «No me espantaria, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves; pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el dia que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando á casa con el trueque del doblon para pagar á mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herreruelo, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecia; roguéle me diese cuenta de su pena, que más tardaria en dármela que yo en dalle remedio; ella sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal dijo, que la merced que le habia de hacer, y ella me suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid, en donde le habian dicho estaba un caballero, que no se habia contentado con deshonrarla, sino que además le habia llevado todas sus joyas, sin tener respeto á la palabra de esposo que le habia dado, y que si yo queria hacer por ella esto, ella haria por mí lo que una mujer obligada debia. Consoléla lo mejor que pude dándole esperanzas, que si su enemigo estaba en el mundo se tuviese por desgraviada. En conclusion, sin tornar el pié atras, partimos á la corte, hasta donde la hice la costa. La señora, que sabía bien adónde iba, me llevó á una bandera de soldados,

donde la recibieron con alegría y la llevaron delante del capitan, para que la pusiese en la lista de las cicatriceras, y tornandose á mí con una cara de poca vergüenza dijo: «Adios, seor peligordo; pues esta no es para más.» Viéndome burlado, comencé á echar espumajos por la boca, diciéndole, que si como era mujer fuera hombre, la sacaria el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó á mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofeton, que si me lo hubiera dado allí podian abrir la sepultura: como ví aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus, me fuí más que de paso, por ver si me seguiria algun soldado de talle para matarme con él; porque si me pusiera con aquel soldadejo, y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra ó qué fama ganaria? Mas si hubiera salido el capitan ó algun valenton, les hubiera dado más cuchilladas que arenas hay en el mar. Como ví que ninguno osaba seguirme, fuíme muy contento. Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecia, estoy como ves: verdad es que he podido ser repostero, ó escudero de cinco ó seis remendonas, oficios que aunque muriese de hambre no los tomaria.»

Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra, que le prestasen dineros, estaba sin ellos, y no sabía adónde ir aquella noche. Yo que le entendí la leva, le convidé con la mitad de mi cama y cena; admitió el convite; cuando nos quisimos acostar le dije quitase los vestidos de encima del lecho, que era pequeño para tanta gente. A la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano á mis vestidos, y fué en vago, porque el traidor me los habia hurtado é ídose con ellos; pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como despues recibí; dí voces apellidando, al ladron, al ladron; subieron los de casa, y halláronme como el nadador, buscando con que cubrirme por los rincones

del aposento: se reian todos como locos, y yo renegaba como carretero; daba al diablo al ladron fanfarron que me habia tenido la mitad de la noche contando grandezas de su persona y linaje.

El remedio que por entónces tomé (porque ninguno me lo daba) fué ver si los vestidos de aquel mata-siete me podian servir, hasta que Dios me deparase otros; pero era un laberinto; ni tenian principio, ni fin: entre las calzas y sayo no habia diferencia; puse las piernas en las mangas, y las calzas por ropilla, sin olvidar las medias, que parecian mangas de escribano: las sandalias me podian servir de cormas, porque no tenian suelas; encasquetéme el sombrero poniendo lo de arriba abajo, por estar ménos mugriento; de la gente de á pié y de á caballo que iban sobre mí no hablo. Con esta figurilla fuí á ver á mi amo, que me habia enviado á llamar, el cual espantado de ver aquella madagaña, le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, é hizo flux: por su honra es muy justo se pase en silencio. Despues de haber hecho mil paradillas, me preguntó la causa de mi disfraz; contéselo, y lo que dello resultó fué, que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo: que como aquella vez habia acogido aquel hombre en mi cama, otro dia haria lo mismo con alguno que le robase.

CAPITULO II.

Cómo Lázaro se embarcó en Cartagena.

De cosecha tenía el no durar mucho con mis amos: así lo hice con éste, aunque sin culpa mia; víme desesperado, solo y afligido, en traje que todos me daban de codo y se burlaban. Unos me decian: «No está malo el sombrerillo con puerta falsa; parece tocado de flamenca;» otros: «La ropilla es al uso; parece pocilga de puercos, pues demas que vuestra merced está dentro, le corren tan gordos que los podria matar y enviar salados á la señora su mujer.» Díjome un mochiller: «Seor Lázaro, por Dios, que las medias le hacen buena pantorrilla.—Las sandalias son á lo apostólico, replicó un barrachel; es que el señor va á predicar á los moros.» Tanto me decian y corrian, que estuve determinado á tornarme á mi casa; no lo hice por pensar que la guerra sería muy pobre si en ella no se ganaba más de lo perdido: lo que más sentia era que huian de mí como de un apestado.

Embarcámonos en Cartagena: la nave era grande ỹ bien abastecida; izaron las velas y diéronlas al viento, que la llevaba é impelia con grande velocidad. La tierra se nos escondió, y el mar se embraveció cón un viento contrario, que levantaba las velas hasta las nubes; la borrasca crecia, y la esperanza faltaba; los marineros y pilotos nos desahuciaron; los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermon de pasion; con la grande ba-

tabola no se entendia nada de lo que se mandaba; unos corrian á una parte, otros á otra: parecíamos caldereros; todos se confesaban con quien podian, y tal hubo que se confesó con una *piltrafa*, y ella le dió la absolucion tan bien como si hubiera cien años que ejercitara el oficio. «A rio revuelto ganancia de pescadores;» como ví que todos estaban ocupados, dije entre mí: «Muera Marta y muera harta.» Bajé á lo hondo de la nave, donde hallé abundancia de pan, vino, empanadas, conservas, que nadie les decia ¿qué haceis ahí? Comencé á comer de todo y á henchir mi estómago por hacer provision hasta el dia del juicio. Llegóse á mí un soldado pidiéndome le confesase, y espantado de verme con tan buen aliento y apetito, preguntóme cómo podia comer viendo la muerte al ojo; díjele lo hacia por miedo de que el agua de la mar que habia de beber cuando me ahogase no me hiciese mal: mi simplicidad le hizo sacar la risa de los carcañales. A muchos confesé que no decian palabra con la agonía, ni yo la escuchaba con la prisa de tragar. Los capitanes y gente de consideracion con dos clérigos que habia se salvaron en el esquife; yo estaba mal vestido, y así no cupe dentro. Cuando estuve harto de comer fuíme á una pipa de buen vino y trasmudé en mi estómago todo lo que cupo: olvidéme de la tormenta y áun de mí mismo.

La nave dió al traves, y el agua entraba por ella como por su casa; un cabo de escuadra me asió de las manos, y con la agonía de la muerte me dijo le escuchase un pecado que me queria confesar, y era que no habia cumplido una penitencia que le habian dado de ir en romería á Nuestra Señora de Loreto, habiendo tenido mucha comodidad para ello, y que entónces que queria no podia; y yo le dije, que con la autoridad que tenía se la conmutaba, y que en lugar de ir á Nuestra Señora de Loreto fuese á Santiago. «¡Ay, señor! dijo él, cuánto quisiera yo cumplir esa penitencia, mas el agua empieza á entrarme por la boca,

y no puedo.—Si así es, le repetí, os doy por penitencia que bebais toda la de la mar;» mas no la cumplió, que muchos hubo allí que bebieron tanta como él. Llegando á mi boca le dije, á otra puerta, que esta no se abre; y aunque la abriera no pudiera entrar, porque mi cuerpo estaba tan lleno de vino que parecia cuero atisbado.

Al estallido de la nave acudió gran cantidad de pescados: parecia les habian dado socorro con los del navio; comian de las carnes de los miserables ahogados (y no en poca agua), como si pacieran en prado concejil. Quisieron hacer ejecucion en mi persona; puse mano á mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde. Silbando me decian: «No queremos hacerte mal, salvo saber si tienes buen gusto.» Tanto hice, que en ménos de medio cuarto de hora maté más de quinientos atunes, que eran los que querian hacer *gaudeamus* con estas carnes pecadoras. Los pescados vivos se cebaron en los muertos, y dejaron la compañía de Lázaro, que no les era provechosa. Víme señor en la mar sin contradicion ninguna. Discurrí de unas á otras partes, donde ví cosas increibles: infinidad de osamenta y cuerpos de hombres, hallé cantidad de cofres llenos de joyas y dineros, muchedumbre de armas, sedas, lienzos y especería. Todo me daba envidia, y todo lástima por no tenerlo en mi casa, con que, como decia el vizcaíno, comiera el pan empringado con sardinas. Hice todo lo que pude, y no hice nada. Abrí una gran arca, é henchíla de doblones y joyas preciosísimas; tomé algunas sogas de muchas que allí habia, con la que até, y añudando unas á otras, hice una tan larga, que me pareció bastante para llegar á la superficie del agua. Si puedo sacar estas riquezas de aquí (decia entre mí), no habrá bodegonero en el mundo más regalado que yo: haré casas, fundaré rentas y compraré un jardin en los Cigarrales; mi mujer se pondrá don y yo señoría; casaré á mi hija con el más rico paste-

lero de mi tierra; todos vendrán á darme el parabien, y yo les diré que lo he bien trabajado, sacándolo, no de las entrañas de la tierra, pero del corazon de la mar; no mojado de sudor, más remojado como curadillo seco. En mi vida he estado tan contento como entónces, sin considerar que si abria la boca quedaria allí con mi tesoro sepultado hasta ciento y un año.

CAPITULO III.

Cómo Lázaro salió de la mar.

Viéndome tan cerca de morir, temia; y tan cercano de ser rico, me alegraba; la muerte me espantaba, y el tesoro me deleitaba para huir de aquella y gozar deste. Desnudéme los andrajos que mi amo primero me habia dejado por el servicio que le habia hecho; atéme la soga al pié, y comencé á nadar (que aunque sabía poco, la necesidad me ponia alas en los piés y remos en las manos). Los pescados que alrededor estaban acudieron á picarme, haciéndome caminar con sus rempujones, que me servian como de estribo: ellos picando y yo coceando llegamos hasta la superficie del agua, donde me sucedió una cosa que fué causa de toda mi desdicha. Los pescados y yo encontramos con unas redes que unos pescadores habian tendido, los que sintiendo la pesca enredada tiraron con tanta furia, y el agua me comenzó á entrar no con menor, que sin poder resistir me comencé á ahogar, y lo hubiera hecho si los marineros con su prisa acostumbrada no sacaran la

presa á los barcos. Doy al diablo el mal sabor; en todos los dias de mi vida he bebido cosa peor; súpome á los meados del señor arcipreste, que un dia mi mujer me hizo beber diciendo ser vino de Ocaña.

Puestos en el barco los peces y yo á revuelta dellos, comenzaron á tirar de la cuerda, por la cual (como dicen) sacaron el ovillo. Halláronme atado á ella, y admirados decian: «¿Qué pescado es éste que tiene las facciones de hombre? ¿si es diablo ó fantasma? Giremos desta soga; veremos qué trae asido al pié.» Tiraron con tanta fuerza que el barco se iba á lo hondo; conociendo el peligro la cortaron, y con ella las esperanzas á Lázaro de hacerse de los godos. Pusiéronme boca abajo para que echara el agua que habia bebido; vieron que no estaba muerto (que no hubiera sido para mí lo peor); diéronme un poco de vino, con que como lampara con aceite torné en mí. Hiciéronme mil preguntas; á ninguna respondí, hasta que me dieron de comer, y cobrando aliento, lo primero que les pregunté fué por la corma que traia atada al pié; dijéronme cómo la habian cortado por librarse del peligro en que se habian visto. Allí se perdió Troya, y Lázaro sus bien colocados deseos; allí comenzaron sus dolores, angustias y tormentos. No hay mayor dolor en el mundo que haberse visto rico y en los cuernos de la luna, y verse pobre y sujeto á necios. Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y ella me las anegó todas. Conté á los pescadores lo que ellos y yo habíamos perdido en haberme cortado las pihuelas. Fué tan grande el enojo que recibieron, que uno dellos se quiso desesperar.

El más cuerdo de todos dijo sería bueno me tornasen á la mar, y que me águardasen allí hasta que saliese: siguieron todos el voto deste; y no obstante los inconvenientes que yo les representé, estaban en sus trece, diciendo que pues sabía el camino, me era fácil (como si fuera ir á la pastelería ó al bodegon); cególes tanto la codicia que me

verian ya echar, si mi dicha ó desdicha no ordenase llegase donde estábamos un barco que venía á ayudarles á llevar la pesca; callaron, porque los otros no supiesen el tesoro que habian descubierto; fuéles forzoso por entónces dejar su mala intencion; llegaron los barcos á la lengua del agua, echáronme entre los pescados para disimular, con intencion de tornarme á buscar cuando pudiesen. Tomáronme entre dos, y llevaron á una cabañuela que cerca tenian. Uno que no sabía el misterio les preguntó qué era aquello: respondiéronle ser un monstruo que habian cogido con los atunes. Puesto en aquella pobre zahurda, les rogué me diesen algunos andrajos con que cubrir mi desnudez y con que poder salir delante de los hombres. «Eso será, dijeron ellos, despues de haber hecho cuenta con la huéspeda:» no entendí entónces esta jerigonza. Extendióse la fama del monstruo por la comarca; venía mucha gente á la choza para verme; los pescadores no me querian mostrar, diciendo aguardaban licencia del señor obispo é inquisidores para mostrarme, y que hasta entónces era excusado. Yo estaba atónito, sin saber qué decir ni hacer, no adivinando su intencion; sucedióme lo que al cornudo, que es el postrero que lo sabe. Inventaron, pues, estos diablos una invencion que el mismo Satanás no hubiera urdido otra semejante, que pide un nuevo capítulo y una nueva atencion.

CAPÍTULO IV.

Cómo llevaron á Lázaro por España.

La ocasion hace al ladron: los pescadores, echando de ver se les ofrecia tan buena, asiéronla de la melena, y áun de todo el cuerpo. Viendo que acudia tanta gente al nuevo pescado, determinaron desquitarse de la pérdida que habian hecho cortándome la soga del pié, y así enviaron á pedir licencia á los señores inquisidores para mostrar por toda España un pez que tenía cara de hombre: alcanzáronla con facilidad por medio de un presente que del mejor pescado que habian cogido hicieron á sus señorías. Cuando el buen Lázaro estaba dando gracias á Dios por haberle sacado del vientre de la ballena (que fué un milagro tanto mayor, cuanto mi industria y saber era menor, nadando como una barra de plomo), tomáronme entre cuatro de aquellos, que parecian más verdugos de los que crucificaron á Jesucristo, que hombres; atáronme las manos y pusiéronme una barba y casquete de musgo, sin olvidar los mostachos, que parecia salvaje de jardin. Envolviéronme los piés en espadañas; víme como trucha montañesa. Lloraba mi desdicha; gemia quejándome de mi hado ó fortuna; decia:—¿Qué es esto, que tanto me persigues? En mi vida te ví, ni te conozco; pero si por los efectos se rastrea la causa, por lo que de tí he experimentado creo no hay sirena, basilisco, víbora, ni leona parida más cruel que tú: subes á los hombres con halagos y caricias á la cumbre de

tus deleites y riquezas, dejándolos de allí despeñar en el abismo de todas las miserias y calamidades, tanto mayores cuanto tus favores lo habian sido.

Oyó mi soliloquio uno de aquellos borreros, y con voz carretil me dijo: «Si el señor atun habla más palabra, le pondrán en sal con sus compañeros, ó le quemaremos como á monstruo: los señores inquisidores han mandado prosiguió, lo llevemos por las villas y lugares de España, á enseñarlo á todos como portento y monstruo de natura.» Yo les juraba que no era atun, monstruo, ni otra cosicosa, mas que hombre, tanto como cualquiera hijo de vecino, y si habia salido de la mar, era por haber caido en ella con los que se ahogaron en la armada de Argel. Eran sordos, y tanto peores cuanto ménos querian entender. Viendo que mis ruegos eran tan perdidos como la lejía con que lavan la cabeza al asno, tuve paciencia, aguardando á que el tiempo, que todo lo cura, curase mi mal, que procedia de aquellos malditos metamorfosios. Pusiéronme en una media cuba hecha al modo de un bergantin, que llena de agua, y yo sentado en ella, me llegaba hasta los labios; no me podia levantar en pié por tenerlos atados con una soga, de la cual salia un cabo por entre los cellos de aquel pelambre, de suerte que si por malos de mis pecados pipeaba, me hacian dar un camarujo como rana, y beber más agua que hidrópico; cerraba la boca hasta que sentia que el que tiraba aflojaba; entónces sacaba la cabeza fuera como tortuga, y escarmentaba en la mia propia.

Puesto desta suerte me mostraban á todos, y eran tantos los que acudian á verme (pagando cada uno un cuartillo), que en un dia ganaban doscientos reales. Crecia la codicia á medida de la ganancia, la cual les hizo dudar de mi salud; para conservarla entraron en bureo, si sería bueno sacarme las noches del agua, por temer que la mucha humedad y frialdad no me acortase la vida, que ellos querian más que á la propia (por el provecho que della se

les seguia). Determinaron estuviese siempre en ella, creyendo que la costumbre se tornaria en naturaleza; de manera que el pobre Lázaro estaba como arroz ó como cáñamo en balsa. A la piadosa consideracion del benigno lector dejo lo que en tal caso podia sentir, viéndome preso con tan extraño género de prision. Cautivo en tierra de libertad y aherrojado por la malicia de aquellos codiciosos titiriteros, y lo peor y que más sentia era serme necesario contrahacer el mudo sin serlo; ni áun podia abrir la boca, porque al punto que la abria, estaba tan alerta mi centinela, que sin que nadie lo pudiera ver, me la henchia de agua, temiendo no hablase. Mi comida era pan remojado, que los que venian allí echaban para verme comer; de manera que en seis meses que en aquel baño estuve, maldita otra cosa comí: perecia de hambre; mi bebida era agua de la cuba, que por no ser muy limpia era más sustanciosa, particularmente que con la frialdad me dieron unas camarillas que me duraron lo que me duró aquel purgatorio aguado.

CAPÍTULO V.

Cómo llevaron á Lázaro á la corte.

Lleváronme aquellos sayones de ciudad en villa, y de villa en aldea, y de aldea en cortijo, más alegres con la ganancia que pascua de flores. Burlábanse del pobre Lázaro, y cantaban diciendo: «Viva, viva el pescado que nos da de comer sin trabajo.»

El ataud iba encima de un carro; acompañábanme tres: el carretero, el que tiraba de la cuerda cuando yo queria hablar, y el relator de mi vida; éste hacía las arengas contando el extraño modo que habian tenido en pescarme, y mintiendo más que sastre en víspera de pascua. Cuando caminábamos por despoblados me permitian hablar, que fué la mayor cortesía que dellos recibí: preguntábales quién diablos les habia puesto en la cabeza me llevasen de aquella manera puesto en piscina. Respondíanme que si no lo hacía así, moriria al punto, pues siendo como era pescado, no podia vivir fuera del agua. Viéndolos tan porfiados determiné de serlo, y así me lo persuadia, pues que todos me tenian por tal, creyendo que el agua de la mar me habria mudado, siendo la voz del pueblo, como dicen, la de Dios; y así, de allí adelante no hablaba más que en misa.

Entráronme en la corte, donde la ganancia era grande por ser la gente della amiga de novedades, á quien siempre acompaña la ociosidad. Entre muchos que vinieron á verme fueron dos estudiantes, que considerando por menudo la fisonomía de mi rostro, dijeron á medio tono jurarian en una ara consagrada que yo no era pescado, sino hombre, y que si ellos fueran ministros de justicia sacaran la verdad en limpio, limpiándonos á todos las espaldas con una penca. Rogaba á Dios en mi alma que lo hiciesen, con tal que me sacasen de allí; quise ayudarles diciendo:—Los señores bachilleres tienen razon. Mas apénas habia abierto la boca, cuando mi centinela me la habia metido en el agua; los gritos que dieron todos cuando me zambullí (ó me zambulleron) impidió que los buenos licenciados pasasen adelante en su discurso. Echábanme pan, y lo despachaba ántes que se remojase mucho; no me daban la mitad de lo que comiera. Acordábame de la abundancia de Toledo y de mis amigos los alemanes, y de aquel buen vino que solia pregonar. Rogaba á Dios repitiese el milagro de

la cena de Galilea, y que no permitiese que muriese á manos del agua, mi mayor enemigo.

Consideraba lo que aquellos estudiantes habian dicho, que por el ruido nadie lo entendió; confirméme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque mi mujer me habia dicho muchas veces era una bestia, y los muchachos de Toledo me solian decir: «Señor Lázaro, encasquétese un poco el sombrero, que se le ven los cuernos.» Todo esto, y el llevarme en remojo, me habia hecho dudar si era hombre perfecto ó no; mas desde que oí hablar á aquellos benditos zahorís del mundo, no dudé más en ello, y así procuraba librarme de las manos de aquellos caldeos.

Una noche, en el mayor silencio della, viendo que mis guardas dormian á pierna suelta, procuré soltarme, mas por estar las cuerdas mojadas me fué imposible; quise dar voces; pero consideré que no me serviria de nada, pues el primero que las oyese me taparia la boca con una azumbre de agua. Viendo cerrada la puerta á mi remedio, con gran impaciencia empecé á revolcarme en aquel cenagal, y tanto hice y forcejé, que la cuba se trastornó y yo con ella; derramóse toda el agua; viéndome libre, grité pidiendo favor; los pescadores despavoridos, conociendo lo que yo habia hecho, acudieron al remedio, que fué taparme la boca, hinchéndomela de hierba, y para confundir mis voces las daban ellos mayores, apellidando justicia, justicia; y diciendo y haciendo, tornaron á henchir la cuba de un pozo que allí estaba, con una presteza increible: el huésped salió con una alabarda, y todos los de la posada, cuáles con asadores y cuáles con palos; acudieron los vecinos y un alguacil con seis corchetes, que por allí acertó á pasar; el mesonero preguntó á los marineros qué era aquello; respondieron ser ladrones que les querian hurtar su pez; él como un perdido gritaba: «¡A los ladrones, á los ladrones!» Unos miraban si saldrian por la puerta, ó si

saltarian de un tejado á otro; ya mis custodios me habian tornado á la tina.

Sucedió que el agua que della se habia derramado cayó toda por un abujero á un aposento más bajo, sobre una cama donde dormia la hija de la casa, la cual movida de caridad habia acogido en ella á un clérigo que para su contemplacion habia venido á aposentarse allí aquella noche. Espantáronse tanto del diluvio del agua que sobre su cama caia y de las voces que todos daban, que sin saber qué hacer se echaron por una ventana desnudos como Adan y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. Hacía una luna muy clara, que su claridad podia competir con la del que se la daba; al punto que los vieron apellidaron: «¡Ladrones, tengan los ladrones!» Los corchetes y alguacil corrieron tras ellos, y á pocos pasos los alcanzaron, porque como iban descalzos las piedras no les dejaban huir, y sin ser oidos ni vistos los llevaron á la cárcel. Los pescadores salieron muy de mañana de Madrid á Toledo, sin saber lo que Dios habia hecho de la simple doncellita y del devoto clérigo.

CAPÍTULO VI

Cómo llevaron á Lázaro á Toledo

La industria de los hombres es vana; su saber ignorancia, y su poder flaqueza, cuando Dios no le fortalece, enseña y guía. Mi trabajo sirvió sólo de acrecentar el cuidado y solicitud de mis guardas, los cuales, enojados del

asalto de la noche pasada, me dieron tantos palos por el camino, que me dejaron casi por muerto, diciendo: «Maldito pescado, ¿queríais iros? ¿no conoceis el bien que os hacen en no mataros? Sois como la encina, que no dais el fruto sino á palos.» Molido, reprendido y muerto de hambre, me entraron en Toledo: aposentáronse junto á Zocodover en casa de una viuda, cuyos vinos solia yo pregonar. Pusiéronme en una sala baja, á donde acudia mucha gente.

Entre otros vino mi Elvira con mi hija de la mano; cuando la ví no pude detener dos hilos de lágrimas que reveptaron de mis ojos. Lloraba y suspiraba, pero entre cuero y carne, porque no me privasen de lo que tanto amaba, y de la vista de lo que quisiera tener mil ojos para ver: aunque fuera mejor que los que me privaban de la palabra lo hicieran de la potencia visiva; porque mirando atentamente á mi mujer, la ví, ¡no sé si lo diga!... víla la tripa á la boca: quedé espantado y atónito; aunque si tuviera juicio no tenía de qué, pues el arciprestre, mi señor, me habia dicho, cuando salí de aquella ciudad para la guerra, haria con ella como si fuera suya propia. De lo que más me pesaba era de no poder persuadirme estaba preñada de mí, pues habia más de un año que estaba ausente. Cuando moraba en ella y vivíamos en uno, y me decia: «Lázaro, no creas te haga traicion, porque si lo crees, haces muy mal;» quedaba tan satisfecho, que huia de pensar mal della, como el diablo del agua bendita: pasaba la vida alegre; contento y sin celos, que es enfermedad de locos. Muchas veces he considerado entre mí, que esto de hijos consiste en la aprension; porque ¡cuántos hay que aman á los que piensan serlo suyos sin tener más dellos que el nombre, y otros que, por alguna quimera que se les pone en el capricho, los aborrecen por imaginar que sus mujeres les han puesto la madera tinteril en la cabeza! Comencé á contar los meses y dias; hallé cerrado el ca-

mino de mi consolacion. Imaginé si mi buena consorte estaba hidrópica; duróme poco esta pia meditacion; porque al punto que de allí salió, comenzaron dos viejas á decirse una á otra: «¿Qué os parece de la arcipresta? No le hace falta su marido.—¿De quién está preñada? preguntó la otra.—¿De quién? prosiguió la primera: del señor arcipreste; y es tan bueno, que por no dar escándalo si pare en su casa sin tener marido, la casa el domingo con Pierres, el gabacho, que será tan paciente como mi compadre Lázaro.»

Este fué el toque y el *non plus ultra* de mi paciencia: comenzóseme á abrir el corazon sudando dentro del agua; y sin poder irme á la mano me caí desmayado en la pocilga; el agua se entraba á más andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fué de vivir todo lo que Dios quisiera y yo pudiese, á pesar de gallegos y de la adversa fortuna. Los pescadores afligidos hicieron salir fuera á todos, y con grande diligencia me sacaron la cabeza fuera del agua: halláronme sin pulso y sin aliento, y sin él se lamentaban, llorando la pérdida, que para ellos no era pequeña. Sacáronme fuera de la tina, procuraron hacerme vomitar lo que habia bebido; mas fué en vano, porque la muerte habia cerrado la puerta tras sí. Viéndose en blanco, y áun en albis, como domingo de Cuasimodo, no sabian imaginar el remedio, ni áun dar un medio á su pena y fatiga; salió decretado por el concilio de tres, que la noche venida me llevasen al rio y me echasen dentro con una piedra al cuello, para que me sirviese de sepulcro la que lo habia hecho de verdugo.

CAPITULO VII.

De lo que le sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo.

Ninguno desespere, por más afligido que se vea; pues cuando ménos se catará abrirá Dios las puertas y ventanas de su misericordia, y mostrará no serle nada imposible, y que sabe, puede y quiere mudar los designios de los malos en saludables y medicinales remedios para los que en él confian. Pareciéndoles á aquellos sayones de ramplon que la muerte no se burlaba, siendo costumbre suya no hacerlo, me metieron en un costal, y atravesándome en un macho, como zaque de vino, ó por mejor decir, de agua, estando lleno della hasta la boca, se encaminaron por la cuesta del Cármen, con más tristeza que si llevaran á enterrar al padre que los habia engendrado y á la madre que los parió. Quiso mi buena suerte que cuando me pusieron sobre el mulo, fué de pechos y tripas; como iba boca abajo, comencé á echar agua por ella, como si hubieran levantado las compuertas de una represa ó exclusa.

Torné en mi acuerdo, y cobrando aliento conocí estar fuera del agua y de aquel desdichado pelambre. No sabia dónde estaba, ni adónde me llevaban; sólo oí decir: «Importa para nuestra seguridad buscar un pozo muy hondo para que no le encuentren tan presto.» Por el hilo saqué el ovillo: imaginándome lo que era, y viendo que no podia ser más negro el cuervo que las alas, oyendo ruido de gente cerca, dí voces diciendo:—Aquí de Dios, justicia.

justicia. Los del ruido eran la ronda, que acudieron á mis gritos con las espadas desnudas; reconocieron el costal y hallaron al pobre Lázaro hecho un abadejo remojado. En cuerpo y alma sin ser oidos ni vistos, nos llevaron á todos á la cárcel: los pescadores lloraban por verse presos, y yo reia por estar libre. Pusiéronlos á ellos en un calabozo, y á mí en una cama. A la mañana siguiente nos tomaron nuestros dichos: ellos confesaron la traida y llevada por España, mas que lo habian hecho creyendo era pescado, habiendo para ello pedido licencia á los señores inquisidores. Yo dije la verdad de todo, y cómo aquellos bellacos me tenian atraillado y puesto de manera que no podia pipear.

Hicieron venir al arcipreste y á mi buena Elvira para probar si era verdad que yo fuese el Lázaro de Tormes que decia: dijo ser verdad que parecia en algo á su buen marido; mas que creia no era él; porque aunque habia sido un gran bestia, ántes sería mosquito que pez, y buey que pescado: diciendo esto, y haciendo una grande reverencia, se salió. El procurador de mis verdugos requirió que me quemasen, porque sin duda era monstruo, y que él se obligaba á probarlo.—¡Eso sería el diablo, decia yo entre mí, si hay algun encantador que me persigue, trasformándome en lo que le da gusto! Los jueces le mandaron callar. Entró el señor arcipreste, que viéndome tan descolorido y arrugado como tripa de vieja, dijo no me conocia en la cara ni talle. Trújele á la memoria algunas cosas pasadas y muchas secretas que entre nosotros habian pasado: particularmente le dije se acordase de la noche que vino desnudo á mi cama, diciendo tenía miedo de un duende que habia en su aposento, y se habia acostado entre mi mujer y mí. Él, porque no pasase adelante con las señas, confesó ser verdad que yo era Lázaro, su buen amigo y criado. Concluyóse el proceso con el testimonio del señor capitan que me sacó de Toledo, y fué de los que se escaparon de la tor-

menta en el esquife, confesando ser yo en persona Lázaro su criado. Conformóse con esto la relacion del tiempo y lugar en que los pescadores dijeron haberme pescado. Sentenciáronlos á cada uno á doscientos azotes, y su hacienda confiscada, una parte para el rey, otra para los presos, y la tercera para Lázaro. Halláronles dos mil reales, dos mulas y un carro; de que pagadas las costas y gastos, me cupieron veinte ducados. Quedaron los marineros pelados y áun desollados, y yo rico y contento, porque en mi vida me habia visto señor de tanto dinero junto.

Fuíme á casa de un amigo, donde despues de haber envasado algunas cántaras de vino para quitar el mal gusto del agua, y puesto á lo de Dios es Cristo, comencé á pasearme como un conde, comiendo como cuerpo de rey, honrado de mis amigos, temido de mis enemigos, y acariciado de todos. Los males pasados me parecian sueño, el bien presente, puerto de descanso, y las esperanzas futuras, paraíso de deleites. Los trabajos humillan, y la prosperidad ensoberbece. El tiempo que los veinte escudos duraron, si el rey me hubiera llamado primo, le tuviera por afrenta. Cuando los españoles alcanzamos un real, somos príncipes, y aunque nos falte, nos lo hace creer la presuncion. Si preguntais á un mal trapillo quién es, responderos ha por lo ménos que desciende de los godos, y que su corta suerte lo tiene arrinconado, siendo propio del mundo loco levantar á los bajos y bajar á los altos; pero que aunque así sea, no dará á torcer su brazo, ni se estimará en ménos que el más preciado, y morirá ántes de hambre que ponerse á un oficio; y si se ponen á aprender alguno, es con tal desaire que, ó no trabajan, ó si lo hacen, es tan mal, que apénas se hallará un buen oficial en toda España. Acuérdome que en Salamanca habia un remendon que cuando le llevaban algo que remendar, hacía un soliloquio quejándose de su fortuna, que le ponia en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descen-

diente de tal casa, y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un dia á un vecino suyo, quiénes habian sido los padres de aquel fanfarron: dijéronme que su padre habia sido pisador de uvas, y en invierno mata-puercos, y su madre lava-vientres: quiero decir, criada de mondonguera.

Habia yo comprado un vestido de terciopelo raído, y una capa traida de raja de Segovia; llevaba una espada, con cuya contera desempedraba las calles. No quise ir á ver á mi mujer, cuando salí de la cárcel, por hacerle desear mi visita, y para vengarme del desprecio que habia hecho de mí, en ella: creí sin duda que, viéndome tan bien vestido, se arrepentiria y recibiria con los brazos abiertos; mas tijeretas eran y tijeretas fueron. Halléla parida y recien casada; cuando me vió dijo gritando: «Quítenme de delante á ese pescado mal remojado, cara de ansaron pelado; que si no, por el siglo de mi padre, me levante y le saque los ojos.» Yo con mucha flema la respondí:—Poco á poco, señora atiza-candiles, que si no me conoce por marido, ni yo por mujer, denme á mi hija, y tan amigos como ántes: hacienda he ganado, proseguí, para casarla muy honradamente. Pareciame que aquellos veinte ducados habian de ser como las cinco blancas de Juan espera en Dios, que en gastándolas hallaba otras cinco en su bolsa; mas á mí, como era lazarillo del diablo, no me sucedió asi, como se verá en el siguiente capítulo. El señor arcipreste se opuso á mi demanda, diciendo que no era mia, y para prueba dello me mostró el libro del bautismo, que confrontado con los capítulos matrimoniales, se veia que la niña habia nacido cuatro meses despues que yo habia conocido á mi mujer. Caí de mi asno, en que hasta entónces habia estado á caballo, creyendo ser mi hija la que no lo era.

Volví las espaldas tan consolado como si jamás las hubiera conocido. Fui á buscar á mis amigos, contéles el caso, consoláronme, que fué menester poco para ello. No

quise tornar al oficio de pregonero, porque aquel terciopelo me habia sacado de mis casillas. Yéndome á pasear hácia la puerta de Visagra, en la de San Juan de los Reyes encontré á una antigua conocida, que despues de haberme saludado me dijo cómo mi mujer estaba más blanda despues que habia sabido tenía dineros, particularmente porque el gabacho la habia parado como nueva. Roguéla me contase el caso; ella lo hizo diciendo: que el señor arcipreste y mi mujer se habian puesto un dia á consultar si sería bueno tornarme á recibir á mí y echar al gabacho, poniendo razones en pro y en contra; la consulta no fué tan secreta, que el nuevo velado no la entendiese, el cual disimulando, á la mañana se fué á trabajar al olivar, adonde su mujer y la mia fué á mediodía á llevarle la comida. Él la ató al pié de un árbol, habiéndola primero desnudado, donde le dió más de cien azotes; y no contento con esto, hizo un lío de todos sus vestidos, y quitándole las sortijas se fué con todo, dejándola atada, desnuda y lastimada, donde sin duda muriera, si el arcipreste no hubiera enviado á buscarla. Prosiguió diciendo creia sin falta que si yo echaba rogadores me recibirian como ántes, porque ella la habia oido decir: «Desdichada de mí, ¿por qué no admití á mi buen Lázaro, que era bueno como el buen pan, nada melindroso ni escrupuloso, el cual me dejaba hacer lo que queria?» Este fué un toque que me trastornó de arriba abajo, y estuve por tomar el consejo de la buena vieja, pero quise comunicarlo primero con mis amigos.

CAPÍTULO VIII.

Cómo Lázaro pleiteó contra su mujer.

Somos los hombres de casta de gallinas ponederas, que si queremos hacer algun bien, lo gritamos y cacareamos; pero si mal, no queremos que nadie lo sepa, para que no nos disuadan lo que sería bueno estorbasen. Fuí á ver á uno de mis amigos, y hallé tres juntos, porque despues que tenía dineros, se habian multiplicado como moscas con la fruta: díjeles mi deseo, que era tornarme con mi mujer, y quitarme de malas lenguas, siendo mejor el mal conocido que el bien por conocer. Afeáronme el caso, diciendo era un hombre que no tenía sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues queria juntarme con una ramera, piltrafa, escalentada, mata-candiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo á las mancebas de los clérigos. Tales cosas me dijeron y tanto me persuadieron, que determiné de no rogar ni convidar. Echando de ver mis buenos amigos (¡del diablo lo fueran ellos!) que su consejo y persuasiones eran eficaces, pasaron adelante, diciendo me aconsejaban, como quien tan íntimo lo era suyo, sacase las manchas y quitase el borron de mi honra tornando por ella, pues iba tan de capa caida, dando una querella contra el arcipreste y contra mi mujer, pues todo no me costaria blanca ni cornado, siendo ellos como eran ministros de justicia. El uno, que era un procurador de causas perdidas, me ofrecia cien ducados por mi provecho

el otro, como más entendido por ser un letrado de cantoneras, me decia que si él estuviera en mi pellejo, no daria mi ganancia por doscientos; el tercero me aseguraba (que como corchete que era lo sabía muy bien) haber visto otros pleitos ménos claros, más dudosos, que habian valido á los que los habian emprendido una ganancia sin cuento, cuanto más que creia que á los primeros encuentros del dómine Bacalarius, me hinchiria á mí las manos, y se las untaria á ellos, porque desistiésemos de la querella, rogándome que tornase con mi mujer, resultándome de ello más honra y provecho que no si yo lo hacía.

Encarecieron la cura arregostándome con buenas esperanzas; cogiéronme del pié á la mano, sin saber qué responder á sus argumentos sofísticos, aunque bien se me alcanzaba ser mejor perdonar y humillarse, que no llevar las cosas á punta de lanza, cumpliendo el mandamiento de Dios más dificultoso, que es el amor á los enemigos, y más que mi mujer no me habia hecho obras dello; al contrario, por ella habia comenzado á alzar cabeza y á ser conocido de muchos que con el dedo me señalaban diciendo: «veis aquí al pacífico Lázaro;» por ella comencé á tener oficio y beneficio. Si la hija que el arcipreste decia no ser mia, era ó no, Dios, escudriñador de los corazones lo sabe, y podria ser que así como yo me engañé, él pudiera engañarse tambien, como puede suceder que alguno de los que leyendo mis simplicidades, riendo se hinche la boca de agua, y las barbas de babas, sustente á los hijos de algun reverendo; trabaje, sude y afane por dejar ricos á los que empobrecen su honra, creyendo por cierto que si hay mujer honrada en el mundo es la suya; y áun podria ser que el apellido que tienes, amigo lector, de Cabeza de Vaca, lo hubieses tomado de la de un toro. Mas dejando á cada uno con su buena opinion, todas estas buenas consideraciones no bastaron; y así dí una querella contra el arcipreste y contra mi mujer. Como habia dinero fresco,

en veinte y cuatro horas los pusieron en la cárcel, á él en la del arzobispo, y á ella en la pública. Los letrados me decian no reparase en los dineros que me podia costar aquel negocio, pues todo habia de salir de las costillas del dómine; y así por hacerle más mal, y que fuesen mayores las costas, daba cuanto me pedian. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentian el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En ménos de ocho dias el pleito estuvo muy adelante, y mi bolsa muy atras. Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habian preso los hallaron en fragante delito, y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban; los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso era menester meterles más espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los piés: parecian pesas de reloj, que subian á medida que los mios bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en ménos de ocho, con testigos falsos, condenaron al pobre Lázaro á pedir perdon, en costas y destierro perpétuo de Toledo.

Pedí perdon, como era justo lo hiciese quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuertas. Dí hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á cumplir mi destierro: víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la santa Iglesia de Toledo, empresa sólo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufria moscas en la matadura; y en el mismo me hallé echado, no del paraíso terrenal, cubiertas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que más amaba y de donde tantos regalos y placeres

habia recibido, cubierta mi desnudez con andrajos que en unos muladares habia hallado. Acogíme al consuelo comun de todos los afligidos, creyendo que pues estaba en lo más bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdome ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego. que cuando se ponia á predicar era un águila: que todos los hombres del mundo subian y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento, con la facilidad que subian con la misma bajaban, y los que al contrario, si una vez subian á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella más tiempo que los otros. Segun esto, yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apénas estaba en lo alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de más de marca, habiendo sido hasta entónces recoleto; pude muy bien decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

Encaminéme hácia Madrid pidiendo limosna, que lo sabía muy bien hacer: molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas; unos se dolian y otros se reian de mí, y algunos me daban limosna; con ella, como no tenía hijos ni mujer que sustentar, me sobraba la comida y áun la bebida. Aquel año habian cogido tanto vino, que á las más puertas que llegaba me decian si queria beber, porque no tenian pan que darme; jamás lo rehusé, y así me sucedió algunas veces en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba más alegre que moza en víspera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que las otras no merecen este nombre; si los ricos la gustasen, dejarian por ella sus haciendas, como hacian los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaban lo que poseian; digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y picaral es una mesma; sólo se diferencia en que los filósofos dejaban lo que poseian por su amor, y los pícaros, sin

dejar nada, la hallan. Aquéllos despreciaban sus haciendas, para contemplar con ménos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes; éstos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos: ellos las echaban en la mar; y éstos en sus estómagos: los unos las menospreciaban como caducas y perecederas; los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de su profesion; de manera que la vida picaresca es más descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino más libre, ménos peligroso y nada triste.

CAPÍTULO IX.

Cómo Lázaro se hizo ganapan.

No hay oficio, ciencia ni arte que si se ha de saber con perfeccion no sea necesario emplear la capacidad del más agudo entendimiento del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedís, os perderá los piés. Preguntad á un filósofo por qué las moscas cagan en lo blanco negro, y en lo negro blanco: pararse ha tan colorado, como moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Illescas un archipícaro: conocílo por la punta; me llegué á él como a un oráculo, para preguntarle

el cómo me habia de gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras; respondióme, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María el trabajo de Marta; á saber: que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardía. Díjome más: que por no haberlo hecho así, al cabo de veinte años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habian dado doscientos por holgazan; agradecíle el aviso, y tomé su consejo.

Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de la plaza, más contento que gato con tripas. Dios y enhorabuena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdone si miento) de hasta diez y ocho años, más relamida que monja novicia; díjome la siguiese; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí; á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguillo, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser del partido; entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo ántes que de allí saliese; respondíle, bastaba cuando llegásemos adonde llevaba el lio; cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era ligera, por ser lo más della salserillas, redomas de aceites y aguas; en el camino supe usaba de aquel oficio. «El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el cual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota; encomendóme á una beata, con quien estuve bien proveida de lo necesario más de seis meses; de allí me sacó un capitan, llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis; ¡y plugiera á Dios jamás hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre, que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! Al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida.» En es-

tas llegamos al carro, que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo: «¿Es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? ¿No le dije ántes que partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria?» Saltó en el carro como un caballejo; picó dejándome picado; quedé más corrido que mona, sin saber lo que me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año.

No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro, que venía de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venian dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la órden de San Francisco me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento: díjele con alegría que sí, porque bien eché de ver que no me engañaria como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que apénas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba léjos; tomó el fraile su lío, y diciendo, «sea por el amor de Dios,» cerró tras sí la puerta; aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria; díjele me pagase el porte del hato que habia traido; respondióme fuese con Dios, que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase más, porque era hora de silencio, y que si lo hacía me daria cien cordonazos: quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo: «Hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon.—Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy.» Tornó á llamar con gran cólera; salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un rempujon que me

echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caido sobre mí la torre del reloj de Zaragoza. Quedéme allí tendido más de media hora sin poderme levantar; consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al rey nuestro señor, que no comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Cárlos V mostró bien esto, cuando el general de los franciscanos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra, que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos; el invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender ser más hábiles para comer que para trabajar. ¡Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos, que me parecia cuando los veia ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise, pues, dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPITULO X.

De lo que sucedió á Lázaro con una vieja alcahueta.

Desmayado y muerto de hambre me fuí poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebaba encontré una vieja rezadora con más colmillos que un jabalí. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oí dí gracias á Dios, que de una boca tan hedionda como la suya salia una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que sí, de muy buena gana, aunque más buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos que no de llevar carga, pues más estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondíla no tuviese miedo, que yo iria poco á poco, porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apénas podia menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon; recibiéronle con grande alegría, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, despues de bien harto), la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llevélo á él; la vieja le dió la llave, diciéndole lo guardase hasta que volviese de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde

pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose della: díjole dos palabras al oido, de que quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento; ellos le ofrecieron su casa para servirse della; dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviese á su casa y me haria ganar otros tantos.

Fuíme más alegre que una pascua, y que dia de San Juan: cené con los tres, guardando uno para pagar la cama. Consideraba la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé más ligero que el viento, más esforzado que Roldan y más fuerte que Hércules. ¡Oh dinero, que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por Dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarreas todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion: por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes; por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo: finalmente, no hay dificultad en el mundo que para tí lo sea, ni lo más escondido que no penetres, cuesta que no allanes, ni collado humilde que no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado; díjome volviese con ella á traer el cofre que habia llevado el dia ántes. Dijo á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venía con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luégo, á causa de la ropa limpia que en él habia para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave

besándola y abrazándola con más ahinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oido, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció más ligero que el dia ántes, porque mi vientre estaba más lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí; tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento, donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galan mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenía herreruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumaje del mismo color; ligas encarnadas con medias de nácar, zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera.

Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecian matachines. Habiendo vuelto de su éxtasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenian, y contándoles el caso, con grande alboroto tomaron sus espadas, y diciendo: «muera, muera,» salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres, que quedaron en casa, cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcahueta; mas ésta, que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin poderme mover; que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y botando que, pues no habian alcanzado al infame, habian de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habian ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia: «¡Que no encontrara yo ahora aquí al mismo diablo con una caterva infernal, para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! Venid, venid, diablos; mas

¿para qué os llamo? pues cierto que adonde estais temeis mi cólera, y no osaréis poneros delante. ¡Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar lo hubiera aventado adonde jamás se hubieran oido nuevas dél!» El otro proseguia: «¡Si le hubiera alcanzado, el mayor pedazo que dél quedara habia de ser la oreja! Mas si está en el mundo, y aunque no lo esté, no se escapará de mis manos; porque yo lo buscaré, aunque se esconda en las entrañas de la tierra.»

Estas fanfarronadas y fieros decian; y el pobre Lázaro aguardaba que todos aquellos nublados descargarian sobre él. Más miedo tenía de los muchachos, que habia diez ó doce, que de aquellos valentones. Chicos y grandes de tropel arremetieron á mí: los unos me daban de coces, los otros de puñadas; estos me tiraban de los cabellos, y aquellos me bofeteaban. No salió en vano mi temor, que las muchachas me metian las abujas de á blanca, que me hacian poner el grito en el cielo; las esclavas me pellizcaban, haciéndome ver las estrellas; los unos decian: «Matémosle;» los otros: «Mejor será echarlo en la letrina.» El martilleo era tan grande que parecia majaban granzas, ó mazos de batan, que no cesaban. Viéndome sin aliento, cesaron de herirme, mas no de amenazarme. El padre, como más maduro, ó como más podrido, dijo me dejasen, y que si yo decia la verdad de quién era el robador de su honra, no me harian más mal. No les podia satisfacer su deseo, porque ni sabía quién era, ni lo habia visto en mi vida hasta que salió del ataud; pero como no les decia nada, tornaron de nuevo. Allí era el gemir, allí el llorar mi desdicha, allí el suspirar y renegar de mi corta fortuna, pues siempre hallaba nuevas invenciones para perseguirme. Díjeles, como pude, me dejasen, que yo les contaria lo que habia en aquel caso: hiciéronlo, y yo les dije al pié de la letra lo que pasaba; pero no daban crédito á la verdad. Viendo que la tempestad no cesaba, determiné engañarlos, si po-

dia, y así les prometí de enseñarles el malhechor. Cesaron de martillear sobre mí, ofreciéndome maravillas; preguntáronme cómo se llamaba y dónde vivia: respondíles que no sabía el nombre, ni ménos el de su calle; pero que si ellos me querian llevar, porque ir por mis piés era imposible segun me habian maltratado, les enseñaria su casa. Holgíronse dello; diéronme un poco de vino, con que torné algun tanto en mí, y bien armados me tomaron entre dos, de los sobacos, como á dama francesa, y me llevaron por Madrid.

Los que me veian decian: á ese hombre lo llevan á la cárcel; otros, al hospital, y ninguno daba en el blanco. Iba confuso y atónito sin saber qué hacer ni decir, porque si queria llamar ayuda, habian de dar queja de mí á la justicia, que la temia más que á la muerte; huir era imposible, no sólo por el quebrantamiento pasado, pero por ir en medio del padre, hijos y parientes, que para el caso se habian juntado ocho ó nueve, y iban todos como unos san Jorges. Cruzamos calles, pasamos callejas, sin saber adónde estaba, ni adónde los llevaba. Llegamos á la Puerta del Sol, y, por una calle que á ella sale, ví venir un galancete pisando de punta, la capa por debajo del brazo, con un pedazo de guante en una mano, y en la otra un clavel, braceando, que parecia primo hermano del duque del Infantado: hacía mil ademanes y contorsiones. Al punto le conocí, que era mi amo el escudero, que me habia hurtado el vestido en Murcia; y sin duda que algun santo me lo deparó allí (porque yo no habia dejado ninguno en las letanías que no hubiese llamado). Como ví la ocasion que me mostraba su calva, asíla del copete, y con una piedra quise matar dos pájaros, vengándome de aquel fanfarron y librándome de aquellos sayones. Así, les dije:—Señores, alerta, que el galan robador de vuestra honra viene aquí, que ha mudado de vestido. Ellos, ciegos de cólera, sin hacer más discurso, me preguntaron quién era; señalé-

selo; arremetieron á él, y asiéndole de los cabezones lo echaron en el suelo, dándole mil coces, puntapiés y mojicones. Uno de los mozalbillos, hermano de la doncella, le quiso meter la espada por el pecho; mas su padre lo estorbó, y apellidando á la justicia lo maniataron. Como ví el juego revuelto, y que todos estaban ocupados, tomé las de villadiego, y lo mejor que pude me escondí. Mi buen escudero me habia conocido, y pensando que eran algunos deudos mios que le pedian mi vestido, decia: «Déjenme, déjenme, que yo pagaré dos vestidos;» mas ellos le tapaban la boca á puñadas. Ensangrentado, descalabrado y molido le llevaron á la cárcel, y yo me salí de Madrid, renegando del oficio, y áun del primero que lo habia inventado.

CAPITULO XI.

Cómo Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió.

Quise ponerme en camino, mas las fuerzas no llegaban al ánimo, y así me detuve en Madrid algunos dias; no lo pasé mal, porque ayudándome de muletas, no pudiendo caminar sin ellas, pedia limosna de puerta en puerta, y de convento en convento, hasta que me hallé con fuerza de ponerme en camino; díme prisa á ello por lo que oí contar á un pobre, que al sol con otros se estaba espulgando: era la historia del cofre, como la he contado, añadiendo que aquel hombre, que habian puesto en la cárcel pen-

sando era el del arca, habia probado lo contrario, porque á la hora que habia pasado el caso, estaba ya en su posada, y persona del barrio le habia visto con otro vestido del con que lo habian prendido; mas que con todo eso lo habian sacado á la vergüenza por vagamundo, y desterrádolo de Madrid; y así él como los parientes de la doncella buscaban un ganapan, que habia sido el que lo habia urdido, con juramento que el primero que le encontrase lo habia de acribillar á estocadas. Abrí el ojo, y púseme en uno un parche, rapándome la barba como cucarro: quedé con tal figurilla seguro de que la madre que me parió no me hubiera conocido. Salí de Madrid con intencion de irme á Tejares, por ver si, tornando al molde, la fortuna me desconoceria. Pasé por el Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacía (porque áun no estaba acabado), tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado á edificarle allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero sí la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con sólo ponerse á la sombra, no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por extremo sano.

A ménos de una legua de allí encontré con una compañía de gitanos, que en un casal tenían su rancho; cuando me vieron de léjos, pensaron era alguno de los suyos, porque mi traje no prometia ménos; mas de cerca se desengañaron. Esquiváronse algun tanto, porque, segun echó de ver, seguian una consulta ó leccion de oposicion: dijéronme que aquel no era el camino derecho de Salamanca, pero sí el de Valladolid. Como mis negocios no me forzaban más á ir á una parte que á otra, díjeles que, pues así era, queria ántes que volviese á mi tierra, ver aquella ciudad. Uno de los más ancianos me preguntó de dónde era, y sabiendo que de Tejares, me convidó á comer por amor de la vecindad de los lugares, porque él era de Salamanca: admití el convite, y por postres me pidieron les con-

tase mi vida y milagros. Hícelo, sin hacerme de rogar, con las más breves y sucintas palabras que cosas tan grandes permitian. Cuando llegué á tratar de la cuba, y de lo que en Madrid me habia sucedido en casa de un mesonero, dióles muy gran risa, particularmente á un gitano y á una gitana, que daban las carcajadas de más de marca. Comencé á correrme poniéndome colorado: el gitano compatriota, que conoció mi corrimiento, dijo: «No se apure, hermano, que estos señores no se rien de su vida, siendo ella tal que pide ántes admiracion que risa; y pues tan por extenso nos ha dado cuenta della, justo es le paguemos en la misma moneda, fiándonos de su prudencia, como él lo ha hecho de la nuestra; y si estos señores me dan licencia, contarle he de dónde la risa procedió.» Todos le dijeron la tenía, pues sabian que su mucha discrecion y experiencia no le dejarian pasar los límites de la razon. «Sepa, pues, prosiguió él, que los que allí rien y carcalean son la doncella y clérigo que saltaron por la ventana *in puribus*, cuando el diluvio de su cuba los quiso anegar: ellos, si gustan, le contarán los arcaduces por donde han venido al presente estado.»

La gitana flamante pidió licencia, captando la benevolencia del ilustre auditorio, y así, con voz sonora, reposada y grave, relató su historia del modo siguiente: «El dia que salí ó salté, por mejor decir, de casa de mi padre y me llevaron á la trena, me pusieron en un aposento más oscuro que limpio, y más hediondo que adornado: al dómine Cevez, que está presente y no me dejará mentir, le metieron en el calabozo, hasta que dijo ser clérigo, que del mismo lo remitieron al señor obispo de anillo, que le dió una muy grande reprension por haberse pensado ahogar en tan poca agua y haber dado tal escándalo; pero con la promesa que hizo de ser más cauto, y de atar su dedo de modo que la tierra no supiese sus entradas y salidas, le soltaron, mandándole no dijese misa en un mes. Yo quedé en guarda del

alcaide, que como era mozo y galan, y yo niña, y no de mal talle, me bailaba el agua delante. La cárcel era para mí jardin y Aranjuez de deleites; mis padres, aunque indignados de mi libertad, hacian lo que podian para que lo tuviese; pero en vano, porque el alcaide ponia los medios posibles para que no saliese de su poder. El señor licenciado, que está presente, andaba alrededor de la cárcel como perro de muestra, por ver si podia hablarme; hízolo por medio de una buena tercera, que era un águila en el oficio, vistiéndole con una saya y cuerpo de una criada suya, y poniéndole un rebozo por la barba, como si tuviera dolor de muelas. De la vista resultó la traza de mi salida. La noche siguiente se hacía un sarao en casa del conde de Miranda, y al final habian de danzar unos gitanos. Con ellos se concertó Canil (que así se llama ahora el señor vicario) para que le ayudasen en sus pretensiones: hiciéronlo tan bien que, mediante su industria, gozamos de la libertad deseada, y de su compañía, que es la mejor de la tierra. La tarde ántes del sarao hice al alcaide más monerías que gata tripera, y más promesas que el que navega con borrasca: obligado dellas respondió no con ménos, rogándome le pidiese, que mi boca sería la medida, como no fuese carecer de mi vista. Agradecíselo mucho, diciéndole que el carecer de la suya sería para mí el mayor mal que me podia venir. Viendo la mia sobre el hito, roguéle que aquella noche, pues podia, me llevase á ver el sarao: parecióle cosa dificultosa; pero por no desdecirse, y porque el cieguecillo le habia tirado una flecha, me lo prometió. El alguacil mayor estaba tambien enamorado de mí, y habia encargado á todas las guardas, y al mismo alcaide, tuviesen cuenta con mi regalo, y que ninguno me traspusiese: por hacerlo más secreto me vistió como paje, con un vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el bohemio de terciopelo del mismo color, forrado de raso amarillo; una gorra con garzota y plumas, con un cintillo de dia-

mantes; una lechuguilla con puntas de encaje; medias pajizas, con ligas de gran balumba; zapatillo blanco picado, y espada y daga dorada á lo de aires bola.

»Llegamos á la sala, donde habia infinidad de damas y caballeros: ellos galanes y bizarros, y ellas gallardas y hermosas; habia muchos arrebozados y embozadas. Canil estaba vestido á la valentona, y en viéndome, se me puso al otro lado, de manera que yo estaba en medio del alcaide y dél. Comenzó el sarao, donde ví cosas que, por no hacer á mi cuento, dejaré; salieron los gitanos á bailar y voltear; sobre las vueltas se asieron dos dellos de palabras, y de unas en otras, desmintió el uno al otro. El desmentido le respondió con una cuchillada en la cabeza, haciéndole echar tanta sangre della, que parecia habian muerto un buey. Los asistentes, que hasta entónces habian pensado ser burlas, se alteraron, gritando: «Aquí de la justicia.» Los ministros della se alborotaron; todos los circunstantes metieron mano á las espadas; yo saqué la mia, y cuando me ví con ella en la mano, me puse á temblar de miedo della. Prendieron al delincuente, y no faltó quien, echado para ello, dijese que estaba allí el alcaide á quien lo podian entregar; el alguacil mayor le llamó para encargarle el homicida. Quisiera llevarme consigo; pero por miedo que no me conociesen me dijo me retirara á un rincon, que me mostró, y que no me apartase de allí hasta que él volviese.

»Cuando ví aquella ladilla despegada de mí, tomé de la mano al dómine Canil, que estaba sin moverse de mi lado, y en dos brincos salimos á la calle, donde hallamos á uno destos señores que nos encaminó á su rancho. Cuando el herido, que ya todos tenian por muerto, echó de ver que estaríamos libres, se levantó diciendo: «Señores, basta de burla; que yo estoy sano, y esto no ha sido sino para alegrar la fiesta.» Quitóse una caperuza, dentro de la cual estaba una vejiga de buey, que encima de un buen casco

acerado tenía llena de sangre preparada, y con la cuchillada se habia reventado. Todos comenzaron á reir de la burla, sino el alcaide, para quien fué muy pesada: tornó al lugar señalado, y no hallándome en él, comenzó á buscarme, preguntando á una gitana vieja si habia visto un paje de tales y tales señas. Ella, que estaba advertida, le dijo que sí, y que le habia oido decir, cuando salió de la mano con un hombre: «vámonos á retirar á San Felipe:» fuese con grande prisa á buscarme, mas en vano, porque él iba hácia Oriente, y nosotros huíamos al Occidente. Antes que saliésemos de Madrid, habíamos trocado mi vestido, y del que me dieron encima doscientos reales; vendí el cintillo en cuatrocientos escudos; dí á estos señores, en llegando, doscientos, porque así se lo habia prometido Canil. Este es el cuento de mi libertad; si el Sr. Lázaro quiere otra cosa, mande, que en todo se le servirá como su gallarda presencia merece.» Agradecíle la cortesía, y con la mejor que pude me despedí de todos; el buen viejo me acompañó media legua; preguntéle en el camino si los que estaban allí eran todos gitanos nacidos en Egipto; respondióme que maldito el que habia en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas ó ladrones, que habian escapado de las cárceles, ó de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habian salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa. Tornóse con esto á su rancho, y yo á caballo en la mula de San Francisco me dirigí á Valladolid.

CAPITULO XII.

De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, una legua ántes de Valladolid.

¡Que rumiar llevé para todo el camino de mis buenos gitanos, de su vida, costumbres y tratos! Espantábame mucho cómo la justicia permitia públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades; particularmente me admiré de que los frailes dejasen su vida descansada y regalona por seguir la desastrada y aperreada del gitanismo; y no hubiera creido ser verdad lo que el gitano me dijo, si no me hubiera mostrado á un cuarto de legua del rancho, detras de las paredes de un arrañal, un gitano y una gitana, él rehecho y ella carillena; él no estaba quemado del sol, ni ella curtida de las inclemencias del cielo. El uno cantaba un verso de los salmos de David, y la otra respondia con otro: advirtióme el buen viejo, que aquellos eran fraile y monja, que no habia más de ocho dias que habian venido á su congregacion con deseo de profesar más austera vida.

Llegué á una venta, una legua ántes de Valladolid, en cuya puerta ví sentada á la vieja de Madrid con la doncellita de marras; salió mi galancete á llamarlas para que entrasen á comer; no me conocieron por ir tan disfrazado, siempre con mi parche en el ojo y mis vestidos á lo bribo-

nesco; mas yo conocí ser el Lázaro que habia salido del monumento que tanto me habia costado. Púseme delante dellos; para ver si me darian algo; no me podian dar, pues no tenian para ellos El galan, que habia servido de despensero, fué tan liberal, que para él, para su enamorada y para la vieja alcahueta habia hecho aderezar un poco de hígado de puerco con una salsa: todo lo que habia en el plato lo hubiera yo traspalado en ménos de dos bocados. El pan era tan negro como los manteles, que parecian túnica de penitente ó barredero de horno. «Coma, mi vida, le decia el señor, que este manjar es de príncipes:» la tercera comia y callaba, por no perder tiempo; y por ver que no habia para tantos envites, comenzaron á fregar el plato que le quitaban el betun: acabada la triste y pobre comida, que más hambre que hartura les habia causado, el señor enamorado se excusó con decir que la venta estaba mal provista. Viendo que allí no habia nada para mí, pregunté al huésped si habia que comer; díjome que segun la paga. Quísome dar una poca de asadura; preguntéle si tenía otra cosa; ofrecióme un cuartillo de cabrito que aquel enamorado no habia querido por ser caro; quise hacerles un fiero, y así dije me le diese; púseme con él á los piés de la mesa, donde era de ver el mirar dellos: á cada bocado tragaba seis ojos, porque los del enamorado, los de la señora y los de la alcahueta estaban clavados en lo que comia. «¿Qué es esto? dijo la doncella; ¿aquel pobre come un cuartillo de cabrito, y para nosotros no ha habido más que una pobre patorrilla?» El galan respondió habia pedido al huésped algunas perdices, capones ó gallinas, y que habia dicho no tenía otra cosa que darle; yo, que sabía el caso, y que por no gastar, ó por no tener de qué hacerlo, les habia hecho comer con dieta, quise comer y callar: parecia aquel cabrito piedra iman; cuando ménos me caté, los hallé á todos tres encima de mi plato; la sin vergüenza cachondilla tomó un bocado y dijo: «Con vuesa

licencia, hermano;» y ántes de tenerla, ya lo habia metido en la boca; la vieja replicó: «No le quiteis á este pecador su comida.—No se la quitaré, dijo ella, porque yo se la pienso pagar muy bien;» y diciendo y haciendo comenzó á comer con tanta prisa y rabia, que parecia no lo habia hecho en seis dias. La vieja tomó un bocado por probar qué gusto tenia; el galan diciendo, «esto les agrada tanto,» se hinchó la boca con un tasajo como un puño. Viendo, pues, que se desmandaba, tomé todo lo que habia en el plato y me lo metí de un bocado; como era tan grande, no podia ir atras ni adelante.

Estando en este conflicto, entraron por la puerta dos caballeros armados con jacos, casquetes y rodelas; traia cada uno un pedreñal al lado y otro en el arzon de la silla; apeáronse dando las mulas á un criado de á pié; dijeron al huésped si habia algo que comer; él les dijo habia muy buen recado, y que entre tanto que lo aderezaba, si sus mercedes se servian, podian entrarse en aquella sala. La vieja, que al ruido habia salido á la puerta, entró con las manos en la cara, haciendo mil inclinaciones, como fraile novicio; hablaba por eco; retorcíase hácia una y otra parte, como si estuviera de parto, y dijo lo más bajo y mejor que pudo: «¡Perdidos somos! los hermanos de Clara (que este era el nombre de la doncelluela) están en el portal.» La mozuela comenzó á desgreñarse y mesarse, dándose tan grandes bofetadas, que parecia endemoniada. El galancete, que era animoso, las consolaba diciendo no se afligiesen, que donde él estaba no habia de qué temer: yo, atisbando, con la boca llena de cabrito, cuando oí que aquellos valentones estaban allí, pensé morir de miedo, y lo hubiera hecho; mas como mi gaznate estaba cerrado, el alma se tornó á su lugar, por no hallar la puerta abierta. Entraron los dos Cides, y al punto que vieron á su hermana y á la alcahueta, dijeron gritando: «Aquí están, aquí las tenemos, aquí morirán.» A los gritos fué tal mi espanto,

que dí en el suelo; con el golpe eché el cabrito que me ahogaba. Pusiéronse las dos detras del caballerejo, como pollos debajo de las alas de la gallina cuando huyen del milano; él con gentil ánimo metió mano á su espada, y se fué para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estatuas: heláronseles las palabras en la boca, y las espadas en las vainas. Preguntóles qué querian ó qué buscaban, y diciendo esto, arremetió al uno y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos, y la otra al otro; á cada movimiento que él hacía con las espadas, temblaban como las hojas en el árbol.

La vieja y la hermana, que vieron tan rendidos á los dos Roldanes, se llegaron á ellos, y los desarmaron; el ventero entró al ruido que todos hacíamos (porque ya yo me habia levantado y tenía al uno de la barba). Parecióme aquello á los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen dellos; mas poco á poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdido el temor les echan mil estropajos. Como vi que aquellas madagañas no eran lo que parecian, me animé y acometí á ellos, con más ánimo que mi mucho temor pasado permitia. «¿Qué es esto? dijo el huésped, ¿en mi casa tanto atrevimiento?» Las mujeres, el caballerete y yo comenzamos á gritar, diciendo eran ladrones que nos venian siguiendo para robarnos; el ventero, que los vió sin armas, y á nosotros con la victoria, dijo: «¿Ladrones en mi casa?» y echó mano dellos, y ayudándole nosotros los metió en un sótano, sin valerles razon que alegasen en contrario. El criado de los dos, que venía de dar recado á las mulas, preguntó por sus amos, y el ventero le puso con ellos; tomó sus maletas, cojines y porta-manteos, y los encerró; repartiéndonos las armas, como si fueran suyas, no nos pidió nada de la comida porque firmásemos la sumaria que contra ellos habia hecho, en que como ministro de la Inqui-

sicion, que decia era, y como justicia de aquel pago, condenó á los tres á galeras perpétuas, y á doscientos azotes alrededor de la venta. Apelaron á la chancillería de Valladolid, adonde el buen mesonero con tres criados suyos los llevaron, y cuando los desdichados pensaron estar delante de los señores oidores, se hallaron delante de los inquisidores; porque el taimado ventero habia puesto en el proceso algunas palabras que ellos habian dicho contra los oficiales de la santa Inquisicion (crímen imperdonable). Pusiéronlos en oscuros calabozos, de donde, como ellos pensaron, no pudieron escribir á su padre, ni avisar á persona alguna para que los ayudasen, y donde los dejaremos bien guardados para tornar á nuestro huésped, que lo encontramos en el camino.

Díjonos como los señores inquisidores le habian mandado hiciese parecer ante ellos á los testigos que firmaban en el proceso; pero que él como amigo nos avisaba nos escondiésemos. La doncellita le dió una sortija que tenía en su dedo, rogándole hiciese de modo que no fuésemos á su presencia: prometióselo; el ladron habia dicho aquello por hacernos huir, porque si quisiesen oir los testigos, no se descubriese su bellaquería (que no era la primera). Dentro de quince dias se hizo auto público en Valladolid, donde ví salir entre los otros penitentes á los tres pobres diablos, con mordazas en las bocas, como blasfemos que habian osado poner la lengua en los ministros de la santa Inquisicion, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran. Llevaban corozas y un sambenito cada uno, en que iban escritas sus maldades y las sentencias que por ellas les daban: pesóme de ver aquel pobre mozo de mulas, que pagaba lo que no debia; de los otros no tenía tanta lástima, por la poca que de mí habian tenido. Confirmaron la sentencia del huésped, añadiendo á cada uno trescientos azotes, de manera que les dieron quinientos, y los enviaron á galeras, donde se les pasaron

los fieros y bravatas. Yo busqué mi fortuna: muchas veces encontré en el prado de la Magdalena á las dos amigas, sin que jamás me hubiesen conocido, ni supiesen que yo las conocia. Al cabo de pocos dias ví á la doncellica de religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar á su respeto y á ella; la vieja ejercitaba su oficio en aquella ciudad.

CAPÍTULO XIII.

Cómo Lázaro sirvió de escudero á siete mujeres juntas.

Llegué á Valladolid con seis reales en la bolsa, porque la gente, que me veia tan flaco y descolorido, me daba limosna con mano franca, y yo la recibia no con escasa: fuíme derecho á la ropería, donde por cuatro reales y un cuartillo compré una capa larga de bayeta, que habia sido de un portugues, tan raída como rota y descosida. Con ella y con un sombrero alto como chimenea, ancho de alas, como de francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano, me paseaba por el lugar; los que me veian se burlaban de mí; cada uno me decia su apodo; los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: «Veis allí á San Pedro vestido en víspera de fiesta;» otro: «¡Ah señor ratiño! ¿Quiere sebo para sus botas?» No faltó quien dijese parecia alma de médico de hospital: yo hacía orejas de mercader, y pasaba por todo. A pocas calles andadas encontré con una mujer de verdugado y chapines de más de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un

manto de soplillo, que la cubria hasta los pechos: preguntóme si sabía de un escudero; respondíle no sabía de otro sino de mí, y que si le agradaba podia disponer como de cosa propia. Concertéme con ella en dame acá esas pajas; prometióme tres cuartillos de racion y quitacion; tomé posesion del oficio dándole el brazo; arrojé el palo, porque no tenía dél necesidad, pues sólo lo traia para mostrarme enfermo y mover á piedad. Envió el niño á casa, mandándole dijese á la moza tuviese la mesa puesta y la comida aderezada; trújome más de horas de ceca en meca, y de zoca en colodra: á la primera visita que llegamos me advirtió la señora que cuando ella llegase me habia de adelantar á la casa adonde iba, preguntando por la señora ó señor de la casa, y decir: «Juana Perez, mi señora (que este era su nombre), quiere besar á su merced las manos;» advirtióme tambien que jamás me habia de cubrir delante della cuando estuviese parada en alguna parte. Díjele que yo sabía la obligacion de un criado, y así cumpliria con ella. Grande era el deseo que tenía de ver la cara de mi ama reciente; mas no podia, por ir rebozada; díjome que no me podia tener sólo para ella; pero que buscaria algunas vecinas suyas á quien sirviese, entre las cuales me darian la racion que me habia prometido, y que entre tanto que todas no concurriesen, que sería con brevedad, ella me daria su parte. Preguntóme si tenía dónde dormir; respondíle que no. «No os faltará, dijo ella, porque mi marido es sastre, y os acomodareis con los mancebos: no podíais, prosiguió, hallar en la ciudad mejor comodidad, porque ántes de tres dias tendreis seis señoras, que cada una os dará un cuarto.»

Quedé medio atónito de ver la gravedad de aquella mujer, que parecia por lo ménos lo era de algun caballero pardo, ó de algun ciudadano rico; espantóme tambien de ver que para ganar tres pobres cuartillos cada dia habia de servir á siete mujeres; pero consideré que valia más

algo que nada, y que aquel no era oficio trabajoso, de lo que yo huia como del diablo; porque siempre quise más comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando. Dióme el manto y los chapines en llegando á casa, para que los diese á la criada; ví lo que deseaba; no me dejó de agradar la mujercilla; era briosa, morenica y de buen talle: sólo me desagradó que la relucia la cara como cazuela barnizada; dióme el cuarto, diciendo acudiese cada dia dos veces, una á las ocho de la mañana, y otra á las tres de la tarde, para ver si ella queria salir de casa. Fuíme á una pastelería, y con un pastel de á cuarto dí fin á mi racion. Todo lo demas del dia pasé como camaleon, porque ya habia acabado la limosna que en el camino me habian dado, y no osaba ponerme á pedirla, porque si mi ama lo supiera me comiera. Fuí á su casa á las tres; díjome que no queria salir, pero que me advertia que de allí adelante no me pagaria el dia que no saliese, y que si no salia más de una vez al dia, no me daria más de dos maravedises; más me dijo: que pues ella me daba cama, la habia de preferir á las demas, intitulándome por su criado. La cama era tal, que merecia bien esto y más: hízome dormir con los aprendices encima de una gran mesa, sin maldita otra cosa que una manta raída para cubrirnos; pasé dos dias con la miseria que con cuatro maravedises podia comprar; al cabo dellos entró en la cofradía la mujer de un zurrador, que regateó más de una hora los dos ochavos. Finalmente, en cinco dias tuve siete amas, y de racion siete cuartos.

Comencé á comer espléndidamente, bebiendo, no de lo peor, aunque no de lo más caro, por no tender la pierna más de hasta donde llegaba la sábana. Las otras cinco dueñas eran una viuda de un corchete, la mujer de un hortelano, una sobrina, que decia ser, de un capellan de las Descalzas, moza de buen fregado, y una mondonguera, que era á quien yo más queria, porque siempre que me

daba el cuarto me convidaba con caldo de mondongo, y ántes que de su casa saliese habia envasado tres ó cuatro escudillas con que pasaba una vida que Dios nunca me la dé peor. La última era una beata: con esta tenía más que hacer que con todas, porque jamás hacía sino visitar frailes, con quienes cuando estaba á solas, no habia juglar como ella; su casa parecia colmena: unos entraban, otros salian, y todos le traian las mangas llenas, y á mí, porque fuese fiel secretario, me daban algunos pedazos de carne que de su racion se metian en las mangas. ¡En mi vida he visto mayor hipócrita que esta! Cuando iba por las calles, no alzaba los ojos del suelo, no se le caia el rosario de la mano, siempre lo rezaba por la calle: todas las que la conocian la pedian rogase á Dios por ellas, pues que sus oraciones eran tan aceptas; ella las respondia era una grande pecadora, y no mentia, que con la verdad engañaba. Cada una destas mis amas tenía su hora señalada; cuando me decian no querer salir de casa, iba á la otra, hasta que acababa mi tarea; señalábanme el tiempo en que debia volver á buscarlas, y esto sin falta, porque si por malos de mis pecados tardaba un poco, la señora delante de las que estaban en la visita me decia mil perrerías, y me amenazaba que si continuaba en mis descuidos buscaria otro escudero más diligente, cuidadoso y puntual. Quien la oia gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creia me daba cada dia dos reales, y de salario cada año treinta ducados. Cuando iban por las calles, parecian la mujer del presidente de Castilla, ó por lo ménos de un oidor de chancillería. Sucedió un dia, que la sobrina del capellan y la corcheta se encontraron en una iglesia, y queriéndose volver las dos á sus casas á un mismo tiempo, sobre á quién habia yo de acompañar la primera hubo una riña tan grande, que parecia estábamos en el horno; tiraban de mí, la una por un cabo, la otra por otro, con tanta rabia que me despedazaron la capa. Quedé en pelota, porque de-

bajo della maldita otra cosa tenía, sino un andrajo de camisa, que parecia red de pescar. Los que veian las carnes, que por la desgarrada camisa descubria, reian á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro; los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenía de recoger los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian; sólo oí decir á la viuda: «¿De dónde le viene á la piltrafa tanto toldo? Ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetan, á costa de las ánimas del purgatorio.» La otra le respondia: «Ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias, y sea por amor de Dios*, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy *de jarro.*» Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recoger los pedazos de mi pobre herreruelo, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubrí mis vergüenzas; dejélas riñendo, y fuíme á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan maltratado, me dijo gritando: «¿Pensais ganar mis dineros, y venirme á acompañar como un pícaro? Con ménos de lo que os doy á vos podria tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy.» ¡Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el dia que más, pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa! Hízome hilvanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fuí á acompañarla.

.APÍTULO XIV

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia que no habria harto para ella; llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mujeres de las convidadas; preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta; díjoles que sí; dijéronme: «Quedaos, hermano, que hoy sacaréis el vientre de mal año.» Acudieron muchos galancetes, sacando cada uno de su faltriquera, cuál una perdiz, cuál una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos, este un poco de carnero, aquel un pedazo de solomo, sin faltar quien sacase longaniza ó morcilla; tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo, diéronlo al cocinero, y entre tanto retozaban con las señoras, y daban en ellas como asno en centeno verde: lo que allí pasó no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia vino la comida; las señoras comieron los *Kyries*, y los galanes bebieron el *Ite misa est.* No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriqueras, envolviéndolo en sus mocadores; sacaron los postres los galanes de las suyas; unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno dellos, que era el gallo y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo de tener la comida tan cerca de sí para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras

calzas que Dios me deparase, y una dellas de buen cuero, bien cosida para meter el caldo; porque si aquellos caballeros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo, que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer.

Fuímonos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas. No habíamos apénas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos; disputaban quiénes habian sido sus mujeres, y quiénes eran los maridos dellas; dejando atras las palabras, vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coces, bocados; desgreñábanse, mesábanse y daban tantos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos dellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras, diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta, diciendo: «Abran á la justicia.» Oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí; unos dejaban los herreruelos, los otros las espadas; ésta dejaba los chapines, aquélla el manto; de manera que todos desaparecieron, escondiéndose cada uno lo mejor que pudo. Yo, que no tenía por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacía resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones, diciendo fuese preso por la justicia; teniéndome asido, cerraron la puerta y fueron á buscar á los que hacian el ruido; no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desvan ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de pe á pa los que habia en la compañía y lo que habian hecho; espantáronse que habiendo tantos como yo decia,

no pareciese ninguno. Si va á decir la verdad, yo mismo me espanté dello, habiendo doce hombres y seis mujeres: con mi sencillez les dije (y áun lo creia) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado y hecho aquel ruido; riéronse de mí, y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo; hizo encender una hacha, y entrando por la puerta, vieron rodar una cuba.

Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: «¡Por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes!» El alguacil, que era más astuto, los detuvo diciendo no temia al diablo; fuése á la cuba, y destapándola halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; sólo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto; sacáronles fuera; él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Vénus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacía, donde proseguian su devoto ejercicio. Dejó admirados á todos la hermosura de los dos; echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardaran; pasaron delante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de aceite, donde halló un hombre vestido; el aceite le llegaba á los pechos: al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera; mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo. Saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó; renegaban del oficio y áun de la puta que se lo habia enseñado. El aceitado, que vió que ninguno le acometia, ántes todos huian dél como de apes-

tado, dió á huir; el alguacil gritaba: «Ténganlo, ténganlo;» mas todos le hacian lugar: fuése por una puerta falsa meando aceite; de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de Nuestra Señora de las Congojas más de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traido, y yo tambien, porque decian era el alcahuete, y como á tal me habian de emplumar; salieron como buñuelos de la sarten, dejando rastro por donde iban.

Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios habian de hacer ahorcar á todos los que hallasen; temblábamos los presos; fueron á los alhorines á buscar otros; entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina, con que cegaron á todos los que dentro estaban; daban voces diciendo: «¡Resistencia á la justicia!» Si querian abrir los ojos, al punto se los cerraban con agua y harina; los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil, que gritaba como un loco. Apénas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua, andaban como gallinas ciegas; encontrábanse los unos con los otros, y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas; como los vimos de vencida, dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios, tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y granizaban coces. No gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la hinchian de harina, embutiéndolos como á capones en caponera: atámosles las manos y piés, y arrastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir; revolcábanse como lechones en cenagal; cerramos las puertas, yéndose cada uno á su casa. El amo de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya, que era la que habia prestado

su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tio, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho; fué á la bodega, donde halló su aceite derramado y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenía de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos; llamó á sus vecinos, y entre todos los sacaron á la calle, donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades: estaban tan llenos de harina que nadie los conoció.

Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fueron huyendo; entónces se podia decir: tengan á la justicia, que huye; dejaron sus herreruelos, espadas y dagas, sin osar jamás volver por ellas, porque nadie supiese el chasco. El amo de aquella casa se quedó con todo por el daño que habia recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa, no mala; dejé la mia y tomé aquella; daba gracias á Dios, que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí), pues siempre iba con las manos en la cabeza; fuíme á casa de la sastresa; hallé la casa revuelta, y al sastre su marido que la molia á palos, por haber venido sola sin manto ni chapines, corriendo por la calle con más de cien muchachos tras ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastre me vió dejó á su mujer, y embistió conmigo, dándome una puñada con que me acabó de quitar los dientes que tenía. Dióme diez ó doce coces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido. «¿Cómo, decia, bellaco, alcahuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagaréis las de antaño y las de hogaño.» Llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tan á su gusto cuanto á mi pesar; dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí, y me quise menear; caí

en tierra, rompiéndome de la caida un brazo: venido el dia, poco á poco me fuí á la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPÍTULO XV.

Cómo Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el dia que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece más temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refran: «Más vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga;» encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mí un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió afligido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar, preguntándome de dónde era, y qué sucesos me habian traido á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion: quedó admirado de oirme, y con piedad y lástima que mostró tener de mí, me convidó con su ermita; acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio, que estaba una legua de allí en una peña. Pegado á él habia un aposento como una alcoba y una cama; en el patio estaba una

cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, más curioso que grande. «Aquí, dijo el buen viejo, ha veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana; éste es, hermano, el paraiso terrestre; aquí contemplo en las cosas divinas y áun humanas; aquí ayuno cuando estoy harto, y cómo cuando hambriento; aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa; aquí paso en soledad cuando no tengo compañía, y estoy acompañado cuando no solo; aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste; aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo; aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente; aquí, finalmente, es donde todo se ignora y todo se sabe.»

En el alma me holgaba de oir al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas. «¿Cómo, respondió él, la mejor? Eslo tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo; mas la hora no nos dá tiempo para más, porque se acerca la de comer.» Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho; hízolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo más mal; comimos como reyes y bebimos como tudescos; acabada la comida, en medio del domir de la siesta, comenzó á gritar mi bueno del santero, diciendo: «¡Que me muero! ¡que me muero!» Levantéme, y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria; respondióme: «Sí, sí, sí;» y repitiendo sí falleció dentro de una hora. Víme afligido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entónces con tantos trabajos habia sustentado; y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser ántes salteador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes, ví un hato de ganado cerca de allí; fuí

allá presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca); hallé seis ó siete pastores y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sauces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian, y ellas cantaban; los unos bailaban y los otros tocaban; este tenía de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra; finalmente, pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas. Llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo, porque el ermitaño se moria: vinieron algunos dellos, quedando los otros á guardar el rebaño; entraron en la ermita, y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir; dijo que sí (y mentia, porque él no lo queria, hacíanselo hacer contra su voluntad); como ví que estaba siempre en sus trece de decir que sí, díjele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros; respodió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legítimo heredero; dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido; dijo otra vez sí. Aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida; mas como ví que áun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aquellos pastores sentase todo lo que decia: hízolo el pastor con un carbon en una pared, porque no habia tintero ni pluma; díjele si queria que aquel pastor firmase por él, pues que no estaba para ello, y murió diciendo: «sí, sí, sí.»

Dimos órden de enterrarlo; hicimos una sepultura en su huerto (todo con gran prisa, porque temia que resucitase); convidé á merendar á los pastores; no quisieron admitirlo por ser hora de repastar; fuéronse dándome el pésame; cerré bien la puerta de la ermita y dí vuelta á todo: hallé una gran tenaja de buen vino, otra de aceite, y dos orzas de miel; tenia dos tocinos, mucha cecina y algunas frutas secas: todo esto me agradaba mucho, mas no era lo que buscaba; hallé sus arcas llenas de lienzo, y en un rincon

de una un vestido de mujer: esto me maravilló, y más de que hombre tan prevenido no tuviese dineros: quise ir á la sepultura á preguntarle dónde los habia puesto; parecióme que despues de habérselo preguntado me responderia: «Ignorante, ¿piensas que estando en despoblado, sujeto á ladrones y malandrines, los habia de tener en un cofre á peligro de perder lo que amaba más que á mi vida?» Esta inspiracion, como si realmente la hubiera oido de su boca, me hizo buscar en todos los rincones, y no hallando nada, consideré si yo hubiese de esconder aquí dineros, para que ninguno los hallase, dónde los esconderia; dije entre mí: en aquel altar; fuí á él y levanté el delante altar de la peana, que era de barro y adobes; en un lado ví una rendija por donde podia caber un real de á ocho; la sangre me comenzó á bullir, y el corazon á palpitar; tomé una azada, y en ménos de dos azadonazos eché la mitad del altar á tierra, y descubrí las reliquias que allí estaban sepultadas: hallé una olla llena de dineros; contélos, y habia seiscientos reales. Fué tan grande el contento del hallazgo, que pensé quedarme muerto: saquélos de allí, é hice un hoyo fuera de la ermita, donde los enterré, porque si me querian echar de allí tuviese fuera lo que más amaba: hecho esto, vestíme los hábitos del ermitaño, y fuí á la villa á dar noticia de lo que pasaba al prior de la cofradía, no olvidando de tornar á acomodar el altar como ántes estaba. Hallé juntos á los cofrades de quienes dependia aquella ermita, que era de la advocacion de San Lázaro, de donde conjeturé buen pronóstico para mí: como los cofrades me vieron ya cano y de ejemplar aspecto, que esto es lo que más importa para tales cargos, aunque hallaron una dificultad, y fué que no tenía barba, porque como habia tan poco que me la habia tundido no me habia aún nacido; mas esto no obstante, viendo por relacion de los pastores que el muerto me habia dejado por su heredero, me dieron la tenencia de la capilla. Acuérdome, á este propó-

sito de barbas, de una cosa que me dijo una vez un fraile: que en una religion, de las más reformada, no hacian superior á ninguno que no fuese bien barbado; y así sucedia que habiendo algunos capaces para ejercitar aquel cargo, los excluian y ponian en él á otro con tal que tuviese lana (como si el buen gobierno dependiera de los pelos, y no del entendimiento, capacidad y madurez); amonestáronme viviese con el ejemplo y buena reputacion que mi predecesor habia vivido, siendo tal que todos le tenian por santo. Prometíles vivir como un Hércules; advirtiéronme que no pidiese limosna sino los mártes y sábados; porque si la pedia otro dia los frailes me castigarian; prometíles hacer en todo lo que me ordenasen, particularmente porque no tenia gana de enemistarme con ellos, pues habia gustado á lo que sabian sus manos.

Comencé á pedir con un tono bajo, humilde y devoto, como lo habia aprendido en la escuela del ciego; hacía esto, no por necesidad, sino porque es uso y costumbre de mendigantes, que cuanto más tienen piden más y con más gusto. Las gentes que oian decir, den limosna para la lámpara del señor San Lázaro, y no conocian la voz, salian á las puertas, y viéndome se espantaban; preguntábanme por el padre Anselmo, que así se llamaba el buen Arias; díjeles se habia muerto; los unos decian: «Buen siglo le dé Dios, que tan bueno era! su alma está gozando de la bienaventuranza»; otros: «¡Bendito sea él, que tal vida hacía! en seis años no ha comido cosa caliente», aquellos que se pasaba con pan y agua. Algunas piadosas mentecatas se hincaban de rodillas, invocando al padre Anselmo. Preguntóme una qué habia hecho de su hábito; díjele que era el que yo llevaba: sacó unas tijeras, y sin decir lo que queria, comenzó á cortar un pedazo de lo que primero encontró, que fué de hácia la horcajadura. Como ví que acudia á aquellas partes, comencé á gritar; viéndome tan alborotado, dijo: «No se espante, hermano,

que no quiero dejar de tener reliquias de aquel bienaventurado; yo le pagaré el daño del hábito. — ¡Ay! decian algunos, sin duda que ántes de seis meses lo canonizarán, porque ha hecho muchos milagros.» Acudió tanta gente á ver su sepulcro, que la casa estaba siempre llena; y así fué necesario sacarlo á un cobertizo que estaba delante de la ermita; de allí adelante no pedia para la lámpara de San Lázaro, pero sí para la del bienaventurado Anselmo. Jamás he podido entender este modo de pedir limosna para alumbrar á los santos, ni quiero tocar esta tecla, que sonará mal. No se me daba nada de no ir á la ciudad, porque en la ermita tenía todo lo que queria; mas porque no dijesen que estaba rico, y que por eso no pedia limosna, fuí el dia siguiente, donde me sucedió lo que verá el que leyere.

CAPITULO XVI.

Cómo Lázaro se quiso casar otra vez.

Más vale fortuna, que caballo ni mula: al hombre desdichado la puerca le pare perros: muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra, y sin saber cómo, se hallan ricos, honrados, temidos y estimados: si preguntais: ¿este hombre es sabio? deciros han que como una mula; ¿si es discreto? como un jumento: ¿si tiene algunas buenas perfecciones? como la hija de Juan Pito. ¿Pues de dónde le ha venido tanto bien? responderos han: de la fortuna. Otros, por el contrario, que son discretos, sabios,

prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajos del mundo; y si preguntais la causa, deciros han: la desdicha los persigue. Esta pienso me seguia y perseguia, dando al mundo un ejemplo y dechado de lo que puede, porque desde que él se fundó no ha habido un hombre tan combatido desta desdichada fortuna. Iba por una calle pidiendo como solia para el señor San Lázaro, porque en la ciudad no osaba pedir para el beato Anselmo; esto solo era para los bozos y motolitas, que venian á tocar sus rosarios al sepulcro, donde, segun su dicho, se hacian muchos milagros. Llegué á una puerta, y haciendo lo que en otras, oí que de una escalera me decian: «¿Por qué no sube, padre? Suba, suba: ¿qué novedad es esta?» Subí, y en medio de la escalera, que estaba un poco oscura, me asaltaron várias mujeres y niños. Unas se me colgaban del cuello, otras me trababan de las manos, metiéndome las suyas en las faltriqueras: todas me preguntaban la causa de no haberme visto en ocho dias. Cuando hubimos acabado de subir la escalera, y que con la claridad de las ventanas me vieron, se quedaron mirando las unas á las otras hechas matachines; dieron en reir, que parecia lo habian tomado á destajo; ninguna podia hablar; el primero que lo hizo fué un niño, diciendo: «¡Este no es papá!» Despues que aquellas grandes crecidas de risa se mitigaron un poco, las mujeres, que eran cuatro, me preguntaron para quién pedia limosna: díjeles que para San Lázaro. «¿Cómo, dijeron ellas, pedís vos? ¿El padre Anselmo está bueno?—Bueno, les respondí yo; no le duele nada, porque hace ocho dias que murió.»

Cuando esto oyeron dispararon á llorar, que si la risa era grande ántes, los llantos eran mayores depues. Éstas gritaban, aquéllas se mesaban los cabellos, y todas juntas hacian una música tan disonante, que parecian monjas encantaradas. Esta decia «¿Qué haré, desdichada de mí, sin

marido, sin amparo y sin consuelo? ¿Adónde iré? ¿quién me amparará? ¡Oh amarga nueva! ¿Qué desdicha es esta?» Aquella lamentando entonaba: «¡Oh yerno mio y mi señor! ¿comó nos has dejado, sin despedirte de nosotras? ¡Oh nietecitos mios huérfanos y desolados! ¿dónde está vuestro padre?» Los niños llevaban el tiple de aquella mal acordada música; todos lloraban, todos gritaban, todo era lamentaciones y lástimas.

Cuando las aguas de aquel gran diluvio cesaron un poco, se informaron de mí, cómo y de qué habia muerto; contéselo, y el testamento que habia hecho, dejándome por su legítimo heredero. ¡Aquí fué ello! Las lágrimas se tornaron en rabias, los lloros en blasfemias y las lástimas en amenazas. «Vos sois algun ladron, que lo habeis muerto por robarlo; mas no os alabaréis de ello, decia la más moza, que ese ermitaño era mi marido, y estos tres niños sus hijos; y si vos no nos dais toda su hacienda, os haremos ahorcar; y si la justicia no lo hace, puñales y espadas hay con que sacaros mil vidas, si mil vidas tuviereis.» Díjeles como habia buenos testigos, delante de quienes habia hecho testamento. «Todas esas, dijeron ellas, son marañas y embustes, porque el dia que vos decís que murió estuvo aquí, y dijo no tenía compañía.» Como ví que el testamento no se habia hecho por ánte escribano, y que aquellas mujeres me amenazaban, y por la experiencia que tenía de la justicia y pleitos, determiné hablarles con blandura, por si con ella podia acabar lo que por justicia sabía habia de perder, y tambien porque las lágrimas de la recien viuda me habian atravesado las telas del corazon; y así les dije se sosegasen, que no perderian nada conmigo; que si habia aceptado la herencia habia sido por creer que el muerto no era casado, no habiendo oido decir jamás que los ermitaños lo fuesen. Ellas, pospuestas toda tristeza y melancolía, se comenzaron á reir diciendo que bien se echaba de ver ser nuevo y poco experimentado en aquel oficio,

pues no sabía que cuando decian un ermitaño solitario, no se entendia haberlo de estar de la compañía de mueres, no habiendo ninguno que no tuviese una por lo ménos, con quien pudiese pasar los ratos que le quedaban desocupados de su contemplacion, en ejercicios activos, imitando unas veces á Marta y otras á María, particularmente siendo gente que tenian más conocimiento de la voluntad de Dios, que quiere que el hombre no esté solo: y así ellos, como hijos obedientes, tenian una ó dos mujeres que sustentaban, aunque fuese de limosna; y con especialidad aquel desdichado, que sustentaba cuatro: á esta pobre viuda, á mí, que soy su madre, á estas dos, que son hermanas, y á estos tres niños, que son sus hijos, ó á lo ménos que él tenía por tales.

Entónces la que decian era su mujer dijo que no queria la llamasen viuda de aquel viejo podrido, que no se había acordado della el dia de su muerte, y que aquellos niños ella juraria no ser suyos, y que desde entónces anulaba los capítulos matrimoniales. —¿Qué contienen esos capítulos? le repliqué yo. La madre dijo: «Los capítulos matrimoniales que yo hice cuando mi hija se casó con aquel ingrato, fueron los siguientes: que para decirlos es menester tomar el agua de atras. Estando en una villa llamada Dueñas, seis leguas de aquí, habiéndome quedado estas tres hijas de tres diferentes padres, que, segun la más cierta conjetura, fueron un monje, un abad y un cura, porque siempre he sido aficionada á la Iglesia, me vine á vivir á esta ciudad, por huir y evitar las murmuraciones, que en lugares pequeños nunca faltan. Todos me llamaban la viuda eclesiástica, porque por mis pecados todos eran muertos; y aunque hubo luégo otros que entraron en su lugar, eran gente de poco provecho, de ménos autoridad, y no queriéndose contentar con la oveja, acometian á las tiernas corderillas. Viendo, pues, el peligro evidente, y que la ganancia no nos podia pelechar, hice alto, y asenté aquí

mi real, donde á la fama de las tres mozuelas acudieron como mosquitos al tarugo; y de todos, á ninguno me incliné tanto como á los eclesiásticos, por ser gente secreta, rica, casera y paciente. Entre otros llegó á pedir limosna el padre de San Lázaro, que viendo á esta niña le hinchó el ojo, y con su santidad y sencillez me la pidió por mujer; dísela con las condiciones y capítulos siguientes: Primera: que se obligaba á sustentar nuestra casa, y que lo que pudiésemos ganar, sería para vestirnos y ahorrar. Segunda: que si mi hija en algun tiempo tomase algun coadjutor, por ser él algo decrépito, que callaria como en misa. Tercera: que todos los hijos que ella pariese, los habia de tener por propios, á quienes desde luego prometia lo que tenía y podia tener; y si mi hija no tuviese hijos, la hacía su legítima heredera. Cuarta: que no habia de entrar en nuestra casa cuando viese á la ventana jarro, olla ú otra vasija, que era señal que no habia lugar para él. Quinta: que cuando él estuviese en casa y viniese otro, se habia de esconder donde le dijésemos, hasta que el tal se fuese. Sexta y última: que nos habia de traer dos veces á la semana algun amigo ó conocido que hiciese la costa, dándonos un buen gaudeamus. Estos son los artículos, prosiguió ella, con que aquel desdichado dió palabra á mi hija, y ella á él. El casamiento quedó hecho y acabado, sin tener necesidad de ir al cura, porque él nos dijo no era menester, pues lo esencial dél consistia en la conformidad de voluntades é intencion mutua.»

Quedé espantado de lo que aquella segunda Celestina me decia, y de los artículos con que habia casado á su hija. Estuve perplejo sin saber qué decir, mas ellas abrieron camino á mi deseo; porque la viudeja se me colgó del cuello diciendo: «Si aquel desdichado tuviera la cara deste ángel, yo le hubiera amado;» y con esto me besó. Tras este beso me entró un no sé qué, que me comencé á abrasar. Díjele que si queria salir del estado de viuda y

recibirme por suyo, guardaria no sólo los artículos del viejo, mas todos los que quisiese añadir. Contentáronse dello, diciendo que solo querian les entregase todo lo que en la ermita habia, que ellas lo guardarian; prometíselo, con intencion de encubrir el dinero para una necesidad. La conclusion del casamiento quedó para la mañana siguiente, y aquella tarde enviaron un carro, en que se llevaron hasta las estacas: no perdonaron al lienzo del altar, ni á los vestidos del santo. Yo estaba tan picado, que si me hubieran pedido el ave fénix, ó las aguas de la laguna Estigia, se las hubiera dado. No me dejaron sino una pobre marraga, donde me echase como un perro. Como la señora mi mujer futura, que vino con la carreta, vió que no habia dineros, se enojó, porque el viejo le habia dicho que los tenía, mas no dónde. Preguntóme si sabia dónde estaba el tesoro; díjele que no. Ella como astuta me trabó de la mano para que lo buscásemos; llevóme por todos los rincones y escondrijos de la ermita, sin dejar la peana del altar; y como vió que estaba recien acomodada, concibió mala sospecha. Abrazóme y besóme, diciendo: «Mi vida, dime dónde están los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre.» Yo lo negué siempre, diciendo que no sabía de dineros; sacóme de la mano, é hizo diésemos una vuelta á la ermita mirándome siempre á la cara, y cuando llegamos donde yo los habia escondido, se me fueron los ojos hácia allá. Llamó á su madre, diciendo cavase debajo de una piedra que yo habia puesto, topó con ellos y yo con mi muerte; disimuló diciendo: «Veis aquí con que nos daremos buena vida.» Hízome mil caricias, y al punto, porque se hacía tarde, se fueron á la ciudad, quedando convenidos que á la mañana yo iria á su casa, donde haríamos la más alegre boda que jamás se vió. ¡Plegue á Dios que orégano sea! decia yo entre mí.

Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mujeres no me engañasen, aunque

me parecia era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aún bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fuí á casarme, como quien no decia nada; no me acordaba que lo era; llegué á hora que se levantaban; recibiéronme con tan grande alegría, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé á hacer y deshacer en casa, como en propia: comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraíso. Habian convidado á comer á seis ó siete de sus amigas; despues de comer danzamos, y á mí, aunque no lo sabía hacer, me forzaron á ello. ¡Era verme bailar, con mis hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, despues de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandáronme acostar en ella; entre tanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para la ceremonias que se habian de hacer era menester estar en cueros. Obedecí luégo, entraron por el aposento todas las mujeres y mi esposa detras vestida de ceremonia, trayéndole una la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los piés y de los brazos y con grande deligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas á los cuatro pilares de la cama, quedé aspado como un San Andrés. Comenzaron todas á reir al verme en aquella forma, y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo, empezaron á echarme por todo el cuerpo jarros, ya de fria, ya de caliente. Yo ponia con esto los gritos en el cielo; ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo sería más serio el chasco, y que pensase para qué habia nacido. Luégo tomaron una gran vacía con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto

quisieran: peláronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. «Paciencia, decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto, y gozará de lo que tanto desea.» Roguélas que me dejasen, pues el amor se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que parecia el mismo demonio. Entónces una, la más vivaracha y desahogada, dijo á las demas: «No sería malo llamar á Pierres el capador para que lo hiciese músico.» Riyeron todas la ocurrencia, y en particular mi mujer.

Se preparaban á ponerlo por obra, diciéndome: «¿Creia el dómine ermitaño que no hay más que casarse, y que todo lo que decíamos era el Evangelio? Pues no era ni áun la Epístola. ¿De mujeres se fiaba? Ahora verá el pago que lleva.» Yo como me ví en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompí una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron á mantearme con mucha alegría, diciéndome: «Estas son las ceremonias con que comienza el casamiento ; mañana, si quiere volver, acabaremos lo demas.»

Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni áun aliento tenía para hablar. Entónces, envuelto en la misma manta, me llevaron entre cuatro, léjos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron á correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entré en una iglesia, y puse junto al altar mayor, donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan á los piés de San Miguel, dieron á huir, y yo tras ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba; unos decian: «Guarda el diablo ;» otros: «Guarda el loco;» yo tambien gritaba, que ni era diablo, ni loco, sino un pobre hombre á quien sus pecados habian

puesto así. Con esto se sosegaron todos; los clérigos tornaron á acabar su misa, y el sacristan me dió un bancal de una sepultura con que cubrirme. Púseme en un rincon considerando los reveses de la fortuna, que por donde quiera hay tres leguas de mal camino; y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los males pasados no podia ser muy larga, y para excusar el trabajo á los clérigos de que me fuesen á buscar á otra parte despues de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma, la segunda parte de la vida de Lazarillo, sin añadir ni quitar de lo que della oí contar á mi bisabuela. Si te diere gusto, me huelgo, y adios.

DIÁLOGO

ENTRE

CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO

DIÁLOGO

ENTRE

CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO

HIJO DEL PAPA PAULO III

(FUÉ ESCRITO EN EL AÑO DE 1547)

ANIMA. ¡Hola, hola! ¡Ah viejo de la barca! ¿No oyes? Espera, no te partas, respóndeme á lo que quiero preguntarte.

CARONTE. ¿Quién será este presuntuoso arrogante, que con tanta furia camina y con tanta priesa me llama? Quiero esperalle y saber quién es. ¡Válgalo la ira mala! Extraño debe ser éste. Sin piés ni manos camina, hendida la cabeza, como dicen, de oreja á oido, degollado y con dos estocadas por los pechos. Mátenme si no debe ser de los de la rota de Albis, y hase tardado en llegar por falta de piernas. — Camina, si quieres; que me haces perder el tiempo esperándote. Entra y dime quién eres, que extrañamente bienes lisiado.

ANIMA. ¿Qué dices? ¿Qué cosa es entrar? ¿Con tan poco respeto me hablas? ¿Soy hombre yo, por ventura, que tengo de entrar en docena con esa canalla de que tienes llena la barca?

CARONTE. Perdóname, que el verte desnudo, lleno de

heridas y maltratado me hizo creer que eras alguno de los que voy tan cargado, y que te habias tardado de no haber podido caminar más con esas piernas, que me parecen tan ruines como las manos. Pero ¿quién eres?

Anima. Romano.

Caronte. Tu habla da testimonio. Ni por esas señas te conozco.

Anima. ¿Cómo no? ¿No conoces al duque de Castro, al príncipe de Parma, al duque de Plasencia, al marqués de Novara, capitan general y confalonier de la Iglesia?

Caronte. Todo eso no basta para que te conozca; porque los más de los títulos que has dicho son tan nuevos, que áun no han llegado á mi noticia. Pero dime tu propio nombre, si quieres que te conozca.

Anima. ¡Oh viejo loco, ignorante! ¿Es posible que no conozcas al hijo del Papa?

Caronte. No, que no le conozco, ni áun sabía yo que los papas tuviesen hijos. Mas agora me acuerdo de un cierto duque de Valentinois, que pasó por aquí no sé cuántos años há, tan arrogante como tú, y áun casi tan bien acuchillado, que dijo ser hijo de un otro papa, y queria tambien, como tú, que por esto se le tuviese respeto.

Anima. Yo creo que disimulas conmigo, por verme así solo y maltratado, fingiendo no conocerme; pero no puede ser que no conozcas á Pedro Luis Farnesio, gentilhombre romano.

Caronte. ¡Oh, oh, oh! Agora sí que te conozco como á mí. ¿No eres tú el coronel Pedro Luis, hijo de Alejandro Farnesio, que al punto es Paulo III, sumo pontífice de los cristianos? De la primera vez te conociera si dijeras tu propio nombre; pero por esos otros títulos nuevos é inusitados apénas te conociera quien te los dió. Mas dejado esto, ¿cómo vienes así?

Anima. Matáronme ciertos vasallos mios.

Caronte. ¡Oh mal caso! ¡Oh grave maldad! ¿Es posible

que los vasallos osen matar á su natural señor? ¿Dónde te mataron?

ANIMA. En Plasencia, de donde me habia hecho duque y señor mi padre, poco há más de dos años.

CARONTE. ¿Y eran placentinos los que te mataron?

ANIMA. Sí, y de los más principales de aquel Estado.

CARONTE. Pues de esa manera, ¿cómo dices que eran tus vasallos? Agora no me maravillo de que te matasen; pero maravíllome mucho que tu padre te hiciese señor de lo que no era suyo ni podia ser tuyo.

ANIMA. ¿Cómo no? ¿No puede el Papa hacer lo que quiere del patrimonio de la Iglesia?

CARONTE. No, segun dicen algunos de vuestros canonistas, que han pasado por aquí; pero demas destos, otros juristas imperiales, y particularmente milaneses, me han dicho que el Estado de Plasencia no es sino patrimonio del ducado de Milan, que fué empeñado por poca cantidad de dineros; y si es, ¿mira cómo te lo podria dar?

ANIMA. No faltó allá en el mundo quien dijo todo eso á mi padre y se lo dió á entender, y todavía él me lo dió, y yo no habia de buscar mejor título, cuanto más que lo busqué y procuré, y supliqué al Emperador por la investidura; el cual nunca me la quiso dar, siendo mi consuegro y habiéndole servido.

CARONTE. Si á todos los que le han servido más y mejor que tú hubiese el Emperador pagado como á tí y á los tuyos, sería menester, ó que conquistase otro nuevo mundo para pasar, ó se despojase de lo que tiene para pagar. Mas ¿sabes qué he pensado? Que los placentinos te pagaron imperialmente de los males y daños que á ellos les habias hecho, como de los deservicios que al Emperador pensabas hacer?

ANIMA. De lo hecho no digo nada, porque todo el mundo sabía cómo he vivido; pero ¿quién te ha dado aviso de lo que pensabas hacer?

Caronte. ¡Qué bobo eres! Por más avisado te tenía. ¿No sabes qué pasó por aquí, pocos meses há, el conde de Fiesco, que iba tras Joanetin Doria, á quien él por tus persecuciones hizo matar, el cual, como mozo y de poca experiencia, contó aquí en esta barca á otros rapaces como él cuantos tratos tenía contigo, salvo los carnales, que por ser tan feos, áun los demonios que acá están aborrecen oillos? Pero no es nada esto. ¿No sabes que ayer, á manera de decir, pasó por aquí el rey Francisco de Francia, tu caro amigo y pariente que habia de ser, el cual me dijo en secreto casi la mayor parte de las tramas que entre él y tú habíades urdido, y venía mal enojado con la muerte, porque le habia atajado los pasos ántes que los pudiese poner en efecto? Demas desto, ¿no sabes que el año pasado bajó acá Barbaroja, que la mayor lástima que llevaba era no haberse podido vengar de tu padre de no haber cumplido con el Turco ni con él nada de tanto que les prometió cuando lo de Castro y cuando lo de Tolon? como si tu padre, por mucho que lo intentó, pudiese estorbar que los cielos y los hados no favorezcan y prosperen las cosas del Emperador, y que no las levanten al cielo, cuando en la opinion de los hombres están más cerca de caer por tierra. Mira si de tales tres tèstigos he podido ser bien informado de tus hazañas y de las de tu padre.

Anima. ¡Qué digresion tan larga has hecho y cuán fuera de propósito! Y ya que así sea lo que has dicho, ¿qué tiene que hacer con el derecho que yo tenía al Estado de Pasencia, ni con la autoridad que mi padre tuvo para dármelo?

Caronte. A esto respondí, si te acuerdas, ántes que viniese á la digresion que dices; sino que como traes la cabeza tan abierta, hásete salido de la memoria por la herida. Todavía torno á decir, y tú lo sabes, que no era de tu padre ni te lo pudo dar, y que por ser contra todo derecho, el Emperador no lo quiso consentir. Y áun si mira-

ras al título de la concesion, vieras que no habia en él ninguna firma de cardenal ni de ningun vasallo ni aficionado á su Majestad. Donde se ve claro que fué concesion injusta, hecha *per aliamtiam* y de manga, como se suele decir.

Anima. ¿Qué se me da á mí de eso? Yo me era duque de Plasencia á su placer ó su pesar; y si mi derecho era bueno ó malo, yo no tenía necesidad de ponello en disputa con nadie; cuanto más, que cuanto al testamento de Adan, tan mio era aquello como del Emperador lo que tiene, y si vamos con curiosidad del derecho de cada uno, ninguno lo tiene mejor á lo que tiene que la posesion, y al cabo el mejor derecho es el más antiguo de posesion; de manera que sola esta ventaja me podrian á mí hacer los otros príncipes, que era habérmelo yo conquistado y ellos heredado.

Caronte. Si trujeras la cabeza sana, creyera que la traias vacía; pero véotela tan llena de sesos, que revientan por defuera, de manera que no sé qué me diga de tí. Todavía quiero replicar á lo que has dicho con sola una palabra, y es que de no dársete nada, y de ser duque á pesar del Emperador, y de haber tú usurpado la señoría y hecho de la fuerza derecho, mira lo que has ganado, y des las gracias á tu padre por la merced y beneficio que te hizo.

Anima. ¡Oh, oh, oh! Eso es fuera de propósito; porque los hombres valerosos acometen las grandes hazañas, no obstante que la salida de ellas sea difícil y trabajosa, cuanto más que el hombre pone y Dios dispone.

Caronte. Es verdad, y así me parece que aconteció á tí con los condes que te mataron, y á ellos contigo, porque tú acometiste tiranamente serles señor; gobernaste despues como tirano, por no saber, como dices, la salida de las cosas; y al cabo moriste como tirano, y ellos acometieron como valerosos en matar al tirano sin saber cómo saldrian dello; y dispúsolo Dios de manera que les salieron las co-

sas mejor de lo que pensaban. Mas dejado esto, ¿dónde estabas cuando te mataron?

ANIMA. En la ciudadela, que es una casa fuerte de aquella ciudad.

CARONTE. No debia ser muy fuerte, pues tan poco te aprovechó.

ANIMA. Sí era, y harto; pero estaba casi solo.

CARONTE. Pues ¿cómo, siendo tirano, estabas solo?

ANIMA. ¿Quién se puede guardar de traidores?

CARONTE. Quien no la hace no la teme; quien no hace agravio, mal ni daño alguno.

ANIMA. A los que me mataron poco les habia tomado, puesto que si me esperaran cuatro horas...

CARONTE. Ya te entiendo; de manera que si ellos fueron traidores, tú eras alevoso; y si no se anticiparan, tú te anticiparas.

ANIMA. Sí, porque tenía ya aviso de sus tramas y tratos.

CARONTE. Bien se parece en el cuidado que tuviste de guardar tu persona.

ANIMA. ¿Quién habia de pensar que cuatro ó cinco vasallos mios, sin favor ni calor de otro, osaran de acometerme?

CARONTE. Quien los tenía injuriados, quien les habia hecho agravios, y se los hacía cada dia.

ANIMA. Nunca yo les hice agravio particular á ellos, que el pueblo no lo recibiese muy mayor; y sufriéndolo éste, pensaba yo que aquéllos lo sufririan.

CARONTE. Si te engañó tu pensamiento, la experiencia te lo muestra, cuanto más que era gran liviandad la tuya, pensar reinar como tirano y poder vivir seguro; porque la indinacion del pueblo maltratado pone armas en la mano del noble, el clamor de la injuria del pueblo despierta é incita á la venganza el ánimo del noble; ¿cómo es posible que no hayas oido la fin que hubieron los tiranos que contra toda la razon quisieron señorear?

ANIMA. Ya que eso sea así, no viviá yo tan descuidado como eso, ni tan á lumbre de pajas; que guarda tenía de á pié y de á caballo, muchos particulares y amigos, muchos caballeros y muchos soldados pláticos y valientes, á quien entretenia por buen respeto y para mayor seguridad de mi persona.

CARONTE. Pues ¿qué se hicieron esos que dices? ¿Dónde estaban cuando los hubistes menester?

ANIMA. Por ser la casa estrecha, y tambien porque me fiaba de pocos, los tenía aposentados por la ciudad y solamente tenía conmigo dentro de la ciudad (1), aquellos que no podia excusar.

CARONTE. Antes, segun me dijo un obispo, mozo de buen gesto, que tú martirizaste diabólicamente pocos años há, solamente tenías contigo los que pudieras y debieras excusar, y quizá aquellos polvos trujeron estos lodos; pero no me maravillo de que te fiases de pocos, como dices, sino de que siendo tirano y viviendo como vivias, osases fiarte de tí mismo, considerado que la vida del tirano no es otra cosa que una sombra de la muerte, una gruta obscura llena de mil malas visiones, un camino áspero y estrecho, lleno de todas partes de mil géneros de inconvenientes, lazos y peligros, sin que pueda excusar de caer en alguno de ellos. Malaventurado de tí, nómbrame alguno de esos parientes, amigos ó criados que tenías contigo, que te sirviesen por amor ó por tus virtudes y valor.

ANIMA. Servíanme por el bien que mi padre y mis hijos les hacian, y por el que yo les pudiera hacer si viviera.

CARONTE. Pero si por interes te servian, ¿cómo no considerabas que aquel á quien basta el ánimo para servir á un tirano por interes, le bastará el ánimo para matarle?

ANIMA. Ya lo consideré algunas veces; pero asegurábanme los buenos tratamientos que yo les hacia.

(1) Parece que debe decir: dentro de la *ciudadela*.

Caronte. ¿Buenos tratamientos llamas quitarles cada dia las haciendas, sus franquezas y libertades? ¿Cuál tirano hizo jamás mejor tratamiento á privado suyo, que hacía el duque Alejandro, tirano de Florencia, aunque con más honesto título, que tambien pasó por aquí los otros dias, á Lorencin de Médicis, su primo hermano, el cual por premio de tantos beneficios lo mató despues á puñaladas?

Anima. Fué cosa muy fea y gran maldad de caballero.

Caronte. Verdad es; pero permitió Dios á las veces un gran mal por excusar otro mayor, como permitió que Joab, capitan de David, matase á Absalon, su más caro hijo, por excusar el daño mayor, que fuera si el hijo matara al padre y le quitara el reino; y como permitió que Judit, viuda, mujer honesta, siendo ejemplo de verdad y de bondad, ensangrentase las manos y degollase aquel tan famoso capitan Holoférnes, porque aquel no usurpase el reino á Osías.

Anima. Tú eres gran sofista; yo no vine aquí para disputar contigo, ni ménos para oir tus sermones: yo te digo que me ví duque y señor pacífico de Parma y Plasencia, temido de muchos y estimado de todos.

Caronte. ¿Quieres dejarme decir una palabra, y despues dí cuanto quisieres? Mira cuán grande era tu ignorancia allá en el mundo, que áun te dura hasta agora. ¿Cómo te podias llamar duque pacífico, si tus mismos vasallos, como tú los llamas, te hacian la guerra? y si eras temido de muchos, ¿cómo no temias de ninguno? Pues quiere toda buena razon que tema de muchos aquel de quien todos temen; y si eras estimado de todos, ¿cómo estimabas tan poco á los que te mataron?

Anima. Porque no eran hombres para competir conmigo.

Caronte. ¡Ah, ah, ah! Esa es la más nueva necedad que nunca he oido: ¿fueron hombres para matarte, y dices que no eran para competir contigo? Agora veo que el des-

acato que te tuvieron te hace desvariar de lo que comenzaste á decir.

ANIMA. Digo que yo era señor, ora fuese por amor, ora por fuerza, y puesto que yo fiaba mucho en la autoridad de mi padre, en el parentesco que tenía con el Emperador, y en lo que habia hecho de nuevo con franceses y venecianos, todavía para prevenir lo de adelante y asegurarme á mí y perpetuar mi estado, comencé á labrar mi castillo desde los fundamentos, que por ventura si se acabara, fuera de los mejores de Italia.

CARONTE. Pues ¿por qué no lo acabaste?

ANIMA. No por falta de diligencia, porque jamás se hizo tanta, como se puede ver hoy en él, que en dos meses y medio lo puse desde la primera piedra casi en defensa, y tenía pensado al fin de este mes estar allí de ordinario, donde pensaba estar tan seguro como en el castillo de San Angel.

CARONTE. ¿Y habias hecho en tan poco tiempo castillo para defenderte, y labrado aposento adonde pudieses estar? ¿Cómo puede ser?

ANIMA. El aposento no lo labré yo, porque me s rvi para este efecto de un muy hermoso monasterio de frailes, á la redonda del cual hice fundar el castillo, de modo que quedase el monasterio por aposento dél.

CARONTE. Pues ¿cómo de casa de oraciones hacias espelunca de tirano? No quiero decir de ladrones porque no te enojes.

ANIMA. Sí, porque me convenia así, tanto por la bondad del sitio, cuanto por la presteza, y áun decirte he verdad, por ahorrar de costa.

CARONTE. Esa debieras decir primero, y de ahí debió nacer la tos á la gallina, porque, si no me engañan (1) de

(1) Parece que debe decir: si no me engañan *los secretos cánones*, etc.

la quiromancia ó de la fisonomía que me mostró un cierto favorecido de tu padre que pasó poco há en esta barca, debes ser avarísimo; y créolo, porque si fueras liberal, no te hallaras tan solo cuando te mataron; pero dime, ¿cómo osaste tomar el monasterio, que no era tuyo, para usar tan mal dél? ¿No veias que era temeridad y cosa contra vuestra religion?

ANIMA. A propósito no lo hilamos tan delgado los príncipes como la gente popular, cuanto más que no lo hice sin el consentimiento de mi padre.

CARONTE. No lo creo ni es de creer, puesto que otras cosas peores se han dicho de tu padre en esta barca. Pero si tú lo hiciste sin autoridad, hiciste mal; y si tu padre te la dió, paréceme que hizo peor. Y agora me maravillo ménos de lo que hicieron los placentinos, pues entraba Dios á la parte en el número de los injuriados. ¿Por qué suspiras? ¿Por qué te pelas la barba?

ANIMA. ¡Oh! que estoy desesperado.

CARONTE. Créolo, y cada dia lo estarás más.

ANIMA. No lo digo por eso, sino que habiéndome avisado los astrólogos que todo este mes, hasta los quince del que viene, estaba sujeto á cierta mala influencia de estrellas que me amenazaban de muerte, no fuí para guardarme.

CARONTE. ¿Cómo? ¿que los astrólogos te avisaron dello?

ANIMA. Yo te diré, cuanto que el mesmo dia de mi muerte predije yo á ciertos criados mios lo que fué de mí. Mas otra cosa me desespera más, y es, que mi padre me despachó desde Roma un correo diciendo que tal dia á tal hora y á tantos puntos, ni más ni ménos, hiciese poner la primera piedra de los fundamentos de mi castillo, porque el cielo y los planetas estaban entónces bien dispuestos y señalaban perpetuidad en lo que en aquella hora se comenzase á fabricar, y hame salido de la suerte que ves.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Yo rio, y si pudiese caber e

mí dolor de la miseria é ignorancia de los hombres, en lugar de reirme, lloraria. ¿Es posible que tu padre sea tan vano como eso, y que dé crédito á tales ruindades? Agora te digo que no creo que es tu padre ni que te queria bien, sino que tu madre, por parecer á tu tia, te hizo á hurto, y cargóselo despues á micer Alejandro.

ANIMA. Sobrado atrevimiento y desvergüenza es la tuya, y bien parece que estoy solo, que no me osaras tratar así. Pero ¿de dónde sabes tú tantas particularidades de mi casa?

CARONTE. ¡Hu, hu, hu! ¿qué piensas? ¿no crees que llegan acá las nuevas de maestro Pasquino? Sabes que tu madre pasó por aquí ántes del papa Alejandro, y despues dél tu tia, y que dél y dellas podia yo saber más de lo que te he dicho. Pero tornando á los astrólogos, paréceme que no te mintieron en nada, puesto que sea el mentir su propio oficio, porque en lo de tu vida decian bien si te guardaras; y áun yo, que no sé apénas navegar esta barca, cuanto más astrología, te supiera decir que tenías necesidad de guardarte, porque claro está que siendo tirano y malo, que estabas sujeto razonablemente á morir mala muerte, y tanto más presto cuanto tus abominables obras lo merecian más, y tus maldades é insolencias crecian de dia en dia y de hora en hora; y siendo ello así, para excusar los peligros era necesario guardarte. Y si te guardaras tanto, que pasara el influjo que ellos decian, yo creo que tenian gentil excusa con decir que viviste porque te guardaste y que murieras si no te guardaras, y no guardándote tú y sucediendo como ha sucedido, no sólo los puedes tener por buenos astrólogos, mas por verdaderos profetas. Pero, ¡ah, ah, ah! ¿sabes de lo que me rio? De lo que te escribió tu padre acerca de la perpetuidad del castillo, y de cómo el juicio fué verdadero, y el astrólogo debia ser avisado, salvo que no lo entendiste tú, y ménos tu padre.

ANIMA. Y tú ¿cómo lo entiendes?

CARONTE. Desta manera: que el castillo comenzado en aquella hora y debajo de aquellas señales y disposiciones de planetas será perpétuo por las razones que te diré; y si no fuesen bastantes, desde agora me obligo á pasarte de la otra parte del rio sin dineros. El castillo será perpétuo porque la fábrica dél es maciza y excelente, y es, como se suele decir, una labor de Dios, pues se hizo con sus dineros; el castillo será perpétuo porque no es tuyo; será perpétuo porque me da el alma que se ha de entrar (1) en el Emperador, que lo querrá para sí, y será perpétuo porque teniendo tal dueño, sabrálo cuidar de manera que perpétuamente quede en su casa. Mira si será perpétuo, mira si profetizaba este caso el poeta cuando dijo:

Sic vos non vobis mellificatis apes.

ANIMA. Por Dios, que lo creo, porque los que me mataron es menester que se valgan del favor de algun príncipe que los defienda y ampare, y ninguno les viene tan á cuenta como el Emperador, que tiene allí á dos pasos á D. Hernando Gonzaga, su capitan general y lugarteniente, que ni perderá tiempo ni dejará de aprovecharse de la ocasion; pero ¿parécete á tí, que haces del santo y del justo, que es bien que el Emperador se lleve el fruto de mis trabajos y sudores, y tanto más siendo injustos, como tú los llamas?

CARONTE. *Tu videris*, le respondieron á otro tal como tú, que está desa otra parte, preguntando él otra pregunta casi desta suerte. Mas embárcate, no perdamos tiempo; que me has detenido aquí una hora con tus cuentos.

ANIMA. ¿Cómo que me embarque? ¿Qué rio es este? ¿Quién eres tú?

CARONTE. ¡Qué desatinado que estás! ¿Cómo no conoces

(1) Parece que debe decir: *se ha de entrar en él el* Emperador, etcétera.

á Caronte, que habla contigo? ¿No sabes que este es el rio Leteo, y esta barca la que sirve de pasar las ánimas de los que acá bajan, como servia en Plasencia á los caminantes la que tú quitastes á cuya era, contra toda razon, para darla á quien tú querias?

ANIMA. Hice bien, porque era señor, y podia poseer y desposeer á quien á mí me pareciese.

CARONTE. Si no fueses tan bravo, si no temiese que me llamases en estacada, responderte hia que mientes á lo que dijiste de haber hecho bien; pero todavía porque entiendas que entiendo los puntos de duelo, digo que no hiciste bien, y pruébotelo de esta manera: que si fuera bien hecho, no lo hicieras, por no hacer bien ni perder tu natural costumbre, que era hacer mal.

ANIMA. Paciencia, algun dia será la nuestra. Dime, ¿es este el rio del olvido?

CARONTE. Sí; ¿por qué lo preguntas?

ANIMA. ¿Cuál es la laguna Estigia?

CARONTE. Muy léjos de aquí. ¿Quieres por ventura rodear por allá pudiendo pasar por acá?

ANIMA. ¿Cómo pasar? ¿Piensas que soy de tan poco valor ó tan solo que me quiera embarcar contigo y olvidar la traicion que me han hecho? ¿Crees que no sé yo la propiedad de estas aguas? Ya sé que me conviene ir á la laguna Estigia, y pasearme he por la ribera della hasta que mi padre y mis hijos venguen mi muerte.

CARONTE. ¡Ah, ah! ¡Qué largo plazo tomas! Pues ¿quieres estarte allí al sol y al frio, y al viento y al sereno hasta entónces?

ANIMA. Sí quiero estar, y no será el plazo tan largo como piensas; que yo tengo allá tales que me vengarán, y por ventura con mayor daño de la cristiandad que tú crees.

CARONTE. Con daño de la cristiandad ¿cómo puede ser, muertos el rey de Francia y Barbaroja, que eran la espe-

ranza de tu padre y tuya? Y siendo deshecha la malvada liga luterana, tan á su pesar y al tuyo, ¿quién habrá que se ose mover para hacer daño á la cristiandad, teniéndola el Emperador en su proteccion?

ANIMA. Basta, yo me entiendo, bien sé lo que me digo.

CARONTE. ¿Quién piensas que hará esta venganza?

ANIMA. Mi padre y los cardenales y duques, mis hijos, y toda mi casa.

CARONTE. ¿Sobre quién ha de ser esta venganza?

ANIMA. ¿Cómo sobre quién? Sobre los que me mataron y sobre los que los defendieron.

CARONTE. Y si por acaso los favorecia el Emperador, como habemos dicho, si se amparasen dél, ¿qué harán tu padre y tus hijos?

ANIMA. Nuestra sangre, que pide venganza, la injuria hecha, y el daño recibido les enseñará lo que habrán de hacer. Cuanto más, que ántes que yo muriese dejé ya enhilada la cosa de arte que con poco trabajo quedarán satisfechos.

CARONTE. ¿Sabes de qué temo, Pedro Luis? Que esta tu sangre ha de venir al cabo sobre tu padre, sobre tus hijos y sobre toda tu casa. Y porque sepas que tengo espíritu prefético y que no hablo sin fundamento, quiero decir lo que entiendo deste negocio. A tu padre le pesa de la grandeza y buena fortuna del Emperador, como aquel que tiene entendido que no ha de consentir que dure tanto tiempo la disolucion del clero y la desórden que hay en la Iglesia de Jesucristo, y que ha de salir al cabo con la empresa tan santa que ha tomado de juntar el concilio y remediar, juntamente con las herejías de Alemania, la bellaquería de Roma. Y que esto sea así verdad, bien sabes por cuántas vías tú y tu padre habíais intentado estorbarlo, y que por cumplir con el mundo, no pudiendo hacer otra cosa, cuando viste la determinacion del Emperador, que era hacer la guerra á los rebeldes del Imperio, porque domados aqué-

llos, como nervios principales de todo el cuerpo de la herejía, era despues fácil atraer al pueblo aleman á tener y creer lo que en el concilio se determinaria; digo, pues, que, viendo y considerando esto tu padre, envió una hermosa banda de gente italiana, con tantos dineros que bastasen solamente á llegar allá, y con órden expresa que en llegando y habiendo hecho una muestra delante del Emperador, se decidiesen y resolviesen en uno, de suerte que no pudiese su majestad..........................
dellos, diciendo particularmente tu padre, como se sabe que le dijo, estas palabras á Alejandro Vitelli, lugarteniente de tu hijo Octavio: «Haced allá en llegando una hermosa apariencia, y despues trabajad que se deshagan y que se vengan, porque el Emperador querémoslo amigo, pero no patron.» Despues de esto, viéndole vitorioso, domados los rebeldes, vencidos sus enemigos y todo el Imperio sujeto, y que ya no podia dejar de haber efecto el concilio, que trataste tú y tu padre de revocarlo, como en efecto lo deshicistes, alegando para ello razones que ni eran verdaderas ni aparentes; y no contentos con esto, traíades él y tú mil tramas con mil naciones, para estorbar al Emperador tan santa obra, ocupándolo en otras guerras civiles, llamando para esto al Turco, como lo llamastes otra vez cuando lo hicistes venir en pulla, tirado de vuestras promesas y persecuciones. Pero Dios, que no quiere consentir tantas maldades, abrió los ojos de los que te mataron, y abrirá los del Emperador para que lleve adelante su buen propósito; por lo cual, tu padre, que de ántes habia pocas ganas de concilio, tendrá agora ménos; y dejando el negocio de Dios por accesorio, verás que ha de tomar el tuyo por principal, y sin acordarse de que es vicario de Jesucristo, obligado á dar bien por mal, querrá, como tú esperas, vengar tu muerte, y para esto no curará del daño de la cristiandad ni de indignarse y hacerse enemigo de un emperador que á el y á todo el resto de la Iglesia de Cristo sustenta en la propia

religion con la propia virtud y la propia espada; vendrá, como he dicho, á no querer concilio y declarar su buena intencion, de que se seguirá que el Emperador, movido de justicia, irá á juntar el concilio, y querrá ver el fruto que dél resultará; y esto no se podrá hacer sin daño y vergüenza de tu padre y de tus hijos y linaje, los cuales, siendo pocos y solos, durarán ante la fuerza del Emperador lo que suele durar un pequeño torbellino de polvo ante un viento recio y poderoso, y no creo que para esto será necesario que él tome la espada ni que sus ejércitos se ocupen en tan baja guerra; bastará que no os dé el calor y favor que siempre os ha dado, y que alce la mano de vosotros, y se esté mirando; ni será menester que dé licencia á los alemanes herejes, para que ellos lo hagan, como lo habrian hecho veinte años há, si no los hubiese tenido el miedo y respeto del Emperador. Pero ¿qué mejores alemanes que los coloneses? ¿Cuáles mejores svízaros que los vicenos, los malatestas, valones, los varanos, los de Perosa, los de Arimino, y otros infinitos que son vuestro enemigos, á quien tu padre, despues que es papa, ha hecho muchos males, daños é injurias? Ni sabes tú que todos estos, de miedo del Emperador, no osan hablar, y que si él quiere disimular con ellos y estarse á ver, como he dicho, en dos dias extirparán de Italia y del mundo, no solamente la casa, más áun la memoria de los Farnesios; pues mira si soy más adivino, mira si hago más discurso y si vendrá al caso (1) tu sangre sobre tu padre y sobre sus hijos, si no muda de opinion, si no enmienda su vida, y si no hace lo que el Emperador con tanta instancia le ruega, que es lo mismo que tu padre, como buen pastor y como buen vicario de Cristo, debria rogarle. Bastáraos á tí y á tus hijos haberos sacado casi del polvo de la tierra para dejaros hechos príncipes. Pero agora se me acuerda otro

(1) Parece que debe decir: y si vendrá al *cabo* tu sangre, etc.

donaire. ¿Cómo quieres ir á la laguna Estigia? ¿No sabes que están allá los reverendísimos de Córdoba y de Gandía, y los demas que atosigaste? ¿No sabes que está allá el pobre obispo de Fano? ¿No sabes que há doce ó trece años que está allá el pobre cardenal de Médicis, esperando venganza de tí, que por hacer ricos á tus hijos le quitaste la vida, siendo el mejor mozo y el más virtuoso que ha traido en Roma capelo rojo de cien años acá? ¿Cómo piensas defenderte dellos, si allí vas tullido y malaventurado, siendo ellos mancebos y robustos? salvo si sus deudos, sabiendo tu muerte, no les han despachado con el aviso de su venganza, para que no estén más detenidos esperándola, puesto que no lo creo, porque si así fuese, ya se habrian venido.

Anima. ¡Qué grande hablador eres! ¡Qué de cosas has dicho! ¿Quién te trae aquí tantas nuevas y tan particulares avisos de todo? ¿Cómo puede ser que sepas tú casi todos mis secretos?

Caronte. ¡Ah, ah! quiérotelo decir, con condicion que te embarques luégo, y no me detengas aquí con tus quimeras. ¿No sabes que los que habitamos acá abajo nos es concedido de la suma bondad saber todo lo pasado y lo presente?

Anima. Ya lo he oido decir, pero tambien tengo entendido que de lo por venir no sabeis nada, porque este secreto lo reservó Dios para sí solo; y siendo así, ¿cómo sabes tú las profecías que me has dicho? ¿Cómo quieres que te las crea?

Caronte. La luenga edad y la mucha experiencia hace á los hombres doctos y expertos, y estando aquí casi desde la creacion del mundo, y platicando cada dia con tantos que pasaban en esta mi barca, no te maravilles si por las conjeturas, considerando lo pasado y sabido lo presente, digo algo de lo que está por venir; pero para que entiendas mejor cómo se pueda saber, ¿tú no dijiste

poco há que esperabas que tu padre y tus hijos harán memorable venganza de tu muerte?

Anima. Sí que lo dije, y será así.

Caronte. No sé yo tan adelante como eso; pero díme, ¿cómo sabes que será así?

Anima. Sélo, porque yo tenía ya tendidas mis redes, y ordenada la cosa de suerte que no pueda dejarle de suceder al Emperador una guerra muy grande, puesto que de ella no se seguirán los efectos que yo tenía pensados.

Caronte. ¿Tienes otra certenidad más desa para creer que sucederá como dices?

Anima. ¿No te parece que bastará para creer que sucederá así, quedar ya la cosa tan adelante, que me tomó casi la muerte con el fuego en la mano, y si se tardara dos meses, yo abrasara á Italia ó fuera el mayor príncipe della?

Caronte. Pues si bastan esas conjeturas para que adivines lo que ha de ser, ¿cuánto mejor lo podrá adivinar un demonio, que sabe más que tú, aunque no sea tan malo como tú? Ves aquí cómo nosotros podemos adivinar lo que ha de ser, y tambien por conjeturas, como tú haces. Pero áun te quiero decir otro punto más importante, porque me creas. ¿No sabes que tu padre se deleita de la nigromancia, y tiene espíritus familiares, trata y habla con ellos; cosa que no solamente la Iglesia, mas el mismo Dios la defiende? Pues tratando él tantas veces de la materia, siendo este el paso y ellos todos unos, mira si puedo de hora en hora ser avisado de todo lo de allá más y mejor que otro; y en lo que toca á todos los secretos, sábete que despues que llegaste aquí, han llegado una infinidad de demonios que tú tenías ligados y apremiados dentro de un libro pequeñuelo, cerrado con dos candados, con las cubiertas de terciopelo carmesí, forrado en tablas de plomo por más señas.

Anima. ¡Cómo! ¿que mi libro tan preciado ha sido abier-

to, y que son sueltos los demonios que en él estaban apremiados? ¿Quién lo abrió?

CARONTE. Oyéme si quieres, y no te congojes, porque no tiene remedio. Sábete que miéntras he estado aquí hablando contigo, llegaron todos aquellos espíritus tus esclavos, á los cuales conocí yo, y muy bien, porque entre ellos habia gente principal, y maravillándome de verlos salir tristes saliendo de la prision en que los tenías, les pregunté la causa; y uno de ellos me respondió: «Sábete que á D. Hernando Gonzaga le dieron el libro adonde estábamos apremiados, y él, como caballero animoso y religioso, no quiso, pudiéndolo hacer, servirse de nosotros, ni que otro se pudiese jamás servir, y así tomando el libro, rompió las cerraduras, y abriéndolo, á todos nos ha puesto en libertad. Mas ¿qué nos aprovecha? que siendo nuestro oficio y nuestra inclinacion hacer mal, nunca haremos tanto siendo libres; cuanto más agora, que tenía el traidor tramada una tela al Emperador con que muriera la mayor parte de la cristiandad, que bastara para hacerte rico á tí, y á nosotros contentos.» Entónces me contó la gran manada de puercos que tenías apalabrada en tierra de svízaros, para traer á la carnicería de Lombardía; el concierto con franceses, con venecianos y con el Turco, demas de los otros que yo me sabía. Así que, destos he sido informado de las particularidades y secretos que te he dicho, los cuales asimesmo me dijeron cómo D. Hernando habia tomado ya la posesion, y pacíficamente, de Plasencia, y le habian hecho el homenaje, y que luégo por la primera cosa mandó que se siguiese la obra del castillo, y que se diese en ella la misma prisa que tú te dabas para ponerlo en defensa. Díjome cómo le habian acudido de todo el Estado de Milan mucha gente de guerra de á pié y de á caballo, debajo del gobierno de muy buenos capitanes. Díjome cómo habia visto tu cuerpo arrastrado por aquel lodo, entre los piés de los villanos súbditos, los

cuales no se hartaban de pisarte y ofenderte. Díjome, y áun con admiracion, que te habia mandado D. Hernando enterrar, y que te desenterraron tres ó cuatro veces, y queriendo deste demonio saber la causa, díjome que habiéndote cubierto como cuerpo de príncipe, y puesto en una iglesia, el pueblo, indignado de que á cuerpo de tan mal hombre se hiciese más honra en la tierra de la que te harán acá en el infierno, te tornaron á quitar de allí, despojándote de nuevo y tornándote á echar en el lodo; y fué cosa justa, que cuerpo que se deleitó tanto en las suciedades abominables que el tuyo se deleitaba, lo viese el mundo despues, á guisa del puerco, revolcar por el lodo, y que ninguna iglesia te sufriese, en pago de haber hecho della casa fuerte para tus maldades; puesto que tambien me dijo que al fin D. Hernando lo mandó tornar á enterrar de nuevo, y lo tornaron á cubrir como á príncipe, porque veas cuán bueno es Dios; vinieron al fin á recogerte en un monasterio de donde tú habias sacado los frailes y echádolos sin culpa ninguna, y así usaron de caridad con tu cuerpo aquellos mesmos que no hallaron en tí ninguna. Y más te hago saber, que te pesará más; que me dijo este demonio que estaba D. Hernando maravillado de que tu hijo Octavio, enviándole cada dia correos por lo que toca á tu ropa, nunca habia él ni otro acordado de enviar á pedir tu cuerpo, y enterrarle conforme á la dignidad ducal y á la pompa y locura del mundo.

Anima. ¿Cómo que no ha enviado por mi cuerpo?

Caronte. No, que no ha inviado, ni áun piensa inviar por él, que es peor.

Anima. Eso ¿cómo lo sabes?

Caronte. Sélo porque hasta agora no solamente no ha hecho más mencion, ni áun pensado, y sélo porque hay un proverbio, que vale más un novicio que un obispo muerto. ¿Pero sabes de qué me rio? De que me ha dicho que D. Hernando mandó que te digan muchas misas, de

las cuales, habiendo venido aquí, habrás el beneficio que han los demas.

Anima. Muchas gracias al Sr. D. Hernando; despues de haberme descalabrado en la frente, me unta el celebro.

Caronte. ¡Ah, ah! Pues con más razon lo dirias si supieras cómo te descalabró.

Anima. Ya lo voy poco á poco entendiendo, que desas gentes de guerra que le acudieron tan presto como dices, tuve yo noticia; ya un mes ántes que fuesen fuí yo avisado dello, pero no pensé que eran para este efecto.

Caronte. Créolo, porque estarias ciego, y suele acontecer que cuando Dios quiere ó permite que uno se pierda, la primera cosa que hace es cegarle el entendimiento

Anima. Basta, basta; áun no ha salido el año; no será mi padre el que debe, si él se le va alabando.

Caronte. Tambien me dijeron cómo tu padre lo ha mal amenazado; pero ¿sabes qué dicen? Que quien amenaza, uno tiene y otro espera. Si tu padre fuere el que debe, como dices, él disimulará, conociendo que fué poca pena á tanta culpa; y si no fuere el que debe, acontecerle ha algo por donde tenga más que llorar en sus trabajos que en los tuyos.

Anima. ¿El duque Octavio, mi hijo, no ha hecho demostracion ninguna sobre esto, sabiendo que todas mis quimeras y todos mis pensamientos eran con fin de dejarle gran príncipe?

Caronte. Sí ha hecho, segun me ha dicho aquel demonio, y áun hecho más de lo que le convenia hacer, porque se metió luégo en Parma y se hizo fuerte en ella, y no á nombre de la Iglesia, sino como señor heredero.

Anima. Y eso ¿te parece que le convenia?

Caronte. No; porque si D. Hernando quisiera á Parma, ántes la hubiera que tu hijo, y si el Emperador quisiera, ni él ni tu padre son parte para defenderla. Demas de esto, lo que á él estaba mejor era, en entrando en Parma, entre-

garla á D. Hernando, y con diligencia irse luégo al Emperador y decirle: «A mi padre han muerto sus vasallos, y su hacienda está en poder de vuestros ministros; yo me vengo á poner en vuestro poder, porque sois mi suegro y mi señor.» Cree que se hicieran mejor sus negocios, y que le cantara otro gallo si él hiciera esto, muy al reves de lo que se hará si prosigue por la vía que al presente lleva.

Anima. Pues ¿cómo? ¿te parece á tí que fuera mejor acudir al Emperador, que era su suegro, que al Papa, que era su agüelo?

Caronte. Sí que me parece mejor, porque el Papa es ya viejo, y como dicen, vive de gracia, y como yo creo, es permision de Dios para que se enmiende. Moriráse mañana, y herido el pastor, no te daria un higo por todas las ovejas de tu linaje, y si Octavio queda en desgracia con el Emperador, y él lo desampara, díme ¿quién lo favorecerá ó cuál árbol le hará sombra? Tanto más si se hace, como se hará, el concilio, que los cardenales, tus hijos, quedarán cercenados como los otros.

Anima. Todavía quieres ser adivino; ¿cómo sabes tú lo que resultará del concilio, ya que se haga?

Caronte. De hacerse no tengas duda, sino que se hará porque lo quiere Dios; porque el Emperador lo ha tomado tan de véras y lo tiene tan adelante, que no podrá dejar de hacerse. Lo que resultará saco por conjeturas, por la vía que ya dije, y áun porque sé que la primera osasion que movió á los alemanes á negar la obediencia á la Iglesia nació de la disolucion del clero y de las maldades que en Roma se sufren y se cometen cada hora. ¿Piensas tú por ventura que querria yo concilio, ó que lo deseo? La mayor pérdida será que me pueda venir, porque uniéndose y reformándose la Iglesia, pierdo la ganancia de tantos alemanes herejes que pasan por aquí á nubadas como tordos, los cuales de su propia voluntad se quieren ir al infierno; puesto que por otra parte creo que mudada y re-

formada la Iglesia, los príncipes cristianos se unirán asimismo y darán sobre el Turco, de donde podré yo haber mayor ganancia; pero ¿quién son éstos que con tanta furia caminan hácia nosotros?

ANIMA. ¡Oh triste de mí! Llega, Caronte, tiende la plancha y dáme la mano, que ya los conozco.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Entra, entra, desventurado, que tambien los conozco; ya, ya comienza á acusarte tu conciencia. Estos son los cardenales que atosigaste, y el obispo de Fano, que tan torpemente martirizaste; mira si fueras á la laguna Estigia y te toparas con ellos, ¡cuál te pararan! Acaba de entrar y siéntate, y alárgame, porque si pasasen en esta barca y te conociesen, no te valdria tu padre; *quia in inferno nulla est redemptio*.

CARTA

DE

DON DIEGO DE MENDOZA

AL CAPITÁN SALAZAR

CARTA

DE

DON DIEGO DE MENDOZA

AL CAPITAN SALAZAR

SOBRE EL LIBRO QUE ESCRIBIÓ DE LA DERROTA DE LOS SAJONES CONSEGUIDA POR EL SEÑOR EMPERADOR CÁRLOS V.

Por ser, como es, la fama recuerdo general del mundo, ha llegado á esta corte, cargada de las victorias del Emperador nuestro señor; y pensando pasarlo como doblon de plomo, vino tambien cargada con un libro vuestro, dirigido cuando ménos á la ilustrísima señora duquesa de Alba, en el cual se relata la victoria habida contra los sajones, con sus anexidades y dependencias; tan particularmente escrita y tan bien ordenada, como se podia esperar de hombre que lo vió todo y lo habló todo, y áun estoy por decir que vos, que lo escribis, lo hicisteís todo. Pero esta corte, como creo que lo sabreis, tiene algo de satírica, á causa de residir en ella el diablillo Obsérvalo-todo; y á vueltas de la libertad que se han tomado los criticos de reprehender los vicios ajenos, se han metido igualmente en las necedades de otros, hablando con perdon de vuestra merced; y como hay entre ellos hombres de delicado jui-

cio que quieren partir el cabello en muchas partes y hilarlo tan delgado, han puesto más calumnias en vuestro libro que tiene letras, sin tener respeto á vuestra persona ni al grado de capitan que teneis; á cuya causa, así por ser yo de Granada, como por seros aficionado por las nuevas que de vos tengo, quise defenderos por buenas razones, pues con las armas no soy para ello; porque tengo un corazon mucho más afeminado que el que tenía Arteaga, cuando llevándole una noche consigo D. Sancho de Leiva, muy armado, á parte donde le pudiera haber menester, el dicho Arteaga le preguntó que á quién queria que diera las armas que llevaba, porque no era de su profesion matar ni ser muerto. Mas, señor capitan, aunque yo fuera un Rodamonte, ¿qué hiciera, pues cuando acabé de reconocer los enemigos, hallé que eran tantos, que me fué forzoso confesar que era un bachiller de Arcadia en querer tomar sobre mis hombros defender vuestro libro? Bien sé que os parecerá flaqueza de ánimo, y creo que lo debe de ser; pero acuérdaseme de un disparate que dijo Navarrico al rey de Nápoles, que hace tanto á mi propósito, que basta para tenerme por excusado; y fué, que entrando un dia llorando donde el Virey estaba, su excelencia le preguntó: «¿Por qué lloras, Navarrico?—Porque todos estos soldados, respondió él, dicen mal de vos;» de lo que riéndose don Pedro de Toledo, le dijo: «Pues ¿por qué no matas tú á los que dicen mal de mí?» Navarrico respondió todavía llorando: «Si fuese uno ó dos, quizás lo haria; mas si son tantos, y todos dicen mal de vos, ¿quereis que yo sólo me mate con todos?» Tornando al propósito, no embargante que todos os calumnien y reprehendan, digo que no tienen razon, ántes son unas bestias (salvo honor); y que esto sea verdad, quizás que os lo probaré, no con autoridad de soldados, sino con una de Salomon, que supo algo más que vuestra merced, el cual escribió un cierto reportorio de los tiempos, y hablando de amores con la reina vieja de

Sabá, visabuela de Tulurtin, dijo que, habiéndolo visto y examinado todo, hallaba que este mundo era una vanidad de vanidades, y que de él no se saca otra cosa buena más del placer que el hombre se toma y el bien que hace; de que se viene á inferir que vuestro libro no es solamente bueno, mas áun bonísimo; la razon es esta, y notad este puntillo de sofista: si lo bueno de este mundo es alegrarse y holgarse, ¿cuán bueno será el que da materia para que los otros se huelguen y alegren, y cuánto más bueno lo que alegra y hace holgar, y cuánto más os habeis de holgar vos, que nos habeis hecho tanto bien con vuestro libro, que jamás hombre lo leerá, por descontento que esté, que no se alegre y ria mucho con él? Y de esta manera podeis, Señor, ver, si fuésemos uno á uno, si podia yo sustentar vuestra parte y contrastar con unos reprehensores, sino que es un diablo tener que hacer con tantos. En una cosa sola no puedo negar que no tengan alguna razon vuestros envidiosos, que dicen: «¡Cuerpo ahora de Dios! si Salazar peleaba tanto, ¿cómo veia tanto? ¿Cómo, estando envuelto con los enemigos, podia ver lo que hacian los amigos? Y si él estaba delante de todos, ¿cómo podia ver lo que hacian los que estaban detras? Y si estaba á mirar y á notar lo que todos hacian, ¿cómo se señalaba primero en todas las ocasiones?» Hablando como prácticos, me alegan á este propósito no sé qué conseja, más luenga que la esperanza de los cortesanos, de un pastor, que teniendo tantos ojos como una red, no pudo ver tanto que Mercurio no le hurtase una vaca que guardaba. «Mirad, dicen ellos, cómo Salazar andando peleando, podia aguardar á tantas hazañas, sin que se le escapase ninguna.» Vuestra merced responda por sí á esta calumnia ó se la dispute; porque ellos se encierran, como lógicos, en solas dos razones: si Salazar peleaba, no veia pelear; si veia pelear, no peleaba, y si estaba delante, no veia lo que se hacía detras. De las otras cosas que os ponen, cuando fuéremos, como he di-

cho, uno á uno, yo responderé por vos, y tomo desde ahora á mi cargo satisfacer á todas sus dudas, y si dijeren que por qué causa os hizo su Majestad caballero, decirles he yo que fué por mofar ó por suplir á natura, ó fué porque lo quiso hacer él, y fué bien hecho; cuanto más que si pudo hacer á Amador, zapatero de viejo, caballero, ¿por qué no hará á Salazar cronista nuevo? Y cuando todo esto no bastare, el Emperador es justo príncipe y hombre de conciencia; ¿por qué os habia de negar un espaldarazo con un «Dios os haga buen caballero», no costándole nada de su casa, y habiéndolo vos merecido más que el pan de la boca.

Y si me preguntaren en qué ó cuándo estudiasteis autoridades de romanos, que así las alegais en vuestro libro, decirles he yo que no saben lo que se dicen; porque ni vos estudiasteis nada, y una palabrilla de *Comentarios* dicha por vía de comparacion se pudo alegar acaso sin mirar en ello y sin mirar lo que decíades; como cuando á uno se le suelta un pedo entre damas, que hace lo que nunca pensó hacer y lo que no quisiera haber hecho. Donosa cosa es. Con que, ¿pudo Boscan, siendo quien era, peerse delante de su dama descuidadamente, y no podeis vos, siendo quien sois, soltar una autoridad entre el acatamiento de vuestro libro, sin haber leido y estudiado?

Si me dijeren que cómo matábades y hendíades vos solo tantos hombres el dia de la derrota de Albis, diréles yo que una cosa es huir y otra el seguir, y que yo, con ser un etcétera, me bastaba el ánimo á hacer tajadas al Lansgrave, si huyese de mí, miéntras no me volviese el rostro; cuanto más vos, que, demas de ser quien sois, estais encarnizado en higadillos de tudescos, que deben saber ó sacar tonadas de cómo todo lo componen á estocadas; mas ¿quién no fuera entónces valiente, viendo estar peleando su señor natural, y más si tuviera, como teneis vos, un título de capitan á las ancas? El cual, aunque sea prendido

con alfileres, como el don de la sevillana, vale más para lo del mundo que el grado de caballero que os han dado.

En una cosa estoy confuso, y es que si por cubrir las faltas de vuestro libro les dijere que tengan respeto que vos no sois cronista, como lo decís en él, y que lo escribisteis en pocas horas, y en aquellas que habíades de reposar, tengo temor que algunos de estos diablos respondan lo que respondia Apéles á un pintor gafo, el cual habiéndole mostrado una imágen que habia hecho, viendo que Apéles hacía con ojos y rostro señales de admiraciones, pensando que se maravillaba de la perfeccion de ella, le dijo: «Pues más quiero que sepais, para que os maravilleis más, y es que la he hecho en tantas horas,» señalándole un tiempo brevísimo; al cual el buen Apéles respondió: «No me maravillo de eso, sino cómo en estas pocas horas no has hecho otras mil imágenes como esta.» Pero, señor capitan, no hay estocada sin reparo; no se os dé nada, que si acaso me lo dijesen, decirles he el cuento de Miguel Angel, sacado á la letra de un trasunto del *Cortesano*, en romance, cuando dijo á uno que tachaba un cuadro suyo: «Vos, que sois tan gran pintor, tomad el pincel y pintadme una calabaza.» Salgan, cuerpo de mí, estos petracristas y estos cronistas que presumen tanto, hagan ellos otro libro como vos habeis hecho, y reirnos hemos de ellos y de su libro, como se rien ellos de vos y del vuestro. No es mal punto este, Sr. Salazar.

Tambien podria ser que algunos dijesen que tomasteis la empresa de cronista, no lo siendo, y que quisisteis hacer regalo á nuestro amo, á riesgo de que os cargasen de sátiras; pero vénganse los bufones, vénganse á mí, pues les quiero probar que no saben del mundo tanto como vos, ni la mitad; porque si así no fuese, no sabrian los..... no me lo hagan decir, que cuando Dios llueve, ni más ni ménos llueve para los ruines, que para los buenos, y cuando el sol muestra su cara de oro, igualmente la muestra á los

pícaros de la corte como á los cortesanos de ella. Pero notad por mi vida esta comparacion que se me viene á la boca. Si los que os reprenden estuviesen ó hubiesen estado en Málaga, donde se tiran las *juvejas*, habrian visto que cuando sale alguna muy llena de pescado, cogen los pescadores lo mejor y más grueso para el señor de la *juveja*, dejando lo menudo y que ménos vale á la gente pobre que quiere llegar á tomarlo. Pues ¿qué otra cosa ha sido esta victoria de Sajonia, sino una red grande de pescado, donde los cronistas del dueño de la armadija cogerán, como creo habrán cogido, lo bueno, y de lo bueno lo mejor, de tantas hazañas, para dejarlo escrito por pompa del mundo y para mayor gloria suya y de sus sucesores? Pero siendo tanto, á viva fuerza han de dejar lo que no vale ni importa tanto á los pobretes que lo quisieren coger y valerse de ello. Y no os parezca mal esta comparacion, ni la tengais en ménos por haber sido baja y material, pues las buenas comparaciones han de ser palpables y tratables y que se dejen entender; cuanto más que el buen ballestero suele poner el punto segun la mira, y tenerle bajo cuando quiere dar en el suelo.

Dicen que habeis hecho mercancía de vuestra habilidad, y que será bueno por esto el haber escrito vuestro libro. Peor hizo el conde Don Julian, que vendió á su patria. Hagamos cuenta que vuestro libro es un huerto lleno de puerros, de ajos y de cebollas, y que no las habíades menester; ¿á quién parecerá mal haberlas sacado á vender á la plaza? porque es gran cosa vivir los hombres de industria. Si es de sabios mudar consejo, ¿por qué no pudísteis vos, si os hallábades mal con la ley del guerrero, pasaros á la de escritor? Y si el Duque se agraviare de que hayais puesto la lengua tras él, aunque sea para alaballe, y dijese acaso: «Mirad, por amor de Dios, que la vuestra es *trompa* de Homero, digna no solamente de ser codiciada, pero áun suspirada y llorada, como la suspiró y lloró Alejandro;»

decidle vos, pues estais allá, que acorte él sus victorias, si no quiere que os alargueis vos á escribirlas; que no haga él cosas dignas de tan gloriosa memoria y fama, si no quiere que quedeis vos corto escribiéndolas; y en suma, que si el vuestro no es ingenio de tan alto sujeto, que tanta culpa tienen sus hazañas de no dejarse contar como vuestra ignorancia en no saberlas escribir. Cuanto más, que si no valiéredes por testamento, valdreis por codicilio, que sería como si dijésemos: «Si Salazar no vale un maravedí para trompeta del Duque, valdrá para cronista extravagante.» Y áun decidle, si os pareciere, que si vos no sois tal como Homero, tampoco Agamenon era tal como Carlo Magno, ni Aquíles como Don Fernando de Toledo, y vereis cómo con su propio loor les coseis las bocas, que no osarán replicar.

Pues lléguensemelo á decir que fué mala la consideracion de poner en el libro los estandartes y banderas que se ganaron en la batalla, y las medidas de ellos y de ellas, y vereis cómo les santiguo los bigotes. Por Dios, que me parece á mí que fueron aquellas banderas en aquel libro lo mismo que las especias, salsas y el azúcar en los potajes, y que así como sin esto lo que se come no tiene gusto ni sabor, así el libro sin aquellas pinturas no tuviera con qué entretener á los muchachos; porque á la verdad, un libro sin pinturas es como un templo de luteranos, que no tiene crucifijo ni santo á que volver los ojos.

Y si quieren decir, como han dicho, que aquí han visto otra relacion de las banderas y estandartes, enviada al cardenal Fernes, y difieren en la medida, porque en las unas hay un dedo más, y en las otras un canto de real de ménos anchura y de largura, digo que, ya que esto sea error, es digno de perdon, pues nada va en ello; vos podeis tener el palmo más largo que otro que las midió, y tampoco sois vos lencero, aunque lo pareceis, que hayais de mirar en esas miserias; pues ponellas allí sacadas del

natural fué muy buen acuerdo, porque cuando se mezclaren con las otras que los pasados del Duque ganaron, conozca cada uno lo suyo y pueda decir: «Estas me dejó mi padre.» En una cosa tuvisteis descuido, y fué que, como pusisteis aquellos garabatos en todas ellas y aquellas letras, no os acordasteis de poner la etimología de ellas y de ellos; puesto que un tudesco que hace aquí vidrieras dice que la V., la D., la M., la Y. y la E. quieren decir: *Verbum Domini manet in æternum.* Lo demas interpretadlo vos, pues sois cronista.

Lo que yo, como vuestro amigo, quiero reprehenderos porque me parece digno de reprehension, es que siendo español, y escribiendo á una dama española y de tales prendas, que os obligaba á grandísima consideracion, usais de ciertos vocablos italianos insinuados y que no los conocerá Galban, y será menester que si la excelentísima Duquesa quisiere, por desenfadarse, leer en vuestro libro, tenga un Calepino delante que lo construya ó interprete y declare. ¿Para qué decis *hostería*, si os entendieran mejor por *meson?* ¿Por qué *estrada*, si es mejor y más claro *camino?* ¿Para qué *forraje*, si es mejor decir *paja?* ¿Para qué *foso*, si se puede decir mejor *casa?* ¿*lanzas*, y no *hombres de armas?* ¿*emboscadas*, y no *celadas?* ¿*corredores*, y no *adalides?* ¿*marcha*, y no *camina?* ¿*el caz*, y no *el vado?* ¿*indignacion* en lugar de *devocion?* y otros mil de esta calidad, los cuales, pues áun siendo vuestro amigo me parecen mal, ¿qué harán á quien no lo es? Mal gozo vea yo de una expectativa que tengo en Granada, en la que he puesto tanta esperanza como vos en vuestros memoriales, si no me han amohinado tanto los vocablos que he dicho y otros que por la amistad dejo de decir, que no ha estado en dos dedos para entrar en la conjura y decir mal de vuestro libro, que fuera otro que palabras; y porque tengo razon, deciros he lo que pasa.

Salió una vez de Logroño un mozuelo, hijo de una viuda

y un sastre ya difunto, y determinóse de ir á ver mundo. Llegó hasta Tolosa, en Francia, que no está mil leguas de allí, donde estuvo cinco ó seis dias, y habiéndosele resfriado la cólera, y sintiendo la falta de los regalos de la madre, acordó volverse, y para el camino hizo compañía con otro mozuelo frances que iba á Santiago. Llegando, pues, el mozo con el amigo en casa de su madre, fué bien recibido, y no embargante que no habia aún veinte dias que habia partido de allí, hacía tanta profesion de la lengua francesa, que no hablaba palabra castellana; ántes, preguntándole la madre cómo venía y cómo le habia ido por el camino, el hijo la respondió: «*Mamera, parle bus á Pierres, é Pierres parlera á moé*,» y mostrábala, diciendo esto, al muchacho frances para que hablase con él, que la entenderia mejor, y la cuitada de la madre replicaba: «¡Triste de mí, hijo mio, que no há veinte dias que partistes de aquí, y te se ha olvidado ya tu lengua! ¿No ves que aún te traes los zapatos que llevastes? ¿Por qué no hablas en lengua que te entienda?» A lo cual el hijo no respondió más que preguntar al muchacho frances qué era lo que su madre decia. Entended por lo dicho lo que quiero decir.

Conviene á saber, que hable vuestra merced la lengua de su tierra, y no la materna, sino la moderna que se habla en Granada desde el año de 1492 á esta parte, y deje á Pierres hablar la lengua que se le antojare; y si vuestra merced hace esto, yo me mataré con quien dijere que hay falta en vuestro libro. Mirad lo que importa hablar el hombre como valiente con los que aparentan serlo. No puedo estar de risa en acordarme del cardenal Bembo, que habrá poco tiempo fué *A porta inferi*, el cual se quemó toda su vida las pestañas y aun los ojos para escribir los *Anales de Venecia*, no habiendo en ellos cosa que pudiera ser leida sino la jornada de Previca, y vos ántes de llegar al *beabá* os bastó el ánimo á tomar sobre vuestras espaldas un peso que no llevara el gigante Atlante. ¡Bienaventurado capitan

Salazar, que tan alto osaste levantar tus pensamientos, que la empresa de tal libro osaron emprender! ¡Bienaventurado libro, que desnudo de estilo, de tantas y tan gloriosas hazañas vas vestido y ordenado! Y más que todo, ¡bienaventuradas hazañas, pues cuando los cronistas no saben ni osan atreverse á escribir la menor parte de ellas, rebosan por la boca y libro de Salazar! ¡Estos sí que son loores del autor! ¡Esto sí que que es retórica nueva! ¡Esto sí que es estilo heroico y elegancia de hablar! ¿Paréceos, amigo, que sabria yo hacer un medio libro de don Florisel de Niquea, y que sabria yo irme por aquel estilo de alforjas que parece al juego de «este es el gato que mató al rato», etc., y que sabria decir «la razon de la razon, que tan sin razon por razon tengo», para alabar vuestro libro? Estas voces, esta elocucion hay en él; así os explicais en todas sus cláusulas. ¡Qué cadencia! Qué frases tan admirables! Viva el autor de esta maravilla. Vos habeis sabido labrar vuestra dicha con cosas que nadie entiende. Por esto vale más buena ventura que mala ganancia Veis ahí al obispo de Mondoñedo, que hizo (y no debiera) aquel libro de *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, que no hay quien no le celebre, como tenga el gusto bien acondicionado, y con todo, sólo ha merecido algunos aplausos de los que son verdaderos sabios; pero otros le han hecho mil injurias, porque no saben hacer otra cosa. Y esto es, que su ilustrísimo autor, sino ser un gran filósofo, mayor teólogo, jurisconsulto célebre y perfecto humanista, nada más sabe; y vos, que aunque nada habeis estudiado, habeis andado, visto, hecho y peleado, servido, escrito y hablado más que todo el ejército junto que envió la santidad de nuestro Santo Padre á esa guerra, no teneis otros elogios por vuestra grande obra que los míos; y siempre os aconsejaré que os andeis á inmortalizar los hombres con vuestros escritos, para que supliquen al Emperador, nuestro señor, que os mate la hambre; pero no se os dé nada de esto, porque

para vos todo es poco, y más vale vuestra virtud y habilidad que mil ducados de deuda; cuanto más que aquí se ha dicho por cosa cierta que su Majestad os quiere dar el hábito de Santiago, sin que tomeis el trabajo de hacer probanzas, en recompensa de lo que habeis servido y de lo mucho que habeis trabajado en componer vuestro libro, tan lleno de doctrina y de bello estilo, que acaban de proponerle para enseñar por él á hablar bien á los mudos de nacion. En fin, pillad vuestro hábito, y advertid que cuando se le dió la Reina Católica á Rincon el viejo, él dijo: «Su Alteza me ha hecho poner esta cruz porque no se meen en mí.»

Acuérdaseme, miéntras voy escribiendo estas locuras, un donaire que escribió en una epístola Ciceron á Marco Cecilio Rufo, en la cual, tratando de un cierto amigo de los dos, dice estas palabras: «¿Qué más quereis, sino que cuanto más me acuerdo de él, casi me trasformo en él?» queriendo inferir que, siendo el amigo que he dicho vacío del tercio primero, hablando con él se tornaba tan loco como él.

Ahora, señor Salazar, yo me canso, y tocan las campanillas, y si me tardase más, sería necesario irme á comer á un bodegon, por lo cual, acabo con deciros que sois diestro, y pues os muestro, como buen esgrimidor, en esta carta la mayor parte de las ofensas y defensas de vuestro libro, no lo tengais en poco, que si vos supiéredes la defensa, no os ofendiera el tudesco en Nuremberg. No esteis ocioso en escribir, dáos prisa á componer libros y á imprimirlos, que no serán tan malos que no hallaréis quien los compre. Con esto iba á concluir; pero ántes debo advertiros una cosa, y es, rogaros que no os enojeis con esta carta ni me querais mal por ello, ni ménos hagais diligencia por saber quién os la escribe; básteos que os jure en ley de hombre de bien, que soy vuestro amigo y que os quiero más que el Duque; y si me dijéredes que no se me parece

en la carta, respondo que no hay hábito tan malo ni tan peligrosa opilacion como la de los donaires, los cuales tienen estrecho parentesco con ciertos desahogos de la naturaleza, los que en queriendo salir, si se detienen, causan dolores de tripas, cólicos y otras mil desventuras. A mí me vinieron á la boca estos disparates oyendo leer vuestro libro en casa del Embajador, y no osándolos fiar de nadie, por amor vuestro, ni pudiéndolos tener secretos en el cuerpo, fuí forzado á echarlos fuera de la manera que veis; pero si vos sois tan cortesano como valiente, cosa que no puede ser, respondedme, y vereis que si acertais á llevarme el contrapunto, holgaréis de descartaros conmigo; pero, si quereis jugar y os metiéredes en la baraja, tratadme lo peor que podais, hacedme un libelo y guardad la cara al basto; triunfad del manjar que quisiésedes, con tal que no sea de espadas; porque como tengo dicho, no soy pizca valiente ni valgo nada para pelear, y en tal caso tendré por menor mal que jugeis de bastones ó de varapalos, como decia don Juan Pacheco. Mi nombre hallaréis aquí debajo, y si por él no me conosciésedes, no cureis más de ello; baste que si quisiésedes responder, lo podeis hacer encaminando vuestra carta á mí con el sobrescrito así: «Al Bachiller, en manos del señor don Diego de Mendoza, nuestro embajador;» que su señoría tendrá cuidado de dármela; pero torno á avisaros que mireis lo que haceis, y que jugueis limpio y de llano, pues no hay para qué dejemos de ser amigos, y se recomienda á vos,—*El Bachiller.*

FIN.

INDICE.

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.

	Tomos.
HOMERO: *La Iliada*	3
— *La Odisea*	2
HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*	2
PLUTARCO: *Las vidas paralelas*	5
ARISTÓFANES: *Teatro completo*	3
ESQUILO: *Teatro completo*	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: *(Demócrito, Bión y Mosco)*	1
XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
LUCIANO: *Obras completas*	4
PÍNDARO: *Odas*	1
ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro*	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo,* etc.)	1
POLIBIO: *Historia romana*	3
PLATÓN: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	[illegible]
DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
MORALISTAS GRIEGOS: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes)*	1
TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
JOSEFO: *Guerras de los judíos*	2
ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses*	2
EURÍPIDES: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

VIRGILIO: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
CICERÓN: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
TÁCITO: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
CÉSAR: *Los Comentarios á la guerra de las Galias*	2
SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*	1
SÉNECA: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
OVIDIO: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamorfosis*	2
FLORO: *Compendio de la historia romana*	1
QUINTILIANO: *Instituciones oratorias*	2
QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro*	2
ESTACIO: *La Tebaida*	2
LUCANO: *La Farsalia*	2
TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana*	7
TERTULIANO: *Apología contra los gentiles*	1
VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta*	3
MARCIAL y FEDRO: *Epigramas y fábulas*	3
TERENCIO: *Las seis comedias*	1
APULEYO: *El asno de oro*	1
PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*	2
JUVENAL y PERSIO: *Sátiras*	1
AULO GELIO: *Noches áticas*	2

	Tomos.
SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios*	4
AMMIANO: *Historia del imperio romano*	2
LUCRECIO: *De la naturaleza de las cosas*	1

Clásicos españoles.

CERVANTES: *Novelas ejemplares* y *Viaje del Parnaso*	2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín	8
— *Teatro completo*	3
CALDERÓN: *Teatro selecto*	4
HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*	1
QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*	1
— *Obras políticas é históricas*	2
— *Política de Dios*	1
QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*	2
DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*	1
ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*	1
MELO: *Guerra de Cataluña*	1
VARIOS: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo	13
COLÓN: *Relaciones y cartas*	1
FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina*	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY: *Estudios literarios*	1
— *Estudios históricos*	1
— *Estudios políticos*	1
— *Estudios biográficos*	1
— *Estudios críticos*	1
— *Estudios de política y literatura*	1
— *Discursos parlamentarios*	1
— *Vidas de Políticos ingleses*	1
MACAULAY: *Historia de la Revolución de Inglaterra*	4
— *Historia del Reinado de Guillermo III*	6
MILTON: *El Paraíso perdido*	2
SHAKESPEARE: *Teatro selecto*	8

Clásicos italianos.

MANZONI: *Los Novios*	1
— *La Moral católica*	1
— *Tragedias, poesías y obras varias*	2
GUICCIARDINI: *Historia de Italia*	6
MAQUIAVELO: *Obras históricas*	2
— *Obras políticas*	2
BENVENUTO CELLINI: *Su vida, escrita por él mismo*	2
TASSO: *La Jerusalem libertada*	2

Clásicos alemanes.

SCHILLER: *Teatro completo*	3
— *Poesías líricas*	2
HEINE: *Poemas y fantasías*	1
— *Cuadros de viaje*	2
GOETHE: *Viaje á Italia*	2
— *Teatro selecto*	2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América*	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*	2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres*	1

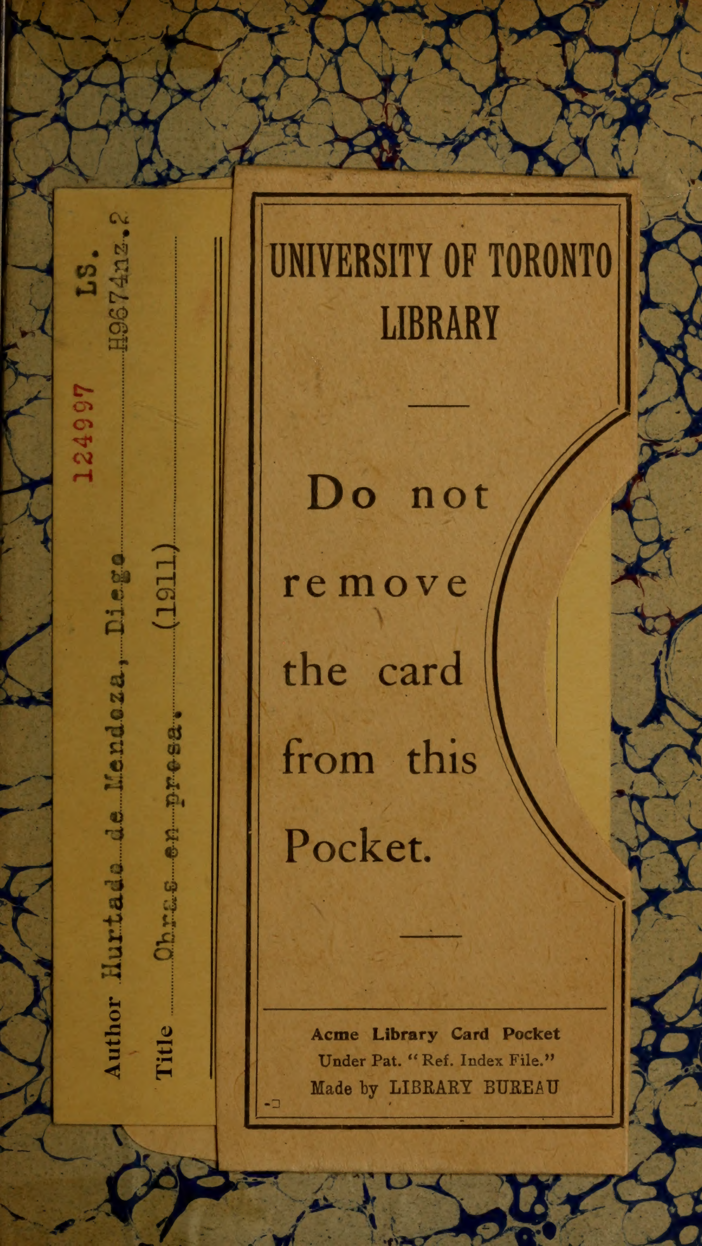
Clásicos portugueses.

CAMOENS: *Los Lusiadas*	1
— *Poesías selectas*	1

Sánscrito.

Panchatantra, traducido por Alemany	1




124997 LS.
H9674nz.2
Author Hurtado de Mendoza, Diego
Title Obras en prosa. (1911)
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

